
VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ
LOS SUSURROS DE LA VERDAD
Thriller policíaco
SERIE TRIANA CASTILLO
Nº3
POLICE LINE DO NOT CROSS

LOS SUSURROS DE LA VERDAD

(Serie Triana Castillo Nº3)

Verónica Caballero Sánchez

Los susurros de la verdad

© Verónica Caballero Sánchez. 2026.

Todos los Derechos Reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

LOS SUSURROS DE LA VERDAD

(Serie Triana Castillo Nº3)

Verónica Caballero Sánchez

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

55
56
57

Gracias a mis lectores

1

Después de la conversación con su hermana, Triana no dejaba de pensar en sus palabras: «Tienes que matarlo». Era una locura. Ella era incapaz de asesinar a nadie. Se había hecho policía para defender y proteger a los más vulnerables, no para asesinar al exnovio de su hermana. Sin embargo, cuantas más vueltas daba a la explicación de Aura, más convencida estaba de que tenía razón: Carlo no iba a parar. Pero, a la vez, había algo en el discurso de Aura que no le encajaba. La historia tenía sentido, pero había algunos huecos. El papel de asesino de su padre no le cuadraba en absoluto. Si era cierto, su vida había sido una mentira. Su padre sería un desconocido.

En la comisaría había un gran revuelo con la aparición del cadáver de Sandra. Era el caso que había marcado al inspector a lo largo de su carrera. Con el paso de los años se había convertido en la espina que nunca consiguió sacarse. Al oír a Braulio anunciar que había aparecido el cuerpo, el inspector se quedó congelado durante unos segundos. Triana se dio cuenta al instante y prefirió dejarle espacio para que asimilara la noticia. Antón nunca hablaba de ese caso. El dolor de recordar las caras de los padres de Sandra y no poder darles la noticia de que el asesino de su hija estaba entre rejas le rompió el corazón y le convirtió en el inspector que era. Se juró a sí mismo que no volvería a ocurrir. Nunca se encontró el cuerpo, por lo que se archivó como una desaparición voluntaria. Ahora la situación era distinta.

La subinspectora estaba inquieta y decidió ir a ver a su hermana. Necesitaba más explicaciones. No conseguía entender la historia de Aura ni el motivo que la había llevado a esconderse. Había visto el miedo en sus ojos y sabía que no le había dicho toda la verdad.

Había estado llamándola durante toda la noche para quedar al día siguiente, pero no respondió a ninguna llamada. Probó con

mensajes y obtuvo el mismo resultado.

«Esto no me gusta».

Llamó a Nadia y tampoco contestó. Los nervios se apoderaron de ella con tanta fuerza que casi salió sin las llaves. Tenía un mal presentimiento. La idea de que Carlo se la hubiera llevado de nuevo no era tan descabellada, pero si había ocurrido, esta vez no iba a dejar que escapara.

Era la primera vez que conducía tan deprisa. No respetó semáforos ni normas de circulación. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas cuando aparcó frente a la casa de Nadia. Observó sus manos agarradas al volante y cómo temblaban. Su corazón latía desbocado cuando empujó la puerta del edificio. Acababa de encontrar a Aura y no iba a dejarla escapar. Cuando ninguna de las dos respondió a sus llamadas, sintió que el estómago se le encogía.

Apenas podía respirar. El aire se había vuelto denso, eléctrico. Tuvo que obligarse a respirar hondo antes de llegar a la planta de Nadia. La puerta estaba entreabierta, como si alguien hubiera salido a toda prisa o, peor, como si nadie se hubiera preocupado de cerrarla. La empujó con la mano para entrar. El piso estaba en completo silencio. Solo escuchaba el latido de su propio corazón, tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. En ese instante comprendió que la aparición de Aura había traído consigo un final terrible.

—¿Aura? —llamó con la voz entrecortada.

Las lágrimas seguían cayendo sin control. Avanzó por el pasillo hacia el salón. El silencio fue la única respuesta.

—¿Aura? ¿Nadia? —insistió.

Nada. El silencio seguía ahí, pesado, insoportable. Sintió cómo la congoja le oprimía el pecho. Entrecerró los ojos y se apoyó en la pared antes de entrar al salón. Respiró hondo. Sacó el arma, preparándose. No sabía si estaba sola o era una trampa.

Entró.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al contemplar la escena más horrible que había visto en su vida. Nadia y Aura estaban atadas de pies y manos a dos sillas, en el centro del salón. Ambas habían sido ejecutadas de la misma forma: un disparo a bocajarro en la cabeza.

«Ni siquiera se han podido defender».

Triana siguió llorando sin soltar el arma. Buscó a Víctor. Sabía que solo había dos posibilidades: o estaba muerto o se lo habían llevado. Rezó para que siguiera vivo. Iba a encontrarlo. Carlo era un monstruo, pero Víctor era su hijo.

«No sería capaz de matarlo… ¿no?».

Recorrió las habitaciones. La casa estaba vacía. Sin dejar de llorar, se secó las lágrimas y volvió al salón. Se detuvo frente a los cuerpos. Quiso abrazarlas, pero sabía que no podía. La cordura la abandonó cuando sacó el móvil y llamó a Antón.

Contestó al primer tono.

—¿Qué pasa? —preguntó con preocupación.

Triana se dejó caer contra la pared hasta quedar sentada, sin dejar de llorar.

No hablaba. Solo lloraba. Antón la escuchó al otro lado.

—Triana, si no contestas no te puedo ayudar. ¿Qué ha pasado?

—Han matado a Nadia y a mi hermana —balbuceó entre sollozos—. Se han llevado a Víctor.

Antón se levantó de la silla y salió corriendo hacia el despacho de Braulio.

—¿Dónde estás?

—En casa de Nadia.

—Vamos para allá. No te muevas de ahí, ¿me has oído?

—Vale —respondió sin fuerzas, dejando caer el móvil.

El inspector comenzó a gritar la dirección en comisaría mientras bajaba las escaleras de dos en dos. Braulio reaccionó al instante y movilizó a los agentes.

—¡Vamos, vamos! ¡Todo el mundo a los coches! —gritó con la voz cargada de tensión.

2

El inspector no esperó a ningún compañero. Se montó en su coche y no paró hasta llegar al piso de Nadia. Sabía dónde vivía. Triana se lo había dicho en alguna ocasión, cuando hablaban de Aura. Llegó junto a ella casi sin saber cómo.

La cogió de la mano temblorosa y la miró a los ojos. El rostro de Antón estaba tan desencajado como el suyo. Triana no se había movido. Permanecía quieta, con la mirada fija en los cuerpos atados y sin vida de Nadia y Aura. La situación la había sobrepasado. Aun así, era consciente de que el desenlace estaba escrito desde el inicio de la historia de amor entre Aura y Carlo. Tenía pocas posibilidades de salir bien y, como en las profecías, esta también se había cumplido.

El inspector no le soltó la mano ni un solo segundo. Se la apretó y le levantó la cara con la mano libre.

—Triana, ¿dónde está Víctor? —balbuceó.

Se le erizó el vello al pronunciar el nombre del pequeño.

«Por favor, que esté vivo», pensó, sin apartar la mirada de los ojos tristes de la subinspectora, que esquivaba los suyos.

—Triana, por favor, ¿dónde está el niño? —insistió.

Las pupilas de Triana reaccionaron a la voz de su amigo. Se detuvo en su mirada durante unos segundos, con los ojos hinchados de llorar.

—No está, Antón —moqueó—. Se lo han llevado. Las han matado y se lo han llevado.

Antón se recolocó. Estaba en cuclillas junto a ella. Los huesos ya no le respondían como cuando era joven, pero en ese momento hicieron un esfuerzo. Apoyó las rodillas en el suelo y terminó sentado.

—Triana, tienes que reaccionar. Tenemos que ir deprisa a casa de Lucas. Puede que estén allí o…

—…o puede que esté muerto. —Giró el cuello, con los ojos bien abiertos.

—O puede que también esté muerto —repitió Antón.

Triana se levantó de golpe y tiró de su mano para ayudarle a levantarse.

—¿Dónde están los demás? —reaccionó, cargada de ira.

—No tardarán —asintió.

Triana miró por última vez a su hermana. Abstenerse de tocarla le estaba costando mucho, pero era la escena del crimen. Deseaba que aquel suplicio sirviera para encontrar pruebas que la llevaran hasta Carlo.

—Os juro que le voy a matar —dijo, mirando a dos de las personas más importantes de su vida.

Antón guardó silencio. El dolor que debía estar sintiendo era tan grande que comprendía que la venganza era lo único que la había hecho reaccionar.

—Tenemos que ir a casa de Lucas. Puede que también esté en peligro y necesitamos su ayuda, ahora más que nunca. Tengo que encontrar a mi sobrino como sea, Antón —lloró.

—Vamos. —Enfiló el pasillo con decisión.

Le cogió de la mano.

—Antón, revisa las habitaciones, por favor. Yo no puedo hacerlo —dijo, con un nudo en la garganta.

—¿No has entrado?

—No estoy segura. No lo recuerdo —explicó con esfuerzo—. Por favor, revisa que no haya nada de Víctor.

Antón asintió. Entró en las habitaciones y, sin tocar nada, comprobó que no había ningún indicio de que un niño hubiera estado allí. Volvió al salón. Al cruzarse sus miradas, negó con la cabeza.

—Se lo han llevado, pero es una buena noticia. Podemos rescatarlo de las manos de su padre. Solo tenemos que dar con él. ¿Estás segura de que el asesino es Carlo?

—¿Quién, si no, iba a llevarse al niño? —preguntó, contrariada.

—No lo sé, Triana. Alguien que quiera hacerle daño y haya visto la oportunidad —respondió, colocándose a su lado sin mirar los cuerpos.

—Ha sido él. Estoy segura. Lo único que le importaba era el niño, y el único obstáculo eran ellas. —Las señaló—. Ahora tiene vía libre. —Se calló unos segundos—. Además, esto es culpa mía. Si no me hubiera empeñado en salvarla, estaría viva.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Carlo les advirtió de que, si contactaban conmigo, mataría a Aura. Y ha cumplido su amenaza.

—No es el momento de pensar en la culpa. Estamos perdiendo tiempo. Deberíamos haber ido a casa de Lucas —alzó la voz para hacerla reaccionar.

Comenzaron a escucharse ruidos en el portal. Los gritos de Braulio retumbaron en el edificio.

—¡Ya están aquí! —exclamó Antón—. Triana, tenemos que irnos.

Las voces de los agentes se acercaban. Los reflejos azules de los coches se colaban por las ventanas y el murmullo de la gente crecía.

Antón se asomó y lo confirmó.

—Hay que irse.

Triana respiró hondo. Miró a su hermana una última vez. Se acercó y, sin tocarla, le susurró unas palabras al oído.

Los agentes entraron en tropel, ya con los monos de protección. La voz de Juanjo destacó entre todas.

—¡No quiero ni un puto fallo! —gritó, furioso.

Triana sabía que todos en comisaría conocían su vínculo con una de las víctimas. La reacción de Juanjo dejaba claro el cariño que le tenía.

—Vámonos —dijo, echando a andar—. Puede que aún podamos salvar a Lucas.

—Hay que darse prisa —añadió Antón, siguiéndola.

3

El ascensor parecía avanzar con una lentitud insoportable. Triana apretaba los botones como si eso pudiera hacer que llegaran antes. Se miraron cuando paró en la planta de Lucas. La respiración se agitaba y las sienes latían. En cuestión de segundos conocerían la situación a la que se enfrentaban. Si Lucas estaba muerto, el mensaje que quería dejar Carlo era claro. Sin embargo, si no era así, la opción de encontrar a Víctor crecía exponencialmente. Lucas llevaba tiempo tratando con aquel impresentable y era posible que fuera quien mejor le conociera de los que estaban allí.

Antón se había fijado en las ventanas del piso de Lucas. Las persianas estaban a medio bajar y la luz del salón era imperceptible.

Tocó el timbre con la misma intensidad que el botón del ascensor y golpeó la puerta con fuerza mientras gritaba a pleno pulmón.

—¡Lucas! ¡Lucas, soy yo! ¡Soy Triana! ¡Tienes que abrir la puerta, es urgente!

Nada. Ni un solo ruido.

Los agentes pegaron la oreja a la puerta para intentar escuchar cualquier sonido. La decepción no tardó en aparecer en el rostro de los policías. No se escuchaba absolutamente nada.

—Esto no me da buena espina —murmuró Antón.

Triana tragó saliva antes de contestar.

—Antón, está muerto, lo presiento. Sé que se han llevado a Víctor. Es lo que quería y lo ha conseguido. Ahora nadie se interpondrá y podrá criarlo a su imagen y semejanza. —Meneó la cabeza, decepcionada.

—No, Triana, nosotros estamos aquí, vivos. Nosotros nos interpondremos. No descansaremos hasta que ese niño sea libre de

las garras de su padre —matizó el inspector con contundencia.

Volvieron a aporrear la puerta y a llamar al timbre sin descanso.

Nada. Silencio de nuevo.

—No nos queda otra, Triana.

El inspector sacó una pequeña cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Una ganzúa apareció entre sus dedos temblorosos. La tensión no le ayudaba a mantener la calma.

—Atenta, por favor. Céntrate —ordenó al introducir la herramienta en la cerradura—. No sabemos si ese malnacido está ahí dentro y solo quiere acabar contigo.

No solía utilizar aquella técnica delictiva, pero en ese caso nadie se iba a quejar a la policía. Apretó los labios por la concentración que necesitaba.

—¿Acabar conmigo? —reaccionó.

—Si ha matado a Lucas, eres la única persona que le puede quitar al chiquillo —sintetizó.

Triana asintió al darse cuenta de a qué se refería. Quizás ese era el principal motivo por el que no quería que Aura contactara con ella. Perdería el control de la situación si ella entraba en escena. Con el asesinato de Aura y Nadia intentaba utilizar el miedo psicológico. Sin embargo, a Carlo se le había pasado un pequeño detalle por alto: le había quitado todo. El único motivo que tenía para seguir respirando era encontrar a Víctor, y se había prometido a sí misma que no le iba a fallar.

Tras unos segundos, la puerta cedió.

El ambiente metálico flotaba en el aire, cada vez más denso y penetrante. Cruzaron las miradas y asintieron sin palabras. Sus pensamientos se sincronizaron y sacaron las armas.

—Lucas —dijo Triana en voz baja, pero firme.

De nuevo, silencio. Antón tragó saliva y le dio una palmada en el hombro. Normalmente era él quien encabezaba la marcha, pero esta vez Triana quería ir delante.

Avanzaron en silencio por el pasillo hasta llegar al salón, que estaba vacío. El televisor estaba apagado y había una taza de café sin terminar en la mesa del centro. Al fondo, la cocina tenía el mismo aspecto desordenado. Los platos estaban sin fregar y había restos de comida en la encimera y en la mesa. Parecía que había estado comiendo y no lo había recogido a propósito. Siguieron recorriendo el resto de la casa hasta llegar a una de las habitaciones, con la puerta entornada. Un olor conocido para los agentes se intensificaba a medida que se acercaban. Triana empujó la puerta con la punta del zapato. El cuerpo de Lucas yacía en el suelo del dormitorio, junto a la cama, con un tiro en la sien. La sangre se extendía en un charco oscuro que empapaba la alfombra. Una pistola descansaba a escasos centímetros de su mano.

—Triana, ¿estás bien? —preguntó Antón, con la voz entrecortada.

Giró la cabeza para asentir. El impulso de maldecir fue contenido, pero las lágrimas se abrieron paso. Triana observó la habitación con detenimiento. No había ningún signo de lucha ni muebles volcados, ni ningún detalle que indicara la presencia de otra persona. Se miraron.

—Lucas nunca se habría suicidado. Quería a Aura y a Víctor por encima de todo. Lo pude ver en el vídeo del hotel. Se querían, e hizo lo imposible por mantenerlos a salvo. —Se puso en cuclillas y miró a Lucas.

—Tienes razón, le han matado. Bueno, le han obligado a matarse. Deberíamos comprobar la trayectoria del disparo —señaló con suspicacia.

—Lo sé, pero también se han podido colocar detrás y obligarle a disparar. Si llevaba guantes, que es lo más probable, no

dejaría huellas en el arma. —Se levantó y sacó el móvil—. Hay que llamar a Juanjo.

—Tendrán que dividir los efectivos.

—Deberíamos quedarnos aquí hasta que lleguen. —Se secó las lágrimas sin dejar de mover la cabeza, incrédula.

Antón se acercó y la abrazó con fuerza. Triana terminó de romperse en los brazos de su compañero.

—¿Sabes qué es lo que me rogó Aura que hiciera? —Se separó para mirarle.

—¿Qué?

—Que lo matara… Y te juro que lo voy a conseguir. No voy a parar hasta lograrlo. —Apretó la mandíbula.

—No puedes decir eso, Triana. Sé que es un momento muy difícil, pero tienes que pensar con la cabeza, no desde la venganza. —La agarró por los hombros—. Hay que encontrar a Víctor, ese es tu objetivo.

—No, Antón, tengo que conseguir las dos cosas. Carlo es un hombre poderoso. Si no consigo matarle, Víctor siempre estará en peligro, ¿lo entiendes? ¡Siempre! —repitió alzando la voz.

—Entiendo lo que dices, pero él sabe escabullirse de la ley. Necesitamos un plan antes de hacer nada.

—Antón, de verdad, te agradezco que me quieras ayudar, pero esta vez tengo que volar sola. —Le miró con los ojos brillantes.

—Lo siento, pero eso no es posible. No pienso dejar que hagas esto tú sola.

Triana resopló, secándose las lágrimas.

—Antón, sé que el caso que tienes entre manos es importante. No puedes estar a dos cosas. Yo puedo hacerlo sola. Esta vez hay que dividir fuerzas. Haremos las investigaciones por separado. Es lo mejor, y lo sabes. —Su voz transmitía seguridad.

—Sí, es el caso de Sandra Roldán. Ha aparecido el cuerpo. Quería estar seguro antes de decirte nada. Me lo ha confirmado Juanjo con las pruebas de ADN. Es ella, Triana. Siempre lo supe y nadie me creyó. Después de quince años ha aparecido… —se lamentó.

—Hay que llamar a Juanjo. Tiene que recoger pruebas para confirmar que han asesinado a Lucas. —Los músculos se le tensaron al decirlo.

—Lo vamos a encontrar… Vamos a resolver los dos casos.

—No quiero resolver el caso. Lo que quiero es matar a Carlo y tener a Víctor conmigo todas las noches.

Antón la volvió a abrazar.

—Entonces eso es lo que haremos —confirmó el inspector, apretándola con más fuerza para que llorara con libertad.

4

La situación se había vuelto peligrosa para Triana. Mientras investigaban qué había ocurrido y, sobre todo, dónde estaban Carlo y Víctor, lo más prudente era que no estuviera sola. Vivir en la casa de sus padres estaba descartado por el momento. Antón, como era de esperar, se ofreció —y casi exigió— que se quedara en su casa. Triana accedió de buen grado, para sorpresa del inspector. Esperaba una lucha verbal hasta convencerla de que se quedara con él al menos la primera noche. Si no hubiera accedido, Antón no habría pegado ojo. No sabían dónde estaba Carlo, pero sí que no podía andar muy lejos. Incluso era probable que alguno de sus secuaces la vigilara desde la distancia para conocer cada uno de sus pasos.

El inspector vivía solo desde que se divorció de Remedios, por lo que sintió cierta emoción cuando Triana entró en su casa. Para él era como su hija, y que estuviera allí para pasar la noche le reconfortó. No tenía tan claro que la noche siguiente fuera a ocurrir lo mismo, así que tendría que preparar bien sus argumentos para convencerla de que se quedara una temporada. Antón no se quedaba tranquilo pensando que pudiera estar sola. Carlo había demostrado ser inteligente y cruel. No daría un paso que no le acercara a su objetivo.

Triana necesitaba estar cerca de la puerta para convencerse de que nadie entraba en el piso. Por lo que dormir en el sofá fue la única opción que aceptó, a pesar de que la casa tenía dos habitaciones. Ninguno de los dos durmió en toda la noche, y se levantaron con ojeras. Triana, además, tenía los ojos rojos y la garganta resentida.

—Buenos días, Antón. —Entró despeinada, con un pijama prestado que le quedaba grande.

El olor a café impregnaba la cocina. Antón se había levantado temprano para preparar el desayuno y ser buen anfitrión, con la

esperanza de que Triana repitiera noche. Se movió en silencio para no despertarla. Supuso que no habría sido una buena noche.

—¿Qué tal vas? —preguntó al girarse.

—Mal, pero ahora no puedo pensar en mí. Tengo que salvar a Víctor. Hay que centrarse en eso —repitió.

—Lo vamos a encontrar, de eso puedes estar segura. —Le sirvió una taza de café.

—No quiero repetirme, pero quiero darte las gracias por todo, de verdad. Si tú no estuvieras conmigo, no sé qué sería de mí ahora mismo. —Le cogió la mano—. Gracias, Antón.

—Para mí eres como mi hija, Triana. Sé que no lo eres, pero es una pena, porque serías mi preferida. —Le guiñó el ojo—. No tienes que agradecerme nada. En mis peores momentos tú has estado ahí. No nos debemos nada.

—Lo sé, pero nunca está de más decirlo. —Cogió la taza con ambas manos y dio un sorbo.

El inspector miró el reloj. Habían dormido poco y se habían levantado temprano, pero tarde para entrar a trabajar a primera hora.

—Creo que hoy no deberías ir a trabajar.

—¿Estás loco? No lo dirás en serio. Creo que nunca he tenido tantas ganas de ir. —Apretó los dientes.

—La situación que estás viviendo es dura y necesitas tiempo para asimilarla. Si no lo haces, puedes romperte —explicó con calma.

—Lo sé, pero hay un niño pequeño que me necesita antes de que lo escondan y su rastro desaparezca. Es muy pequeño, Antón. Si se lo lleva fuera de España, no lo encontraré. —Se secó el lagrimal.

—Está bien. Trabajaremos hoy juntos —recalcó.

—Antón, tienes que cerrar el caso de Sandra. Los dos sabemos que si no lo haces no te lo perdonarás nunca. Se te ha presentado una segunda oportunidad, y eso no suele pasar. Aprovéchala —suplicó—. No puedes dejarlo por mi culpa.

—¿De verdad piensas que te voy a dejar sola?

—Podemos trabajar como antes, por separado, y luego poner en común los avances —propuso.

—No. Ya no trabajamos así, y lo sabes. Ahora somos un equipo —zanjó.

Se levantó y dejó la taza en el fregadero. Cogió varios paquetes de galletas y una bolsa de magdalenas.

—Toma, come y calla. Nos espera un día duro. Además, tenemos que ir a tu casa a por ropa y lo que necesites, como el secador. —Sonrió, inclinando la cabeza para mostrar su calvicie.

—Entiendo, ya dejaste de usar productos para el pelo. —Sonrió ligeramente.

El teléfono de Antón comenzó a sonar.

«¿Braulio?»

El inspector miró a Triana. Probablemente no fueran buenas noticias.

—Cógelo, será importante —dijo ella.

Antón suspiró antes de responder.

—Dime, Braulio.

—Estás con Triana, ¿no?

—Sí, estamos en casa. Ahora vamos para allá.

—Perfecto, venid lo antes posible. Juanjo y el equipo han estado trabajando toda la noche.

—¿Ya tienen resultados?

—Algunos. Han avanzado para que podáis empezar. Pero son tres asesinatos y una desaparición. Hay mucho trabajo.

—Lo entendemos.

—Venid ya. Tenemos que empezar a buscar a Víctor y avanzar con Sandra.

—Nos duchamos y vamos.

—No, Antón. Venid ya. Que Juanjo os informe y se vaya a descansar. Lleva toda la noche sin dormir.

—De acuerdo. Vamos para allá.

—Daos prisa.

—Eso haremos.

Colgó.

—Estoy bien, Antón. No quiero que te preocupes ni que sientas pena por mí, ¿vale? —Triana se frotó los ojos.

Antón asintió. Sabía que era mentira, pero tendría que aceptar su decisión.

5

Cuando cruzaron las puertas de comisaría, el ambiente era extraño. Los compañeros iban y venían, los teléfonos no dejaban de sonar y las voces llenaban los pasillos. Era lo habitual en una mañana de trabajo. Pero algo era diferente.

Triana lo sintió enseguida. Sus compañeros la miraban de soslayo. Las conversaciones se apagaban cuando pasaban cerca y los gestos eran tensos, sobre todo en los agentes más jóvenes. La noticia del triple asesinato había corrido como la pólvora y hasta los más nuevos se habían enterado. No había comentarios, ni bromas, ni el tono habitual de la unidad.

Algunos compañeros que la conocían mejor le dedicaron un leve gesto con la cabeza, queriendo transmitir su apoyo, pero sin atreverse a decir nada. Otros desviaban la mirada o se refugiaban en las pantallas. Fue entonces cuando Triana entendió que la comisaría estaba tan consternada como ella. No quería compasión. Quería ayuda. Y decidió pedirla.

—¡A ver, chicos! ¡Un momento, por favor! —gritó.

La comisaría quedó en silencio. Todas las miradas se clavaron en su rostro demacrado. Triana alzó los brazos para llamar la atención incluso de los más despistados.

—Todos sabemos lo que ha pasado. —Entornó los ojos, evaluando la situación—. Me siento fatal por no haber podido proteger a mi propia familia —continuó, alzando la voz—. Pero necesito vuestra ayuda. Os ruego que me ayudéis a encontrar a mi sobrino. Sé que tenéis familia y obligaciones, pero si podéis echar unas horas extra esta semana… os lo agradecería de corazón. —Tragó saliva—. Por favor, necesito vuestro apoyo.

El silencio era denso. Solo se oían los teléfonos que algunos agentes descolgaban rápido para no interrumpirla.

—¡Tienes mi apoyo! —gritó un agente al levantarse.

Triana asintió, emocionada.

—¡Y el mío!

—¡Y el mío!

Las voces se multiplicaron por toda la sala. Uno a uno, todos los policías se fueron levantando hasta que la unidad entera estuvo en pie. Triana no pudo contener las lágrimas.

—¡Gracias a todos! —dijo, con la voz rota.

Braulio observaba desde la puerta de su despacho, con los ojos brillantes.

«Tengo a los mejores agentes… y a las mejores personas», pensó.

Comenzó a aplaudir. Toda la comisaría le siguió. Antón cogió a Triana por los hombros y la condujo al despacho de Braulio, mientras ella se derrumbaba.

—Vamos a darle a nuestra compañera lo que necesita. Cualquier detalle puede ser clave. No quiero despistes. Y prefiero que me comentéis cualquier hipótesis, por absurda que parezca, antes de descartarla, ¿vale?

Los agentes asintieron y retomaron el trabajo. Braulio cerró la puerta.

No había dormido. Se había pasado la noche con Juanjo, organizando equipos y revisando pruebas. El café había sustituido a la sangre en sus venas. Ni siquiera recordaba cuántos se había tomado desde que encontraron los cuerpos de Nadia y Aura. Aquella imagen no se le borraría nunca. Tampoco la de Triana, rota en el suelo.

Cogió el teléfono y llamó a Juanjo para que subiera con los informes. Sabía que Triana podía venirse abajo en cualquier

momento. Pero también sabía que lo que más le importaba era el niño. Así que decidió centrarse en el trabajo.

Juanjo entró con el mismo gesto agotado que todos.

—Gracias, Juanjo. Sé que llevas aquí toda la noche —dijo Triana.

—No hace falta que me des las gracias. —Se sentó, dejando varias carpetas sobre la mesa—. Vamos a empezar. Hay que meter a ese desgraciado entre rejas. Aunque si le metéis un tiro en la cabeza... —Enarcó las cejas.

—Una cosa antes de empezar —intervino Braulio, inclinándose hacia delante—. Yo también lo quiero muerto. Pero somos agentes de la ley y no podemos decir esas cosas en voz alta.

—Lo sabemos —respondió Antón.

—No lo podemos decir… pero lo voy a matar —murmuró Triana, apretando el bolso.

—Vale, pero no lo digamos más —zanjó Braulio—. Juanjo, sigue.

—Voy. —Se frotó la cara, agotado—. No hemos terminado todo, pero os doy lo que tenemos para que podáis empezar.

—Cuando quieras —asintió Braulio.

—En la casa de Nadia y en la de Lucas no hay signos de entrada forzada. Las cerraduras están intactas. Abrieron la puerta a alguien conocido. Todo apunta a Carlo. Tampoco hay indicios de lucha. Así que no esperaban el ataque. —Hizo una pausa—. Creyeron que podrían resolverlo hablando.

Triana apretó las manos. Antón y Braulio la miraron, pero no dijeron nada.

—Sobre Lucas… —cambió de carpeta—. Todo indica que es una recreación de suicidio. Pero no lo es. Murió en el acto. Tenía

restos de pólvora en las manos y la escena estaba preparada para que pareciera voluntario.

—¿Huellas? —preguntó Antón.

—Ninguna. Pero todos sabemos quién ha sido.

—Creo que Nadia y Aura lo dejaron pasar —intervino Triana —. Primero mató a Lucas. Luego las amenazó. Les hizo creer que podían llegar a un acuerdo… y las engañó.

—Es lo más probable —asintió Braulio—. Sigue.

—En cuanto al ordenador de Lucas… —continuó Juanjo—. Abel ha estado trabajando toda la noche. Ha encontrado algo importante. Lucas había comprado un viaje con el niño. Iban a huir. O, al menos, a esconder a Víctor.

—Aura sabía que Carlo no iba a parar —dijo Triana—. Pensó que con Lucas estaría a salvo… —se detuvo.

—Lo encontraremos —intervino Braulio—. Seguro que ha dejado rastro. Nadie es invisible.

—Salvo alguien con dinero y recursos —añadió Triana, devastada.

Juanjo se removió en la silla, incómodo.

—Voy terminando. —Cogió otra carpeta—. Sobre Sandra Roldán, la identidad está confirmada. No hay signos de agresión ni de abuso sexual.

Antón frunció el ceño.

—¿Nada?

—Nada. Pero hay algo importante. Los análisis apuntan a un coma etílico como causa de la muerte.

—¿Murió por beber? —preguntó Triana.

Juanjo asintió.

—Entonces… ¿por qué la enterraron? —añadió Antón.

—Esa es la pregunta.

—Puedes irte a descansar, Juanjo. Dale las gracias a todo el equipo —dijo Braulio.

—Seguiremos trabajando. En cuanto tengamos más resultados, os aviso.

Se levantó. Se acercó a Triana y le dio un beso en la cabeza.

—Si necesitas algo, me dices.

—Gracias.

Juanjo salió del despacho.

Braulio respiró hondo.

—Hay que ponerse a trabajar. Pero antes una cosa, Ballesteros no ha venido hoy. Le he llamado varias veces y no responde. —Su voz se tensó—. Quiero que vayáis con una patrulla a su casa. Necesito que comprobéis que está bien.

Triana se levantó de golpe, sin aliento.

«Por favor, que no esté muerto».

6

El coche patrulla se detuvo en seco frente al portal. No podían perder ni un segundo. La tensión se palpaba dentro de los vehículos. Triana y Antón no iban solos. Nadie sabía qué pasaba con Ballesteros. Así que Braulio ordenó que fueran acompañados por varios agentes para tirar la puerta abajo si era necesario.

En una situación normal no habrían montado aquel despliegue. Ni siquiera le habrían dado importancia a una ausencia en el trabajo. Pero, después de tantas muertes, aquello no era normal. El inspector quería proteger a Triana, pero ella era el epicentro de lo que estaba ocurriendo.

Dejaron los coches mal aparcados y bajaron el ariete de una de las furgonetas, aún con las luces encendidas. Iban decididos a derribar la puerta si no abría a la primera. Triana intentaba no derrumbarse, pero sentía que estaba al límite.

Saltó del coche antes de que se detuviera por completo. Antón fue tras ella.

—¡Triana, espera, joder! ¡No sabes lo que te vas a encontrar dentro! —gritó.

Triana continuó corriendo hasta la puerta. Llamaron varias veces sin respuesta.

El equipo de asalto, con el ariete preparado, les hizo un gesto de advertencia. El corazón de Triana latía como un tambor. El sudor le brillaba en la frente. Las manos le temblaban. Cerró los ojos con fuerza para no llorar delante de todos.

Un golpe. Otro. Y un tercero, brutal, hizo saltar la puerta. El estruendo resonó por todo el edificio. Los vecinos salieron de sus casas, alarmados. Ballesteros era querido por ser amable y cercano. Todos le conocían.

El ambiente se volvió irrespirable. Antón sentía que iba a colapsar igual que Triana. Rezó en silencio antes de que la puerta cediera del todo.

Triana iba a entrar, pero Antón la sujetó del brazo.

—¡Armas en alto! ¡No quiero a nadie despistado, esto no es un simulacro! —gritó.

Entraron con precaución. Se dispersaron por el piso. Todo estaba en silencio. Vacío.

Triana avanzaba sin control, revisando habitaciones con el arma en alto hasta que lo vio.

—¡Ballesteros! —gritó.

Se lanzó hacia él.

Estaba lleno de sangre con los ojos cerrados y la cabeza ladeada. No sabía si estaba vivo.

Le sujetó la cara con ambas manos y la levantó.

El salón era un desastre: Muebles volcados y cristales rotos. Y en medio de todo, Ballesteros, atado a una silla. La cara destrozada. La ropa empapada en sangre. Irreconocible.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Antón, llevándose las manos a la cabeza.

Guardó el arma y sacó el cuchillo. Cortó las bridas con rapidez. La escena era demasiado familiar. Carlo había dejado su firma.

Triana cayó de rodillas frente a él. Entonces Ballesteros parpadeó.

—¡Ballesteros! ¡Soy yo! Mírame… por favor… —susurró.

La sangre caliente en sus dedos le heló la piel.

Antón se arrodilló a su lado. Una lágrima le recorrió la mejilla. Dudaba de que sobreviviera.

Triana insistió.

Los agentes observaban, conmocionados. Uno de ellos pidió una ambulancia.

Cuando soltaron las bridas, el cuerpo de Ballesteros se desplomó. Lo tumbaron en el suelo. Triana volvió a sujetarle la cara.

—¡Ballesteros, por favor, di algo! —suplicó.

Antón se limpió las lágrimas.

—¿Dónde está la ambulancia? —gritó.

—En camino —respondió un agente.

Ballesteros volvió a parpadear. Emitió un leve gemido. Apenas podía abrir los ojos.

Triana sonrió, rota.

—Estoy aquí… Lo siento… Es culpa mía…

—No… —murmuró él.

—¿Quién ha sido? —preguntó Antón.

—Ca… Carlo… —articuló con dificultad—. No estaba solo…

Triana sintió cómo la rabia le recorría el cuerpo.

—¿Qué te ha dicho?

Ballesteros tragó saliva.

—Que si buscas a Víctor… te va a matar… —tosió—… te va a matar, Triana.

—Solo le ha dejado vivo para que lo entiendas —añadió Antón—. Sabe lo que estás pensando.

Ballesteros le apretó la mano con lo poco que le quedaba de fuerza.

—Vamos a por él.

—Hay que matarlo —murmuró Antón.

Pero Triana ya no escuchaba.

La ambulancia llegó. Las sirenas retumbaban en su cabeza. En ese instante tomó una decisión.

Los sanitarios entraron y la apartaron para subirlo a la camilla.

—¿Se va a poner bien? —preguntó.

—No lo sabemos. Puede tener lesiones internas —respondió el médico.

Los agentes comenzaron a salir del piso. Sabían que la científica lo revisaría todo.

Triana observó cómo se lo llevaban, abrazándose a sí misma.

—Voy a llamar a Braulio. Tú tienes que ir al hospital con él —dijo Antón.

Triana asintió, pensativa.

—No sabe con quién se ha metido —murmuró.

7

El inspector ordenó a Triana que fuera con Ballesteros al hospital. Ninguno de los dos debía estar solo en esos momentos. El agente estaba en estado crítico. La paliza que le había dado Carlo había sido brutal. Además, como él mismo había dicho, eran varios y le habían sorprendido.

El mensaje de Carlo había quedado claro.

Ahora tocaba pensar.

Antón sabía que el tiempo jugaba en su contra, pero tenía experiencia manejando situaciones complejas, urgentes y caóticas. Sin embargo, esta vez era distinto. Era personal. Triana estaba en medio de una catástrofe que su familia llevaba años gestando sin saberlo.

Había llamado a Braulio y habían quedado en el bar de Ventura. Los casos no podían esperar. Antón tenía que tomar decisiones. Y esta vez Braulio no podía limitarse a observar. La situación ya se había desbordado.

Ventura les sirvió los cafés sin decir una palabra. Antón había llegado antes y le había contado lo ocurrido. El hostelero era una tumba. Guardaba más secretos que nadie y nunca traicionaba a los suyos.

Antón sostenía el vaso entre las manos, sin beber. Miraba fijamente las vetas de la madera. Estaba en el banco del fondo, como siempre.

Braulio entró con el rostro tenso. No era de mostrar emociones, pero aquello le estaba afectando más de lo que quería admitir.

—¿Qué tal está? —preguntó, dejándose caer en el asiento.

—Braulio, esto se nos ha ido de las manos. Tenemos que hacer algo. Pensábamos que lo íbamos a arreglar y lo único que hemos hecho es empeorarlo todo. —Tragó saliva, cargado de culpa.

—¡Joder, Antón! ¿Qué querías que hiciéramos? No podíamos hacer más. No éramos nosotros quienes debíamos decirle la verdad. Era Aura. Así nos lo dejó claro Rafa.

—¿En serio? Aura no tenía criterio. Era una veleta. Y lo que le contó a Triana… la mitad eran verdades y la otra mitad, mentiras. —Se recostó en el asiento y levantó el vaso vacío.

Ventura lo vio y asintió desde la barra.

—Da igual. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Antón, haciendo girar el vaso sobre la mesa.

—No lo sé, Antón… no lo sé. —Se llevó la mano a la cara.

—Mira —bajó la voz—, yo solo sé que te propuse contarle la verdad y dijiste que no. Que era mejor entretenerla buscando a su hermana. La mantuvimos al margen… y ahora ese cabrón ha matado a todo su entorno. ¡Joder, Braulio, casi mata a Ballesteros!

Ventura dejó otro vaso lleno y se marchó. Antón bebió un largo trago.

«Menos mal que no me está poniendo agua».

—Resuelve lo de Sandra. Yo me encargo de Carlo —dijo al fin.

—¿Te encargas? —replicó Braulio—. ¿Como antes? ¿O esta vez de verdad?

—¡Para ya, joder! ¡Te he dicho que me encargo!

Antón se levantó de golpe y se acercó a él.

—Se acabó el «me encargo». Me da igual que seas el comisario. Triana es mi amiga. Es como mi hija. Y la voy a proteger hasta el final. Rafael era tu amigo. Y ahora una de sus hijas está muerta por nuestra culpa. Por guardar un secreto que no nos

corresponde. A los de arriba les da igual si caemos. Así que deja de dudar y vamos a matar a ese desgraciado.

El tono de Antón era frío, directo.

Braulio asintió, sin levantar la mirada.

—Le necesitamos. Y si él está en peligro, nosotros también. Saca a esa rata del agujero —insistió Antón.

Braulio entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Tienes razón. Siempre la has tenido. Pero yo tengo que obedecer órdenes. Es un testigo protegido.

Antón negó con la cabeza, incrédulo.

—Y a ellos les da igual si morimos por arreglar su mierda. Ya van tres más en la lista de Carlo. ¿Te han llamado? ¿Les importa? No. —Apoyó las manos sobre la mesa y volvió a sentarse.

—Tranquilízate. Así no arreglamos nada. Voy a llamarle hoy mismo. Pero que quede claro que pedirle ayuda no significa que vaya a venir.

—Lo sé. Pero ya dejó tirado a Rafa. Más le vale no hacer lo mismo con su hija y su nieto.

Antón se frotó el cuello. El sudor le corría por la piel. Respiró hondo.

—¿Me has traído el expediente de Sandra Roldán?

—Sí. —Le tendió la carpeta—. Termina lo que empezaste. Y quítate esa espina.

Antón se levantó.

—Voy a ver a los padres de Sandra. Quiero confirmarles que es ella y decirles que voy a descubrir qué pasó aquella noche.

—Está bien. Vamos hablando.

8

Antón se bajó del coche frente al edificio de los Roldán. El portal, con su verja roja y los buzones metálicos desgastados por los años, le devolvió de golpe a aquella primera investigación. No había vuelto desde entonces. El barrio seguía igual de silencioso y tranquilo, como si aquel caso hubiera detenido el tiempo en aquel fatídico día. Recordó los nervios que tenía cuando llamó a la puerta.

Caminó con paso firme, aunque por dentro el estómago se le revolvía. Subió los escalones y llamó al timbre. Sonó más breve de lo que había planeado. Antón inspiró despacio mientras esperaba al otro lado de la puerta. Había pasado más de una década, pero la imagen del pasado volvió a su mente de manera nítida: la madre desencajada, con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas. El padre, con el rostro tenso, intentando no derrumbarse mientras miraba una de las fotos de su hija y contestaba con monosílabos.

Aquel caso le había perseguido durante años. La impotencia de no encontrar un hilo del que tirar aún le persistía. La sensación de que Sandra no iba a volver le había ido pesando desde entonces. Jamás la encontró porque alguien se encargó de esconderla bajo tierra y de que el caso se calificara como una fuga voluntaria.

Después de una pausa larga, escuchó unos pasos apagados y la puerta se abrió, dejando ver a una mujer que, pese a los años, el inspector reconoció enseguida: Isabel, la madre de Sandra. El pelo gris recogido en un moño bajo, la cara surcada de arrugas y los ojos hundidos le estudiaron con disimulo.

Lo había reconocido, pero prefirió no demostrarlo.

—Isabel —saludó Antón, serio, con la voz grave—. Soy Antón, el inspector que se encargó de la investigación de su hija. Sé que hace mucho que no nos vemos… —tragó saliva—, pero necesito hablar con ustedes.

Isabel asintió, dando un pequeño paso atrás para que entrara a la vivienda.

—Mi marido está en el salón. Pase.

La casa estaba tal y como la recordaba. En el salón se encontraba Manuel, un hombre frío, de complexión ancha y gesto cansado. Se levantó de su sillón al verle entrar. Lo había reconocido, igual que su mujer.

«No se puede olvidar la cara del policía que te falló».

Tras los saludos, Antón se sentó donde le indicó Manuel, con su carpeta vieja entre las manos. Respiró hondo, disimulando lo nervioso que estaba por volver a sentarse en aquel salón y enfrentarse a aquellas miradas que ya habían perdido la esperanza de ver viva a su hija Sandra.

—Han encontrado el cuerpo de su hija —terminó de decir con toda la serenidad que los nervios le permitieron. Notó cómo la cara de Isabel palidecía.

Los padres se miraron de inmediato.

—Siempre quieres pensar que está lejos, viviendo una vida llena de felicidad. Te aferras a esa idea porque necesitas poner un final para continuar —explicó Isabel—, pero la idea de que estaba muerta era la más probable.

—Sabíamos que no se había ido de manera voluntaria. Era una chica reservada y adoraba a su familia. En ninguna circunstancia nos habría abandonado —añadió Manuel. Se frotó los ojos para limpiarse las lágrimas.

—Nunca he olvidado este caso. Me acuerdo de su hija desde que cogí esta carpeta vacía y la llené poco a poco con las declaraciones de los testigos —suspiró, derrotado—. Al no encontrar el cuerpo, no teníamos manera de acusar a nadie, pero ahora sabemos la causa de la muerte.

—¿Sufrió?

—La causa de la muerte parece haber sido un coma etílico.

—Quiere decir que la emborracharon para matarla, ¿no?

—No tiene señales de agresión ni de violación. Con el estado del cuerpo solo podemos afirmar la causa de la muerte, pero no si lo ingirió de manera voluntaria —explicó Antón, secándose el sudor de la frente.

—Eso no cuadra con lo que dijeron los amigos —recordó Isabel con gran esfuerzo.

—Lo sé, pero según las declaraciones, la vieron irse con un hombre que no conocían. Creo que la intención de quienes hicieron esa declaración fue incriminar a una sombra. Era una pista falsa para ocultar la verdad. —Sacó la libreta de uno de los bolsillos de la chaqueta y el bolígrafo de otro.

—¿Lo que nos quiere decir es que van a reabrir el caso? —preguntó el padre con cierta esperanza.

—Sí, eso es. Aunque fuera un accidente, alguien la enterró. Y hay algún motivo para ello. Los amigos de Sandra ocultaron la verdad —sentenció mientras daba pequeños golpecitos con el bolígrafo en la libreta.

—La mejor amiga de Sandra, Laura, siempre dijo que cuando se fue no podía tenerse en pie, y el resto de los amigos lo negó. —Isabel movía la cabeza a ambos lados, negando las declaraciones del resto de asistentes.

—Laura le insistió para que se fuera a casa con ella, pero solo consiguió que le gritara; no quiso irse… o no la dejaron —añadió Manuel.

—Esa versión no consta en el expediente. Laura nunca declaró que le insistiera y ella no quisiera marcharse. —Antón tomó nota de la declaración de Isabel.

El padre observaba en silencio.

—¿Recuerdan algún detalle más que se les hubiera pasado por alto? Es importante. ¿Alguien con el que no tuviera buena relación? —insistió Antón para recopilar la máxima información posible.

—Había un chico del que estaba enamorada y se reía de ella, pero no recuerdo su nombre. Bueno, en realidad, todos se reían de ella, se burlaban en clase y en los descansos en la universidad. Por eso nos extrañó tanto que decidiera ir a esa dichosa fiesta —declaró Isabel con dificultad. Se llevó las manos al cuello, acariciando el colgante que reposaba sobre la blusa.

—¿No recuerda el nombre?

Isabel negó.

—De acuerdo. No les robo más tiempo. A medida que vayamos avanzando con el caso, me volveré a poner en contacto con ustedes. —Se levantó y estiró la mano para despedirse de los padres.

Manuel se levantó y, al despedirse de Antón, no le soltó la mano.

—¿Podremos enterrarla? —Le apretó la mano con los ojos acuosos.

—Por supuesto. Dispondrán del cuerpo lo antes posible.

Antón cerró la puerta. Se había negado a que le acompañaran. Había dejado al matrimonio llorando. Se sentía el peor policía del mundo. Bajó los escalones con la mirada clavada en sus zapatos. El aire de la tarde le pesaba al respirar. Le oprimía la garganta y las palabras no encontraban salida. Tenía el corazón deshecho al observar a los padres rotos de dolor.

Abrió la puerta del coche con un suspiro contenido y se dejó caer en el asiento. Apoyó las manos en el volante y cerró los ojos un instante para escuchar la canción que sonaba en la radio. Las palabras de los padres resonaban en su cabeza.

«Se inventaron la existencia de un hombre para darle credibilidad a la versión de la desaparición».

Inspiró hondo, tratando de disipar la bruma mental. Sacó de nuevo la libreta para apuntar lo que le habían dicho: *«discutió con Laura». «¿El hombre desconocido existió?».*

Arrancó el coche con un gruñido del motor. Mientras tomaba la salida de la calle, el cielo empezaba a teñirse de gris claro. Antón fijó la vista en la carretera sin dejar de pensar en la urgencia de hablar con Laura.

9

Antón era un buen inspector. Las circunstancias personales nunca le habían impedido hacer su trabajo con profesionalidad. Para él, los casos no solo eran trabajo, eran su vida. Desde pequeño tuvo claro que su vocación era ayudar a los demás. El departamento de homicidios había sido su sueño desde que tenía uso de razón. Ahora se encontraba en la peor de las situaciones posibles, pero no iba a dejar que interfiriera en el caso que marcó su vida. La imagen de Sandra era lo primero en lo que pensaba por la mañana al levantarse. Ahora le habían regalado una segunda oportunidad y no iba a dejarla pasar. Sin embargo, lo que había ocurrido no dejaba de atormentarle. Necesitaba escuchar a Triana decir que Ballesteros estaba bien. La subinspectora se sentiría culpable, pero no era la única.

Iba a avanzar lo más rápido que pudiera en la investigación. Por eso no se iba a dar tregua. Si era necesario, ni siquiera dormiría. Le mandó un mensaje a Triana de camino a la casa de Laura. La paliza que le habían dado a Ballesteros había sido la más violenta que había visto sin que la víctima hubiera terminado muerta. Miró el teléfono varias veces mientras conducía. La mente del inspector solía ponerse en la peor de las circunstancias, así que no tardó en pensar que, al llegar al hospital, no hubieran podido hacer nada por salvarle la vida. Suspiró y meneó la cabeza sin dejar de imaginarse a Triana devastada, llorando en la cama del hospital. Debía centrarse, y eso es lo que iba a hacer. Por una vez en su vida, no sería tan pesimista.

Inspiró hondo, intentando calmarse cuando llegó al edificio donde vivía Laura. Antón no había aparcado ese caso en su mente en toda su vida, por lo que sabía a la perfección dónde estaba cada uno de los testigos de la fiesta y lo que había sido de ellos. Durante su divorcio había estado muy perdido y decidió dedicar sus fuerzas a perseguir a algunos de los amigos de Sandra. Una de esas personas fue Laura. Sus padres habían muerto y ella había heredado la casa en la que había vivido durante su infancia. Se casó, se divorció y

había vuelto a donde empezó. Antón supuso que su vida no habría sido fácil después de vivir la desaparición de su mejor amiga. Cada uno vive las situaciones traumáticas a su manera, y Laura no había aprendido a sobrellevarlas después de tanto tiempo. Durante las semanas de seguimiento, comprobó que seguía yendo al psicólogo al que empezó a ir tras lo ocurrido. El inspector tuvo la sensación desde el principio de que Laura se sentía culpable, pero era incapaz de descifrar el motivo. Braulio nunca le permitió reabrir el caso. Se convenció de que había sido una desaparición porque no había pistas de lo contrario.

El edificio no había cambiado mucho en quince años. Antón se detuvo un momento frente al portal. La fachada mostraba las huellas del tiempo: desconchones en la pintura y un par de azulejos rotos en la entrada. Respiró hondo.

No sabía muy bien qué esperaba encontrar. Tal vez un detalle que hubiera pasado desapercibido. Una grieta, como la que sentía en su conciencia por no haber podido cerrarlo.

Tocó el telefonillo.

—¿Sí? —contestó una voz femenina, apagada.

—Laura Serrano, soy Antón, inspector de la policía. Quería hablar contigo un momento. Es urgente.

Hubo un silencio tenso y luego un zumbido que marcaba el comienzo del interrogatorio. Empujó la puerta y se volvió a sentir como el inspector inseguro de hacía tantos años. «Aquel que no fue capaz de resolver el caso».

Al llegar al rellano, Laura lo esperaba. No había ni rastro de maquillaje. Ojeras marcadas y piel pálida. Llevaba una sudadera ancha y un moño casi deshecho.

—No sabía que volveríais a la investigación después de tanto tiempo —dijo contrariada.

Él asintió con una sonrisa educada, prácticamente imperceptible, y enseñó la placa casi sin pensarlo.

—Sé que eras su mejor amiga, Laura, y lo siento mucho —dijo con un tono suave como un susurro.

—¿La habéis encontrado? ¿Por eso estás aquí? —Los ojos de Laura se habían humedecido.

—Sí, hemos encontrado a Sandra. —Agachó la cabeza, avergonzado—. La enterraron cuando desapareció —quiso aclarar para comprobar algún gesto en su rostro.

—Siempre supe que no se habría ido de manera voluntaria. —Aún estaba apoyada en la puerta y se dio cuenta de que no le había invitado a entrar—. Perdona, por favor, pasa.

Laura abrió más y se apartó para darle espacio. Antón entró y observó a su alrededor. La casa no había sufrido muchos cambios. Estaba prácticamente igual a como la recordaba, apenas había ninguna actualización del mobiliario. El salón era pequeño y algo desordenado. Antón tomó asiento. Laura se sentó frente a él con los dedos entrelazados y los codos apoyados en las rodillas.

—Siento insistir, pero necesito que me cuentes de nuevo lo que recuerdas de aquella noche —empezó Antón a hablar después de revisar que no tenía ningún mensaje de Triana—. Esta vez no te guardes ningún detalle, aunque creas que es una tontería.

El pecho de Laura subió y bajó en un intento de serenarse.

—Nos peleamos —admitió después de evaluar cómo decirlo y no encontrar las palabras—. Estaba muy pesada. La insulté y le dije de todo. Por eso nunca lo he podido superar, ni creo que lo haga. Si la hubiera obligado a venir conmigo puede que ahora estuviera viva. Había bebido mucho y… —Se calló—. No sé.

—Laura, por favor, cualquier detalle —suplicó Antón.

—Está bien. —Llenó sus pulmones de aire y lo soltó lentamente para calmarse—. Había bebido mucho y se comportaba

como si no fuera ella. Parecía una persona diferente, arrogante y soberbia. Le dije que me quería ir, que Héctor estaba insoportable y me había dicho que era una amargada. Me quería ir.

—¿Te dijo que te fueras sola?

—No, solo me dijo que la dejara en paz. Me dijo que era una egoísta y envidiosa, que no la dejaba divertirse y que Héctor quería estar con ella, pero que como yo siempre estaba en medio no se había lanzado. —Meditó unos segundos antes de hablar—. Hoy en día sigo sin entender esas palabras. Me dijo que la dejara en paz, que yo no era una amiga.

—¿Por qué?

—Héctor siempre se metía con ella. La humillaba y se reía de ella. No comprendo cómo me pudo decir algo así. No lo entiendo —repitió, frustrada—. Es verdad que estaba borracha, pero sus palabras me dolieron tanto que la dejé allí.

—Es importante que me digas la verdad. La causa de la muerte ha sido un coma etílico. —Antón la miró fijamente.

—Entiendo.

—No fue un accidente. La dejaron morir —quiso aclarar el inspector.

—Supongo. —Entrecerró los ojos, pensando si era una trampa.

—Tiene que haber algún testigo que lo viera. Laura, la dejaron morir y luego la enterraron —sintetizó el inspector—. ¿Seguro que no estabas allí? Puede que vieras algo que nos ayude a seguir la pista del asesino.

—No, lo siento. Discutimos delante de la gente, a gritos, y luego me fui. Lo puede confirmar cualquiera que asistiera a la fiesta. La insulté, le dije que era fea por dentro y por fuera, y después me largué. —Carraspeó.

—¿Y por qué alguien iba a querer matarla? —Antón sacó la libreta para apuntar lo que le había dicho Laura. Intentaría corroborar la nueva declaración con el resto de los asistentes.

—Eso es lo que me extraña. Sandra era una chica normal, no muy agraciada y excesivamente introvertida. Nunca hizo mal a nadie, y por eso mismo no comprendo por qué me dijo aquellas cosas.

—Puede que alguien se lo dijera en esa fiesta y, como estaba borracha, se juntaron varios factores para que explotara.

—No sé ni el motivo ni quién lo hizo, pero sí te puedo decir que la chica de aquella fiesta no era Sandra. Parecía otra persona —matizó Laura.

—Son los efectos del alcohol —respondió Antón dando golpecitos con el bolígrafo en la libreta.

—Puede que tengas razón, pero me siento culpable por lo que le dije y por haberla dejado allí. Ahora nunca me podré disculpar. —Contuvo el llanto—. Lo siento. Sigo yendo al psicólogo después de tantos años.

—¿Quién estaba allí cuando te fuiste? ¿Estaban todos los amigos de vuestra pandilla? —Abrió la carpeta del expediente para repasar la declaración de Laura.

—Fui una de las primeras en irme. No te puedo asegurar quiénes se quedaron con ella ni tampoco qué ocurrió después.

—¿Mantienes el contacto con quienes fueron a la fiesta? —preguntó Antón, intentando conseguir más información.

—No, lo siento. Después de aquello nuestras vidas cambiaron para siempre.

—Entiendo —dijo con voz comprensiva—. ¿Crees que es cierto lo que dijeron tus amigos de que se fue con un hombre?

—No, ya te lo dije entonces, y te lo digo ahora. Sandra jamás se habría ido con un desconocido. Pero también es verdad que la Sandra que yo conocía no estuvo en la fiesta. Ya me entiendes.

—Gracias, Laura. Me has ayudado más de lo que crees. —Se levantó—. Si recuerdas algo más, aunque sea un detalle, llámame a la hora que sea.

—Lo haré. —Asintió, limpiándose las mejillas.

Al bajar por las escaleras, Antón tenía la mente en ebullición. Héctor era el chico que había tratado mal a Sandra, pero en los informes nadie dijo nada. Era uno de los chicos que asistió con su novia.

«Todos mintieron entonces y lo están haciendo ahora».

Repasó de nuevo el informe antiguo. El grupo más cercano a Sandra eran los compañeros de clase de la universidad, y afirmaron que no la conocían mucho.

«Más que amigos, éramos conocidos», dijeron varios de ellos en los interrogatorios.

10

El ritmo monótono del monitor cardíaco llenaba la habitación en penumbra. Triana seguía sentada junto a la cama, sin soltar la mano vendada de Ballesteros. Su respiración era pausada y, a veces, entrecortada. Pero el rostro del agente seguía lívido, a pesar de los hematomas.

Habían bajado la persiana a medias para amortiguar la luz artificial del pasillo. La estancia estaba impregnada de ese olor a desinfectante tan típico de los hospitales. Triana sentía que se le había quedado pegado a la ropa y a la piel. En el silencio, solo se escuchaba el goteo del suero, como un metrónomo implacable. Triana se acomodó en el sillón que había junto a la cama. Le miraba sin pestañear y con los labios apretados. Había apagado el móvil para que no la molestaran. No quería distracciones ni hablar con nadie hasta que despertara.

Cada vez que le miraba trataba de contener las lágrimas, pero no siempre lo conseguía. Las vendas de las muñecas revelaban las marcas que le habían dejado las bridas. Los nudillos estaban destrozados y los labios, agrietados y con sangre seca. La rabia de haberle involucrado en los problemas de su hermana le pesaba cada vez más. Si Ballesteros moría, no se lo iba a perdonar nunca. Tampoco lo haría si le quedaba alguna secuela. Durante el camino al hospital le dijo que estaba bien, pero no era verdad. Había estado inconsciente durante horas debido a los golpes en la cabeza.

Se reclinó un poco hacia atrás en el asiento y se frotó los ojos, cansada. Habían pasado horas desde que entró en esa habitación. Antón la habría llamado, pero no quería hablar con nadie. Cerró los ojos para descansar, pero era imposible. No podía desconectar. Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes de Aura, Nadia y Lucas muertos aparecían.

Un chirrido repentino de la puerta la sacó de sus pensamientos. Se incorporó de golpe. Era Antón. Triana se levantó y

se tiró a sus brazos. Tenía el rostro serio, cansado, pero, sobre todo, la mirada de comprensión que Triana conocía tan bien. Se abrazaron durante varios segundos y el inspector la apretó con fuerza. Sabía que lo necesitaba. Triana se volvió a romper. Antón sentía cómo lloraba, su pecho subía y bajaba con cada sollozo. Se apartó para mirarla a la cara. Triana se secó las lágrimas rápidamente.

—Sabes que lo voy a matar, así que estate tranquila —sentenció Antón con dureza y determinación.

—No, es mío. Yo seré quien le meta una bala entre ceja y ceja, como él ha hecho con mi familia.

Antón hizo un ademán para dejar ese tema a un lado. Ahora no era lo importante. Ya no podían hacer nada por ellos.

—¿Cómo está? —susurró para no despertar a Ballesteros.

Triana negó con la cabeza. Se apartó un mechón de pelo de la cara con gesto cansado.

—No se ha despertado desde que le trajeron. Le han roto varias costillas —respondió en voz baja—. Ha murmurado palabras sueltas que no he conseguido descifrar.

Antón suspiró al mirar al monitor.

—Siéntate, anda. —Cogió la mochila que había dejado en el suelo—. Te he traído un termo con café y algo de comer.

Triana lo cogió casi sin pensar. Abrió el papel y vio que era un bocadillo de tortilla.

—Antón, no puedo parar —murmuró con la boca llena—. No hasta que lo encuentre. Si ha sido capaz de hacerle esto a Ballesteros solo para avisarme de que no le persiga, ¿qué será capaz de hacer por el niño?

—Ya me imaginaba lo que ibas a decir, y lo entiendo. Solo quiero que sepas que estamos contigo en esto. No te voy a dejar sola, y Braulio tampoco.

Se sentó en el reposabrazos del sillón donde comía Triana. Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, escuchando el pitido regular de las máquinas. La noche parecía suspendida en aquella habitación.

Los dedos de Ballesteros empezaron a moverse y Antón, que no dejaba de mirarle, se quedó sin parpadear para corroborar que era real lo que había visto.

—¡Se ha movido! —alzó la voz el inspector y le dio un codazo a Triana que, si no llega a esquivarlo, le habría dado en la cabeza.

Se levantaron a la vez. Triana tragó el poco bocadillo que le quedaba.

—Ballesteros, soy yo, Triana. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a la enfermera? —preguntó con alivio.

—No lo aturulles, que tiene que estar hecho polvo —le ordenó Antón.

Ballesteros se removió con esfuerzo en la cama, aún con el rostro amoratado y la voz ronca.

—¿Eres tú, Antón? —balbuceó Ballesteros, intentando enfocar la vista con lo poco que podía abrir los ojos. Estaban rojos, hinchados y le caían lágrimas de vez en cuando.

—¡Claro, colega! He venido a ver cómo estabas.

—Pues hecho una mierda, para qué engañarnos. —Sonrió y le entró tos.

—No te rías ni hables, que tienes que descansar —intervino Triana, mirando a Antón para que no le hiciera reír.

—Me alegro de que estéis los dos, porque tengo algo importante que deciros —murmuró.

—¿Qué pasa? —Antón tragó saliva.

Ballesteros intentó incorporarse, pero el dolor le indicó que era imposible.

—Tienes varias costillas rotas —dijo Triana.

—Vale. —Levantó la sábana para comprobar los vendajes que llevaba—. No recordaba que me hubieran dado tantas hostias. —Alzó las manos para mirarse los dedos rotos.

—Ha sido una gran paliza, que has aguantado como un campeón.

Ballesteros sonrió y le volvió a entrar la tos. Triana le dio la mano y se sentó a su lado en la cama. Con la mano libre le tocó con cuidado la cara.

—Triana, lo tienes que dejar, por favor. Me dijo que te iba a matar —susurró con las palabras entrecortadas.

—Me da lo mismo. Quizá mi sino es morir en sus manos, como el resto de mi familia, pero al menos salvaré a Víctor —sentenció Triana, frotándose los ojos.

—Por favor, deja de decir estupideces, ¿vale? Aquí no va a morir nadie —dijo Antón, cruzando los brazos con enfado.

—No sé qué tenéis intención de hacer para encontrarlo, pero quiero que sepáis que Carlo vino a mi casa con el tipo que aparecía en las imágenes del hotel y con el otro que dedujimos que era su cómplice —susurró con gestos de dolor en cada palabra.

—Eso es buena señal, ¿no? —dijo Triana.

—No sé si es buena señal. Lo que sí tengo claro es que le ayudaron dándote la paliza, pero luego habrá huido solo con el niño —señaló Antón.

—Los ha utilizado como matones, ¿no?

—Triana, no los utiliza como matones, les paga, son sus trabajadores —dijo con los ojos bien abiertos.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Triana contrariada.

—No lo sé, solo lo supongo. Por las pistas que encontramos, serán sus trabajadores. Carlo les pide cosas y ellos van y las hacen

por dinero, eso es ser un trabajador. Vamos, digo yo —respondió Antón cada vez más nervioso.

—¿Qué es lo que sabes y no compartes? —preguntó Triana, directa.

Ballesteros no podía hablar por los dolores que sufría, así que se limitaba a hacer los pocos gestos que podía.

—Esos tipos son muy peligrosos. Creo que Carlo esta vez les ha pagado para darte la paliza, pero no creo que se detengan si tú sigues insistiendo.

—¿Y? —levantó las cejas.

—No estoy seguro, pero creo que también estuvieron en los asesinatos de Aura, Nadia y Lucas. Lo que quiero decir con esto es que no tardarán en saber que vamos detrás de él y nos los mandará para crujirnos el cuello en un despiste. Ni más ni menos. —Suspiró y se sentó en el sillón—. ¿Y bien? Tú decides.

—Voy a ir a por él… sola, ¿estamos? No quiero a nadie trabajando conmigo —ordenó.

—Eso es imposible. —Antón sonrió—. Estás loca si piensas que voy a dejar que te suicides.

Ballesteros se removió en la cama y soltó un quejido de dolor.

—Si quieres que te maten, vale, pero yo también voy contigo. —Se levantó—. Me voy a dormir un rato.

El inspector cogió el móvil y llamó.

—¿Qué haces? —preguntó retóricamente Triana.

—No pensaréis que no os iba a poner a un policía en la puerta. Bueno, dos, para ser exactos. Quiero dormir, aunque sea un par de horas. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. —Salió por la puerta y les tiró un beso.

Escucharon la conversación desde el interior de la habitación.

—En media hora están aquí. Pasan esta noche y por la mañana viene el relevo de otros dos agentes —informó el inspector, asomando la cabeza por la puerta y, sin dar lugar a réplica, se fue.

11

Al llegar a casa se sentó en el sofá y, cuando volvió a abrir los ojos, ya era de día. Los primeros rayos de sol le habían despertado. Estaba tan cansado que ni siquiera recordaba haber encendido la televisión. Miró el reloj.

«Es temprano».

Lo primero que hizo fue mirar el móvil. Esperaba no tener ningún mensaje. Esos días eran los mejores, ya que cuando alguien contactaba con él era por malas noticias. Tenía que avanzar con el caso de Sandra y esperaría a que Triana lo llamara. No quería agobiarla, dejaría que tomara sus propias decisiones. Aunque esperaba que Braulio tuviera buenas noticias. Habían quedado para comer y estaba deseando que llegara el momento.

Antón se duchó y salió de casa. Debido a la temporada de seguimiento que había tenido de los testigos de Sandra, sabía que muchos de los asistentes eran profesores en la actualidad. La carrera que estudiaba Sandra era magisterio, así que, como era lógico, gran parte de ellos terminó impartiendo clases en colegios. Héctor había tenido una gran suerte en la vida, ya que su padre era dueño de uno de los colegios privados más prestigiosos de la Comunidad de Madrid. Por eso le pareció una idea brillante presentarse en la puerta sin avisar. Sabía que no le agradaría verle allí y se esforzaría en responder rápido para perderle de vista.

Llamó al telefonillo que había en la entrada y esperó a que respondieran con media sonrisa. Con solo imaginarse la cara que pondría Héctor al verlo, sintió que iba por buen camino.

—¿Sí? —respondieron.

—Soy inspector de la policía, quería ver a Héctor Morales —respondió con tono de autoridad.

—¿Tiene cita?

—No, pero estoy seguro de que no la necesito. Dígale que soy Antón, seguro que se acuerda de mí —sugirió con tono de suficiencia.

Sonó el zumbido de la puerta y empujó. Anduvo con las manos en los bolsillos hasta la entrada principal, donde aparecía el nombre del colegio privado. El inspector contempló las zonas comunes y el aire de poder que transmitía el edificio. Se notaba nada más verlo que Héctor había crecido en una familia adinerada. Por eso le resultaba más complicado entender que se la hubiera jugado en la fiesta donde perdieron la pista a Sandra. Sin embargo, Antón no se dejaba llevar por las primeras impresiones, y menos aún en este caso. Desde el principio de la investigación, las pistas indirectas apuntaban hacia él, lo cual le descartaba como sospechoso según la experiencia del inspector.

«Algo no encaja desde hace quince años».

No se podía jugar la reputación de su familia sin un buen motivo de fondo.

«Puede que fuera testigo indirecto y solo tuviera que callar», pensó Antón mientras avanzaba.

Pero esa idea no le terminaba de cuadrar.

Llegó hasta la puerta principal y una señorita maquillada en exceso le recibió nada más poner un pie en el edificio.

—Buenos días, inspector, ¿no? —quiso asegurarse.

—Eso es. ¿El señor Morales? Somos viejos amigos —dijo Antón.

—Ya le he avisado. No creo que tarde en bajar. Puede ir conmigo a administración. Así no espera de pie en la entrada —dijo con amabilidad.

—No se preocupe. La verdad es que prefiero esperar aquí —respondió con voz seca, cruzándose de brazos.

Héctor no tardó en llegar con aparente desagrado. No hacía falta ser muy listo para saber por qué estaba allí.

—Inspector —extendió la mano al verlo.

—Hola, Héctor. Podemos hablar. Sé que es un hombre atareado, pero necesito que hablemos. Han aparecido nuevas pistas y tenemos que repasar la declaración que hizo hace quince años —resumió Antón.

—Claro, sígame —dijo sin expresión en el rostro.

Anduvieron sin mediar palabra, lo cual para el inspector era una mala señal. Normalmente, los que tienen que esconder secretos suelen hablar poco para no meter la pata. Puede que se equivocara y que lo hiciera por prudencia, pero desde el principio estuvo en el foco y ahora no dejaba de estarlo.

Entraron en un despacho, con un letrero en la puerta que ponía «Dirección». Había heredado no solo el apellido, sino también la fortuna de sus antepasados. En la familia Morales tenían como tradición tener un único hijo, lo que hacía que la fortuna pasara de generación en generación sin problemas de herencia ni repartos que no convenían a nadie.

—Por favor, siéntese —dijo amable Héctor al acomodarse en su gran butaca de cuero negro.

—Gracias —se sentó—. Siento de verdad importunarle de esta manera, pero no he tenido más opciones. El tiempo apremia, y más con los últimos hallazgos.

—Tranquilo, ya sabe que colaboraré en lo que esté en mi mano. Creo en la justicia y no voy a ser yo quien entorpezca su trabajo —dijo colaborador, cruzando las piernas y apoyando los brazos sobre la mesa.

Antón sacó la libreta del bolsillo y miró los últimos apuntes que había tomado de las declaraciones de Laura y los padres de Sandra.

Carraspeó antes de comenzar el interrogatorio.

—Ha aparecido el cuerpo de Sandra —hizo un silencio para que Héctor dijera el primer comentario.

—Me alegro mucho de que haya sido así. Todos sabíamos que le había tenido que pasar algo. Ahora sus padres podrán descansar. —Suspiró.

—Tiene su parte buena, sin lugar a duda, pero también es verdad que ahora sabemos que en esa fiesta, aparentemente tranquila, ocurrió algo que no contaron. —La voz de Antón se fue volviendo más seria.

—¿Me está acusando? ¿Ese es el motivo de que haya venido hasta aquí? —Sonrió y negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Debería?

—Por supuesto que no —mantuvo la calma—. Sé que soy el principal sospechoso porque Sandra estaba enamorada de mí, pero yo no la maté. —Se removió.

—Hasta ahí estamos de acuerdo. Usted no la ha matado.

—No le entiendo —añadió, contrariado.

—La autopsia ha revelado que murió por un coma etílico, lo que quiere decir que ingirió alcohol en exceso. Ahora bien, si fue voluntario, no lo sabemos. —Se calló unos segundos—. De lo que sí estoy seguro es de que no se enterró sola.

—¿Quiere decir que no la asesinaron?

—Quiero decir que puede que fuera un accidente y ella bebiera más de la cuenta. Pero de lo que no hay duda es de que nadie la ayudó y ocultaron el cuerpo, ¿no le parece?

Asintió.

—Alguien estaba con ella y la dejó morir. Es un homicidio imprudente, ¿lo entiende? Aunque no la mataran con sus propias manos, es como si lo hubieran hecho, ya que no la socorrieron con

la clara intención de que muriera. Por eso después la enterraron para ocultar el cuerpo. ¿Entiende ahora por qué estoy aquí?

—Homicidio imprudente —repitió sin dejar de observar al inspector—. Puede que fuera el hombre con el que se marchó.

—Poco probable. Le voy a decir que no hay rastros de agresión ni de violación. Por lo que la autopsia me ha llevado a pensar en la siguiente hipótesis: la obligaron a beber para quitársela de en medio. ¿Por qué? No lo sé, eso es lo que no cuadra… Pero estoy seguro de que terminaré encontrando la respuesta.

Héctor se echó hacia atrás en la silla y juntó las puntas de los dedos.

—Ojalá cierre el caso que no fue capaz de cerrar durante más de diez años —dijo tratando de menospreciar a Antón.

Antón sonrió con suficiencia.

—Mire, le voy a decir un par de cosas. Soy inspector de policía, puesto que me he ganado yo solito… Ya me entiende. A mí no me han regalado un colegio. Eso, por un lado. —Se acercó a la mesa y colocó los brazos encima—. Por otro, tengo quince años más que por aquel entonces y ahora tengo el cadáver de la chica. He atrapado a asesinos despiadados, fríos y mucho más inteligentes que usted y su pandilla de jóvenes psicópatas, ¿vale? Entonces, ahora que hemos aclarado esto, ¿va a colaborar o no? Lo digo para levantarme y largarme de aquí pensando que usted fue quien lo planeó, la enterró y luego llamó a su padre para que lo tapara todo como buen niño rico que es. —Sonrió durante unos segundos.

—¡Yo nunca haría algo así! ¡Jamás hubiera puesto mi futuro en juego por una tontería! —alzó la voz, furioso.

—¿Eso significa que colabora? No le conviene tocarme los cojones, porque ya le digo que mi hipótesis es muy atractiva para los periodistas. Es… ¿cómo diría? —Se colocó la mano en la barbilla— oro puro para titulares en primera plana durante semanas —cambió

totalmente el gesto con dureza—. Dígame la verdad. ¿La obligó a beber porque le molestaba que estuviera enamorada de usted?

—¡Yo ni siquiera estaba en la fiesta! —exclamó fuera de sí.

—¿Cómo que no estuvo en la fiesta? —preguntó, perplejo.

—Lo que oye. Mi novia por aquel entonces era Clara, y estuvimos en el coche. No hace falta que le cuente qué hacíamos. —Tragó saliva, sin dejar de sudar—. El caso es que no estábamos en la fiesta y, como éramos relativamente jóvenes, me convenció para que dijéramos lo del hombre porque ni siquiera sabíamos qué había pasado.

—No le entiendo.

—Inspector, pensaba que era más listo.

—Y créame que lo soy, pero esto es un interrogatorio. Usted tiene que contar lo que sabe y lo que hizo. Yo no estoy aquí para suponer nada, ¿lo entiende? ¿Ve cómo soy más listo que usted? Dígalo con palabras, por favor.

—Clara no quería que sus padres se enteraran de que estábamos teniendo relaciones en el coche, y por eso mentimos, ya está. Yo solo quería estar mi novia y decidí que, si le seguía la bola, pues… ya sabe… vamos, que volvería a mojar, y es lo que hice.

—No parece usted muy listo. Me está diciendo que mintió en un asesinato, jugándose su propia reputación y la de su familia, para tener sexo. —Enarcó las cejas con ironía.

—Ya, bueno, he cambiado. —Imitó el gesto del inspector.

Escribió en el cuaderno el nombre de la chica.

—¿Clara estuvo todo el tiempo con usted en el coche?

—Por supuesto que no. Como no quería que nadie sospechara, salió antes que yo.

—Eso tampoco lo había dicho antes. —Levantó la carpeta del expediente antiguo.

—Ya sé que no lo dije.

Antón suspiró profundamente para tranquilizarse y no saltar por encima de la mesa y estrangularle con sus propias manos.

—Una última pregunta, ¿me puede decir de quién fue la idea de contar que Sandra se fue con un hombre?

—No lo sé. A mí me lo dijo Clara, y al final fuimos varios los que aceptamos esa teoría para echar balones fuera, supongo. Yo nunca vi a ese hombre desconocido, y creo que Clara tampoco. Si existió, no lo sé.

—Un momento. —Antón comenzó a repasar el expediente del caso—. No quiero que se me pase nada.

—Inspector, lo siento. Soy un prepotente y lo sé, pero no quiero recordar aquello de nuevo. Yo no estaba allí ni vi nada.

—¿De quién era el coche en el que estuvo?

—De un colega de la fiesta.

—¿Nombre?

—Mario Salgado.

—¿Sigue siendo amigo suyo?

—Por supuesto. Trabaja aquí como profesor. Ahora mismo está en clase, pero puede venir mañana —dijo dispuesto.

—Preferiría hablar hoy con él. —Ladeó la cabeza.

—Tendrá que esperar, luego tenemos una reunión de profesores —advirtió Héctor.

—Creo que usted no lo ha entendido. Es una investigación de asesinato y soy inspector de policía. Quienes van a esperar un buen rato serán ustedes para hacer la reunión, ya que Mario Salgado va a venir a hablar conmigo. ¿Lo ha entendido ahora? Héctor, usted mandará en este colegio, pero no en la justicia ni en la policía.

—Está bien. —Se secó el sudor que le goteaba por la frente.

«Ya entonces me pareció un idiota y un prepotente. Ahora es igual, pero más mayor».

12

La versión de Héctor podría ser auténtica, pero la explicación sobre por qué mintió entonces era poco creíble. Sin embargo, era pronto para sacar conclusiones. Prefería esperar a hablar con el resto de las personas que declararon en su día y evaluar, con las pruebas por delante, qué era verdad y qué era mentira.

Antón esperó amablemente a que Mario saliera de clase. No debía esperar mucho, ya que las clases duraban menos de una hora. Héctor le pidió que esperara en el despacho para que estuviera más cómodo, pero Antón era muchas cosas, pero no tonto, y sabía perfectamente que no quería que nadie le viera ni supiera qué hacía allí. Héctor había enterrado el pasado mejor de lo que lo hicieron con el cuerpo de Sandra. La experiencia le decía que, a pesar de los años, Mario y Héctor seguían teniendo relación por un motivo de peso. Héctor no era de esas personas generosas que ayudan a los amigos a encontrar trabajo. Para nada. Si Mario trabajaba como profesor en su colegio, era porque le debía un favor. Héctor no tenía amigos, sino conocidos o gente que le ayudaba a escalar socialmente. Era un narcisista, pero, a primera vista, parecía que lo había sabido aprovechar.

Mientras esperaba a Mario, repasó los correos y mensajes. Braulio le mandó un mensaje que parecía en clave: «Ya está. Tienes que venir para hablar del siguiente paso. Ya sabes lo que quiero decir».

«Lo cierto es que no sé lo que quiere decir», pensó Antón con el ceño fruncido después de leerlo. A pesar de no descifrar el mensaje, sí notó la urgencia. Supuso que Triana estaría en el hospital con Ballesteros y, si no era así, habría ido a casa con algún agente. Había dejado bien claro a los agentes que iban a custodiarla que no la dejaran sola.

«¡Si la dejáis sola, os abro un expediente!». Fueron sus palabras exactas. Aun así, no tenía todas consigo respecto a que

Triana se hubiera salido con la suya. Era muy convincente cuando quería.

Mario Salgado atravesó la puerta sin llamar. Antón se asustó, ya que estaba concentrado en el móvil. No le dio tiempo a responder a Braulio en condiciones. Solo contestó con un «ok».

—Hola, Mario —saludó con un apretón de manos—. No ha cambiado mucho —resaltó Antón.

—Hola, inspector. No estoy seguro de si eso es bueno o malo. —Se sentó en la silla.

—¿Le ha contado Héctor por qué estoy aquí? —preguntó con segundas, para descifrar si habían hablado entre ellos y conseguir que le diera la coartada que necesitaba.

—Sí, creo que no debería, pero me lo ha dicho. Ha aparecido el cuerpo de Sandra. —Respiró profundamente.

—¿Está bien?

—No, la verdad es que no. Siempre pensé que se había ido voluntariamente. Creo que era una manera de engañarme para no sentirme culpable —dijo visiblemente afectado.

—¿A qué se refiere exactamente? —Abrió la libreta y empezó a dar golpecitos con el bolígrafo.

—Ya le dije en su día que vi a un hombre. Y lo confirmo. —Se acomodó—. Sé que no me creyeron, pero lo vi. Es verdad que ese día todos bebimos mucho, pero la discoteca que reservamos para la fiesta era muy grande y fue mucha gente de la carrera de magisterio. Todos los cursos, o casi todos, estaban allí. Yo le juro que vi a un hombre con Sandra.

—¿Y no puede que crea que lo vio? —insistió.

—No, lo vi —confirmó, convencido.

—Héctor ha dicho que él y Clara no lo vieron, que lo dijeron para que la gente no supiera que estaban intimando en su coche,

¿es cierto?

—¿El qué? —parpadeó, nervioso.

—Que estaban en su coche —insistió, mirándole fijamente.

—Mire, Héctor siempre fue un gilipollas. Yo no sé si estaban en su coche o mataron a Sandra y la enterraron. Lo que sí sé es que les dejé las llaves del coche —confirmó.

—Entiendo, no se la quiere jugar por nadie, ¿no?

—Exactamente. He aprendido una lección muy valiosa a lo largo de los años, y es que nunca terminas de conocer a nadie. Y la gente con dinero, como Héctor, suele tener mal fondo y, a la mínima de cambio, cuando ya no les interesa… si te he visto no me acuerdo —susurró bajito después de acercar su silla a la de Antón.

—Ahora le entiendo aún menos. Llevan toda la vida juntos, incluso trabaja para él. —Levantó las cejas, contrariado.

—Pues por eso precisamente se lo digo. No estoy aquí porque seamos amigos. Supongo que sería su padre quien le daría el consejo de que era mejor tenerme cerca y contento —continuó susurrando—. Así que sí le di las llaves de mi coche, pero no le puedo confirmar que estuviera con Clara. —Movía la pierna cada vez más deprisa.

Antón supuso que lo que ocurrió fue lo suficientemente importante como para que se pusiera nervioso.

—Entiendo, ¿qué es lo que pasó entre vosotros? —preguntó el inspector, intrigado.

—Creo que eso no forma parte de la investigación y preferiría dejarlo entre nosotros —se disculpó.

—¿Está seguro de que no tiene nada que ver con lo que pasó aquel día? —insistió.

—Por supuesto. Lo que puede sacar de mi interrogatorio es lo mismo que sacó hace años. Puede repasarlo punto por punto. Lo

que dije entonces es lo que pasó. Lo siento mucho si le parezco un desagradable, pero es la verdad. Yo le dejé las llaves, y es verdad que había un hombre —zanjó sin dudar.

—Ya, vale, me parece muy bien que no quiera seguir hablando conmigo, de verdad. Pero lo que dijo entonces no es lo mismo que dice ahora. Hace años dijo que había visto un hombre, sí. Pero jamás dijo nada de que le dejara las llaves a Héctor para estar con su novia. ¿No lo recuerda?

Mario bajó la mirada y respiró con los ojos cerrados.

—No quiero decir nada que me perjudique. Necesito este trabajo, ¿lo entiende? Si Héctor me echa, no me volverán a contratar en ningún colegio privado. Es un idiota, pero lo cierto es que tiene muchos contactos.

—Podría encontrar trabajo en uno público —sugirió Antón, sin entender por qué tenía tanto miedo.

—Ahora mismo no tengo ni tiempo ni edad para sacarme unas oposiciones, y no quiero terminar dando clases particulares a diez euros la hora. —Mario estaba devastado.

Antón no dejaba de pensar en que era el que peor había envejecido. Parecía el mayor de todos. Supuso que la vida no le habría dado tantas oportunidades como al resto.

—Bueno, pues acláreme por qué no dijo entonces lo de las llaves del coche. —Levantó las cejas Antón.

—Es más sencillo de lo que parece. No sabía que eso era importante, y sigo sin saberlo ahora. Parece que quienes mintieron en su declaración fueron ellos. Yo no mentí, simplemente no dije lo de las llaves. No tenía ningún motivo para pensar que su declaración era falsa, porque le repito que yo sí lo vi —Mario insistía en su declaración inicial.

—De acuerdo, vamos a suponer que es verdad. ¿No sabe quién era el hombre?, ¿no le había visto nunca? —preguntó,

convencido de que, o bien mentía, o bien ocultaba información.

—Ese es el problema. Le vi a lo lejos, de noche, y estaba borracho. Héctor me ha dicho que murió de un coma etílico, y no me extraña. Aquella noche bebimos todos. De hecho, la fiesta se hizo con esa intención. Ya habíamos terminado los exámenes del primer año y estábamos eufóricos —confirmó Mario, recordando, al mover los ojos de un lado a otro.

—Está bien. Creo que le están esperando en una reunión de profesores —dijo sin mucho ánimo—. Si necesito más información sobre aquel día, me volveré a poner en contacto con usted.

—Puede contactar conmigo las veces que necesite, pero no le voy a poder aportar más datos. Cada vez recuerdo menos esa noche y, después de que hayan encontrado el cuerpo, quiero borrarla de mi mente. —Se levantó.

—Una última pregunta, ¿quién cree que quisiera hacer daño a Sandra? —Hizo un intento más de sacar información útil.

—No lo sé. Sandra era una chica en la que no se fijaba nadie, así que no creo que fuera alguien de clase. Mucha gente ni siquiera sabía que existía. Siempre estaba con un grupito de amigos «raritos». Entre ellos estaba Laura, que era su mejor amiga, Rubén Muñoz, Juana Méndez y Camilo Herrera.

—Ya declararon en su día. Confirmaron que no estuvieron en la fiesta —repasó Antón el informe, ya de pie.

—¡¿Que no fueron?! —soltó una carcajada—. ¡Por supuesto que fueron! La gente lo recordará, porque bebieron muchísimo y se estuvieron riendo de ellos durante toda la carrera. Quien peor llevaba las críticas y las burlas era Juana. Puede que fuera porque se llevaba bien con Sandra o porque se sentía culpable. —Abrió la puerta, dando por zanjada la conversación.

El inspector la cerró colocando la mano para que no la abriera.

—Nunca me gustó. Creo que ahora me ha dado más información por un motivo en concreto —dijo con voz seria y firme —. Lo voy a descubrir y, si tuvo algo que ver, se pudrirá en la cárcel.

El profesor sonrió.

—Usted a mí tampoco me gusta, pero yo fui el chico pobre que estudiaba con beca y no tenía dinero. Lo poco que tengo, me lo merezco. Le recuerdo que la gente que iba a esa universidad era gente rica y con contactos. El motivo de que se lo diga ahora es igual de simple que mi declaración inicial. —Hizo un silencio, mirándole a los ojos.

—Voy a descubrir qué ocurrió esa noche —dijo con firmeza.

Antón abrió la puerta.

—Se confunde conmigo. Ese hombre existió. No pude verlo bien y no le puedo asegurar si era desconocido o no, pero lo vi.

—Ha dicho que no le vio nunca. —Se giró.

—No, he dicho que no le vi bien. Además, creo que, si le hubiera visto antes, aunque estuviéramos a oscuras, le hubiera reconocido —concluyó.

13

Antón terminó el interrogatorio con Mario convencido de que las personas que testificaron en el caso de Sandra habían mentido entonces y mentirían ahora. Desconocía el motivo, pero estaba seguro de que al final lo descubriría. Nadie es capaz de mantener una mentira en el tiempo. Iría a hablar con Clara para confirmar lo que había dicho Héctor, pero estaba convencido de que había llegado el momento en el que se resquebrajaría el pacto que hicieron en su día. Sin embargo, se detuvo unos segundos para comprobar el informe. Después se dirigió hacia el coche.

Miró el reloj.

Tenía la reunión con Braulio y Matías. Entendía, por el mensaje del comisario, que nadie debía conocer la existencia de la reunión ni el motivo. Por lo que el único sitio de confianza que se les ocurrió fue el bar de Ventura. Cada vez estaba más cerca de convertirse en el lugar de operaciones de la comisaría. Era una situación extrema. Había muerto demasiada gente y la paliza a Ballesteros había puesto en serio peligro a Triana. Aunque ella no sabía el alcance del peligro al que estaba expuesta.

—Así que tú eres el famoso Matías Gálvez —dijo Antón después de pasar por la barra y llevarse la copa al banco en el que siempre se sentaban.

Matías se levantó y le saludó ante la atenta mirada de Braulio.

—Sí, eso es —dijo con voz grave—. Antiguo compañero de Rafael Castillo y la única persona que sabe dónde encontrar a Carlo.

Antón alzó las cejas, sorprendido. Había oído hablar de Matías en algunas conversaciones con Braulio. Había intentado investigarlo, pero cualquier información sobre él estaba reservada a cargos superiores. El inspector pensó que era un delincuente con pretensiones dentro de la policía.

—Un placer. —Se sentó y apoyó la copa en la mesa—. No tengo nada en contra de trabajar contigo, ya que Braulio cree que eres el único que nos puede ayudar, pero no tengo mucha confianza en alguien a quien le han borrado el pasado.

Matías le sostuvo la mirada sin dejar de sonreír.

—Creo que no sabes la verdad de todo y te has dejado llevar por suposiciones, que en este caso son malas consejeras —susurró.

Matías rondaría los cincuenta y tantos, cabello entrecano y rostro curtido. Iba vestido con ropa sencilla, nada que llamara la atención. Su mirada era dura, de esas que no vacilan y transmiten respeto.

—Antón, tranquilízate, no sabes toda la verdad —añadió Braulio con cierta culpabilidad por haber ocultado información.

—Eso ya lo sé, no hace falta ser muy listo para saber que hay «cosillas» que se han tapado. —Bebió un sorbo sin dejar de mirar a Matías—. Quiero a Triana como a una hija, así que más te vale que nos ayudes a matar a Carlo.

—Antón, te entiendo —asintió sin dejar de mirarle—, pero no tienes que desconfiar de mí. He venido a ayudaros en lo que queráis —aseguró en la penumbra del final del local.

—¿Y entonces por qué no viniste antes? —le recriminó.

—No podía venir antes —dijo entrecerrando los ojos con dureza.

—Creo que Rafael te dijo que las protegieras, y hasta ahora no te ha ido muy bien —siguió con los reproches.

—Lo sé, pero Braulio me dijo que esperara, que estaban entreteniendo a Triana —argumentó Matías—. Hasta ahora parece que a ti tampoco te ha ido muy bien —dijo con retintín.

Braulio levantó los brazos mostrando las palmas en un intento de calmar las aguas.

—A ver, por favor, vamos a dejar nuestras diferencias. Yo le debo mucho a Triana por lo que ocurrió con el caso de don Emiliano, ¿vale? Y cada uno debe algo a la familia Castillo, ya sea por cariño o como sea que lo queráis llamar. —Braulio carraspeó—. Centrémonos en nuestras similitudes, no en nuestras diferencias. Aura ya está muerta. Vamos a salvar a Triana y al pequeño Víctor, por favor.

Antón asintió y Matías imitó el gesto.

—Es verdad. Lo siento —se disculpó Antón por su actitud.

—Yo también lo siento. Antes de continuar quiero dejar una cosa clara, para que Antón no piense que oculto nada. Yo fui el policía infiltrado con Rafael. Los dos accedimos a la cúpula de Carlo, pero la diferencia es que Aura se enamoró de ese malnacido a escondidas de nosotros, y cuando lo descubrimos, Rafael solo pudo seguir con su papel. Aura tomó las peores decisiones a pesar de que le advertimos, y por eso no tuve otra opción que desaparecer con el programa de protección de testigos —explicó con los puños apretados.

—¿Por eso se han eliminado tus informes?

—No solo mis informes, Antón, mi rastro entero. Si Carlo se enterara de que estoy vivo, iría a por mí. Me convertí en uno de su banda de maleantes y tuve que hacer cosas de las que me arrepiento, pero era mi trabajo. —Tragó saliva con pesar.

—¿Mataste a gente?

Matías asintió.

—Hice lo que tuve que hacer para entrar en su círculo social de confianza. Era mi trabajo y mis superiores me lo ordenaron. Seguro que te parece que soy una mala persona, y lo entiendo. Pero que no se te olvide que para que la gente pueda vivir tranquilamente, tiene que existir gente como yo. Di mi vida por la policía y me costó muy caro. Perdí hasta mi identidad… —Se calló manteniendo la mirada al inspector.

—Lo siento, no lo había visto de esa manera.

—¿Triana os contó lo que le había dicho Aura sobre Carlo y su padre? —preguntó Matías.

—Sí —respondió Antón.

—Bueno, pues todo lo que Aura creía saber era mentira. Es lo que le contamos para protegerla. Ella no sabía quién era yo. Bueno, ni nadie…, solo Rafa. Fue una temporada dura para los dos. Yo me escondí por motivos que ya os contaré, pero no fue porque fuera una rata y dejara tirado a mi compañero. Fue para salvarle. —Se pasó la lengua por los labios, pensativo—. Para ti Triana es como una hija, pero para mí Rafael era como un hermano.

—Lo siento —repitió Antón.

Se había hecho una idea opuesta a la que estaba escuchando. Había tanto misticismo alrededor del nombre de Matías y de Rafael que siempre creyó que se había escondido dejando a Rafael desprotegido. Sin embargo, parecía que Matías escondía un secreto más grande, que aún le hacía daño al recordarlo.

—Ahora estoy aquí, y vamos a salvar a Triana de Carlo como sea.

—Esa es la actitud —intervino Braulio con la taza de café vacía en la mano.

—¿Habéis pensado algo? —preguntó Antón con tranquilidad.

—Solo tenemos una oportunidad. Carlo cree que estoy muerto, y esa es nuestra ventaja. En cuanto descubra que estoy vivo, no solo irá a por mí, sino que no podremos volver a encontrarle —murmuró Matías, inclinando el cuerpo hacia delante.

—Solo necesitamos una. —Asintió Antón.

—Perfecto. ¿Qué has pensado, Matías?

—Que hay que matarlo lo tenemos claro, ¿no? —dijo Matías con dureza, esperando que asintieran—. Genial, vamos a ir a

buscarlo por las casas francas que tiene para blanquear el dinero.

—¿Casas?, ¿en plural? —preguntó Braulio, frotándose los ojos cansados.

—Sí, es más listo de lo que os pensáis. Tiene varias casas repartidas como puntos de apoyo por si hay que huir. Sus planes de escape son perfectos, ya que las tiene a nombre de otras personas a las que paga dinero mensual en metálico para que siga así —explicó con voz baja y cruzando los dedos sobre la mesa.

—Vale, pero eso es mucho tiempo. Tenemos que encontrarle antes de que salga del país. Si consigue salir, nunca daremos con él —apremió Braulio.

—Eso no es problema. Solo hay que averiguar quiénes son sus nuevos matones y seguirles. Ellos suelen ser más descuidados y menos prudentes —aseguró con una ligera sonrisa.

—Los tenemos. Incluso tenemos a uno de ellos en un vídeo, de cuando se llevaron a Aura y a Víctor —dijo con un matiz de alegría.

—¡Perfecto! Vamos a seguirlos.

—¡Un segundo, señores! —exclamó Braulio con preocupación —. Estamos planeando un asesinato, ¿verdad?

—Por supuesto —confirmó Antón.

Matías asintió con los ojos entrecerrados, sin saber qué era lo que Braulio no había entendido.

—Ya, vale, pero es que yo soy comisario. Es evidente que no podemos ir dejando rastro por la comisaría, ¿no os parece? —dijo con los ojos como platos.

—No te preocupes, puede que no necesitemos nada de la comisaría —prosiguió Antón.

—Y si fuera así, no dejaríamos rastro —afirmó Matías al levantarse—. Tened cuidado y no habléis con nadie. Mañana aquí, a

la misma hora. Vigilad a Triana, que no vaya sola a ningún lado.

—Carlo dijo que si no le buscaba no le pasaría nada —informó Antón.

Matías se dio la vuelta.

—Va a matarla, eso puedes tenerlo claro. Es la única superviviente de la familia Castillo que le podría quitar al niño. Se juega demasiado si la deja viva. Es más fácil matarla, y más aún para un tipo como Carlo, que disfruta ejecutando a personas. Es un psicópata, que no se os olvide —resumió Matías antes de desaparecer.

14

La luz de la mañana se filtraba entre las persianas del hospital, tiñendo los muros de la habitación. Triana apenas había dormido. Se había quedado sentada junto a la cama de Ballesteros, con la chaqueta puesta por encima de los hombros. La noche había sido un torbellino de imágenes: la paliza, el mensaje de Carlo, la amenaza y los asesinatos. La determinación le ardía en el pecho. No iba a ceder. No iba a dejar a su sobrino en manos de aquel monstruo.

El sonido de unos pasos por el pasillo la sacó de su ensimismamiento. Miró el reloj. Era el cambio de turno de los policías que la custodiaban. Entendía que Antón estuviera preocupado, pero no era ninguna niña y no quería ser vigilada. La idea de los agentes en la puerta era lo mejor para controlar a Ballesteros, que era quien había sufrido la paliza, pero ella ya estaba prevenida y no iba a correr la suerte de que la pillaran por sorpresa. Aquella paliza le había enseñado más de lo que parecía.

A lo largo de la noche había estado pensando en lo que había ocurrido y, sobre todo, en lo que Aura le había contado. Lo que su hermana le dijo sobre su padre era imposible. Rafael Castillo era un hombre de honor, de esos que salen en las películas y que ya no existen, porque no mentía y era fiel a su familia y a su palabra. Le costaba mucho creer que ese tipo del que hablaba Aura existiera y que fuera su padre. Él nunca habría matado a nadie con sus manos. Su cabeza buscaba una explicación lógica a los hechos que Aura relataba, pero no encontraba qué podría haber ocurrido para que su padre matara a alguien a golpes. Tenía que comprender qué estaba pasando. Decidió ir a casa. Había guardado las cosas de sus padres en una caja, igual que las de Aura. Puede que perdiera el tiempo, pero tenía que intentarlo.

Despertó a Ballesteros para decirle que iba a casa a ducharse y cambiarse de ropa. «Es mejor que no sepa la verdad».

Triana no quería involucrar a nadie en la historia familiar ni que nadie muriera por aquel embrollo que había montado Aura y que no sabía en qué punto se unía con la vida de su padre. Le dolía la cabeza de tanto pensarlo. Como era costumbre, la migraña apareció cuando más necesitaba aclarar las ideas y encontrar pistas.

—Triana, sé de sobra que vas a buscar a Carlo. No lo vas a dejar pasar —dijo Ballesteros cuando le dijo que iba a casa para ducharse.

—Por supuesto que no lo voy a dejar pasar. Pero es verdad que voy a casa. Sé que tú no tienes la culpa de lo que ha pasado y has pagado las consecuencias porque estás conmigo. Lo siento, pero no puedo dejarlo estar —explicó Triana, seria.

—Eso ahora da igual —se quejó de dolor—. Quiero estar contigo, y eso significa que no te voy a dejar sola. Ya me encuentro mejor, y seguro que mañana me dan el alta. —Hizo un amago de sonrisa mientras aguantaba el pinchazo de la costilla rota.

Triana le puso el dedo en los labios.

—Tienes la cara amoratada, dedos y costillas rotas… Por favor, tienes que recuperarte sin sobresaltos y sin estar mirando constantemente a tus espaldas para comprobar que estás a salvo. Te lo agradezco tanto que jamás te lo podré pagar, pero esta vez… —Hizo un silencio—, esta vez —repitió cogiéndole la mano— lo tengo que hacer sola. Y si muere alguien más, tengo que ser yo, no nadie de los que quiero.

—Triana, no puedes decidirlo sola. Además, no puedes hacerlo sola. Todo el mundo necesita a alguien. —Ballesteros la miró con los ojos amoratados y cansados.

La subinspectora se levantó.

—Sé que tienes razón, de verdad. Pero Aura, Lucas y Nadia murieron por mi culpa. Carlo avisó a Aura de que, si me metía en todo este lío, la mataría, y es lo que ha pasado. —Contuvo el aliento —. A ti te ha dado la primera advertencia y casi te mata. Así que

ahora vamos a enfrentarnos cara a cara. Si tan valiente es, que venga a por mí y deje a los demás en paz.

«Es como hablar con la pared». Fue la conclusión a la que llegó Ballesteros cuando sostuvo la mirada de Triana y asintió.

—Vendré cuando pueda. —Se agachó y le dio un beso.

—Triana, por favor, vuelve.

—Lo haré. Te prometo que voy a casa.

Ballesteros se removió como pudo en la cama del hospital.

—¿Cómo vas a esquivar a los agentes? —insistió Ballesteros.

—Digo yo que me podré ir a duchar a mi casa, ¿no? —Le guiñó el ojo.

—Vamos, que la investigación empieza en tu casa, ¿es eso?

Triana volvió sobre sus pasos y le dio otro beso, suavemente, ya que no había un solo sitio en el que no estuviera magullado.

—Siempre supe que eras el más listo —le susurró al oído—, y también el que mejor guarda un secreto.

Avanzó hasta la puerta y le guiñó el ojo a Ballesteros antes de salir. Cerró tras de sí. El agente ya no escuchó nada más, pero vio a través del cristal cómo hablaba con los compañeros que custodiaban la habitación.

Antón había dado orden expresa de que Triana no fuera sola a ninguna parte, así que ninguno de los agentes quería arriesgarse a la reprimenda del inspector.

—Vale, no vamos a discutir. Si queréis, que venga uno de vosotros conmigo —dijo Triana, devastada—, pero me gustaría irme a casa para darme una ducha rápida.

Los agentes no se la querían jugar, así que llamaron a Antón.

—Dice el inspector que vayas derecha a casa.

—Vale.

Triana comenzó a andar, satisfecha porque había conseguido que la dejaran sola. Pero la sensación le duró poco, ya que Antón le mandó un mensaje.

«No pienses que no sé a lo que vas. Espérame, que cuando pueda voy para tu casa».

Triana tragó saliva. La decisión ya estaba tomada. Mientras descendía en el ascensor, repasaba mentalmente lo que sabía. Las últimas investigaciones, las palabras de Ballesteros, los movimientos de Carlo... Y entonces se le ocurrió: las cajas con las cosas de Aura que dejó atrás hacía unos meses. Las había dejado en casa casi sin mirar. Quizás, en algún rincón olvidado, en una carta, en una foto o en un detalle insignificante, estuviera la clave que ahora necesitaba.

Salió del hospital con paso decidido. La mañana gris se abría ante ella. El siguiente destino era su propia casa.

15

Triana abrió la puerta con gesto cansado. El silencio la envolvió de inmediato, tan pesado que casi se le hizo un nudo en la garganta. Los recuerdos familiares se le arremolinaron al cruzar el umbral. Dejó el bolso sobre el aparador, sin molestarse en encender la luz. Le bastaba la claridad que entraba por la ventana. Apenas había dormido en toda la noche. Había estado más pendiente de que descansara Ballesteros que de ella misma. El ruido de las máquinas y los quejidos de dolor de su novio le provocaban tanto pesar que la imagen de su hermana asesinada junto a Nadia no desaparecía de su mente. «Y Lucas, el pobre Lucas, siempre intentando protegerla, y ahora ha muerto por llevarse el secreto a la tumba». Le rugía el estómago, pero la cabeza no le permitía pensar con claridad. Se dirigió a la cocina y, con movimientos automáticos, preparó un café bien cargado. Mientras la cafetera burbujeaba, cogió una tostada y la untó de mantequilla, sin apetito, solo para tener algo en el estómago y poder pensar.

Sentada en la silla de la cocina, con las manos rodeando la taza caliente, trató de ordenar sus pensamientos. Le quedaba un largo día por delante y una decisión que tomar. Carlo seguía libre y el tiempo jugaba en su contra.

Terminó el café de un trago. Se levantó con determinación y se dirigió al baño. Una ducha le despejaría las ideas.

Desde que era pequeña, cuando se bloqueaba o necesitaba concentrarse, se metía en la ducha y sus ideas se ordenaban. Esta vez iba a ser más difícil, por las circunstancias y porque ya no tenía con quién hablar y desahogarse. Necesitaba llorar, pero no tenía tiempo. Además, la migraña le presionaba cada vez más fuerte. Las lágrimas de impotencia resbalaban por sus mejillas mientras se quitaba el jabón del cuerpo. Cogió la toalla y se la colocó rápido para apretarse la sien. Fue en ese instante, cuando sus dedos

presionaban con fuerza, cuando recordó que tenía el gorro metido en el congelador.

«No pierdo nada. Ya lo utilicé cuando…».

—¡Claro! ¿Cómo no me había acordado? —exclamó con euforia—. Es la única que me puede ayudar.

Se vistió tan rápido que por poco tropezó al ponerse los vaqueros. Aún descalza, cogió el móvil y llamó a Raquel. Su amiga abogada era quien le iba a corroborar algo que dijo Aura y que estaba firmemente convencida de que era mentira.

Primero le contó los últimos hechos, tan dolorosos para ella. Para la abogada fue una de las conversaciones más difíciles de su vida.

—Lo siento mucho, Triana, de verdad. Si te puedo ayudar en algo, solo tienes que pedírmelo —se ofreció Raquel sin dejar de moquear.

—Perdona que no te haya llamado antes, Raquel, pero me ha sido imposible. Bueno, para ser sincera, ni siquiera me había acordado de ti hasta este mismo momento, cuando me ha dado la migraña —dijo apurada.

—¿Por el gorro? —preguntó, leyendo el pensamiento de su amiga.

—Exacto, precisamente por el gorro. Pero lo que te quiero pedir es algo importante. Me gustaría que me dijeras si lo puedes averiguar rápido, en un par de horas, y si no te pones en peligro —susurró.

—Triana, eres la persona más rara que conozco, pero supongo que eso es lo que te hace tan difícil de olvidar… Y de conocer, claro.

—Raquel, es importante —la cortó, tajante.

—¡Vaya! Lo siento, tienes razón. Me he distraído. No te puedo ayudar si no me dices qué necesitas.

—Antes de que mataran a mi hermana, me dijo que mi padre había comprado varias casas con el dinero que consiguió ayudando a Carlo en sus negocios turbios. Entonces, mi pregunta es: ¿puedes saber rápido si mis padres tenían más propiedades? —preguntó con voz temblorosa.

—No hay problema, porque ya sé la respuesta. Cuando estuvimos hablando del testamento de tus padres, fui adelantando el trabajo, porque luego te entran las prisas para todo y ya lo dejé listo —explicó satisfecha—. Así que te puedo decir que no, tus padres solo tenían esa propiedad en la que vives ahora mismo.

La inspectora se quedó en silencio.

—¿Triana? ¿Me escuchas? Oye…

—Sí, perdona, es que no me lo esperaba. No entiendo por qué Aura me diría algo así si era mentira. —Parpadeó varias veces, intentando procesarlo.

—No lo sé, pero si alguien conoce esa respuesta eres tú —dijo Raquel convencida.

—Creo que la Aura que yo conocía dejó de existir hace mucho tiempo, y yo ni siquiera me di cuenta. Jamás me hubiera imaginado que me escondería tantas cosas, como ha hecho —dudó Triana, cada vez más alicaída.

—Puede que ahora pienses eso, pero es porque estás enfadada. Han pasado muchas cosas y nunca te dijo nada. Pero no creo que fuera solo ella. Creo que tus padres también guardaron secretos con la finalidad de protegerte.

—¿De protegerme? ¿De qué me iban a proteger? —preguntó con ironía.

—Quizá no lo ves porque estás dentro de la situación, pero parece que sí tenían de qué protegerte. Triana, creo que te

mintieron para que no entraras en el torbellino de problemas que hay alrededor de Carlo —dijo Raquel con un tono maternal.

—Puede que tengas razón. Y por eso creo que debería empezar de cero la investigación. No pensar que sé mucho más que en un caso normal, porque parece que lo poco que me han dicho es mentira o tiene matices que desconocía. Estoy hecha un lío, para qué nos vamos a engañar —dijo con la voz temblorosa.

—¿Quieres que vaya para allá? —preguntó la abogada, sin saber cómo actuar.

—No, es peligroso, Raquel. Te lo agradezco, pero ahora mismo, hasta que encuentre a Carlo, es mejor que nadie más se acerque a mí —suspiró profundamente.

—Vale, lo último que quiero es molestarte, pero me puedes llamar, ¿no? A lo mejor os puedo ayudar en algo más.

—Si necesito ayuda, te la pediré. Gracias, amiga. Te llamaré. Ahora tengo que encontrar a mi sobrino —dijo con la voz cargada de tristeza.

—De acuerdo, pero ten cuidado. ¿Me lo prometes?

—Un momento, Raquel, me acabo de acordar de una cosa. Es importante. ¿Podemos hacer un testamento?

—¡No me digas eso, Triana! —Raquel comenzó a preocuparse aún más.

Se escuchaba el moqueo de la abogada.

—Creo que es lo mejor. Estoy segura de que voy a encontrar a Víctor, pero de lo que no estoy tan segura es de que vaya a sobrevivir para criarlo. —Tuvo que contener las lágrimas.

—No te preocupes, dalo por hecho. Dime qué quieres que ponga y te lo preparo para ir a firmarlo al notario. Pero no vale de nada si lo dejas en el aire, hay que firmarlo —insistió.

—Lo sé. Estos días van a ser complicados, pero en cuanto tenga un hueco te aviso.

—Está bien, lo prepararé —se despidió, porque no quería que Triana la escuchara llorar.

16

Después de hablar con Raquel, fue a coger el gorro del congelador y se lo puso. No dejaba de sentirse engañada por Aura y sus padres. Hasta Lucas era cómplice de lo que había estado ocurriendo mientras ella estaba en la más completa inopia.

El gorro le molestaba al llorar, ya que le cubría toda la mitad superior del rostro, y finalmente optó por acomodarlo de forma que le dejara los ojos al descubierto.

Empezaría la investigación como cualquier otra. Dicen que la objetividad es el mejor aliado para resolver un caso, y no quería molestar a Antón, que estaba muy atareado con la aparición del cuerpo de Sandra Roldán después de tantos años. Además, le había dejado solo para resolverlo.

Se levantó con el corazón acelerado. La sola idea de pensar que podría descubrir el secreto que con tanto ahínco guardaba su familia aumentaba sus pulsaciones. Triana se detuvo frente a la puerta, con la mano apoyada en el marco. La habitación de Aura. Allí todo seguía igual, como si en cualquier momento fuera a cruzar el umbral con su sonrisa tranquila, sin saber que el mundo se había derrumbado en un par de días.

Inspiró hondo. Le temblaban las piernas y ni siquiera había entrado en la habitación. Ahora debía hacerlo, y con un motivo importante: encontrar a Víctor. Empujó la puerta con suavidad. El leve chirrido de las bisagras le pareció un estruendo. La luz del día se colaba a través de las cortinas y le daba un ambiente cálido y hogareño. El que siempre había tenido, pero que ahora ya no lo sentía como tal. Los sentimientos de traición y mentira se entremezclaban con los recuerdos.

Recordaba que Aura había llevado varias cajas antes de mudarse a vivir con Lucas. Estaban exactamente donde las había guardado su hermana. Triana pensó que el pasado de Aura podría

estar en esas cajas. Podría ser que, al comenzar su vida con Lucas, creyera que era oportuno dejarlo todo atrás. Tal vez encontrara en su propia casa una pista que seguir.

Bajó varias cajas y comenzó a abrirlas sin perder la atención en lo que hacía. Anteriormente, Ballesteros y ella habían estado investigando las cuentas bancarias y las llamadas para dar con Carlo y sus secuaces. Solo necesitaba un golpe de suerte para enlazar lo que podría ser la pista definitiva. Quizá incluso Aura podría haber introducido sutilmente alguna pista que solo ella pudiera llegar a entender. Encontró un álbum como los que se hacían antiguamente las parejas, con fotos, tiques de restaurantes donde habían estado, lugares que habían visitado, e incluso collares y pulseras entre las páginas. Aquel álbum no le proporcionó información relevante, pero Triana tenía la sensación de que podría servirle más adelante. Si Carlo tenía sentimientos, puede que ahí estuvieran reflejados. Podía ser un maleante, pero lo cierto era que quería a su hijo y, en algún momento, también quiso a Aura.

Triana revisaría esa misma caja de arriba abajo hasta que diera con la pista que necesitaba para encontrar a Víctor en un lugar concreto. La corazonada de la subinspectora la llevaba a pensar que habría ido a un lugar importante solo para él y Aura. Era contradictorio pensar en algo así, ya que la había asesinado, pero la intuición de que la clave estaba ahí mismo, delante de sus narices, no dejaba de gritar en su interior.

Mientras estaba enfrascada sacando lo que había en la caja, Antón llamó al timbre de la casa.

Triana abrió la puerta con cara de pocos amigos.

—Sé que lo haces por mi bien y esas cosas que dices de protegerme, pero sé cuidarme solita, ¿sabes?

—Lo sé, pero por si acaso. —La apartó de la puerta para pasar—. Además, ¿quién te ha dicho que lo hago por ti? Lo hago por mí. Es la única manera de quedarme tranquilo y no estar pensando que te estás torturando con lo ocurrido o con cosas peores.

Triana cerró la puerta con los ojos en blanco.

—Bueno, ¿ya tienes algo? Sé que has venido porque tienes una idea en la cabeza. La podrías compartir —preguntó con tono irónico, con los brazos cruzados.

—Vale, pero puede que te parezca una tontería. —Carraspeó.

—No lo creo. Esta situación es bastante atípica, así que creo que las pistas que nos harán encontrarlo lo serán —dijo Antón convencido.

—Eso mismo he pensado yo, por eso creo que la pista es más sentimental que cualquier otra cosa que podamos creer —aclaró nerviosa—. Ven.

Triana se encaminó hacia la habitación donde estaba mirando las cajas de Aura.

—Estas cajas son de mi hermana, las trajo cuando se fue a vivir con Lucas. Son recuerdos de su relación con Carlo. Lo que quiero decir es que en algún momento la quiso, y por eso nació Víctor —se atropellaba con sus propias palabras—. A ver, lo que quiero decir es que se habrá llevado a Víctor a un lugar que le une a Aura, al momento en que se quisieron. —Se sentó junto a las cajas y le enseñó el álbum.

—Esto es una prueba de que en algún momento tuvo corazón —dijo irónico al sentarse en la cama. Sabía que si se sentaba en el suelo no se podría levantar.

—Aparte… —Levantó las cejas.

Antón revisó el álbum y observó cada página y detalle con detenimiento.

—¿Recuerdas si hicieron algún viaje antes de que naciera el niño? Como… en plan despedida de estar solos y formar una familia, ya me entiendes —sugirió Antón.

Triana entrecerró los ojos, pensativa.

—No lo recuerdo, la verdad. Yo siempre pensé que el niño era de Lucas —se justificó—. Para mí Carlo era un desgraciado que la hacía sufrir. La última vez que la dejó se intentó suicidar.

—¿Qué?

—Ya sé que es muy fuerte, pero es la verdad, se intentó suicidar. Le estuvo mandando mensajes antes de hacerlo, pero él ni siquiera se preocupó por ella —explicó emocionada.

—¿Quién te contó esa versión? —preguntó Antón intentando ser parcial.

—No lo recuerdo, supongo que ella o mi padre.

—Levántate, creo que debes conocer a alguien. Es importante, Triana. —La voz de Antón temblaba tanto como sus piernas.

—¿Qué pasa, Antón? —preguntó con gran preocupación.

—Hemos localizado al amigo policía de tu padre, y tienes que hablar con él.

—¿Qué dices? —Se levantó sosteniendo la mirada de Antón.

—Siento no habértelo dicho antes, pero no podía. Hablé con Braulio y él pensaba que era mejor esperar para ver si todo se arreglaba…, pero no fue así. —Cogió aire.

—No entiendo qué es lo que pasa. Aura me dijo que mi padre era un policía corrupto, que era el matón de Carlo. —Tragó saliva—. ¿Es mentira? —Los ojos se le empezaron a enrojecer.

—Sí, Triana, es mentira. Tu padre no era ningún corrupto. Tu padre era un policía infiltrado en la banda de gentuza de Carlo. Ese era tu padre —sintetizó con el aliento entrecortado.

Triana se quedó muda durante varios segundos. Por una parte, sentía odio por su hermana, por haberla engañado; por otra, alivio al saber que sí conocía a su padre.

—¿Puedo hablar con él? —Fue lo primero que dijo cuando volvió a ser consciente del tiempo y el espacio.

—Por supuesto. Braulio le ha localizado y hoy hemos quedado con él. Nos va a ayudar. Es el único que puede hacerlo. Estuvo infiltrado en la banda con tu padre —dijo Antón al levantarse y caminar hacia la puerta.

—¿Y por qué Carlo no le persigue? ¿No sabe que era un policía infiltrado? —Triana cada vez estaba más desubicada y se le arremolinaban las preguntas.

—Claro que lo sabe, pero hay una cuestión que a nosotros nos da ventaja. Carlo cree que está muerto. Se le incluyó en el programa de protección de testigos para que no lo encontrara. Por eso no era tan fácil dar con él.

—Vamos, quiero hablar con él —dijo decidida.

—Vale, pero quítate eso de la cabeza —señaló el gorro.

17

Braulio llegó primero. Se pasó por la barra para pedir y saludar a Ventura y se sentó en la penumbra del banco que ya se había convertido en su sitio por costumbre. Miró el reloj y le llegó el mensaje de Antón de que le había contado a Triana la existencia de Matías en la vida de su padre. No le dio muchas más explicaciones, ya que aseguró que iba de camino al bar.

Dio un gran sorbo al café que se había pedido sin dejar de evaluar con qué ánimos se presentaría Triana. Tenía derecho a enfadarse, pero solo en parte, ya que lo habían hecho por su bien. Se lo prometieron a Rafael y la lealtad era una cualidad indispensable entre policías. Braulio no se vio con la capacidad de romper una promesa para que Triana encontrara a Aura. En el fondo, se sentía culpable por no haber actuado de otra manera y haber evitado aquellas muertes, pero con sentirlo no iba a poner remedio ni dar marcha atrás a lo ocurrido. Intentó ser lo más resolutivo posible, teniendo en cuenta que no tenía muchas opciones. La única solución viable era acabar con el problema de raíz, es decir, matar a Carlo.

«No me puedo creer que estemos planeando un asesinato». Braulio se desconocía, pero era la realidad. Si acababan con Carlo, no solo hacían justicia, también acababan con el mundo de delincuencia que tenía a su alrededor.

Matías entró sigilosamente en el local de Ventura. Le saludó con discreción y avanzó hasta el banco.

—Ya se lo ha dicho. Triana viene con él —dijo Braulio con prudencia.

—Es lo mejor. Ya es hora de que sepa la verdad. Rafael era buen policía y padre. Lo hizo por su hija, para que no terminara como lo ha hecho. Intentó que no fuera su final, pero hay gente que

se empeña en morir, como le ha pasado a Aura —dijo Matías con dolor.

—Nunca dejó de hablar con Carlo y le pasaba manutención por el niño. Triana lo descubrió en la búsqueda incesante por encontrarla junto a Víctor. —Suspiró al menear la cabeza.

—No hizo caso desde el principio y tampoco después. No se puede alejar a alguien del fuego cuando se empeña en quemarse. —Se calló al ver entrar a Triana con Antón.

Matías no la había visto nunca. Rafael le enseñó alguna foto de ella y siempre decía, orgulloso, que quería ser policía, como él. Ahora, después de tanto tiempo, estaba delante de sus ojos, y como subinspectora. Se levantó al verla acercarse.

—Soy Triana. —Estiró la mano.

—Matías Gálvez, encantado de haberte conocido al fin. —Sonrió al sentarse.

—Hemos pedido café con leche para todos, ¿vale? —intervino Antón para romper el ambiente incómodo que estaba sintiendo.

—¿Eres el policía infiltrado que trabajó con mi padre? —preguntó Triana sin rodeos y con cierto brillo en los ojos.

—Eso es. Estuvimos años para conseguir pruebas de Carlo y poder meterle en la cárcel —se recriminó duramente.

—¿Y por qué no lo conseguisteis? —continuó Triana.

—Me duele en lo más profundo del corazón tener que contarte la verdad. Es muy dura, Triana, y no sé si estás preparada para oírla. Vuestro padre os quería mucho, eso es lo que debes saber antes de nada —aclaró Matías, quitándose la gorra que siempre llevaba desde que entró en protección de testigos.

—Sé que lo que me contó Aura era mentira, pero me gustaría saber si me mintió a sabiendas o solo me dijo lo que le contaron. —

Se acomodó en el asiento con cansancio en cada uno de sus movimientos.

—¿Qué te contó? —quiso saber Matías antes de empezar a hablar.

Triana reconoció la técnica y sonrió con suficiencia. Antón y Braulio se miraron expectantes.

—De acuerdo, empiezo yo. Aura me dijo que era un policía corrupto y que incluso tenía propiedades a su nombre gracias a lo que sacaba del blanqueo de dinero con Carlo. Lo he comprobado y es mentira —quiso aclarar.

—Rafael Castillo era uno de los mejores policías infiltrados en una situación de alto riesgo. Jamás se quedó con dinero. Ese dinero se lo daba a la policía, y supongo que estará en custodia. Braulio te lo puede confirmar, fue nuestro enlace encubierto cuando era joven, antes de ser comisario. —Sonrió al dedicarle una mirada.

Braulio asintió.

—¿Conocías a mi padre? —preguntó contrariada.

—Sí, Triana, por eso entraste en mi comisaría. Lo tienes en los genes, sabía que ibas a llegar lejos, igual que lo sabía tu padre —respondió Braulio con firmeza—. Siento haberte engañado, y sé que me has ayudado mucho, y que gracias a ti estoy aquí, pero no te lo podía decir, lo prometí. Tu padre no quería que pensaras que era por enchufe.

—Pero… yo elegí este destino.

—Eso fue una fantástica coincidencia, ya que con tus puntos podías elegir dónde estar. —Braulio levantó las cejas.

Ventura llegó con los cafés.

—Perdonad, ya sé que estáis en una reunión importante. —Miró a Triana, a quien le había dado el pésame cuando entró por la puerta.

—Eres de confianza —dijo la subinspectora con cariño.

—Más que de confianza, diría yo. Es de la familia más cercana, no en plan primos segundos y cosas de esas. —Antón le guiñó el ojo y comenzó a dar vueltas al café.

—Vaya, gracias. Así da gusto abrir por las mañanas y cerrar por las madrugadas —dijo Ventura a modo de queja—. Si queréis algo más, me decís.

Se marchó y Triana volvió rápido a la conversación. Tenía preguntas y esperaba encontrar respuestas.

—Aura me dijo que había un vídeo de mi padre matando a golpes a una persona, que ese vídeo lo tenía Carlo y le estaba chantajeando, ya que si lo difundía iría a la cárcel. En él también se ve a mi hermana —resumió para conocer rápido la respuesta.

Matías respiró hondo para coger fuerzas.

—La persona que sale en ese vídeo soy yo. Rafael tuvo que hacerlo porque me descubrieron, para poder continuar en el círculo cercano de Carlo y que no nos mataran a los dos. Me dio la paliza de mi vida. A partir de ahí me sacó malherido, porque tenía que ser creíble, y entré en el programa de protección de testigos. Tu padre siguió con su papel desde dentro y yo desaparecí haciendo una vida nueva —explicó Matías.

—Pero mi hermana creía…

—Lo sé, porque ella no podía saber la verdad y, además, tu padre decidió que era lo mejor, para que viera cómo era Carlo en realidad. No hizo caso y siguió con él —volvió a explicar Matías—. Quería que dejara de verle, pero no fue así.

Todos se quedaron en silencio.

—No te preocupes, vamos a dar con él y a salvar a tu sobrino. Sé dónde montaban los centros de operaciones para coordinarse y hacer los negocios. Si no han cambiado las ubicaciones, creo que estará en alguno de los pisos —añadió.

—El momento que estás viviendo es complicado, pero estamos aquí para ayudarte a encontrarlo. No tienes que ocuparte de todo, como hizo tu padre. Él se equivocó por no querer que le ayudaran —intervino Braulio—. Déjanos ayudarte, tú lo has hecho por nosotros, te lo debemos.

—Sé que lo vamos a encontrar. Quiero que me ayudéis, de verdad, pero necesitamos ser más rápidos y eficaces. Seguro que Carlo quiere sacarlo del país para que no podamos seguirle la pista —argumentó nerviosa.

—No te preocupes, Triana. —Le cogió la mano—. Si no es de una manera, será de otra, iremos encontrando soluciones, pero del país no va a salir —afirmó Antón.

—Ya no estoy segura de nada.

—Hemos avisado a todos los medios de transporte por mar, aire y tierra. No puede salir sin que lo sepamos —anunció Braulio.

—Carlo es muy listo, y puede que tenga documentos falsos y sea más fácil de lo que creemos —dijo Triana.

—Puede ocurrir, no hay que descartar nada. Pero antes de darlo todo por perdido, vamos a intentarlo —añadió Matías.

—De acuerdo, analizaremos los lugares que ha dicho Matías. Iré en persona a cada uno de ellos, si es necesario —se ofreció Triana.

—No, de eso nada. Yo montaré guardias en cada edificio, pero tú tienes que descansar y cuidar de Ballesteros. Recuerda que está vivo por los pelos. Tenemos que ir con cautela para que Carlo sospeche que lo has dejado y no ocurran más incidentes —señaló Braulio.

—¿Me estáis echando de la investigación? —preguntó Triana, ofendida.

—No, solo te pido sentido común. En cuanto sepa que le estamos buscando, cambiará de rumbo o las acciones que tenía

pensadas, así que debemos ser discretos —respondió Braulio.

—Tienes razón. Voy a volver a ver a Ballesteros. Después de todo, es mi culpa que esté en esa situación.

—De acuerdo, yo continuaré con el asesinato de Sandra. —Antón se levantó.

—Voy a montar un equipo reducido para comenzar con las direcciones que Matías nos va a dar. Esperemos encontrar movimiento en alguna de ellas —expuso Braulio.

—Estoy para ayudar. Haremos lo que decidáis que es mejor. Yo estoy oxidado para pensar tan rápido como hace años —dijo Matías.

18

Antón había quedado en la comisaría con los que en el pasado dijeron que no habían asistido a la fiesta. En la investigación anterior, había recurrido al círculo más cercano de la joven y no era la primera vez que escuchaba los nombres de las personas que había recordado Mario Salgado.

Entró en la comisaría esperando encontrar el motivo que podría haberles llevado a los tres a decir que no asistieron a la fiesta cuando había testigos que los vieron. Le dio vueltas, pero no encontró ninguna hipótesis que le diera una respuesta coherente.

El primero con el que se había citado era Rubén Muñoz. Era cierta la impresión de Mario acerca de los jóvenes del grupo de Sandra, eran más bien «raritos», como los había calificado. Sin embargo, el tiempo cambia a las personas, y puede que ahora no tuvieran el mismo aspecto de jóvenes asustados que por aquel entonces.

Al pasar por recepción, Gema le avisó de que Rubén le estaba esperando. Así que apretó el paso para que no se solaparan los interrogatorios. Intentaría hacer los tres en esa misma mañana y poner en común las partes de los testimonios que sí coincidían. Antón conocía de primera mano que en cualquier testimonio hay partes que son mentira, pero también que suelen coincidir en lo que de verdad pasó. Cada uno explica los hechos de una manera y también señala al que cree que es el principal sospechoso del asesinato. Este caso no iba a ser diferente. La investigación inicial apuntaba hacia el desconocido, pero ahora, con la causa de la muerte y el cuerpo de Sandra encima de la mesa, se confirmaba que no había sido una fuga voluntaria.

—Buenos días, Rubén —saludó con gesto serio y sin quitarse a Triana de la cabeza.

—Buenos días, inspector —dijo con educación.

«Ha cambiado, ya no es el mismo tipo asustado que no era capaz de sostener la mirada».

Antón anduvo hacia la sala de interrogatorio y, sin más palabras, Rubén le siguió. Abrió la puerta y le indicó que se sentara con un gesto de la mano. Él se sentó en la silla de enfrente y sacó las notas. Echaba de menos a Triana y la libreta que llevaba a todas partes. Cada vez le gustaba menos, y le sacaba más de quicio, tener que estar pendiente de llevar las notas y apuntar los detalles importantes en los interrogatorios.

—Supongo que ya sabrá que ha aparecido el cuerpo de Sandra, ¿no?

Rubén asintió.

—¿Quién se lo ha dicho? —se interesó Antón con prudencia, para que el interrogado no sospechara lo importante que era su respuesta.

—Laura me llamó ayer. Ella siempre se sintió culpable por lo que ocurrió después de dejarla allí. En cuanto lo supo me llamó llorando. Se lo puede imaginar. —Se subió las gafas y metió las manos entre los muslos.

—He estado repasando el expediente y varios de ustedes dijeron que no habían asistido a la fiesta. Por resumir y no andarnos por las ramas: precisamente los más cercanos a Sandra. —Se echó hacia delante y cogió el bolígrafo que había dejado junto a la libreta.

Rubén guardó silencio unos segundos sin saber qué responder.

—¿Y bien? Tiene que entender que, si no dice la verdad, parecerá más sospechoso aún que si cuenta lo que pasó. Tenga en cuenta que la muerte fue por coma etílico, lo que quiere decir que nadie la agredió ni la violó ni nada de ese estilo. Lo único que sorprende es que nadie la ayudara, ¿no le parece?

—Lo entiendo, pero yo no estaba, se lo juro.

—Hay testigos que afirman que sí. Además, siendo uno de los amigos más cercanos a Sandra, es bastante raro que no estuvieran, ¿no? —presionó el inspector.

—Vale, sí estuvimos en la fiesta. Fuimos todos juntos en el coche de Camilo. —Se acomodó en la silla, nervioso.

—A ver, ¿me está diciendo que fueron todos juntos en el coche y estuvieron en la fiesta? —quiso asegurarse.

—Sí, eso es —confirmó Rubén.

—¿Y por qué no lo dijeron la primera vez? —preguntó Antón con el ceño fruncido.

Rubén respiró hondo antes de contestar.

—Mire, nosotros éramos de esos chavales a los que todo el mundo humilla y de los que todos se ríen. Pensábamos que esa era nuestra oportunidad de entablar amistad con aquellos que tenían las habilidades sociales más destacadas y eran más populares, no solo en nuestra carrera, sino en el resto —explicó al recordar aquello que tanto le dolía revivir—. Fuimos con la idea de que íbamos a encajar de una vez y dejar de ser los raritos, no sé si me entiende —quiso cerciorarse.

—Claro que le entiendo.

—Sandra estaba enamorada de Héctor y le pasaron una nota diciendo que fuéramos a la fiesta. Estábamos felices. Podíamos dejar de ser los bichos raros y eso no es nada común. Parece que, una vez que te meten ahí, es imposible salir. —Se calló y arrastró la silla hacia delante.

—¿Era una oportunidad para vosotros? El momento en el que encajar en la universidad, ¿no?

—Eso es. —Rubén se pasó la lengua por los labios secos—. Sin embargo, a Camilo le sentó mal cuando vio que Sandra estaba contenta porque pensaba que Héctor al fin se había fijado en ella.

—¿No fue así?

—En realidad, no. Héctor le dio la nota de que fuéramos todos, yo creo que para que fuéramos más y pagar menos dinero por cabeza. La fiesta era privada y había que pagar, ¿sabe? Pero ella se lo tomó como una proposición de amor, ya me entiende. —Se subió de nuevo las gafas con el dedo.

—Un momento, no entiendo una cosa, ¿Héctor no tenía novia? Clara —dijo al revisar el informe de años atrás.

—Eso es. Camilo se lo dijo, que se estaba haciendo ilusiones. Bueno, en realidad todos se lo dijimos, pero ella no quería escuchar y se rieron de ella en la fiesta.

—¿Puede que ese fuera el motivo por el que discutió con Laura? —preguntó Antón, golpeando la libreta con el bolígrafo.

—Eso es.

«Necesito bajar a fumar de la pipa», pensó Antón sintiendo que le explotaba la cabeza con aquella declaración.

—Sandra se quería integrar, como todos, pero ella lo llevó al límite, empezó a beber con un juego que montaron Héctor y Mario; verdad o atrevimiento. El típico juego para hacer el tonto y emborracharse. —Antón asintió, es una tontería que cualquiera ha hecho en una noche de borrachera a esa edad—. Sandra empezó a beber sin control y, bueno… —Se detuvo—. Le tocó que se tenía que atrever a darle un beso a Héctor por culpa de Mario, que es el que proponía lo que había que hacer. —Tragó saliva con gran malestar—. La empezó a llamar de todo, que no la tocaba ni con un palo, que le daba asco y un largo etcétera de improperios.

—Perdóname, pero entonces no sé por qué se quedó en la fiesta. —Antón sacó la pipa y empezó a jugar con ella por debajo de la mesa. Cuando estaba nervioso le gustaba tocarla.

—No lo sé, yo tampoco entendí el motivo que la hizo quedarse allí. —Se encogió de hombros—. Laura es mi amiga, pero

creo que no ha contado la verdad. Ella es la única que sabe el motivo de la discusión y lo que cuenta no tiene sentido.

—Le agradezco la información, de verdad, pero no me ha quedado claro por qué dijeron que no fueron a la fiesta —recapituló Antón.

—Yo mentí porque mis padres no me dejaban ir. Me lo prohibieron expresamente. Bebí mucho y me puse bastante malo, así que Camilo nos llevó a casa. Cuando ocurrió la supuesta desaparición, nosotros ya no estábamos en la fiesta. Ese es el motivo por el que no dije que fui. —La voz le temblaba—. Sé que está mal que mintiera, pero lo cierto es que tampoco podía aportar gran cosa, porque no estaba cuando ocurrió.

—¿Y no vio en la fiesta a nadie desconocido? Mario afirma con rotundidad que lo vio.

—Lo siento, estaba muy borracho para ver a nadie. Si entró gente a la fiesta de otras clases, o de cualquier otro sitio, no tengo la menor idea. No le puedo confirmar ninguna de esas cosas —zanjó su relato final.

—Una cosa más, cuando se fueron a casa, ¿fueron todos en el coche? —preguntó el inspector con suspicacia.

—No, Laura y Sandra no vinieron. —Agachó la cabeza con pesar—. Siempre había defendido a Laura porque estaba convencido de que ella no había tenido nada que ver, pero ya no estoy tan seguro.

—¿Y con quién se fue Laura a casa?

—No lo sé, cuando ocurrió la desaparición nunca hablamos entre nosotros. Teníamos miedo de que unos dijeran alguna mentira de otros, y jamás se habló. Así que, sintiéndolo mucho, no le puedo ayudar. Lo único que sé es que yo me pillé una buena melopea y no me acuerdo de nada, solo de lo que le he contado —confirmó Rubén con la piel perlada de sudor.

—De acuerdo. Por último, le quería preguntar, ¿mantiene contacto con la gente de la fiesta?

—Al final hemos ido perdiendo el contacto con los años. Laura es la única con la que hablo de vez en cuando. Los colegios en los que trabajamos están cerca y a veces coincidimos, pero si su pregunta es si tomamos café o nos llamamos de vez en cuando, la respuesta es no.

Antón se levantó de la silla.

—Le acompaño a la calle. Voy a estirar las piernas.

19

El inspector quería bajar a la calle para fumar de su famosa pipa. Le había prometido a Triana que iba a dejar de fumar, pero, después de los últimos acontecimientos, iba a esperar para hacer uno de los mayores esfuerzos de su vida. Estaba seguro de que lo iba a conseguir, pero tendría que esperar a que el momento le acompañara. Llegaron a la calle y sacó la pipa con la que llevaba jugando entre sus manos desde el interrogatorio. Tenía que conseguir que Rubén no se fuera hasta que llegara Camilo. Había afirmado que no se hablaban y que no mantenían el contacto, así que quería confirmarlo con sus propios ojos. Pero debía hacerlo de manera sutil y sin que Rubén lo notara. Le había dado información útil para la investigación. En un primer momento, le pareció que podía ser cierta, o al menos la mayor parte de su narración. Cuando llegara Camilo, verificaría si era una persona de fiar.

Los años no habían pasado en balde para ninguno, pero cuando vio aparecer a Camilo supo que, para él, habían sido magnánimos. Rubén también lo reconoció.

—¿Ese es Camilo? —dijo sorprendido.

—Creo que sí. Está hasta más joven —añadió Antón, al guardar la pipa en el bolsillo después de darle una última calada.

Camilo se sintió observado, pero continuó andando hasta la altura de Antón. También reconoció a Rubén.

—Hola, Rubén, ¡cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? —dijo Camilo al verlos plantados delante de la puerta de la comisaría.

—Hola, Camilo, me alegro de verte. —Estiró la mano y le saludó.

Después saludó a Antón con el mismo apretón de manos.

—Hola, inspector, parece que nos volvemos a ver —dijo Camilo, pusilánime.

—Sí, eso parece. Rubén y yo hemos terminado, podemos subir cuando quiera —le apremió Antón.

—Claro —empezó a andar—. Me alegro de verte, Rubén —dijo antes de desaparecer.

Rubén se quedó mirando cómo se marchaba con el inspector y la mente le comenzó a dar vueltas. Que se hubiera dejado de hablar con Camilo no había sido casualidad, como tampoco lo fue que ocurriera con los demás, excepto con Laura. Rubén era el más tímido del grupo, lo que le había convertido en el blanco fácil de las burlas durante el colegio, el instituto y después de la universidad. Su aspecto había cambiado, pero por dentro seguía siendo el mismo chico. Sin embargo, Camilo había cambiado desde aquel día. Nunca volvió a ser el mismo y, ahora, al verlo delante de él, supo que la personalidad abierta y dicharachera seguía siendo parte de su atractivo. La diferencia es que ahora también le acompañaba el físico.

El inspector se percató de que la actitud entre ellos había cambiado. Cuando Sandra desapareció, los cuatro amigos estaban muy unidos. Antón pensó que serían de esas amistades que duran en el tiempo, pero se equivocó. En la actualidad no eran capaces de mirarse a la cara. Puede que elucubrara demasiado y no tuviera nada que ver con ese día, pero lo que sí estaba claro es que mintieron entonces.

Entraron en la misma sala donde había estado con Rubén. Camilo se sentó donde le indicó Antón. Ya había dejado la libreta preparada para apuntar en qué parte las versiones eran iguales. «Si es que hay alguna, puede que cada historia sea pura imaginación».

Al bajar, había avisado a un compañero para que le pusiera unas botellas de agua en la sala. Intuía que iba a pasar varias horas dentro, y quería estar preparado por si le entraba un ataque de tos. No quería ir él mismo, ya que quiso acompañar a Rubén a la calle para ver su reacción con Camilo. Idea que le había dado cierta información sobre la relación que tenían en la actualidad y sobre que

tuvo que pasar algo grave entre ellos. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Sabe por qué le he llamado? —comenzó Antón.

—Creo que el único motivo para que nos vuelva a llamar usted hoy es por el caso de Sandra. Es cuestión de descarte —dijo con prepotencia.

Antón bebió agua con las cejas levantadas.

«Este tío es tonto».

—¡Genial! Ahora que tenemos claro que es un tipo listo, me gustaría que me dijera el motivo por el que mintió y dijo que no fue a la fiesta. Tenemos testigos que confirman lo contrario —dijo sarcástico.

—No quería líos, eso es todo. Además, cuando yo me fui no había pasado nada de eso del hombre desconocido y todo lo que se inventaron —dijo en voz baja.

—¿Por qué piensa que se lo inventaron? Si no estaba allí, ¿no?

—Ya, pero es lo que pasa en esas fiestas cuando se descontrola la situación, se van inventando historias para echar la mierda a otros.

—¿Qué cree que pasó?

—Yo no sé lo que pasó ni el motivo por el que me ha llamado. Lo único que le puedo decir es que yo fui y me marché. De hecho, si Rubén ha dicho la verdad, sabrá que fui quien los llevó a la fiesta y después les acerqué a casa —dijo con tono exacerbado, por si no le fuera a creer.

—Eso es lo que él ha corroborado. Es un buen amigo. —Hizo un silencio para beber agua y que Camilo rompiera el hielo y comenzara a hablar.

—Me da pena que hayamos terminado así, pero bueno, supongo que hay amistades que no son para siempre y no hay que darle más vueltas. —Se encogió de hombros.

—El motivo de que le hayamos llamado es porque ha aparecido el cuerpo de Sandra. No hay signos de agresión ni de violación —aclaró el inspector con los codos en la mesa.

—¿Cómo que no hay agresiones? ¿Y la historia del hombre desconocido que se la llevó por la fuerza?, ¿era mentira?

—No sé si ese hombre existió, pero lo que le puedo decir es que murió por un coma etílico —confirmó a la vez que le sostenía la mirada.

—Entonces, no lo entiendo. Nadie la mató, ¿no?

—Bueno, Camilo, eso es relativo, porque dudo mucho que Sandra se enterrara sola. —Levantó las cejas con soberbia.

—Ya, claro, obviamente. —Evaluó qué decir un par de segundos—. ¿Y mi presencia aquí a qué se debe? Solo le puedo decir que yo llegué y al poco tiempo me fui. No presencié nada raro que sea digno de mencionar.

—¿Y por qué mintió? —insistió.

—No quería líos ni que me empezaran a interrogar, como están haciendo ahora, y con solo pensar que mis padres se enteraran de que estuve allí..., me iba a traer muchos disgustos. Además, ya le digo que no vi nada —dijo convencido.

—¿Vio cuando estuvieron jugando a verdad o atrevimiento? Parece que durante el juego ocurrió algo embarazoso para Sandra —dijo mirando los apuntes.

—Sí, claro que lo vi. Yo también estaba jugando. Héctor se puso como un basilisco porque Mario dijo que Sandra tenía que besarle. Era para reírse de ella porque estaba enamorada de Héctor, pero Mario era un gilipollas. —Le miró y se arrepintió de haberlo dicho.

—Pensé que el que mandaba era Héctor —dijo desubicado.

Camilo cogió la botella y bebió tranquilo para pensar en cómo salir del embrollo en que se había metido.

—Héctor ponía el dinero y Mario las ideas, como ahora, básicamente. —En las palabras de Camilo se intuía el rencor por sucesos pasados. Se frotó las manos y las colocó entre los muslos, nervioso.

—Me gustaría que esta vez me ayudara. Entiendo lo que ha dicho, pero es obstrucción a la justicia, no puede mentir solo porque no quiera líos, ¿lo entiende?

—Claro que lo entiendo, por eso se lo he dicho. Si a esa chica la mataron, yo también quiero saberlo.

—Puede que la obligaran a beber con el propósito de quitársela de en medio por algún motivo que puede que sepa. Aunque no nos ayudó entonces, puede hacerlo ahora —suplicó con la técnica de hacerse el tonto, siempre funcionaba mejor para que hablaran.

—No quiero acusar a nadie de nada —dijo al fin con la mirada puesta en la mesa.

—Nadie le pide que acuse a nadie, solo que nos ayude a entender qué pasó esa noche —rogó cruzando las puntas de los dedos.

—Vale, ¿qué quiere saber? —preguntó decidido Camilo.

—¿Qué pasó después del juego? Estoy seguro de que se acuerda y que fue cuando usted tomó la decisión de irse, igual que lo hicieron los demás.

—Clara vio lo que había ocurrido y vino como una flecha. A pesar de que Héctor había humillado a Sandra, a su novia, Clara, no le pareció suficiente. Así que vino desde lejos, porque ella no estaba jugando, y empezó a discutir con Sandra. Se calentaron... —Agachó la mirada— y Clara le dio un tortazo. Nada grave, ya que si no

hubiera aparecido en la autopsia. Fue una hostia simbólica de que ella era superior, más que un puñetazo con fuerza.

—¿Y luego?

—Clara cogió a Héctor y lo morreó delante de todo el mundo y se marcharon cuando Mario les dio las llaves del coche —añadió Camilo, tragando saliva.

—¿Y ya está?

—Después de eso, seguimos bebiendo, pero ya sin juegos. Sandra continuó divirtiéndose, igual que los demás. No dejó que eso le amargara la fiesta…

Camilo se calló. No dejaba de mover una de las piernas sin control por debajo de la mesa. Antón se estaba poniendo de los nervios, pero se contuvo para continuar con el propósito firme de hacerle hablar.

—Clara luego volvió y le pidió perdón. —De nuevo mantuvo el silencio.

Camilo cogió la botella de agua y bebió con parsimonia.

—Que volviera arrepentida no era buena señal, ¿no?

—Exacto. Clara era una mala arpía. De ese tipo de gente a la que le gusta hacer daño solo por placer. El dolor ajeno es el motor de su felicidad, ¿sabe de qué tipo de personas le hablo?

—Por supuesto, hay muchas personas así. —Sonrió con vehemencia.

Antón apuntó palabras clave que solo tenían sentido si era él quien las leía.

—Después de ver aquella escena de Clara, con una botella de champán, pidiendo perdón a Sandra, supe que se avecinaba tormenta. Además, Rubén se empezó a encontrar mal y me los llevé a casa —apuró para salir de allí.

—¿A quiénes llevó?

—A Rubén y a Juana. Sandra y Laura discutieron, creo que fue por algo de Héctor, pero no le sabría explicar.

—De acuerdo, muchas gracias, Camilo.

Mientras se marchaba, Antón se preguntó cuántas verdades más quedarían escondidas entre aquellos amigos que se creían inmunes al paso del tiempo.

20

Camilo sabía que el inspector había acompañado a Rubén a la calle para que se cruzaran en la puerta y ver sus reacciones. Así que no podía repetir la jugada con Juana, que era la siguiente a la que había llamado para poder interrogarla. El inspector tenía las expectativas altas con su declaración, ya que las mujeres suelen ser más observadoras y sus testimonios más extensos y con un mayor número de detalles.

Intentaría ser lo más amable posible, por lo que, mientras llegaba, se acercó a la máquina de café y sacó dos cafés con leche. Tal vez lo tomara solo, pero se quedaría con el detalle del café. «Lo que importa son los detalles», eso es lo que decía Remedios cada vez que le echaba algo en cara. Puede que, después de tantos años, hubiera aprendido algo.

A los pocos segundos de dejar las tazas de plástico y dos botellas de agua, salió por la puerta y vio a Juana. Había cambiado, pero seguía teniendo la misma cara de chica inocente de entonces. Cuando Sandra desapareció, Juana le pareció la más guapa e inteligente; es verdad que parecía tímida, pero su mirada reflejaba que sabía poner la cara que querías ver. En ese momento utilizó el papel de inocente. Ahora tendría que dar explicaciones por haber mentido en su declaración y confirmar que no estuvo en la fiesta.

—Hola, Antón —saludó nada más verle y esbozó una sonrisa en su rostro angelical—. Te he reconocido nada más verte. —Volvió a sonreír.

—Hola, Juana, me he tomado la libertad de traerte un café —dijo imitando el gesto sonriente de su interlocutora.

Antón avanzó hacia la puerta que había cerrado hacía unos minutos. Abrió y pasó.

—Por favor, siéntate —sugirió Antón al sentarse en el mismo sitio que durante los otros interrogatorios.

—Gracias. —Tomó asiento y colocó el bolso encima de la mesa para cruzarse de brazos acto seguido.

—Supongo que sabes el motivo de que te hayamos citado en comisaría, ¿no?

—Sí, me lo ha dicho Laura. No es que tengamos contacto, pero me ha llamado para contármelo. Bueno, para eso y para echarme en cara que mintiéramos entonces. —Su voz era cálida, como el sol en un día de verano.

«Qué lista es, no da puntada sin hilo». El inspector supuso que, si lo había admitido en un primer momento, era porque se había preparado un plan.

«Dejemos que escenifique la actuación que se ha preparado para hoy». Se había dicho a sí mismo que quizá el teatrillo le diera más información que si seguía el interrogatorio con normalidad. Así que solo le seguiría la corriente hasta que dijera lo que había ido a decir.

«Empecemos».

—¿Y qué te ha dicho?

—Sandra ha aparecido enterrada. Supongo que su muerte no fue fortuita, alguien la quería muerta —susurró tapándose la boca con la mano.

—¿Y quién crees que fue? —preguntó Antón con gesto de sorpresa.

—Laura, ¿quién va a ser si no? Ella fue quien discutió con Sandra, y luego dicen que se fue con un extraño. Eso no es posible.

—Bueno, pero tú dijiste que no estabas allí, por lo que no sabes lo que ocurrió —le recordó Antón.

Juana bajó la mirada y se removió en el asiento.

—Es cierto, en cuanto a eso…, quería pedirte perdón. Debía haber dicho la verdad, pero no tenía mucho que aportar. Estuve un

rato, bebí mucho y luego me fui en el coche de Camilo. Ni vi nada ni escuché nada —reconoció con falso arrepentimiento.

—Lo que sí es casualidad es que ninguno visteis nada, ¿no? —Sonrió con malicia.

—Lo sé, pero los dos sabemos que eso no es verdad. Los que fueron los promotores de la fiesta estuvieron allí hasta el final, así que algo tuvieron que ver, ¡vamos, digo yo!

Juana abrió los ojos y le sostuvo la mirada en silencio, esperando a que Antón continuara. Bebió del café sin añadir nada más. Antón miró los apuntes del informe con paciencia y sin prisa.

Juana no aguantó la espera y rompió el silencio. La presión de no decir lo que se había preparado la corroía por dentro.

—Mario, Clara, Héctor y Laura fueron los que propusieron la fiesta para la clase de primero de Magisterio. Luego vinieron más cursos, pero en principio éramos solo nosotros. Ya sabe que luego hay líos entre las clases, amorosos, quiero decir… y, bueno, el caso es que ahí entró todo el mundo sin pagar entrada y a consumir porque otro le había invitado. Fue un desastre, la verdad —dijo cada vez más alterada al recordarlo. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y miró a su alrededor—. Tuvo que ser algo planeado, y eso quiere decir que fue uno de ellos, ni más ni menos. —Se cruzó de brazos.

—Entiendo.

—Supongo que los de la científica te habrán dicho cómo la enterraron, si le pusieron una manta o algo por el estilo o si la enterraron así, en frío, con tierra por encima; ya sabe a lo que me refiero. No me hagas hablar de estas cosas, que se me ponen los pelos de punta. —Le enseñó el brazo y cómo se le había erizado la piel.

—Están en ello. Como habrás imaginado, hay más casos —dijo condescendiente.

—Supongo, perdón si te he ofendido, no era mi intención —se disculpó con su mejor sonrisa.

—¿Algo más que quieras añadir? Puede que algún detalle nos ayude… —dijo con tono indefenso.

Juana entrecerró los ojos y comenzó a rascarse la barbilla, pensativa.

—Laura y Clara eran muy amigas, y las dos discutieron ese día con Sandra. Así que creo que una de ellas sabe más… —Hizo una pausa—… o es la asesina.

—¿Crees que una de ellas arrastró el cuerpo hasta el foso que cavaron tan profundo que hemos tardado quince años en encontrarlo? Yo no lo creo. —Negó con la cabeza y cogió la botella de agua para beber.

Antón apuntó aquella apreciación. Debía centrarse en quién trasladó el cuerpo.

—Tienes razón, tuvo que ser un hombre —razonó—. O varias personas —añadió con orgullo.

—Puede ser, pero ¿tanta gente la quería muerta?

—No lo creo, llámame ilusa, pero quizás se les fue de las manos la broma y simplemente se asustaron, ¿no?

—¿De verdad lo crees? —se interesó Antón.

—No, la verdad es que no lo creo.

Antón se echó hacia atrás en la silla y se metió la mano en el bolsillo para tocar la pipa y pensar.

—¿Eras buena amiga de Sandra?

—Sí, hasta que se lio con Héctor. Aquel día todo cambió. —Se cambió el pelo de lado con la mano y se ahuecó la parte de arriba.

El inspector se quedó paralizado.

—¿Estás segura de eso? Nadie nunca dijo nada de eso, ni antes ni ahora —puntualizó Antón, sintiendo que se le subía la tensión de golpe.

—Por supuesto que no, ni nadie lo va a reconocer. Yo no dije nunca nada porque no quería líos y ya está. Tampoco vi nada, pero sí te puedo decir lo que ocurrió antes de la fiesta. Los meses previos.

—Sandra estaba enamorada de Héctor y él la humilló en repetidas ocasiones, ¿no? Eso es lo que han contado varios de sus amigos —resumió Antón.

—Y es verdad, pero al final se lio con él. A partir de entonces, él se empezó a meter más con ella y, cuando la invitó a la fiesta, pues bueno, se emocionó. Pensó que quería estar con ella y, cuando vio que solo se estuvieron riendo de ella porque Clara estaba allí, se fue a llorar al baño —explicó Juana muy convincente.

—¿Y lo del juego de verdad o atrevimiento, fue antes o después? —preguntó Antón para ubicarse.

—No lo sé. Yo sé lo que te he contado. Al ver a Clara, se fue a llorar al baño. Estuve con ella un rato para animarla y que no le hiciera caso. Clara era una presuntuosa —recalcó Juana, cruzando las piernas.

—¿Y por qué piensas que fue Laura?

—Porque discutieron delante de todo el mundo. Es la única, junto a Clara, que podría tener un motivo, ¿no?

—Entiendo.

Antón miró el reloj.

«Se me ha hecho tarde».

—Puedes llamarme cuando quieras. Estoy dispuesta a ayudar en lo que necesitéis. Sandra era amiga mía, más que de Laura, te lo puedo asegurar. Laura ni siquiera sabía que se había liado con

Héctor, por eso estaba todo el día diciéndole que era una estúpida por fijarse en él y hacerle caso.

—Necesito organizar los nuevos hechos que me acabas de decir, ya que es información que no teníamos con anterioridad. Puede que te llame más adelante —zanjó Antón, terminando de apuntar lo que le había dicho Juana.

21

El inspector estaba cansado cuando llegó a la puerta del hospital. Había ido a comer algo fuera de hora y tampoco había tenido tiempo de pensar en lo que estaba ocurriendo durante el día. El caso de Sandra Roldán le estaba quitando una energía que no tenía. Lo que había pasado con los asesinatos en la vida de Triana y la aparición de Matías había dado a sus vidas un giro tremendamente brusco. La culpabilidad que la subinspectora sentía por lo ocurrido se notaba en cada una de sus palabras. Pero Antón iba a estar siempre con ella, para cualquier cosa que necesitara, incluso para las que estaban fuera de la ley, como asesinar a Carlo. Braulio estaba de acuerdo y Matías les ayudaría, así que no había mucho que hablar al respecto. Solo había que encontrarlo y matarlo. Era la única manera de que Triana estuviera en paz y no sintiera que su vida corría peligro cada segundo.

Se sentó en un poyete con la pipa en la boca, lo suficientemente alejado de la entrada para no molestar a nadie con el humo. Estuvo pensando en cuál sería el siguiente movimiento para poner las cosas en su sitio. Le dolía tanto la cabeza que tuvo que obligarse a no pensar en nada más durante unos minutos. Las piernas le flaqueaban y la ansiedad por no llegar al final de lo que ocurrió con Sandra le ardía en el estómago. No podía fallar ahora, después de tanto tiempo esperando encontrar el cuerpo, y había aparecido en el peor momento personal de Antón. Aquello le dolía tanto que se reprochaba no ser capaz de dar el cien por cien.

Dio unas caladas más y, cuando la pipa se apagó, entró.

El hospital seguía oliendo a lejía y a productos de limpieza. Ya había empezado a oscurecer, a pesar de que no era tarde. Miró el reloj y suspiró, desesperado porque otro día estuviera a punto de acabar sin haber llegado a ninguna pista concluyente.

Cogió el ascensor y recorrió el largo pasillo repleto de luces blancas y de los sonidos de las máquinas de los enfermos. La

enfermera que estaba detrás del mostrador iba a llamarle la atención cuando Antón, sin siquiera mirarla, le enseñó la placa. La mujer se volvió a sentar sin decir nada.

Vio a los policías que custodiaban la puerta. Le miraron y le saludaron con un «hola, inspector». Conocían perfectamente lo que estaba ocurriendo y lo desbordado que estaba Antón. La cara de los compañeros reflejaba la comprensión hacia su superior. Abrió la puerta y vio a Triana medio dormida, dando la mano a Ballesteros, que estaba roncando. Triana se despertó rápidamente y le miró con un esbozo de sonrisa.

Se levantó y se dieron un abrazo. Triana quería tanto a Antón que le daba las fuerzas que necesitaba con solo verlo allí plantado.

—¿Qué haces aquí? No tendrías que haber venido. Sé de sobra que estás agotado. —Se sentó en el sillón y Antón en el reposabrazos.

—Bueno, quería ver cómo estabais antes de irme a dormir. —Se frotó la frente con pesadez.

—Mal, pero por lo menos él —señaló a Ballesteros con la barbilla— está mejorando. Ya tiene los ojos menos hinchados. Al menos puede abrirlos.

—Le estarán dando mucha medicación para que no tenga dolores —supuso Antón.

—Puede ser. —Dio un golpecito en el muslo a Antón, que le quedaba a la altura del brazo—. ¿Y qué tal el caso de Sandra?

—Mal. Es complicado que encontremos pruebas. Han pasado demasiados años, pero con los testimonios y la investigación puede que tengamos suerte y encontremos alguna prueba antigua. No sé, Triana, quiero ser positivo, pero la verdad es que la vida me está dejando sin opciones —se quejó con la voz tomada.

—Vete a dormir, anda.

—¿Y tú?

—Me voy a quedar a dormir con él. No puedo dejarlo así y solo —añadió al mirarlo y contener el llanto en el pecho.

—Triana, no es culpa tuya. —Se giró para mirarla a la cara.

—Los dos sabemos que sí, aunque lo niegues para hacerme sentir bien. —Levantó los hombros.

—Tú no entraste en su casa y le diste una paliza —le recordó, alzando ligeramente la voz.

—Lo sé, pero si no estuviera conmigo esto no le habría pasado… —Se calló—. Le quiero mucho, Antón.

—Ya lo sé —afirmó él, dibujando una sonrisa de felicidad—. Entonces no le apartes de tu vida.

—Creo que no puedo más con todo esto. Verlo así en la cama me rompe el corazón —prosiguió— y pensar en dónde estará Víctor… —Resopló, bajando la mirada al suelo.

—Lo vamos a encontrar, no te preocupes. —Le tocó el hombro—. Tienes que animarte, Triana, no puedes estar alicaída. Esa actitud no te lleva a ningún lado y, además, tú no eres así. Eres una mujer echada para adelante, que le echa coraje a todo lo que hace. —Meneó la cabeza—. Hoy no puedes venirte abajo. Hoy —insistió—, no.

—Lo sé, pero no puedo más. Lo de los asesinatos, la paliza, Víctor…, y ahora resulta que mi vida ha sido una pantomima. No sabía quién era mi padre. —Se colocó las manos en los ojos para taparse y llorar sin contenerse.

—¡Claro que sabías quién era tu padre! ¿Cómo dices eso? Era una de las personas que más te quería en el mundo y que te protegió siempre, Triana. No puedes decir algo así. Rafael Castillo fue uno de los mejores policías infiltrados. Estuvo años como persona de confianza de Carlo. Lo que pasa es que, bueno, tu hermana se metió y ya no hubo manera de arreglarlo. Ese fue el verdadero problema.

—¿Crees que fue eso?

—Fue eso, Triana. Aura se enamoró y tu padre no supo gestionarlo. Igual que te ha pasado a ti ahora. Las cosas vienen muy torcidas algunas veces, y solo nos queda gestionarlas con lo que tenemos. Las cosas no suelen salir como queremos, eso ya lo sabes. Si fuera así, no habría asesinatos.

—Es que la imagen de los tres asesinados de aquella manera… —Negó con la cabeza—. Es imposible de olvidar. Cada vez que cierro los ojos pienso que, si hubiera dejado a Aura tranquila en vez de empeñarme en salvarla cuando ella ya sabía dónde se había metido mejor que yo… Es increíble que fuera tan estúpida. —Se secó la cara con la mano.

—Venga, anda, vamos. ¿Quieres un café antes de que me vaya?

Triana se quedó mirando a Ballesteros, que seguía dormido.

—No quiero dejarle solo.

—Serán cinco minutos y están los compañeros en la puerta. Además, Carlo no sabe que hemos montado un operativo para encontrarlo.

—Antón, Carlo siempre sabe lo que pasa. Tú no le conoces como yo. —Respiró hondo—. Hay que ser realista. Yo le quiero matar a él, pero él me quiere matar a mí.

—No digas eso, Triana, que se me pone mal cuerpo —regañó Antón, afectado por sus palabras.

—Es la verdad. Esto no puede acabar de otra manera que no sea con uno de los dos muerto —terminó de decir con un ligero susurro lleno de sentimiento y certeza.

—¡Deja de decir estupideces! Todavía tienes que casarte y tener una pequeña Triana que me venga a molestar los domingos —dijo Antón en un intento de quitar hierro a sus palabras.

Triana se levantó y tiró del brazo de Antón para que se pusiera de pie y la mirara a los ojos.

—Necesito que me prometas que, si me pasa algo, cuidarás de Víctor. No tiene a nadie más —suplicó llorando.

Antón cogió sus manos.

—No te va a pasar nada, Triana —respondió con los ojos brillantes.

—Por favor, necesito que me lo prometas. —Una lágrima resbaló por su mejilla sin control.

—Te lo prometo. —Asintió.

Triana le abrazó sin dejar de llorar y con tanta fuerza que sintió que esa era la verdadera despedida. Puede que luego hubiera otra, pero la que estaba llena de confianza y cargada de sentimientos fue aquella, en la habitación de un hospital, con los pitidos de fondo de las máquinas que controlaban el ritmo cardíaco de los enfermos.

—Gracias por todo, Antón. Me has enseñado más de lo que te puedes imaginar —susurró antes de que el abrazo terminara.

—No es para tanto. ¿Quieres que venga mejor mañana? Podemos desayunar juntos. Pero tiene que ser temprano. ¿Qué me dices? —preguntó emocionado por las palabras de Triana.

—De acuerdo. Me parece buena idea. Así me despejo.

22

Después de tomarse un café con Antón, Triana subió a la habitación. Había decidido que se quedaría a dormir todas las noches que Ballesteros pasara en el hospital. La charla con Antón le había venido bien, pero no dejaba de sentirse culpable. Sabía que lo era y daba igual lo que le dijera el resto. Si Ballesteros y ella no estuvieran juntos, la brutal paliza no habría tenido lugar. Además, la subinspectora no dejaba de darle vueltas a la cabeza a cómo Carlo habría conseguido la información. Era inevitable pensar que la habían estado siguiendo hasta su casa y luego a la de Ballesteros, ya que, si no fuera así, no lo habrían localizado.

El tiempo corría en su contra para no perder el rastro de Carlo y dar con Víctor. Por lo que Triana había rescatado de su casa la investigación que hizo con Ballesteros en un primer momento para buscar a Aura. El motivo había cambiado, pero el plan era el mismo: encontrar a Carlo. Se lo había guardado cuando fue a su casa a buscar alguna pista. No encontró nada más que recuerdos de Aura, pero podría ser alguno de ellos el que le diera la pista emocional para encontrarlo. Mientras no volviera a casa, decidió sentarse en la butaca incómoda al lado de Ballesteros a repasar lo que en su día descubrieron para dar con una pista útil. Sin embargo, el cansancio se había ido acumulando y, en cuanto cerró los ojos, se quedó dormida con el informe entre las piernas. Ballesteros se despertó entre dolores y llamó a la enfermera. No quería despertarla. Estaba sufriendo mucho y se merecía, aunque fuera unos minutos, descansar para volver con más fuerza.

La enfermera entró en la habitación a los pocos minutos de que el agente pulsara el botón. Según indicaciones del propio paciente, «necesitaba algo más fuerte», pero la enfermera le explicó que tendría que aguantar, ya que no podía suministrarle nada más sin el consentimiento de un médico.

No iba a poder dormir y la hinchazón del ojo le había dado algo de tregua para poder abrirlo y leer. Lo pudo comprobar cuando la enfermera le cogió el informe de los muslos de Triana.

—¡No puede ser! —exclamó Ballesteros con un grito.

Triana se despertó de repente. Abrió los ojos rápido y la mirada se dirigió al agente que estaba con el informe entre las manos.

—Triana, mira lo que he encontrado —dijo Ballesteros al ver que se había despertado.

Se levantó del sillón y se sentó en la cama, al lado de su novio, que seguía sosteniendo los papeles.

—He estado mirando las llamadas que solicitamos del teléfono de Aura antes de que lo diera de baja y he comparado los movimientos bancarios —explicó con expectación y sorpresa a la vez.

—¿Y? —preguntó intrigada.

Ballesteros se había quedado mirando las páginas para repasar el hallazgo y comprobar que no se equivocaba. Cogió el móvil de nuevo y revisó una vez más el número.

—Mira. —Le enseñó el papel de las llamadas y señaló con el dedo índice un cargo con el mismo nombre.

—¿De dónde es ese teléfono fijo? —Le devolvió la mirada con una pizca de inquietud.

—Me llamó la atención, así que lo comprobé en internet y es de un restaurante. Se llama «El asador de Madrid»…

—Y los cargos de la tarjeta también son de ese número, ¿no? —se adelantó Triana a que terminara Ballesteros.

—Sí, del mismo día. Parece que llamaba por teléfono para reservar y luego iba a comer. —Tragó saliva—. Puede que fuera uno de los sitios en los que quedaba con Carlo —explicó con

preocupación—. Bueno, a ver —dudó—, puede que no sea nada, pero está claro que Aura quedaba todos los meses con alguien allí. Así que, ya que no tenemos nada que perder y mucho que ganar, podrías comprobarlo. ¿Qué opinas? —preguntó al reacomodarse en la cama.

Triana revisó lo que le acababa de decir despacio y con atención.

—No sabemos con quién quedaba, pero podemos intentarlo. Sea quien sea, no debía ser una persona cualquiera, ya que lo hacía todos los meses. —Entrecerró los ojos—. Ahora estoy segura de que no conocía a mi hermana como yo creía. Ni siquiera sé con quién se veía. Si Nadia estuviera viva le podríamos preguntar. O Lucas. Pero ahora las personas que nos podían ayudar están muertas. —Bajó la mirada acuosa al suelo.

Ballesteros le levantó la cara cogiéndole la barbilla con la mano repleta de vendas por los dedos rotos.

—Sin lugar a duda significa algo. Ahora podemos saber qué. Espera un momento. —Se quedó pensativo unos segundos y volvió a coger los papeles para repasarlos una vez más.

—¿Qué pasa? —preguntó sin entender aquella reacción repentina.

—Hay que comprobar si era el mismo día de cada mes. —Negó con la cabeza—. No lo era. Lo siento. Habrá que ir a preguntar. Puede que, si iban todos los meses, el dueño o algún camarero se acuerde de Aura.

—Voy ahora mismo. Creo que es importante saber si iba con Víctor o no. —Triana se levantó y cogió el abrigo.

Se dio cuenta de que no le había dado las gracias y se giró rápido para darle un beso con cuidado.

Ballesteros le cogió la mano.

—Triana, no puedes ir sola y lo sabes. Es peligroso —dijo con el tono de voz cargado de miedo.

El agente recordó lo que vivió cuando entraron en su piso y revivió de nuevo los golpes y la tortura por la que le hicieron pasar. Estaba seguro de que, si Carlo la encontraba, no iba a dejar que se fuera. Le había dado una última oportunidad de que parara, pero si no lo hacía, la mataría. Ballesteros no tenía ni un resquicio de duda de que, si comenzaba a husmear en el pasado, encontraría un presente que no le iba a gustar.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo que ir —se quejó Triana.

—Lo sé, pero llama a Antón. Sabes que irá contigo encantado, y si tiene algo que hacer lo pospondrá. Es importante. Carlo no es cualquier persona, es un asesino. —El miedo se reflejaba en sus ojos.

—Le voy a llamar, pero quiero que te quedes aquí tranquilo y no hagas nada. Descansa, ¿vale? Tienes que recuperarte. —Se acercó y le dio un beso.

—La recuperación va a ser larga —se quejó—. Me gustaría estar contigo investigando, como hicimos la otra vez. Tengo la sensación de que te estoy fallando al dejarte sola en una situación tan complicada y peligrosa como esta.

Triana le cogió de la mano.

—Yo te fallé. No estaba ahí cuando me necesitabas. Y ahora no pienso fallar a Víctor, pero para hacer bien mi trabajo, necesito saber que tú estás bien y vigilado. No te preocupes, llamaré a Antón para no ir sola, pero tú debes prometerme que vas a descansar y no vas a pensar en otra cosa que no sea en recuperarte. —Triana le volvió a besar sin soltarle la mano.

—Aunque quisiera, no podría ir a ningún lado. No puedo moverme sin que me duela todo. —Levantó la sábana para enseñarle que estaba vendado y magullado prácticamente por todas partes.

—Lo sé, pero tampoco quiero que estés investigando.

—Triana, solo te quiero ayudar. No puedo salir de aquí, pero si me dejas el informe al menos puedo entretenerme, y puede incluso que encuentre otra pista, como ahora —rogó Ballesteros.

—Está bien, te lo dejo aquí. —Le devolvió la carpeta con el informe que le había quitado.

Antes de que se fuera, le cogió de la mano.

—¿Llamarás a Antón? —insistió el agente.

—Claro. No sé si estará con el caso de Sandra, pero le llamaré para pedirle que venga conmigo. Te lo prometo —añadió para que se quedara tranquilo.

Ballesteros dejó escapar el aire con alivio y, por primera vez en días, una sonrisa temblorosa asomó en su rostro destrozado.

23

Juanjo se pasó una mano por la cara como si así pudiera despegarse el cansancio pegado a la piel. Llevaba horas en el despacho. Sobre la mesa se amontonaban carpetas abiertas, informes de laboratorio sin revisar y pruebas pendientes de cotejar. Había dormido apenas tres horas la noche anterior, y eso si se le podía llamar dormir. Más bien fue un parpadeo largo, con el cuerpo encogido en el sofá de su casa y la alarma sonando antes de que el cerebro llegara a desconectar.

Abrió un cajón buscando una pastilla para el dolor de cabeza y se topó con una chocolatina olvidada. Dudó un segundo y la dejó a un lado. Se obligó a centrarse. Las pruebas del caso de Sandra estaban sobre la mesa, subrayadas, tachadas y con anotaciones a mano. Nada cuadraba del todo ni era concluyente. Y él estaba harto de buscar sin encontrar. Harto de vivir a base de cafeína y silencios.

El zumbido del fluorescente parpadeando sobre su cabeza le arrancó un suspiro. Bajó la vista de nuevo y se frotó las sienes. Cuando escuchó los pasos acercándose por el pasillo, no se molestó en levantar la vista. Pensó que sería otro agente dejando más papeleo.

Pero entonces la puerta se abrió y Antón asomó la cabeza.

—Hola, Juanjo, no te quería molestar. ¿Estás liado?

—Hola, Antón, pasa. Tranquilo, están siendo unos días agotadores, pero es nuestro trabajo. ¿Te puedo ayudar en algo? —Colocó el codo encima de la mesa y apoyó la cabeza en la mano.

Antón se acercó hasta él antes de responder y se sentó en el borde de la mesa de su compañero, con los brazos cruzados.

—Estoy con los interrogatorios y una de las amigas de la chica me ha comentado algo que me ha descolocado. He venido por si ya habéis terminado con la autopsia y me puedes ayudar a entender mejor lo que pasó. —Resopló.

—Sí, ya hemos terminado. Te iba a llamar a lo largo de esta mañana. —Se frotó la sien y buscó con los ojos el informe del caso de Sandra Roldán.

Lo cogió y lo abrió para enseñarle el folio con la información de la autopsia. Antón leyó con atención y, con el ceño fruncido, volvió a mirar a su compañero.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó contrariado.

—Después de leer el informe completo del forense me quedé perplejo, por eso te iba a llamar. Debido a la urgencia de la investigación, primero se analizó el motivo de la muerte, pero después se hizo una autopsia más en profundidad, que es la que te he enseñado. —Suspiró sosteniendo la mirada del inspector—. Hay marcas de instrumentación en la zona pélvica. No es concluyente, pero sí compatible con un aborto…

—¿Se puede saber cuánto tiempo antes de la muerte? —preguntó, tragando saliva.

—Estamos hablando de unos meses antes de la muerte, pero no se puede precisar. Es imposible saberlo con exactitud —puntualizó Juanjo, rascándose la cabeza.

—¿Sabes lo que esto implica? —preguntó Antón retóricamente.

—Supongo que ya tienes un motivo para que la mataran, ¿no?

—Exacto. —Sacó la pipa y comenzó a jugar con ella en la mano—. ¿Hay forma de saber si fue voluntario o espontáneo?

—No, lo siento. Si fue provocado, lo hicieron bien. No hay restos ni marcas que indiquen mala praxis. Y, si fue espontáneo, tampoco dejó señales claras. Solo te puedo asegurar que hay una cicatriz interna.

—Gracias, Juanjo, esto puede ser la clave. —Comenzó a andar por el despacho con movimientos lentos.

—Espero que descubras quién fue el asesino. Puede que fuera un homicidio imprudente, pero, siendo objetivos y con lo que te acabo de decir, parece que alguien la quería muerta —añadió Juanjo al levantarse y meter las manos en los bolsillos.

—Después de los interrogatorios, parece que el grupo de amigos tenía mucho que esconder. Eran unos chavales, pero ahora ya no lo son y son conscientes de lo que hicieron. Están ocultando información, de eso estoy seguro. Tengo que irme, voy a seguir la pista del aborto. Sé que no es concluyente, pero, si no fue el motivo del asesinato, al menos lo descartaré —matizó, dirigiéndose a la puerta.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió sin previo aviso.

—¿Se puede? —Triana asomó la cabeza.

Antón y Juanjo se quedaron sorprendidos. No la esperaban en otro lugar que no fuera en el hospital con Ballesteros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Antón, dejando entrever su sorpresa.

—He salido del hospital porque Ballesteros y yo hemos descubierto una pista y tengo que seguirla. Es sobre Víctor —añadió Triana.

Avanzó hacia ellos.

—Antón, necesito tu ayuda. No puedo ir sola. Creo que descubrieron que estaba con Ballesteros porque me estuvieron siguiendo —dijo la subinspectora con el miedo patente en sus palabras.

—Ya sabes que estoy para lo que necesites —respondió Antón.

—Gracias. —Respiró aliviada.

—Triana, si te puedo ayudar en algo, solo tienes que decírmelo, ¿vale? —preguntó Juanjo.

—No te preocupes. Terminad de analizar las pruebas de las escenas del crimen. Puede que deis con alguna pista que me ayude aún más. Pero, mientras tanto, tengo que moverme. No puedo dejar que pasen los días sin hacer nada.

—Matías y Braulio están vigilando los lugares que solía frecuentar Carlo. Han mandado varias patrullas de paisano. Daremos con ellos. —Agarró a Triana por los hombros.

—De eso estoy segura, pero, mientras tanto, necesito ir a un restaurante. Mi hermana iba allí todos los meses después de reservar. Sé que no era casualidad. Si iba allí todos los meses, era por alguien que significaba algo para ella. Y está claro que la persona con la que quedaba la conocía mejor que yo —explicó Triana con los ojos acuosos.

—De acuerdo, vamos. —La agarró por el brazo para salir del despacho de Juanjo.

—No os preocupéis —dijo Juanjo, pasándose la mano por la cara—. Seguiremos trabajando para encontrar alguna pista. En cuanto tenga alguna novedad, os llamaré —se despidió al sentarse de nuevo.

24

Triana empujó la puerta de cristal de la comisaría con paso firme, aunque por dentro el miedo le apretaba el corazón. Antón la seguía, revisando su móvil. Tenía una nueva pista en el caso de Sandra y, después de ayudar a Triana, continuaría con la investigación. No le importaba no dormir si con ello conseguía estar más cerca de descubrir qué había pasado.

Entraron en el coche.

—Gracias, Antón, no quiero ir sola. Sé que soy policía y no debería tener miedo, pero la verdad es que estoy aterrada. No se me quita de la cabeza lo que ha sido capaz de hacer a Ballesteros. Y estoy convencida de que lo que le hizo a Matías es mucho más grave de lo que cuenta —dijo Triana sin darle tiempo a preguntar.

—Creo que tienes razón. Si no fuera así, no habría entrado en el programa de protección de testigos. Pero tienes que pensar que quiere protegerte. Tienes que confiar en él. Era el mejor amigo de tu padre y durante años fueron policías infiltrados en una misión peligrosa. —Hizo una pausa al mirar por la ventana—. Si tu padre se jugó el cuello por sacarlo de allí, debía de tener una razón de peso.

—Lo sé, pero eso fue hace muchos años. Puede que Matías conociera bien a Carlo, pero es un hombre listo y estoy segura de que trasladó las zonas de reunión o donde tenían montado el tinglado de operaciones, o como ellos lo llamen. —Colocó el codo en la ventanilla y mantuvo la otra mano en el volante.

El silencio entre ellos fue breve, tenso y cargado de pensamientos en torno a Víctor.

Llegaron al restaurante «El Asador de Madrid», al cual apuntaban las pistas de las reuniones. Aura llamaba todos los meses y el pago se realizaba con su tarjeta de crédito. Las dudas se arremolinaron en su mente al ver la fachada del edificio.

El restaurante estaba en una calle discreta del centro, a unos metros del bullicio. A esa hora apenas había clientes, solo un par de mesas ocupadas por hombres de negocios que hablaban con ligeros susurros. Triana observó con cautela el interior del asador. Al final de un pequeño pasillo había un salón de reservas, como en algunos restaurantes antiguos. Estaban distribuidos para dar privacidad a gente con cierto poder adquisitivo sin ser observados ni oídos por el resto de los comensales. Se estaban preparando para dar las primeras comidas.

Se acercaron a la barra. El camarero, un hombre mayor con el ceño marcado por años de servicio, los miró con una mezcla de extrañeza y cansancio. La postura, la mirada y los movimientos los delataban ante un ojo experto curtido por los años, como era el caso de aquel camarero.

—¿Son policías? —preguntó sin más preámbulos.

Triana y Antón se miraron.

—Sí, eso es. Tiene buen ojo —dijo Antón con un amago de sonrisa.

—Puede ser —respondió de manera áspera, sin dar posibilidad de continuar la conversación.

El camarero no los quería allí. Cuando la policía se presentaba, la situación se traducía en problemas.

—Perdone, necesitamos hablar con usted. No le quitaremos mucho tiempo —dijo Triana antes de que se diera la vuelta.

—Pues ustedes dirán, ¿en qué les puedo ayudar? —Se cruzó de brazos.

—Sabemos que una mujer reservaba aquí todos los meses, sin falta, desde hace años. La han asesinado y necesitamos encontrar a quien lo hizo.

El camarero tragó saliva y sus ojos se volvieron más compasivos.

—Necesitamos que la identifique. Sabemos que quedaba con alguien, y ahí es donde entra su ayuda —dijo el inspector, tomando asiento en una de las banquetas de la barra para acercarse más a la posición del camarero.

Triana había sacado el móvil para buscar una foto de su hermana con Víctor.

—¿Los reconoce? —preguntó al enseñarle la foto.

El camarero asintió rápidamente sin decir nada.

—Era una clienta habitual —confirmó Triana.

—Necesitamos saber si venía con un niño. Es importante —intervino Antón.

—Sí, era su hijo —respondió con la voz tomada—. Era una chica amable y encantadora, pero siempre parecía ir con miedo.

—¿Por qué dice eso? —A Triana se le aceleró el pulso.

—Nunca dejaba de observar a la gente de su alrededor. Evitaba ser vista y que nadie la reconociera. Creo que tenía miedo de alguien —susurró al colocar el cuerpo y los brazos encima de la barra.

—¿Cree que tenía la sensación de que la vigilaban? —preguntó Triana, ya que así era como se sentía ella desde los asesinatos.

El camarero asintió.

—¿Recuerda con quién quedaba? —se interesó Antón, intrigado.

—No sé quién era. No las conocía por sus nombres. Era una señora mayor que se notaba que tenía un alto nivel adquisitivo. Siempre iba pintada, arreglada y tenía esa educación que tienen las personas distinguidas. Ya entienden a qué me refiero. —Ladeó la cabeza al erguirse—. Quería mucho al niño y jugaba con él. Lo abrazaba y lo achuchaba hasta que se iba. A la mujer siempre le

daba dinero y al niño le traía un regalo —recordó colocando unos cartones de leche en una de las baldas—. Creía que era la abuela del niño, pero no debía serlo, porque los gestos cariñosos y la relación con la chica no eran de madre e hija, ya me entienden —repitió la frase en un susurro—. Los camareros nos fijamos en el comportamiento de la gente. Por eso, nada más verlos supe que eran policías.

Triana había comenzado a buscar en el móvil mientras aguantaba el llanto. Al final le enseñó una foto.

—¿Es esta mujer? —preguntó la subinspectora, ansiosa por conocer la respuesta.

—¡Sí! Esa es la mujer con la que quedaba —respondió convencido.

Triana bajó la mirada como si estuviera encajando una pieza demasiado delicada. No sabía si la nueva información era una buena o mala señal. Antón la observaba sin decir nada. Esperó a que pudiera articular palabra sin que las lágrimas salieran sin control.

—Es la madre de Carlo, Valentina. Lo hacía sin que él lo supiera. Quería seguir manteniendo la relación con Aura y con el niño, aunque fuera a escondidas. Sabe cómo es su hijo, pero no deja de serlo.

Antón no dijo nada, pero vio cómo a Triana se le humedecían los ojos, apenas un instante, antes de que respirara hondo y volviera a guardarse el teléfono.

—Creo que no les voy a poder ayudar más. Me está llamando mi compañero de cocina —terminó de decir el camarero.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable. Nos ha ayudado más de lo que se piensa —agradeció Triana.

—¿Está seguro de que es la mujer de la foto? —quiso asegurarse Antón.

—Estoy segurísimo —confirmó con un movimiento de cabeza.

Salieron del restaurante sin hablar, pero ambos sabían que acababan de encontrar una grieta por la que entrar. Una grieta emocional, de las que abren puertas más rápido que cualquier orden judicial.

Se montaron en el coche.

—Triana, vete a ver a Ballesteros y llama a Braulio. Yo tengo que volver a hablar con varias de las amigas de Sandra —explicó Antón con voz suave.

—Tienes razón, voy a hablar con Braulio. Puede que Matías sepa dónde podemos encontrar a la madre y que nos quiera ayudar —dijo en un intento de ser positiva.

25

Juana entró en la comisaría sin mirar a nadie, con las manos apretando el bolso y la espalda tensa. Esta vez no fingía indiferencia. Su rostro mostraba esa mezcla incómoda de nerviosismo y resignación que tienen quienes saben que ya no pueden sostener una mentira.

Antón la observó desde el otro lado del cristal mientras ella se sentaba en la sala de interrogatorios. Llevaba una chaqueta fina, fuera de temporada, como si se hubiera vestido sin pensar, con prisas o sin ganas. No había maquillaje en su cara, solo ojeras marcadas y un gesto severo.

Cuando Antón entró, ella alzó la vista, pero no dijo nada.

—Gracias por venir de nuevo, Juana —dijo él con voz neutra, mientras se sentaba frente a ella—. No voy a alargar esto más de lo necesario.

Ella asintió en silencio.

—Solo quiero confirmar algunas cosas que hablamos sobre lo que ocurrió aquella noche. Nada más.

Juana bajó la mirada a sus manos. Parecía saber que esta vez sería más difícil salir de allí sin dejar algo atrás.

—Puedes preguntarme lo que quieras. No tengo nada que ocultar. Nunca lo tuve —se reacomodó en la silla.

—¿Cuándo estuvieron juntos Sandra y Héctor?

—No te puedo responder con exactitud después de tantos años, pero creo recordar que pocos meses antes de la fiesta. —Carraspeó ligeramente.

—¿Y Sandra no te dijo nada más? Por favor, necesito que seas sincera —rogó Antón con la mirada seria.

—¿A qué te refieres exactamente? —Entrecerró los ojos.

—Tengo la sensación de que puede que estuvieran juntos más veces, quizá incluso tuvieran alguna discusión en público —introdujo varias hipótesis con la finalidad de que Juana se sintiera libre para hablar.

—Héctor siempre fue un gilipollas. En eso no creo que haya cambiado. El dinero de su familia compraba muchas cosas, incluso amistades. Salía indemne de cualquier fechoría. —Meditó unos segundos antes de continuar—. Si se liaron más veces o no, lo desconozco. Lo que sí te puedo asegurar es que lo hicieron. Si ocurrió en aquella fiesta, no lo sé.

—¿Era un secreto?

—Claro que lo era, él tenía novia. El motivo por el que se lio con Sandra lo desconozco, porque desde fuera parecía que la odiaba. No perdía oportunidad de humillarla en público. Así que, cuando me lo dijo, reconozco que pensé que se lo estaba inventando —confesó Juana apartándose un mechón de la cara.

—Pero ¿te confirmó que fue Héctor con quien tenía una especie de relación?

—Relación es mucho decir, creo yo. Solo se lio con ella alguna vez, digo yo. Una fue la que me contó a mí, pero si aquello se repitió, no lo sé.

Antón suspiró profundamente, sintiéndose con menos fuerzas para seguir dando vueltas sin llegar a ningún lado.

—Juana, te tengo que decir que hay indicios de que Sandra abortó. Así que es importante que me cuentes todo lo que sabes. —Le sostuvo la mirada con dureza.

—¿Abortó? —preguntó con gran extrañeza—. ¿Estás seguro?

—Me dijiste que eras su mejor amiga y, por eso, he querido confirmarlo contigo, ya que supongo que, como tal, lo sabrías.

Incluso se podría pensar que la acompañaste —redirigió la conversación hacia donde le interesaba.

—Te lo dije porque es lo que pienso —dudó.

—Lo siento, pero no te creo. Cada vez estoy más seguro de que ocultas información para no parecer culpable, y lo que logras es convertirte en la principal sospechosa. Entiendo que es complicado, pero si tienes información de lo que ocurrió o si escuchaste algún comentario, deberías decírmelo ahora.

Juana miró hacia el suelo mientras tamborileaba los dedos en la mesa. Intentaba recordar con rapidez.

—Ya te comenté que yo me fui de la fiesta. Laura se quedó, y no entiendo el motivo, ya que discutieron delante de todo el mundo. Si quieres mi opinión, te la doy. —Antón asintió—. De acuerdo. Creo que Laura estuvo involucrada de alguna manera en la muerte de Sandra. Lo pienso porque es lo que parece. Nosotros nos fuimos a casa y ella se quedó. Hace años mentimos, es verdad, pero fue porque no pensamos que fuera importante. Sandra no estaba feliz. Al menos, eso parecía. Lloraba mucho. Yo misma estuve con ella en varios de los descansos de la universidad en los que se puso a llorar.

—¿No sabes por qué lloraba?

—A mí me dijo que era porque Héctor la trataba mal y se reía de ella. Después, de repente, comenzó a estar más feliz y, cuando le pregunté, me dijo que se había liado con él. Pero lo cierto es que no lo parecía, porque la seguía insultando en clase y la humillaba cuando tenía ocasión. —Se encogió de hombros.

Antón anotó en la libreta los indicios que Juana había revelado, pero había algo en ella que le hacía sospechar.

—¿Sabes si estuvo con alguien más aparte de Héctor? —preguntó Antón intentando investigar qué había detrás de la declaración de Juana.

—Creo que no. —Se echó hacia delante y juntó las manos—. Pero tampoco te lo puedo asegurar —quiso matizar—. Es lo que ella me dijo, pero si es mentira o verdad, no lo sé.

—Tranquila, lo entiendo. Pero la pregunta es: ¿quieres saber quién la asesinó?

—Por supuesto.

—Entonces, ayúdame —reclamó el inspector ante la falta de colaboración.

—Sandra era una persona reservada, por lo que no me extraña que nadie supiera mucho de su vida. Era introvertida y, por eso, me extrañó tanto que se liara con Héctor. Él era el chico guapo y popular de la clase, así que, si te digo la verdad, la versión de Sandra no cuadra con lo que yo veía —reconoció finalmente.

—De acuerdo, Juana. Por favor, si recuerdas algo más, llámame a la hora que sea.

Juana se levantó para marcharse, pero su cabeza seguía pensando.

—¿Cómo encontraron a Sandra después de tantos años? —preguntó al girarse.

—El perro de un hombre que solía sacarlo por esa zona se puso a escarbar y, cuando el señor se acercó, le pareció que el bulto no era normal. Nos llamó y, cuando lo desenterramos, era Sandra Roldán —explicó con los detalles imprescindibles.

—¿Lejos de la zona de la fiesta? —preguntó con angustia.

—Sí, bastante —respondió al entender a dónde quería llegar.

—El cerco de sospechosos se reduce, inspector. En aquella época no eran muchos los que tenían carné de conducir. Y dudo que nadie la arrastrara por las calles hasta la zona donde la encontraron. Solo tenían carné: Mario, Camilo y Laura. —Bajó la cabeza a modo de despedida.

Antón la observó mientras se alejaba pasillo abajo, con el bolso pegado al costado y la mirada fija en el suelo, como si cada paso que daba le pesara más que el anterior. Durante unos segundos, el silencio llenó la sala. Aún con la libreta entre las manos, Antón se quedó inmóvil, repasando mentalmente cada frase de Juana, cada pausa, cada duda. Había hablado, sí, pero no estaba seguro de cuánto había dicho realmente.

«Lo que no se nombra también deja huella», pensó.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle, donde la tarde comenzaba a ensombrecer los edificios con una luz opaca. Algo no encajaba del todo. O quizá eran demasiadas piezas sueltas intentando encajar en un puzle que aún no mostraba su imagen completa. Apoyó la palma sobre el cristal frío y suspiró. El caso no estaba más claro, pero por primera vez en días sintió que, al menos, alguien empezaba a quedarse sin excusas.

26

Laura llegó puntual a la cita. Llevaba una coleta apresurada, ojeras sin cubrir y un abrigo fino que no abrigaba tanto como pretendía. Entró en la comisaría sin saludar, como si estar allí fuera una pérdida de tiempo y también un castigo silencioso.

Antón la esperó en la sala de interrogatorios con la calma estudiada de quien sabe que las apariencias cambian, pero los silencios suelen ser constantes. Cuando ella se sentó frente a él, notó algo distinto. No era miedo, sino una especie de incomodidad que no había estado presente la vez anterior.

—Gracias por venir, Laura —dijo rompiendo el hielo—. Solo necesitamos aclarar algunos detalles.

Ella alzó una ceja, desafiante, pero no dijo nada. Se cruzó de brazos, como si quisiera marcar distancia desde el primer minuto. Antón pasó la mirada por la libreta abierta. Había aprendido a confiar en las grietas. A veces, en las segundas versiones, se cuelan las verdades que antes no estaban listas para salir a la luz.

—Después de la autopsia definitiva se han encontrado indicios de que Sandra pudo haber tenido un aborto. ¿Sabes algo de eso? —comenzó Antón sin dar rodeos.

—Sí, eso es. Tuvo un aborto. Yo fui con ella a la clínica y me gustaría mantener el secreto, ya que no se lo dijo a nadie —confirmó con la voz temblorosa.

—¿Por qué nunca dijiste nada? —preguntó sorprendido.

—Se lo prometí, y que esté muerta no cambia nada. —Bajó la mirada—. Siempre tuve la esperanza de que se hubiera marchado, aunque no me lo hubiera dicho. Así que pensé que debía mantener mi palabra. —Suspiró antes de continuar—. Ahora..., bueno, está muerta, y si ayuda a descubrir quién la mató, supongo que no le

importará que se sepa lo del aborto. Aun así, me gustaría que fuera un secreto, si es posible, por supuesto.

—El dato pertenece a la autopsia que se dará a los padres. Que lo confirmes no quiere decir que no hubiera indicios. Es decir, que lo habríamos descubierto igual, Laura. Lo único que has hecho es adelantarnos el trabajo —explicó con voz paternal.

Antón pensaba que aquella declaración era una muestra de que Laura iba a dar más información que durante los últimos quince años.

—¿Sabes quién era el padre? —preguntó con gran esperanza.

—No, lo siento.

—¿Fuiste con ella y no te dijo quién era el padre?

—Eso es. Era mi mejor amiga y le prometí que no haría preguntas, y es lo que hice —concluyó secándose el lagrimal.

—Entiendo que para ti es doloroso recordarlo, pero es imprescindible. —Apretó los labios y revisó los apuntes de reojo—. ¿Seguro que no te lo dijo? Puede que no fuerais tan buenas amigas —añadió con la intención de verificar las palabras de Juana.

—No me lo dijo, te lo aseguro. Si lo supiera te lo diría, pero no me lo quiso decir. Se sentía culpable y avergonzada por lo que había pasado. Sandra tenía baja autoestima, y el aborto la hizo sentirse aún peor. Creía que era la peor persona del mundo por haber hecho algo así. —Laura se humedeció los labios.

—Entonces, fue un aborto provocado, ¿no?

—Sí, eso es. Te puedo dar la dirección de la clínica a la que fuimos, por si lo quieres comprobar —se ofreció amablemente.

Antón no perdió la oportunidad y le tendió una hoja en blanco de la libreta. Al menos podría comprobar si Laura decía la verdad.

—¿No sabías con qué chicos quedaba? —preguntó el inspector para intentar descubrir la identidad del padre.

—No lo sé, la verdad. Después de tantos años, sí pienso que quizá no éramos las mejores amigas, pero entonces estaba segura de nuestra amistad. Si hubiera sido al revés, yo se lo habría contado. —Movió la cabeza con incredulidad—. No sabía que se había liado con nadie. Lo único que puedo decir es lo que habría dicho cualquiera, porque era *vox populi*. Sandra estaba enamorada de Héctor y él la trataba mal. —Se encogió de hombros.

—Algunos testigos piensan que no erais buenas amigas porque había secretos entre vosotras —dijo al leer los apuntes.

—Y es la verdad. Después de acompañarla y no decirme quién era el padre, todo cambió para nosotras. Ese fue uno de los principales motivos por los que discutimos en la fiesta.

—¿Y cuáles eran los otros? —la interrumpió con la pregunta.

—No confiaba en mí, es un buen motivo, ¿no te parece? —preguntó retóricamente con tono de enfado.

—Por supuesto. ¿Sabes si alguien más sabía lo del aborto?

—No lo sé, a mí no me lo dijo. Pero a la clínica fuimos las dos solas. —Contuvo las lágrimas.

Antón la miró con extrañeza.

—¿Estás bien?

—Me dolió lo que ocurrió, solo eso. Recordarlo y saber que ahora está muerta me remueve heridas. Nunca pudimos hablarlo y siempre me quedaré con esa espina clavada. —Se frotó los ojos—. Ni siquiera me dijo que hubiera estado quedando con nadie y, un día, de repente, estaba embarazada. Me decepcioné al comprobar que no teníamos la amistad que imaginaba. En fin, otra decepción más en la vida. —Levantó los hombros.

—Puede que por eso piensen que vuestra amistad dejaba mucho que desear…

El inspector quería que hablara y por eso no terminó la frase. Pensaba que iba por el buen camino, ya que Laura estaba aportando más información de la que esperaba en su mejor día de suerte.

—Juana, ¿no? —Sonrió con suficiencia.

—No te puedo decir el nombre de las otras personas con las que he hablado. —Apretó los labios.

—Ya, claro, lo entiendo, pero ha sido Juana. No hace falta que me lo confirmes. Hace años que no la veo ni sé nada de ella, pero supongo que será igual de zorra que siempre. Su objetivo en la vida era separarnos y, después de todo, lo consiguió. —Laura elevó el tono de voz.

—¡Vaya! Pensé que erais buenas amigas —mintió con gran maestría.

—No, éramos compañeras de clase. Sandra se llevaba bien con ella. Bueno, tengo que reconocer que a todos les caía bien. A mí al principio también, pero después del primer trimestre me di cuenta de que era una mentirosa —susurró de manera inconsciente—. Juana era amable, simpática y guapa. Supongo que ahora estará igual. Por eso, Sandra vio en ella la oportunidad de entrar en círculos sociales más populares o «molones» —hizo las comillas con los dedos— que el nuestro.

—¿Y fue así?

—Creo que en cierto modo sí lo fue. Conoció a Héctor y se enamoró de él. El resto, lo de que estuvieron juntos, supongo que te lo habrá confirmado Juana. Estoy segura de que ella lo sabía. —Los músculos se tensaron al recordarla.

—¿Crees que Héctor fue la persona que estuvo con Sandra?

—Puede ser. Salía con Juana muchos fines de semana. Así que puede que algún día coincidiera con él. No lo sé. —Inhaló

profundamente—. Creo que Juana te puede ayudar más que yo. Si te ha dicho que estuvo con él, puede que fuera verdad.

—No lo entiendo —dijo el inspector, descolocado—. A Juana le dice con quién se enrolla los fines de semana y luego te llama a ti para que la acompañes a abortar. ¿No te parece raro?

Laura se echó hacia delante y miró a Antón sin parpadear.

—Me parece rarísimo. No comprenderé que, si no tenía confianza para decirme quién era el padre ni con quién se liaba los fines de semana, la tuviera para pedirme que la acompañara. No lo sé… —Levantó los hombros y se echó hacia atrás para apoyarse en el respaldo.

El inspector sentía en Laura más dolor que culpabilidad.

Hizo un inciso para repasar las notas y que no se le olvidara nada. Entonces, lo vio subrayado.

—¿Con quién te marchaste de la fiesta?

—Me fui en taxi. Vivimos en Madrid. Hay uno cada cinco minutos —señaló, escéptica por la pregunta.

—¿Sola? —insistió.

—Sí, eso es.

—¿Recuerdas quién se quedó en la fiesta cuando cogiste el taxi?

—Creo que se quedaron Héctor, Clara y Mario. Eran como los tres mosqueteros —añadió seria.

—¿Por qué en el primer interrogatorio no dijiste que te fuiste en taxi? —preguntó Antón.

—No recuerdo lo que dije, la verdad. —Carraspeó, nerviosa.

—Dijiste que te habías ido con unos conocidos de la universidad, pero que no sabías sus nombres —apostilló Antón.

—No lo recuerdo —dijo pensativa—. Han pasado muchos años, pero creo recordar que me fui en taxi. La verdad es que no lo tengo claro, ni ahora ni entonces. Bebí mucho. Los recuerdos de aquella noche son efímeros y borrosos. —Negó con la cabeza.

—Ya está. Gracias de nuevo, Laura. Si te acuerdas de algo, puedes llamarme cuando quieras —se despidió Antón, cansado de tantas mentiras.

Laura se levantó con gesto brusco, como si así pudiera cortar de raíz lo que no quería seguir escuchando. Pero en sus ojos quedaba el brillo turbio de quien empieza a recordar cosas que preferiría no haber recordado nunca. Antón no quiso alargar un interrogatorio que no iba a ningún lado. Solo la observó mientras salía de la sala, con paso firme, pero con las manos temblorosas al recoger el bolso.

Cuando la puerta se cerró, el inspector anotó un par de palabras más, sin levantar la cabeza. No estaba seguro de si Laura había mentido, pero sí sabía algo con certeza. Cada vez que hablaban con alguien, el nombre de Sandra dejaba una nueva cicatriz. Y todavía quedaban demasiadas versiones abiertas.

27

Antón estaba agotado, tanto mental como físicamente. El día se había hecho largo y tenía la sensación de que no había avanzado en la investigación. Las versiones solo cuadraban en algunos puntos, y el resto de los sucesos de aquella noche parecían haberse borrado. Se había hecho de noche y decidió ir a tomar el aire y despejarse del trabajo. Cuando empezó a andar no había decidido dónde ir, pero inconscientemente, y como era de costumbre, terminó en el bar de Ventura.

Empujó la puerta del bar con la familiaridad de quien no necesita mirar para saber dónde está todo. A esa hora de la tarde el local estaba medio vacío. Las sillas movidas, el suelo sucio y un par de mesas con gente daban muestras de que Ventura comenzaría a recoger el local en un par de horas. Había algún vaso con un dedo de bebida en la barra y un aperitivo sin acabar.

—Menuda cara traes —dijo Ventura, agachado en el lavavajillas.

—Y eso que no me has mirado bien —respondió Antón, apoyándose en la barra con movimientos lentos y voz derrotada.

Ventura le sirvió sin preguntar. Conocía las rutinas del inspector y lo que le iba a pedir según la cara con la que entrara al bar. «Un día duro». Se secó las manos en el delantal y se inclinó un poco hacia delante para que nadie le escuchara.

—¿Qué tal Triana? —susurró.

—Bueno, ahí lo lleva. Estamos intentando encontrar al chiquillo, pero creo que va a ser más difícil de lo que parecía. Aura tenía más secretos de los que somos capaces de descubrir sin tiempo —dijo cansado.

—No hay que desanimarse. —Cogió una gamuza y empezó a limpiar—. Sois los mejores policías que hay, así que, si la situación se

complica, estoy seguro de que lo vais a solucionar. Siempre lo hacéis. Lo que pasa es que hoy estás cansado. Es normal. —Le dio una palmada en el antebrazo—. Lo más importante es la actitud, y si crees que lo vas a conseguir, lo harás. Ya lo verás —dijo con firmeza, dedicándole una mirada al terminar de hablar.

—Puede que tengas razón, pero hoy no es mi día. El caso de Sandra Roldán pensé que lo iba a resolver, y creo que me voy a quedar con el mismo sabor de boca que en la primera investigación.

—No lo creo. Siempre los resuelves, y en esta ocasión no será diferente —añadió Ventura, seguro.

—Hasta los mejores fallan…

—Sí, pero tú no. Antón, tienes que dejar esa actitud derrotista y ponerte las pilas. Has renunciado a tu vida personal por la laboral. Nunca pudiste dejar un caso e irte a dormir, y eso supuso un gran coste para ti. Así que ahora no puedes venirte abajo. —Paró de limpiar para mirarle—. ¿Me has oído?

—Sí, gracias por los ánimos y por recordarme que me cargué mi matrimonio. Es gratificante venir aquí —contestó con ironía, al levantar la copa a modo de brindis.

—Lo sé, pero es la verdad. Además, tú eso ya lo tienes asumido. Y no te has quedado con la esencia de lo que te he dicho: eres el mejor policía. —Ventura se inclinó delante de él y se cruzó de brazos—. Llevas quince años pensando en el caso de Sandra Roldán y tienes la oportunidad de resolverlo y hacer justicia. No la desaproveches, o se te enquistará en la conciencia y no podrás sacarlo de tu cabeza.

—Tienes razón. Pero lo complicado del caso es que ha pasado demasiado tiempo y solo hay testimonios cargados de mentiras —se lamentó—. Parece que a nadie le importaba esa chica. Cuando se llegó a la conclusión de que había desaparecido de manera voluntaria, los amigos se quedaron conformes porque les convino que se diera por cerrada la investigación. —Bebió.

—¿Y los padres?

—Aquella chica se quedó embarazada, Ventura. Solo lo sabía una amiga, y ni siquiera sabía quién era el padre.

—¿La amiga no lo sabía? ¡Qué raro!, ¿no?

—Eso es lo que me parece a mí. Dice que ni siquiera sabía que quedaba con un chico y, de repente… le pidió que la acompañara a abortar… —Los ojos de Antón se abrieron como platos —. ¡Claro! ¿Cómo puede ser que no lo hubiera pensado antes?

—Sabía que lo ibas a resolver, siempre lo haces —dijo Ventura sonriente, y volvió a coger la gamuza.

El inspector cogió el vaso y bebió un último trago. Luego dejó la copa a un lado y sacó la libreta. Cómo echaba de menos a Triana en la investigación y su manía de apuntar los detalles. Así que escribió la única posible causa de que ni Laura ni Juana supieran quién era el padre del niño y de que decidiera abortar: «¿Violación?»

—Gracias, Ventura. Me acabas de dar más que muchos testigos en diez días —dijo mientras se levantaba.

Ventura alzó una ceja, irónico.

—Un placer poder ayudarle, inspector.

Antón sonrió de lado con la pipa en la mano. Ya tenía en mente una hipótesis. Al día siguiente hablaría con Clara. Ahora debía descansar. Después de tantas horas trabajando, necesitaba que la mente desconectara para continuar con más fuerza. Puede que la idea no le pareciera tan buena al día siguiente, pero era lo único que tenía sentido al silencio de Sandra.

28

Triana había decidido quedarse en el hospital el día anterior después de descubrir que Aura quedaba con Valentina todos los meses. Tenía que pensar antes de interrumpir a Braulio y Matías con la búsqueda de los lugares donde podría estar Víctor.

La vigilancia de los puntos estratégicos que estaban realizando era fundamental, pero para ella no tenía sentido. Conocía a Carlo desde hacía muchos años y no sabía que tenía una doble vida, igual que su padre e incluso Aura. Se preguntaba en muchos momentos si su madre ignoraba tantas cosas como ella, o si Rafael la mantenía al corriente de lo que estaba ocurriendo. Nunca lo iba a saber y tendría que aprender a vivir con la duda.

Le había dado vueltas a la información que tenía de Aura, ya que parecía haber más mentira que verdad en lo que le había contado antes de ser asesinada. Por ese motivo, pensó que Carlo en algún momento la tuvo que querer y pasó al odio en el instante en que Aura le traicionó.

«Seguro que le dolió asesinarla. Hubo un tiempo en el que se querían, y Aura se creyó sus mentiras igual que yo creí las suyas».

Salió del hospital y se montó en el coche de camino a casa. La idea de que el lugar donde se escondía estuviera relacionado con Aura no dejaba de parecerle la mejor hipótesis. Braulio no la había llamado, lo que quería decir que no había ningún avance. Matías les quería ayudar, pero llegaba tarde para resolver la situación que llevaba fraguándose tantos años.

Triana subió las escaleras con el cuerpo entumecido por el cansancio. Dormir en el sillón del hospital no le estaba ayudando con la espalda. Cada día le dolía más y el cuello chirriaba de dolor al moverlo. Aquel día se le había hecho interminable, con demasiadas preguntas sin respuesta y un nudo cada vez más apretado en el

pecho. Sacó las llaves del bolso casi por inercia, sin prestar demasiada atención.

Fue entonces cuando lo notó.

La puerta estaba entreabierta. No mal cerrada ni empujada por el viento.

«¡Está abierta!».

El corazón le dio un salto instintivo. Se detuvo en seco, con los dedos aún sobre las llaves. No se escuchaba nada al otro lado. Solo el leve crujido de la madera cuando la puerta se balanceó unos centímetros más, revelando un hilo de oscuridad en el interior.

Triana dio un paso atrás.

Repasó mentalmente si había salido con prisas y había olvidado cerrar. No quería precipitarse y hacerse una idea equivocada, pero recordaba perfectamente haber echado la llave. Dos vueltas, como siempre. Además, tenía la costumbre de comprobar si había cerrado bien la puerta tirando de ella varias veces.

Tragó saliva.

Sacó el móvil del bolso y, con la otra mano, cogió la pistola. Iba a llamar a Antón, pero prefirió hacerlo sola. Quizás Carlo estaba dentro, esperándola, y llamar al inspector comprometía la posibilidad de acabar con aquella situación. Una parte de ella, la más temeraria —o quizás la más cansada—, la empujaba a entrar antes de hacer ningún otro movimiento.

Inspiró hondo.

Empujó despacio la puerta con la punta de los dedos. La oscuridad la recibió como una amenaza. No había ruido de pasos ni voces, pero el aire olía distinto, como si algo o alguien hubiera estado dentro durante demasiado tiempo. Reconoció al instante el olor de Carlo. El perfume que siempre utilizaba impregnaba la casa.

Encendió la luz del pasillo y todo parecía en su sitio.

Pero no era así.

El abrigo del perchero estaba en el suelo, la puerta del salón entreabierta y, sobre la mesa, perfectamente centrado, había algo que no debería estar allí, una foto de la familia Castillo, colocada como advertencia.

Triana fue hacia el lugar donde debía estar aquella fotografía, en la habitación de sus padres. Entonces comprendió que Carlo estaba buscando algo. La ropa y los objetos de sus padres estaban por el suelo, el armario abierto y los cajones vacíos, con el contenido volcado y esparcido por la habitación.

Al fin marcó el teléfono de Antón.

Deshizo sus pasos y se sentó en el suelo de la entrada, con el bolso sobre las piernas y la mirada perdida en el vacío, sin dejar de llorar.

«Papá, ¿qué hiciste?».

29

Matías fue el primero en llegar a casa de Triana. La levantó del suelo y la abrazó sin pensárselo. La apretó con fuerza, como sabía que habría hecho su padre, y le cogió la cara para mirarla a los ojos.

—Vamos a encontrarlo y lo mataremos, ¿vale?

La subinspectora asintió con las lágrimas cayendo por sus mejillas sonrojadas. El pecho le subía y bajaba con cada llanto. Matías la volvió a abrazar. Aún continuaban en la puerta cuando Antón entró con el aliento entrecortado.

—¿Estás bien? —preguntó el inspector, mirando a su alrededor.

Triana señaló la foto que estaba centrada en la mesa.

—¿Estás segura de que ha sido él? —se interesó Antón.

—Estoy segura, aún huele a él. —Negó con la cabeza.

—¿Solo ha dejado la fotografía? —intervino Matías al cogerla.

—No, la habitación de mis padres está desordenada. No tengo ni idea de qué está buscando, pero debe de ser algo importante para él —dedujo Triana.

Matías notó cómo sus músculos se tensionaban al escuchar las palabras de Triana.

Braulio entró con el gesto compungido. Era el comisario y tenía la responsabilidad de que su equipo estuviera protegido. Aquel incidente y ver a Triana de nuevo en aquella tesitura le dolía en lo más profundo del corazón. Si pudiera cambiarse por ella en ese momento, lo haría.

—Vete a casa de Antón. No quiero discusiones. Aquí no estás segura —rogó Braulio al verla encogida, con los brazos rodeándose a sí misma.

—¡No! Vosotros conocíais a mi padre, así que sabéis qué es lo que busca —alegó enfadada—. Me habéis ocultado información de mi familia, pero no os dais cuenta de que ya no tengo a nadie y Carlo no va a parar hasta que consiga lo que busca. ¿Vais a seguir sin decirme la verdad? —preguntó con desesperación.

—Tienes que tranquilizarte, Triana. Estamos investigando las pistas que tenemos lo más rápido posible, pero es complicado —argumentó Braulio—. Los chicos que le acompañaban en las imágenes del hotel han desaparecido por arte de magia y era la mejor pista.

—Yo creo que los ha matado. Carlo es así. Cuando no le sirves de nada o has dejado un cabo suelto, lo soluciona rápido —añadió Matías.

—¿Y los lugares de reunión que tú conocías? —preguntó Triana con voz temblorosa.

—Pensé que aún los mantendría, pero se ha esfumado. La situación en la que nos encontramos no ha sido casualidad. Es una persona inteligente que no da puntada sin hilo. —Matías se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada, pensativo.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —insistió Triana.

—Lo que te quiero decir es que, muy a tu pesar, y sea cual sea la idea que tuvieras de tu hermana, te estaba mintiendo. Ella sabía lo que iba a pasar y no te lo dijo, para protegerte o por la razón que fuera. La policía debería haber intervenido desde el principio —añadió Matías.

—Es muy fácil decirlo cuando estás fuera de peligro o te has escondido como una rata —le dijo Triana con rabia.

Antón, con el rostro desencajado, se metió en el círculo que habían creado y la cogió por el brazo para llevársela. Matías comprendía que se sintiera así, y en el fondo, tenía razón. Se escondió, pero lo hizo para que no descubrieran también a Rafael. Nunca lo hubiera abandonado, habría dado su vida por él.

—¿A ti qué te pasa? Se la está jugando por ayudarnos. No creo que Carlo tarde en saber que está con nosotros —murmuró el inspector cuando estaban a una distancia prudencial para que no los oyeran.

—Me da igual. No hemos conseguido nada con su «ayuda» —dijo enfadada.

—Bueno, pues le decimos que se marche y te buscas la vida tú sola, ¿te parece mejor así?

Triana levantó las cejas sin hablar.

—¿Seguro?

—Me da igual. Ya te lo he dicho. Para lo que hace…

—Eres muy injusta con él. Ha venido porque se lo prometió a tu padre. Su situación es más difícil que la tuya. Cambió de identidad para toda su familia, se escondió, pero lo hizo por tu padre, Triana. Lo descubrieron y tuvo que recibir una paliza de muerte por tu padre para que él pudiera continuar. —Suspiró—. Joder, Triana, casi lo mata a golpes.

Triana bajó los humos. Antón tenía razón. Se la estaba jugando por la promesa que le hizo a su padre. Al menos estaba ahí y lo estaba intentando. No tenía por qué jugársela por ella, pero lo estaba haciendo. Miró a Antón y asintió. Fue hacia Matías y se colocó a su lado.

—Lo siento, pero esta situación me está desbordando —dijo a modo de disculpa.

—Lo entiendo, Triana, pero estamos aquí con el propósito de que no te mate y salvar a Víctor. Si me apartas, él lo tendrá más fácil, ¿lo entiendes? —dijo Matías, comprensivo.

—Lo sé. Ha venido a mi casa para asustarme, pero también está buscando algo más. —Triana comenzó a andar.

Avanzaron por el pasillo en silencio y en fila. La casa estaba ordenada, a excepción de la habitación de los padres.

—Ha venido a por las pruebas de Rafael —dijo Matías con dolor.

—¿Qué pruebas? —preguntó Antón.

—Rafael guardó las pruebas de los negocios y de los movimientos de Carlo durante años —añadió Braulio.

—Y, si las tenía, ¿por qué no las utilizó? —preguntó Triana.

—Porque tu hermana estaba con él. El enamoramiento de Aura ha costado muchas vidas, no solo la de ella. Carlo le advirtió que, si las utilizaba, mataría a Aura y a Víctor. —Matías resopló con desdicha.

—¿Me queréis decir que tengo las pruebas que condenarían a Carlo en mi casa y no tenía ni idea? —En la voz de Triana se palpaba el desdén—. Si eso fuera así, mi padre me lo habría dicho.

—Parece que aún no has aprendido qué tipo de policía era tu padre —dijo Matías entre dientes.

—¡Claro que sé quién era mi padre!

—Exacto, sabes quién era tu padre, pero no el tipo de policía que era. Para él, lo más importante era la familia. Sin vuestra seguridad no daba ningún paso y, después de años de investigación, la policía no respaldó vuestra protección y no sacó las pruebas. Eso es lo que pasó, Triana —explicó Braulio.

—¿Qué quieres decir? —Tragó saliva.

Triana comenzó a sudar y sus pulsaciones cada vez eran más rápidas y fuertes.

—¿No recuerdas tu año sabático en las islas? ¿Piensas que fue casualidad que tu padre insistiera en que te tomaras unas vacaciones tan largas? —La voz de Matías era cada vez más ruda.

El amigo de Rafael quería dar a Triana una lección de vida. No conocía al policía, solo a su padre. Cada una de las decisiones que Rafael había tomado fue para mantenerla fuera del peligro de sus misiones. No quería que ocurriera lo mismo que con Aura y entrara en un círculo del que no pudiera salir. Por eso pensó que lo mejor era tenerla lejos de allí.

—Me acuerdo —respondió con las palabras atragantadas.

—En todos los momentos en los que tu vida corría peligro, yo estaba ahí. Así que no me trates como un extraño del que hay que desconfiar, porque llevo muchos años cuidando de vuestra seguridad en la distancia. Cuando me marché fue porque, por una vez, puse la mía y la de tu padre por delante, no la vuestra. Estás viva, aquí y ahora, porque Rafael y yo nos sacrificamos. —Alzó el tono sin dejar de mover las manos temblorosas, fruto de los recuerdos dolorosos que invadieron su mente.

Braulio le agarró del brazo para que se calmara.

—Lo siento. —Matías salió de la habitación visiblemente afectado.

—Triana, esto está fuera de tu alcance. Lo que te está ocurriendo es parte del legado que te dejó tu padre. Lo estás pagando con él de manera injusta, y entiendo tu enfado —Braulio le habló con el corazón en la mano—, pero ese hombre de ahí te ha salvado la vida muchas veces… Se ha jugado la vida por salvar la tuya, por la amistad que le unía a tu padre. Si hay una persona que conociera a fondo a Rafael Castillo, era él. Deberías respetarle y confiar en él.

—Lo siento, no sé qué me pasa. Cada vez que le oigo hablar siento que no conocía a mi padre. Es como si hablara de otra persona —dijo devastada.

—Triana, quien no conocía a tu padre eras tú. Matías le conocía perfectamente. Por eso está aquí ahora, aguantando tus

tonterías de niña de quince años —añadió el inspector a modo de reprimenda.

Por primera vez, empezaba a ver a su padre como un desconocido y a Matías como alguien que había estado ahí desde el principio.

Empezó a andar hacia el salón, donde supuso que estaría Matías, conteniendo las ganas de darle un puñetazo. Antón y Braulio esperaron a que Triana se disculpara. No habían hablado, pero conocían a Triana lo suficiente para saber que cuando se daba cuenta de sus errores rectificaba rápidamente.

—Lo siento, Matías. ¿Me puedes ayudar?

—Por supuesto, ya te dije que mi único objetivo es ayudarte. —Sonrió con elegancia—. Vamos, tenemos mucho que hacer.

30

Antón debía seguir con la investigación del caso de Sandra. Le había costado dejar a Triana sola en aquel momento, pero estaba con Braulio y con Matías. Llegó al colegio concertado media hora después de salir de casa de Triana.

Era uno de esos días oscuros y con nubes negras desde primera hora de la mañana. A esa hora, el edificio estaba casi vacío. Desde fuera parecía que no había actividad en su interior. Sin embargo, al acercarse, se empezaron a escuchar las voces lejanas de los niños en las clases, las canciones y el eco de la fotocopiadora, que zumbaba en la entrada del edificio.

Lo recibió un bedel, sorprendido pero colaborador. Le indicó cómo llegar a la sala de profesores, donde Clara lo esperaba.

Era una estancia rectangular, con muebles de madera verde y una máquina de café apagada. En la pizarra blanca había frases escritas con rotulador y una planta seca languideciendo en una esquina, olvidada desde hacía semanas. Clara estaba sentada, con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre la mesa. Llevaba una blusa sin arrugas y su peinado era impecable. Pero sus ojos delataban otra cosa: incomodidad; irritación, puede, pero el miedo era seguro. Antón era como los perros, y olía el miedo en los testigos. Clara lo transmitía por cada poro sin darse cuenta. Incluso su tez aperlada era víctima del sudor que comenzó a emerger al verle atravesar el umbral de la puerta.

—Gracias por recibirme aquí, Clara —saludó Antón, sin sentarse todavía—. Sé que no es el mejor lugar, pero es urgente.

—No se preocupe. —Le señaló una de las sillas.

—Supongo que sabe por qué estoy aquí, ¿no? —Se sentó con calma y miró a su alrededor. Dejó que el silencio se asentara antes de empezar.

—No lo sé seguro, pero supongo que será por Sandra. Usted es el inspector que nos interrogó en su día, y supongo que si ha vuelto a contactar conmigo será por el mismo motivo —dijo al cruzar las piernas.

—Ha aparecido el cuerpo de Sandra.

Clara empezó a palidecer.

—¿Está bien? —preguntó Antón.

—Ya le dije en su día que no se había ido voluntariamente. Mario y yo vimos a un hombre hablando con ella. No le vimos bien, pero era más alto que ella. No nos creyeron entonces y seguirán sin hacerlo ahora. —El labio inferior le temblaba igual que las manos.

—¿Está segura?

—Inspector, yo lo vi con mis propios ojos. Le juro que no me lo inventé. —Acercó el cuerpo a la mesa que los separaba.

—No hay señales de violencia en el cuerpo —introdujo Antón para soltar la bomba a continuación—. Pero hay indicios de que tuvo un aborto, y es probable que fuera fruto de una violación.

—¿Un aborto?, ¿está seguro?

—Segurísimo, Clara.

—Siento mucho lo que le pasó a Sandra, pero solo le puedo confirmar lo que declaré la primera vez. No sé nada. No era mi amiga. De hecho, me llevaba fatal con ella. No la soportaba, esa es la verdad. Nunca le mentí y tampoco lo hago ahora. —Se pasó la lengua por los labios.

—Hay nuevos testigos que han confirmado que estuvieron allí, pero que hace quince años negaron que fueran a la fiesta. Por eso he querido venir de nuevo a hablar con usted —justificó su presencia en el colegio.

Clara fingió una sonrisa.

—¿Los amigos de Sandra? Puede repasar mi declaración, les dije que fueron, aunque lo negaran. Estuvieron allí —alegó enfadada.

—Tiene razón, pero con sus declaraciones me han surgido nuevas dudas. Ya que Laura confirma que fue con Sandra a la clínica a abortar, pero no sabe quién es el padre.

—Yo no sé si tenía novio o con quién se liaba los fines de semana —contestó, incómoda.

—Entiendo, pero los testimonios apuntan a que Sandra estuvo con Héctor. Estaba enamorada de él, ¿no?

Clara soltó una gran carcajada.

—¿Es una broma? Héctor se reía y la humillaba sin cesar. No le gustan las mosquitas muertas como ella. Tenía doble cara, eso se lo aseguro. Además, era una mentirosa. Que esté muerta no cambia las cosas. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Inspector, le aseguro que Héctor jamás se liaría con alguien como ella. Jamás. Se lo digo porque yo antes era igual que él, supongo que por eso estábamos juntos, y no nos gustaba relacionarnos con gente de baja categoría, por decirlo de alguna manera que no suene tan cruel. —Enarcó las cejas.

—¿Quiere decir gente pobre?

—Exacto. Puede que le parezca una tontería, pero a la gente con dinero no nos gustan ese tipo de personas. La mayoría quiere sacar provecho a nuestra costa a través de la pena —argumentó sin pudor.

—Entiendo —respondió sin saber qué decir ante un comentario tan clasista.

—Inspector, yo no maté a esa chica. Pero no la soportaba. Héctor la invitó a la fiesta para reírnos de ella, como cualquier otro día en la universidad —dijo sin rodeos.

«La verdadera personalidad de Clara».

—¿Sabía que la violaron?

—No me haga reír, inspector. No me creo que la violaran, sería algún desesperado por mojar. —El tono de desprecio aumentaba con cada frase.

El inspector guardó silencio sin dejar de mirarla.

—Perdone, creo que me estoy pasando. Se liaba de vez en cuando con uno de esos raritos… —Cerró los ojos mientras movía las manos para recordar el nombre—. No estoy segura, pero creo que se llamaba Rubén, es uno de los que dijo que no había ido a la fiesta. Y vaya si fue, se estaban liando en el baño. Se lo puede confirmar la otra amiga extraña que también dijo que no había asistido a la fiesta…

—¿Juana?

—¡Esa! —exclamó chasqueando los dedos.

Antón se quedó estupefacto. No se esperaba aquella confesión.

—No era la primera vez que los pillaba magreándose en el baño. En la fiesta anterior también los vi en uno de los sillones. —Asintió.

—¿Solo los vio usted?

—No, qué va. Laura y Juana estaban con ellos en los sillones mientras se comían la boca. Perdone mi vocabulario, pero es lo que hacían —se disculpó por su entusiasmo con los labios arrugados.

—¿Ya no tiene relación con ninguno de sus antiguos compañeros? —preguntó Antón al recomponerse.

—Bueno, alguna vez con Héctor y con Mario. Trabajamos en colegios de cierto nivel y las excursiones suelen ser en los mismos sitios. Por coordinar, alguna vez hemos coincidido en una excursión, pero no somos amigos. Después de aquello, la situación se enrareció. No sé explicarle, puede que todos sospecháramos de

todos. Se hablaba mucho del hombre desconocido y de que seguro que la había matado… Bueno, no sé, cada cual tenía su propia teoría sobre lo que había ocurrido.

—¿Y cuál era la más popular?

—La que al final se ha corroborado.

—¿Está segura de que Héctor nunca tuvo nada con Sandra?

—Estoy segurísima. —Sonrió de nuevo.

—¿Y es cierto que usted estuvo aquella noche con Héctor en el coche de Mario? Se lo pregunto porque en su primera declaración dijo que no —le recordó.

—Es cierto, es la única mentira que le dije, pero porque si le hubiera dicho la verdad… las consecuencias para mí habrían sido nefastas, y que yo me acostara con Héctor o no, no era imprescindible para encontrar a Sandra —dijo con voz suave pero firme.

—Entiendo. —Antón sacó la libreta para asegurarse de que no se dejaba ninguna pregunta.

Clara miró el móvil mientras esperaba a que el inspector retomara el interrogatorio.

—Quería corroborar que tuvo una pelea con Sandra, ¿es así? —dijo mientras leía los apuntes.

—Sí, eso es. Pero luego hicimos las paces y le pedí perdón. Sé que me pasé. Al final ella estaba enamorada y ya bastante mal la trataba Héctor. —Bajó la cabeza—. Nos portamos fatal, éramos unos idiotas. Ahora me doy cuenta, pero entonces me parecía de lo más divertido meterme con ella.

—¿Cuándo hicieron las paces?

—No puedo contestarle con exactitud. Fue al poco tiempo. Fui hacia ella con una botella y estuvimos tomando unos chupitos. Bebimos muchísimo ese día. Creo que la única persona que estaba

más o menos sobria era Camilo. Por eso fue a llevar a Rubén y luego volvió a por Laura —recordó.

—¿Laura no se fue en taxi?

—No, para nada. Se quedó hasta el final. Como la pandilla de raritos no había pagado, al principio fue Laura la que se encargó de abonar su parte —explicó con gesto de sorpresa por la pregunta—. ¿Le ha dicho que se fue en taxi? —Sonrió—. Le he dicho que ese grupo se traía un rollito muy raro entre ellos y, además, Laura era una mentirosa. Iba de la mejor amiga de Sandra, y luego a la más mínima la traicionaba. Por eso discutieron en la fiesta.

—¿Por qué discutieron?

—No lo oí solo yo. Lo oyó todo el mundo que estaba en la puerta. Fue cuando Laura dijo que se iba, pero no lo hizo, sino que se quedó, y luego Camilo vino a por ella.

—¿El motivo? —apuró Antón para que respondiera.

—No dijeron el nombre, pero por lo que decían, creo que era por el tal Rubén. Parece que se estaba liando con las dos a la vez. Creo que primero estuvo con Laura y ella dijo que pasaba de él, y luego comenzó con Sandra. No se lo puedo asegurar, porque fue hace mucho y yo no estaba en ese grupo. —Levantó los hombros.

—Laura asegura que acompañó a Sandra cuando fue a abortar.

—No lo sé. No tenía ni idea de que estuviera embarazada, pero, si me está pidiendo mi opinión, creo que es mentira. No se llevaban bien desde el principio de curso.

—Ya. Sandra murió de un coma etílico. Puede que fuera un accidente, pero todo apunta a que no lo fue. Por eso escondieron el cuerpo —dijo Antón sin rodeos.

—¿Por un coma etílico? Eso sí que no me lo esperaba, siempre pensé que aquel hombre la habría asesinado —añadió con la mirada perdida.

—¿Usted se quedó hasta el final de la noche?

—Sí, me quedé para pagar y que estuviera todo correcto.

—Y cuando se fue, ¿estaba Sandra?

Clara pensó durante unos segundos antes de contestar.

—Estábamos dentro Laura, Mario, Héctor y yo. Pagamos y vi a Sandra hablando con un hombre que no conocía, pero también es verdad que estaba lejos, era de noche y estábamos borrachos. Así que podría haber sido cualquiera. —Suspiró—. Quiero decir que incluso podía ser alguien conocido que estuviera hablando con ella. El caso es que todos estábamos muy borrachos, pero Sandra mucho más. La última vez que la vi estaba sentada en el bordillo de la calle y totalmente pálida.

—¿Y no hizo nada?

—¿Yo? Inspector, puede que no lo entienda, pero no era mi amiga, y creo recordar que allí nadie estaba en posición de prestar ayuda.

—Alguien la mató emborrachándola y luego la enterró. ¿Quién cree que fue? —preguntó con la intención de acabar el interrogatorio.

—No lo sé, pero supongo que si la enterraron debió de ser un chico que no fuera a la fiesta, ¿no le parece? Allí estábamos todos muy perjudicados por culpa del alcohol.

—Puede que tenga razón —dijo pensativo—. ¿La gente que acudió a la fiesta era toda de su clase?

—No, había gente de otras clases, pero de la carrera de magisterio. Bueno, y algún que otro hermano o primo por ahí perdido. —Se quedó en silencio—. La hermana de Sandra vino a la fiesta. —Abrió los ojos en exceso al recordarlo.

—¿Tenía coche?

—No lo recuerdo.

Antón repasó el informe antiguo. «Helena no declaró ni dijo que hubiera ido».

—El hombre que no reconoce…, ¿seguro que era un hombre?

—Sí, sí, eso seguro. Mario también lo vio. Estábamos juntos y lo comentamos, por eso lo sé. Puede preguntarle, se lo confirmará.

31

Antón estaba solo en la sala de reuniones. La luz del flexo proyectaba sombras largas sobre los documentos que tenía esparcidos frente a él. No era solo cansancio lo que arrastraba, sino frustración. Una que se iba acumulando con cada declaración llena de lagunas, con cada versión contradictoria, con cada silencio pactado entre los que habían estado en aquella fiesta.

Repasó los nombres una vez más: Héctor, Clara, Mario, Juana, Laura, Rubén y Camilo. Todos habían dicho algo, pero ninguno lo había dicho todo. Parecían esconder una verdad, pero ninguno admitía mentir. Y, sin embargo, lo hacían constantemente.

Solo había una certeza en este embrollo: nadie sabía —o nadie quería decir— quién era el padre del hijo que Sandra iba a tener. Y eso lo teñía todo. Esa era la herida secreta que nadie tocaba. Apartó un folio con fastidio. Había quedado con Rubén. Durante el interrogatorio había sido tan gris como evasivo. Primero negó haber ido a la fiesta. Luego reconoció que sí, pero no quiso entrar en detalles. No nombró a Sandra ni mencionó que hubiera estado con ella. Se limitó a decir que Laura era su amiga, como si eso lo eximiera de toda culpa. Pero ahora Clara lo había dicho sin ningún atisbo de duda: Rubén y Sandra estuvieron juntos varias veces. Puede que esa noche también lo hicieran y hubieran discutido. Lo que más le quitaba el sueño al inspector era la presencia del hombre desconocido que Mario y Clara afirmaron ver con tanta rotundidad. ¿Quién era? ¿Por qué nadie más lo mencionaba? Ese detalle, el único que coincidía entre dos versiones independientes, era el más sólido que tenía. Un hombre. Alguien ajeno. Alguien que estuvo allí, pero no figura en ninguna lista.

Antón se pasó las manos por la cara. Demasiados cabos sueltos y ninguna respuesta coherente o con un mínimo de consistencia. Pero la relación con Rubén no podía dejarla pasar. Debía descubrir el motivo por el que no lo contó ni antes ni ahora.

Cogió la libreta, anotó un par de preguntas nuevas y salió en dirección a la recepción, donde estaría esperándole Rubén. Al inspector no le gustaba ser el policía desagradable, pero estaba harto de aquella situación. Además, pensar que estaba en comisaría en lugar de estar con Triana le hacía desesperarse aún más. Por eso, los interrogatorios no iban a ser ni cordiales ni educados.

«Voy a sacaros la verdad, aunque no queráis».

Fue a buscar a Rubén. Estaba sentado con el gesto sombrío y triste de la otra vez. Antón supuso que su personalidad era introvertida, como la de Sandra, y quizá esa era la razón por la que encajaron y estuvieron juntos. No le dijo nada, solo le miró y le hizo un ademán con la mano para que le siguiera. Rubén acató la orden implícita y le siguió hasta la sala de interrogatorios.

—Siéntese —dijo tajante.

Antón colocó los papeles en la mesa y se sentó con gesto de hastío. Suspiró al colocar los brazos encima de la mesa y entrelazar los dedos.

—Rubén, no me gusta perder el tiempo y me lo está haciendo perder, así que le agradecería que me dijera la verdad. Cuando vino no me contó prácticamente nada y, después de hablar con varios de los testigos de la fiesta, parece que tiene mucho que contar. —La voz tenue y sombría se mantendría a lo largo de todo el interrogatorio.

—No sé a qué se refiere. —Tragó saliva.

—Yo creo que sí lo sabe. Sandra abortó meses antes del fallecimiento, y usted es eres la persona con la que se liaba de vez en cuando. Así que, bueno, para ser realista, ha pasado de ser un segundón a ser el principal sospechoso.

—¡Yo no le hice nada a Sandra! Puede que sea un pringado, pero jamás la hubiera matado. Era mi amiga. —Alzó la voz, enfadado.

—¡Vaya! Ahora sí que parece una persona normal que se enfada, como el resto. —Sonrió con malicia.

—Es que lo soy. No soy ningún idiota.

—Puede ser, pero de lo que estoy seguro es de que es un mentiroso.

—No le mentí, solo oculté la verdad. Pero todo lo que dije es cierto.

—¿Qué era cierto? ¿Lo de que no fue a la fiesta o lo de que sí fue? —Se acomodó en el respaldo con pose chulesca—. Dígame, le escucho.

—Sí, fui. Estuvimos hablando y bebiendo. Bebimos mucho, por eso me puse tan malo. Sandra estaba más borracha que yo, le dije que nos fuéramos, que me encontraba mal, y no quiso. Camilo me dejó en mi casa. ¿En serio está pensando que volví para emborracharla y luego la enterré? Eso es absurdo, si la hubiera querido matar se me ocurren mil maneras mejores que esa.

—Bueno, no fue tan mala, porque quince años después seguimos igual. Parece que a la gente le pareció fantástico que se concluyera que se fugó de manera voluntaria, ¿no?

—A mí no me pareció fantástico. Estaba enamorado de ella, pero no era mutuo, ¿sabe?

—Pero ¿os liabais en las fiestas? —Enarcó las cejas.

—No en todas y, además, eso fue al principio. Llevaba meses rara.

—Puede que diga la verdad. Pero estaba embarazada… —Antón no terminó la frase, con intención de que lo hiciera Rubén.

—Yo no era el padre, si es lo que quiere saber —dijo completamente en serio.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó Antón, que se imaginó la respuesta por la rotundidad con la que lo dijo.

—Porque nunca me acosté con ella. Le pueden decir que nos vieron besándonos en la fiesta, vale, pero jamás, jamás nos acostamos. Por lo tanto, es imposible que yo fuera el padre.

—Pero ¿sabía que había abortado?

—Sí, lo sabía. Me lo dijo esa misma noche. Ya le he dicho varias veces que bebimos mucho, y se puso a llorar. Estuvimos hablando. Entre chupito y chupito, después de que discutieran en el juego y de que Clara viniera con una botella para hacer las paces, nos apartamos un poco y me dijo lo que le pasaba —confesó con los ojos brillantes.

—Por favor, no me haga perder el tiempo —le recriminó con dureza.

—Me dijo que había abortado hacía unos meses.

—¿Y el padre?

—No me dijo quién era. Lo siento. Le digo la verdad.

—Y, si es la verdad, ¿por qué no lo contó antes?

—El motivo es bastante obvio, ¿no? Nunca lo dije porque iba a pasar lo que está ocurriendo ahora mismo, que yo sería el principal sospechoso —confesó, derrumbado—. Además, Laura también sabía lo del aborto, y no entendí por qué nunca lo comentó.

—Laura fue con ella a la clínica y por eso lo sabía. Sandra le pidió que la acompañara, pero tampoco le dijo el nombre del padre. —Antón le dio información para que él mismo cayera en la trampa.

—¿Que Laura no lo sabía? Eso es mentira. Discutieron, es verdad, pero eran mejores amigas. Conozco a Laura desde hace años y sigue manteniendo el contacto con la familia de Sandra. Incluso va a comer con ellos de vez en cuando. Así que no me creo que no lo supiera —dijo Rubén cada vez más alterado.

Antón repasó las notas para dar dramatismo al interrogatorio y que Rubén fuera soltando información con cada silencio.

—Discutieron por Héctor —dijo al fin.

Rubén había comenzado a sudar y se quitó la chaqueta después de pasarse la mano por la frente.

—No lo entiendo —contestó Antón, haciéndose el tonto.

«Hacerse el tonto es la mejor arma para un interrogatorio».

—Las dos estaban enamoradas de él. Eso fue lo que pasó. Nunca entendí tanto revuelo, ya que estaba con Clara y eran la pareja perfecta: guapos, listos y ricos.

—Parece que Héctor era un ligón, ¿no?

—Por supuesto que lo era, pero lo curioso es que él estaba enamorado de Clara. No sé si habrán terminado juntos, pero parecía que habían nacido para estarlo.

—¿Héctor nunca estuvo con Sandra ni con Laura?

—Por supuesto que no. Pero como Héctor le dijo a Sandra que fuera a la fiesta, Laura se enfadó y dijo que seguro que se había liado con ella porque era una fresca, ya sabe —relató con pudor.

—¿Qué pasó, Rubén? —insistió Antón, que sabía que escondía algo.

—El primer encontronazo fue cuando estábamos juntos bebiendo, luego fue el segundo, que vio todo el mundo. —Suspiró subiéndose las gafas con un gesto.

—¿Qué pasó? —insistió Antón con tono amenazante.

—Le dijo que se había quedado embarazada porque se liaba con todos, y como Héctor sabía que era una guarra se enrolló con Sandra en lugar de con ella —reprodujo con gran vergüenza.

—Pero ¿era mentira?

—Sí, pero Laura estaba enfadada y dijo cosas horribles. —Cogió aire para continuar—. Por eso me contó lo del aborto, porque Laura lo comentó delante de mí.

—¿Y del padre no dijo nada?

Rubén negó, subiéndose las gafas inconscientemente.

—No, a mí por lo menos no me dijo quién era. Pero estoy seguro de que Laura lo sabía.

—¿Por qué no se lo diría a nadie? —preguntó retóricamente.

—No lo sé, pero seguro que alguien lo sabía —dijo Rubén, poniendo fin al interrogatorio.

—Gracias, Rubén, puede marcharse. —Resopló, afligido.

Rubén salió de la sala arrastrando los pies, con la chaqueta colgando del brazo y la mirada hundida en el suelo. Antón no lo detuvo. Se quedó en silencio, observando cómo la puerta se cerraba tras él con un leve chasquido.

Volvió a repasar sus notas, pero ya no necesitaba hacerlo. Lo había comprendido.

«No lo dijo porque le daba vergüenza. No por el aborto, ni siquiera por el miedo al escándalo o al juicio de los demás. Era por él. No fue ninguna violación. La vergüenza por quien la dejó embarazada fue lo que la hizo mantener el silencio. Por la persona a la que ni siquiera quiso nombrar».

—A veces el silencio no oculta el crimen. Oculta el desprecio, el dolor, la humillación —murmuró para sí.

«Eso era mucho más difícil de decir que cualquier mentira», pensó mientras recogía los papeles.

32

El ascensor industrial subió despacio, como si le costara avanzar cada metro de altura. Braulio iba delante, serio, con la mandíbula apretada. Matías, en el centro, tenía las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta vieja y los hombros tensos. Triana cerraba el grupo, sin hablar, con la sensación de que lo que estaba a punto de descubrir podía cambiarlo todo.

La puerta del ascensor se abrió con un chirrido metálico, y un pasillo largo y silencioso se desplegó ante ellos. Lámparas de neón parpadeaban cada pocos metros, proyectando sombras intermitentes sobre los trasteros alineados a ambos lados. Todos eran iguales: puertas grises, números pintados a mano en placas oxidadas, olor a humedad y polvo viejo.

—Es este —dijo Matías, señalando el 119.

Sacó una llave de latón de su llavero, una que parecía de otro tiempo, con la cabeza raspada y los bordes deformados de haberla usado tantas veces. Le temblaba un poco la mano al meterla en la cerradura, pero no dijo nada.

—¿Estás seguro de que…? —empezó Triana.

—Sí —la interrumpió él, sin girarse—. Me la dio tu padre antes de que tuviera que desaparecer. Me dijo que solo la usara si algún día Aura… —se le quebró la voz—, si algún día pasaba algo.

La cerradura hizo un clic seco y la puerta se abrió. Dentro, el aire olía a humedad. Las paredes estaban cubiertas por estanterías metálicas repletas de cajas de archivo. Algunas llevaban etiquetas escritas a mano; otras estaban cerradas con cinta. En el fondo, un escritorio cubierto de polvo y una silla plegable completaban el escenario. No había electricidad, solo la luz del pasillo colándose por la puerta entreabierta.

—Aquí guardaba todo —dijo Matías, dando un paso hacia el interior—. Todo lo que no podía contar y recopiló durante los años que estuvo infiltrado. —Respiró profundamente antes de continuar —. Todo lo que sabía que Carlo buscaría y que, por desgracia, hemos descubierto hoy.

Triana se quedó quieta, mirando las cajas apiladas como si fueran dinamita a punto de estallar.

Matías buscó con la mirada hasta que lo encontró. Avanzó unos pasos y se detuvo frente a una de las estanterías metálicas del fondo, entre decenas de cajas apiladas sin orden aparente. Pasó la linterna por las etiquetas descoloridas hasta que se detuvo en una.

—Aquí —dijo en voz baja.

Triana se acercó. En una de las cajas, escrita con rotulador negro, había una sola palabra: Triana.

Sintió cómo se le encogía el pecho. Braulio, a unos pasos por detrás, permanecía en silencio. Rafael le había dicho que Matías tenía la llave y la ubicación, pero no sabía la cantidad de información que había acumulado ni lo que escondían aquellas cajas. Durante varios segundos, el mutismo se instaló en el trastero, respetando el momento de Triana al ver su nombre en aquella caja.

Matías la bajó y se la tendió sin decir nada. Triana la sostuvo con ambas manos. Al abrirla, lo primero que vio fue un sobre cerrado, con su nombre escrito a mano. Reconoció la caligrafía de su padre al instante.

Con los dedos temblorosos, lo abrió. Dentro, una carta. Empezó a leerla en silencio, con Matías observándola desde un rincón.

Triana:

Si estás leyendo esto, es porque Matías te ha traído hasta aquí. Confía en él. Fue mi compañero, mi amigo más leal, la única

persona que ha sabido todo desde el principio y que conocía este lugar.

Lo siento. Lo siento por haberte dejado sola con tantas preguntas. Pero era necesario. Supongo que lo que tanto temía ha ocurrido: Carlo ha matado a Aura. Sé que debe doler, pero también sabía que esto podía pasar. Carlo es un cobarde con sonrisa de hombre decente. Y aunque no he podido protegeros, al menos puedo intentar ayudaros a hacer justicia.

En este trastero encontrarás todo lo que durante años no pude entregar a la policía por intentar protegeros. Supongo que ha sido en balde, pero ahora puedes utilizarlo por mí. Por ti. Mata a ese cabrón. Dicen que la venganza no es la solución, pero yo creo que sí. Acaba con él y no mires atrás.

Confía en las personas que están contigo. Eran buenos y fieles amigos de tu padre.

Espero que algún día puedas perdonarme, pero mi intención nunca fue haceros daño.

Te querré siempre.

Papá.

Cuando terminó de leerla, Triana tenía los ojos humedecidos. Apoyó la carta sobre la caja, respiró hondo y, sin mirar a Matías ni a Braulio, dijo:

—Vamos a matar a ese malnacido.

33

Después del interrogatorio con Rubén, el inspector recibió un mensaje de Triana. Sabía que estaría preocupado por ella y se adelantó a su llamada para que continuara con el caso de Sandra. Era consciente de que para Antón era importante resolverlo lo antes posible. Ya había esperado durante quince años y era la espina que tenía clavada como policía. Aún no tenían una pista fiable sobre el paradero de Carlo, y lo más prudente era no dar ningún paso en falso. Lo más importante era que continuara ignorando la presencia de Matías. Era el factor sorpresa y su única ventaja.

Antón se había quedado tranquilo al saber que estaban en el trastero de Rafael y que Triana no estaba sola. La compañía de Matías y Braulio era perfecta para mantenerla estuviera segura y protegida ante cualquier incidente. Por eso, el inspector no pudo esperar más tiempo para hablar con Helena, la hermana de Sandra. Durante años había estado siguiendo de cerca la vida de los amigos que declararon que asistieron a la fiesta. Sin embargo, Helena nunca dijo que hubiera ido, lo cual le había desubicado por completo.

«¿Por qué lo ocultó?».

La mente de Antón era metódica y resolutiva, pero, sobre todo, lógica, y en este caso lo era aún más. Que la propia hermana hubiera mentido no le cuadraba en absoluto y le creaba más reticencias y desconfianza que descartarla sin más por ser de su propia sangre.

Recordó a Helena el primer día que se presentó en su casa para comenzar con la investigación. Era un par de años mayor que Sandra. No dejó de llorar en ningún momento, e incluso su madre le sugirió que era mejor que se fuera a su cuarto hasta que terminaran de hablar.

«Parecían tener buena relación. Bueno, las cosas no siempre son lo que parecen».

Helena vivía en un bloque de pisos cerca de su madre. Antón conocía el barrio, ya que había pasado horas haciendo guardia allí por si aparecía Sandra o se producía un movimiento sospechoso en los días posteriores a su desaparición. Nada de eso ocurrió. Cuando llamó al telefonillo y Helena respondió, le dio la sensación de que llevaba esperando su visita desde hacía demasiado tiempo.

—Hola, Helena, ¿se acuerda de mí? —preguntó Antón al estirar la mano.

—Hola, Antón, claro que me acuerdo —respondió con amabilidad.

Helena se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Por favor, siéntese donde quiera. Estoy sola. Supongo que ha venido por lo de mi hermana, ¿no?

Se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor y Helena se acomodó frente a él.

—¿Le ha contado su madre que estuve hablando con ellos hace unos días? —preguntó sin rodeos mientras se quitaba la chaqueta.

Asintió.

—Perfecto, entonces sabrá que ya tenemos los datos de la autopsia, ¿es así?

Volvió a asentir sin gesto en el rostro.

—Lo que no sabe es que también tenemos los resultados de la autopsia en profundidad —añadió para que continuara Helena, pero no dijo nada—. Sabemos que su hermana tuvo un aborto unos meses antes de que la asesinaran.

—Entiendo —respondió con seriedad.

—¿Lo sabía?

El inspector prefirió empezar por el aborto para intentar descubrir la identidad del padre.

—Sí, lo sabía —carraspeó, llevándose la mano a la boca.

—¿Por qué no lo dijo hace quince años? —preguntó Antón.

—Lo siento, pero pensé que no era importante. Lo único que habría conseguido ese dato era destrozar la imagen de mi hermana. Ya sabe cómo es la gente. Empezarían a decir que era una guarra, que se iba con cualquiera y un largo etcétera de insultos que no tenía ganas de escuchar. —Juntó las manos entre los muslos.

—¿Se lo dijo Sandra?

—No, se podría decir que la pillé por un descuido —recordó —. En casa de mis padres dormíamos en la misma habitación y Sandra no era precisamente ordenada. Un día estaba limpiando y de su mochila cayó un folio doblado. No pensé que fuera nada importante, pero lo miré sin prestar atención.

Se detuvo un segundo para coger aire antes de continuar.

—¿Necesita agua? —se ofreció Antón al ver que a Helena le costaba respirar.

—No, tranquilo, estoy bien. Sigamos, necesito contárselo.

—Podemos tutearnos —esbozó una ligera sonrisa para transmitirle tranquilidad—. Respira.

—Al abrir el papel vi que era la factura de la clínica y el informe de la intervención —logró decir al fin—. Me senté en la cama, devastada. No podía creerme que mi hermana pequeña hubiera pasado por algo así y no hubiera sido capaz de pedirme ayuda. Me sentía tan culpable porque lo hubiera hecho sola, sin nadie de su familia que la apoyara en esos momentos...

—Te entiendo perfectamente. Tuviste que pasarlo mal —dijo comprensivo.

—Si me lo hubiera dicho, a lo mejor ese bebé habría nacido. —Negó con culpabilidad.

Helena intentaba contener las lágrimas, pero al final no pudo aguantar más. La presión y la culpabilidad de que Sandra sintiera que no podía pedirle ayuda le dolían tanto como el primer día.

—Era mi hermana pequeña, ¿sabes? Hubiera dado cualquier cosa por ella.

—Te entiendo, pero estoy seguro de que ella sabía que la querías. Simplemente, en ese momento, puede que le diera vergüenza contarlo —dijo Antón para animarla.

—No es solo eso, inspector. Es que, además, hace quince años mentí… Fui a la fiesta —reconoció.

—¿Fuiste a la fiesta en la que desapareció? —preguntó como si no lo supiera. Era mejor que le contara su versión sin interrumpirla, así que decidió callar.

—Sí. El papel de la clínica lo encontré esa misma tarde. Sandra ya se había marchado. Yo sabía dónde era la fiesta porque me lo había dicho, así que fui a verla. No podía esperar a hablar con ella. Se me encogía el corazón al pensar en lo mal que lo estaría pasando y que estaba haciendo una vida normal solo para guardar las apariencias. —Tragó saliva antes de continuar—. Me presenté en la fiesta y la hice salir del local para hablar a solas.

—Puede que por eso nadie declarara que estuviste allí, ¿no?

—Supongo que sí. Nos apartamos y estuvimos sentadas en un banco cercano para que nadie nos oyera. Sandra ya iba muy borracha. Intenté llevarla a casa, pero estaba triste y enfadada con el mundo. No entró en razón y empezó a gritarme y a empujarme. —Contuvo las lágrimas.

—¿Por eso te fuiste?

—Sí. Le dije que podía contar conmigo y que, si me lo hubiera dicho antes, la habríamos ayudado. Nuestros padres no eran unos monstruos —balbuceó con las lágrimas cayendo por sus mejillas sonrojadas.

—¿La dejaste en la fiesta y te fuiste?

—Sí —respondió, cabizbaja.

—¿No te dijo quién era el padre? —preguntó intrigado.

—Sí, me lo dijo. Pero prometí no desvelar el nombre nunca. Y eso es lo que he hecho. Haber contado la verdad no habría ayudado a encontrarla, pero sí habría causado un revuelo de críticas. Por eso decidí callar y no decir nada a nadie. Puede que no lo entiendas, pero se lo prometí —recalcó con los ojos brillantes y las manos temblorosas.

—Lo entiendo, pero necesito saber la identidad del padre. Es importante para descubrir quién la asesinó. A Sandra la enterró alguien, y puede que fuera el padre del bebé —dijo Antón, desesperado por escuchar el nombre.

—¿Por qué iba a matarla? Ya había abortado. No creo que haya sido él —reconoció con dudas.

—Sé que se lo prometiste, pero necesito que me digas el nombre. A tu hermana la enterraron y el aborto es el evento más cercano a su muerte, así que puede que fuera el motivo por el que terminó muerta —insistió el inspector, comenzando a perder la paciencia.

—El padre era Mario.

—¿Mario? ¿Estás segura? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. Me dijo que quedaban muchos fines de semana en los que decía que salía con Juana. Era su coartada con el resto de los amigos. Sandra me contó que no quería que se enterara nadie, ya que la empezarían a criticar en clase y no quería volver a pasar por lo que había sufrido en el colegio ni en el instituto. —Suspiró al recordarlo—. Lo pasó muy mal. Y después de tanto dolor, alguien la mató.

—Juana me contó que Sandra le dijo que se había liado con Héctor. ¿Es mentira?

—Sí, es mentira. Una vez encontraron a Mario y a Sandra juntos y dijeron eso para que nadie supiera la verdad. Héctor sabía la verdad y Clara también. Las personas que no lo sabían eran los del grupo de Sandra. Mi hermana me contó que la criticaban porque al principio del curso le gustaba Héctor.

—Pero todo el mundo sabía que le gustaba Héctor —dijo sin entender—. No tiene sentido.

—Sí que lo tiene. Simplemente siguieron la bola para evitar críticas mayores. Sandra estaba acostumbrada a que se metieran con ella porque le gustaba Héctor, así que prefirió eso a que fastidiaran su relación con Mario.

Helena se calló y se frotó la cara en un intento de contener el llanto. Antón le sostuvo la mirada. La declaración de Helena le había descuadrado, pero ahora empezaban a encajar las piezas. Las versiones sin sentido empezaban a cobrar coherencia con la nueva información.

—¿Mario sabía que era el padre? —preguntó Antón sin dejar de pensar en cada una de las declaraciones.

—Sí, eso es lo que me dijo Sandra.

—Entonces, ¿por qué pediría a Laura que la acompañara a la clínica? —preguntó retóricamente.

—No lo sé. Sandra había bebido mucho y me echó de allí. Me dijo que me lo contaría todo en casa. Por eso me fui.

—Y cuando desapareció, ¿no hicisteis nada?

—No. Pensé que se había fugado voluntariamente. Creía que no podía soportar la vergüenza de decírselo a mis padres y que por eso decidió marcharse —declaró Helena con las palabras ahogadas en la garganta.

—Entonces, al final se lo contaste a tus padres, ¿no?

Helena asintió.

—Ahora entiendo por qué tu familia nunca me llamó para saber cómo avanzaba la investigación. Creísteis desde el principio que se marchó, ¿verdad?

Helena volvió a asentir.

—Gracias por tu sinceridad. Encontraré a la persona que asesinó y enterró a tu hermana —dijo con determinación al levantarse.

34

El trastero era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Era una especie de sala de operaciones secretas que Rafael había creado a lo largo de los años como policía infiltrado. A Triana le recordaba a los escondites secretos que aparecían en las películas de acción. Era un refugio y, además, una fuente de información sobre la vida de Carlo. Si existía un lugar donde pudiera estar escondido con Víctor hasta cruzar la frontera, estaría ahí.

Triana recordó a su padre. Era el mejor policía y, si hubiera estado allí, seguro que ya lo habrían encontrado. Matías supuso lo que estaba pensando al verla contemplar las pilas de cajas. Era agobiante. Demasiadas en tan poco espacio.

El aire se había ido cargando con la presencia de los tres en aquel minúsculo cubículo al que hacía años que no entraba nadie. Sin embargo, Rafael se había encargado de dejarlo pagado durante años. Nadie de su familia sabía de aquel lugar. Matías fue el elegido para custodiarlo y conocía la información que estaba ahí guardada. El amigo de Rafael no quiso ir nunca al trastero. Le recordaba demasiado a su amigo, y estar allí le provocaba una sensación de vacío y nostalgia que le hacía difícil respirar. Le echaba de menos.

Llevaban allí más de dos horas, y el silencio solo se rompía por el crujido del cartón viejo, el roce de papeles y alguna maldición murmurada por Matías cada vez que se golpeaba con una esquina oxidada. Estaban sudados, cubiertos de polvo, con las uñas ennegrecidas de tanto hurgar entre archivos antiguos. El cansancio les pesaba en los hombros, pero no habían querido parar ni para beber agua.

Los tres sabían que Rafael les habría dejado una pista para encontrarlo. Solo tenían que averiguar cuál era. La vida de Carlo estaba en ese trastero, por lo que los lugares en los que solía reunirse con las personas de su círculo cercano, adónde iba a

descansar y sus rutinas preferidas debían de estar entre aquellos papeles.

¿Dónde se habría llevado a Víctor?

Solo había que saber mirar, y las tres personas eran buenos policías. Darían con la pieza que buscaban.

Había docenas de cajas apiladas. Algunas con etiquetas oficiales del cuerpo de policía; otras, sin marcas. Carpetas clasificadas, discos duros, libretas, planos, mapas y fotografías sueltas… Rafael lo había archivado todo, como si hubiera previsto que alguien, algún día, necesitara reconstruir un camino.

Escondida detrás de varias cajas grandes había una con letras escritas: Patrones.

—Triana, creo que es esta —dijo Matías, conteniendo la emoción.

—Puede ser. —Cruzó los dedos.

—Yo la bajo —se adelantó Braulio.

Estaba llena de polvo y precintada. Al abrirla encontraron informes fotocopiados, coordenadas, notas manuscritas y varias carpetas clasificadas por fechas. Al final del todo, supusieron que con la intención de que no fuera encontrada a primera vista, hallaron un folio doblado en cuatro con la letra de Rafael.

Triana sostuvo el papel con ambas manos y leyó en voz alta:

«A Carlo le encanta ir a descansar a este lugar. Le recuerda a cuando era pequeño. Que no se os olvide que, aunque sea un delincuente, tiene corazón, como el resto del mundo. Guarda con mucho cariño los recuerdos de su padre».

Junto al folio doblado había una fotografía de Carlo con Aura. Cuando Triana la observó, se quedó con la boca abierta.

—Esta foto la tenía Aura en uno de los álbumes que guardaba en casa —aclaró.

—¿Pero sabes dónde es? —preguntó Matías.

—No, lo siento. ¿Tú tampoco?

Matías negó con la cabeza.

—¡Genial! Nos hemos llenado de mierda y polvo para nada. —Braulio se sacudía con gestos bruscos que dejaban claro su estado de decepción—. Ahora tenemos un lugar, pero no sabemos cómo encontrarlo. Es increíble.

—Un momento, puede que alguien nos pueda decir cuál es este sitio. —Triana agitó la fotografía.

—¿Quién nos va a ayudar? —preguntó Matías con escepticismo.

—Valentina —respondió Triana esperanzada.

—¿La madre de Carlo? ¡Estarás de broma! —añadió Braulio, igual de incrédulo.

—No, es la única opción que tenemos. ¿Quién va a saber identificar un lugar solo por un árbol torcido si no es ella? Es imposible. ¿Acaso no lo veis? Es lo que decía mi padre: Carlo tiene corazón, y estoy segura de que ese sitio tiene que ver con su infancia. Nosotros no lo conocemos. Mi padre puede que sí lo hubiera identificado, y Aura también, pero ¿nosotros? Imposible —argumentó Triana, alterada, sin dejar de mover las manos.

—Vale, vamos a suponer que tienes razón. ¿Me quieres decir por qué Valentina nos va a ayudar? —se interesó Matías con los brazos cruzados.

—Aura quedaba todos los meses con Valentina para ver al niño. Supongo que le tendría cariño y puede que nos quiera ayudar. No es ninguna locura —alegó Triana.

—Son su hijo y su nieto. ¿Por qué nos va a ayudar a encontrarlo? No tiene sentido —contradijo Braulio.

—Sí, lo tiene. Escuchadme, Valentina quedaba con Aura, no con Carlo. Eso es por algo. No se hablaban. A nosotros nos da igual el motivo por el que rompieron la relación, solo queremos encontrar a Víctor. Valentina sabe que su hijo no es buena persona y que conseguirá que Víctor siga sus pasos si no lo sacamos de ese círculo. ¿Acaso no veis lo que os estoy diciendo? —dijo ofuscada.

Braulio y Matías se miraron con un leve esbozo de sonrisa.

—Puede que tenga razón —admitió Matías.

—Después de todo, no tenemos muchas alternativas. Es nuestra única opción —suspiró Braulio.

—Vamos —confirmó Triana, doblando el folio y guardando la fotografía.

Cuando salieron del trastero, la luz de la calle los cegó por un momento. El contraste entre la penumbra polvorienta y la claridad del exterior les hizo entrecerrar los ojos, como si regresaran de un lugar muy lejano, aunque solo hubieran bajado unas escaleras.

Triana caminó unos pasos hasta el bordillo y se detuvo allí, con la foto guardada en el bolsillo interior de su chaqueta. Notaba el polvo adherido a los brazos, el calor pegado al cuello y esa vibración interior que no era otra cosa que urgencia.

Matías cerró la puerta metálica del trastero y se acercó a ella. No dijo nada. No hacía falta. Ambos sabían que estaban más cerca y que, a la vez, el tiempo empezaba a ir en su contra. Carlo se les escapaba por horas, quizá por minutos. Pero lo encontrarían. No se saldría con la suya. No se quedaría con Víctor.

Triana alzó la vista hacia un cielo pálido, casi blanco. Era una especie de guiño a su padre.

«No fallaremos, papá».

—Acabaremos con él, te lo prometo —añadió Matías, como si le hubiera leído la mente.

Y entonces, en silencio, caminaron hacia el coche. Sin mapas, sin dirección. Solo con una imagen, una intuición y la esperanza de que Valentina les ayudara. Era la única persona que tenía la clave para encontrarlos.

35

La puerta de la casa de Antón se cerró despacio, con un golpe sordo que pareció sellar el día. Nadie dijo nada. Llegaban cargando algo mucho más pesado: sus propios cuerpos cansados, el peso de todo lo vivido y la certeza de lo que aún quedaba por delante.

Habían dado el alta a Ballesteros. Antón, Triana, Matías y Braulio habían tomado la decisión de que era peligroso e imprudente que fueran a sus respectivas casas. Así que el inspector, con alegría y predisposición, les ofreció la suya para permanecer juntos. Puede que alguien de la banda de Carlo estuviera vigilándolos. De esta manera reducían la posibilidad de quedar aislados o incomunicados. A Carlo le bastaban unos minutos para destrozar la vida de alguien. Ballesteros aún tenía el miedo en el cuerpo y tampoco estaba en condiciones de defenderse. Por eso accedió casi de inmediato, sin ni siquiera mirar a Triana.

Ballesteros caminó con lentitud, casi arrastrando los pies. Triana le ayudó a quitarse la chaqueta sin decir una palabra, y Antón encendió una lámpara del salón que arrojó una tenue luz anaranjada, como si la casa también supiera que no era momento de estridencias. Llevaban todo el día en tensión, corriendo de un lado para otro, encajando piezas y soportando emociones que no tenían tiempo de procesar. Estaban exhaustos, pero sabían que nunca habían estado tan cerca y no podían permitirse bajar la guardia. No todavía.

Triana ayudó a Ballesteros a sentarse y se colocó a su lado. Antón, tras comprobar que estaban cómodos, se quitó la chaqueta para lavarse las manos y preparar algo para cenar.

Abrió la nevera y tomó una decisión rápida.

—Vamos a pedir algo a domicilio. Últimamente no he tenido tiempo ni para ir a comprar. Estamos bajo mínimos. Lo único que hay es café —añadió, encogiéndose de hombros.

Triana observó la estancia con la mirada de quien está presente, pero ya en otra parte. Como si el cuerpo hubiera llegado, pero su mente siguiera en la calle, en la comisaría, en el hospital, en la fotografía encontrada en el trastero y en el recuerdo de Aura.

—Mañana será un día largo e intenso —aseguró después de parpadear varias veces.

—Debes tener cuidado —dijo Ballesteros.

Soltó un quejido de dolor al intentar acomodarse.

—Tranquila, estoy bien. Estaba buscando la postura.

Antón volvió de la habitación donde había ido a pedir unas hamburguesas.

—¿Estás bien? —preguntó al asomar la cabeza.

—Sí, tranquilo. Es que las costillas rotas me están dando más guerra de la esperada. —Sonrió con gesto de dolor.

—Hay que darles tiempo. Al final te recuperarás y estarás como siempre.

Antón estiró la espalda con los brazos alzados hacia el techo.

—Mañana iremos a hablar con Valentina —dijo Triana, rompiendo el silencio.

—Ten cuidado, por favor. No seas imprudente —rogó Antón.

—¿Ha montado Braulio un equipo operativo para ir? —preguntó Ballesteros.

Antón imaginó cuál era la intención de la pregunta. Estaba igual de interesado en conocer la respuesta, así que esperó en silencio.

—Claro que no. Lo voy a matar —respondió Triana sin emoción en la voz.

—¿Vas a ir sola? —se interesó el inspector con los ojos bien abiertos y la voz contenida.

—No, iremos Matías y yo. Braulio es el comisario y no puede venir. Si pasara algo grave, y con algo me refiero a que muriéramos alguno, Braulio podría tapar las muertes de alguna manera —explicó Triana—. Sin embargo, si muere un comisario, sería imposible ocultarlo. Además, tiene familia. No quiero esa responsabilidad en mi conciencia. No me perdonaría que sus hijos se quedaran sin padre —dijo con pena, bajando la mirada.

—Eso es una locura y lo sabes —alzó la voz Antón—. ¿Vais a ir dos personas sin apoyo a un sitio recóndito? ¿Te he entendido bien?

—Antón, no es una decisión tuya. —Se giró para mirarlo directamente a los ojos.

—Vale, lo entiendo y tienes razón, pero lo que estás planeando es un suicidio —recriminó.

—No es que esté deseando participar en un plan suicida; es que con Carlo cualquier situación va a ser así. Él no se va a dejar atrapar, y nosotros no le vamos a dejar huir. Así que, ¿qué quieres que te diga? Si muero, tampoco pasa nada. Lo que no quiero es arrastrar a nadie conmigo. Este problema es de mi familia con Carlo y lo voy a solucionar —dijo convencida.

—Hay gente que se preocupa por ti, ¿lo sabes? —señaló el inspector.

—Lo sé. ¿Y tú sabes que por ti también? —le respondió Triana para que entendiera que quería protegerlo por encima de cualquier cosa.

—Has puesto demasiadas esperanzas en ese lugar, y puede que te lleves otro chasco, como le ha pasado a Matías con el resto de los lugares que mandó vigilar —puntualizó Ballesteros.

—Puede ser, pero tengo que intentarlo.

Antón se removió en el asiento, nervioso.

—No lo estás pensando con claridad. —Negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara—. Puede que sea una trampa, que él sepa que será el primer lugar en el que buscaría tu padre y esté preparado —matizó—. Se te ha olvidado que él conocía a Carlo, pero Carlo también lo conocía a él.

—Tiene razón, Triana. Puede que lo tenga todo preparado. Seguro que sabe que vas a querer matarle y que iréis pocos agentes para mantener el secreto. Que lo vais a ejecutar —sentenció Ballesteros.

—¿Lo estás defendiendo? —preguntó, ofendida.

—Para nada. Si pudiera, lo mataría yo mismo con mis propias manos. —Apretó la mandíbula—. Mira lo que ha hecho. ¿De verdad piensas que lo voy a defender? Lo que no quiero es que te metas en un problema por su culpa, o algo peor…

—¿Que me mate? —Triana esbozó una sonrisa—. Eso no va a pasar.

—No tienes razón. Crees que no puede pasar, pero sí puede pasar, sobre todo porque vas dispuesta a morir matando. Lo único que haces es no evaluar la situación —le recriminó Ballesteros—. Es mejor que vaya un operativo y que lo arrestéis. —La miró con tristeza—. Lo que quiero es que vivas. Si ahora no encontráis a Víctor tendréis otra oportunidad, pero si morís, no la habrá.

—Tiene razón, Triana —intervino Antón.

—Lo pensaré, pero si Matías está de acuerdo conmigo, no pienso arriesgarme a perderle la pista. Lo siento. Puede que no me entendáis, pero me da igual. Es mi decisión. Os quiero mucho —miró a los dos—. Pero es mi vida. No podría seguir viviendo sin haberlo intentado. —Exhaló aire profundamente—. Tengo la convicción de que Aura, Nadia y Lucas murieron por mi culpa. No puedo dejarlo pasar. —La voz le temblaba.

—Está bien. Yo también voy.

—No, Antón, tú no puedes venir. Lo siento.

—Es mi vida y es mi decisión. —Levantó las cejas.

—Ya, pero eres como un padre para mí y no puedo dejar que vengas. Estaría más preocupada por ti que por lo peligrosa que pueda ser la situación. Si vinieras, me distraerías —alegó con los ojos acuosos.

—Está bien, pero estaré cerca. No puedes pedirme que me aleje. No podéis ir solo dos agentes. Solo intervendré si necesitáis refuerzos, ¿vale?

—De acuerdo. Solo como refuerzo y únicamente si te lo pido expresamente —dijo con firmeza.

Antón asintió, satisfecho de haber logrado un acuerdo.

Sonó el timbre del repartidor de la comida a domicilio.

«Necesito que cuides de Víctor si muero», pensó Triana cuando el inspector se levantó del sillón.

36

El silencio de la mañana parecía más sincero que de costumbre. La luz se filtraba por las rendijas de las persianas con una delicadeza casi tímida, como si supiera que en aquella casa aún pesaban los fantasmas de la noche anterior. En la cocina, el goteo intermitente de la cafetera rompía la quietud con un ritmo familiar, doméstico. Antón se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, observando cómo se hacía el primer café del día. Llevaba puesto un vaquero y un jersey grueso. No había dormido mucho, pero al menos no le dolía nada.

Triana apareció descalza, con una coleta improvisada y los ojos aún cargados. Se sentó a la mesa sin decir palabra. Poco después llegó Ballesteros con la misma expresión preocupada que los demás. Se había puesto una manta por encima, estaba destemplado y la recuperación era lenta y desesperante. Se sentía inútil en su estado. No podía ayudar a ninguno de los dos, solo estar ahí y dar su opinión de vez en cuando.

No hablaron durante varios minutos. Antón sirvió tres tazas de café y puso unas tostadas en la mesa. Lo único que tenía en casa era pan de molde y mantequilla. Nadie se quejó del desayuno.

—Hoy tengo que ir a la clínica a comprobar los datos que tengo del aborto de Sandra —dijo Antón sin levantar la vista del café.

Triana asintió, girando la taza entre las manos.

—Antón, ¿seguro que no te importa que me quede? —preguntó Ballesteros, preocupado. No quería aprovecharse de la hospitalidad del inspector.

—Por supuesto que no. Estoy contento de que estéis aquí. Parecemos una familia desestructurada. —Sonrió.

—¿Contento? —dijo Triana con un mohín—. Tú nunca estás contento.

—Ya está la otra. ¡Pues ahora sí! Llenáis el vacío de mi mísera vida. Así no parezco un viejo amargado y solo. —Arrugó los labios sosteniendo la mirada a Triana con guasa.

—Gracias, te lo agradezco de corazón. La verdad es que no me gustaría tener que ir a mi casa y estar solo allí. Estaría dándole vueltas a que van a volver a aparecer… —Meneó la cabeza.

—Tranquilo, puedes estar aquí todo el tiempo que necesites. Sois una compañía agradable. Además, podemos hablar de delincuentes y asesinos sin aburrir a nadie —dijo Antón, sacando el lado bueno a la situación.

—Eso es verdad —añadió Triana.

—Bueno, me voy a la clínica. —Miró el reloj.

Antón recogió su taza, se puso la chaqueta y revisó su móvil. En la puerta, antes de salir, se volvió hacia Triana.

—Si pasa algo, me llamas.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Ballesteros levantó la mano a modo de despedida.

El coche avanzaba por las calles aún medio dormidas de la ciudad. Sin embargo, el tráfico empezaba a ser abundante, a pesar de ser tan temprano. Tenía la mirada fija en la carretera y las manos firmes en el volante. Había tantos coches y la caravana era tan larga que podría divagar durante minutos sin haberse movido ni un centímetro. Se sentía desordenado por dentro. Llevaba días siguiendo hilos sueltos, pequeñas mentiras, medias verdades que no terminaban de formar un patrón completo. Pero algo le decía que estaba cerca. Muy cerca.

Pensó en Sandra. En su mirada en las fotos que su madre seguía manteniendo en casa, en sus antiguos amigos, en los nombres que se repetían una y otra vez, como si formaran parte de

una coreografía pactada a través de múltiples mentiras. Nadie lo decía con claridad, pero todos sabían más de lo que estaban contando.

El tema del aborto estaba confirmado por varias personas del círculo de Sandra. Sin embargo, era mejor confirmarlo con pruebas. Laura le había dado los datos con mucha seguridad, por lo que supuso que realmente había estado allí con su amiga. En el caso de que fuera mentira, también sería una pista. El silencio y las mentiras, en esta historia, también eran una forma de hablar.

Antón frunció el ceño mientras giraba en una rotonda. ¿Por qué todos parecían más preocupados por proteger su versión que por esclarecer la verdad? Algo no encajaba. O quizá sí, y era él quien aún no veía la imagen completa. Solo Helena conocía la identidad del padre, y no podía fiarse de su palabra, ya que había mentido con anterioridad. Se pasó una mano por la nuca, como si quisiera despejarse. Lo cierto es que tenía una intuición clara: aquella visita a la clínica podía ser decisiva. No esperaba una confesión escrita, pero sí un nombre, una pista, un dato que conectara de una vez todos los cabos sueltos.

Aceleró un poco. No quería perder tiempo. Si había una pista ahí, la encontraría. Y si no, seguiría buscando hasta dar con la verdad.

El cartel de la clínica era discreto, casi anodino, como queriendo pasar desapercibido en mitad de la calle. Antón aparcó en doble fila, bajó del coche y cruzó la acera con paso firme. Aquel no era un lugar al que uno fuera con frecuencia. Ni por costumbre, ni por gusto. Empujó la puerta de cristal y el sonido del timbre, agudo y breve, rompió el silencio interior.

En la sala de espera, todo parecía pulcro y frío: paredes blancas, sillones de polipiel gris, una mesa baja con revistas médicas pasadas de fecha y un dispensador de gel hidroalcohólico junto a una maceta artificial.

La recepcionista alzó la vista de su pantalla y lo miró con una sonrisa profesional y medida.

—¿Puedo ayudarle?

Antón mostró su placa sin necesidad de rodeos.

—Soy inspector de policía y estoy investigando un asesinato. Necesito hablar con el responsable de administración. Es importante.

La sonrisa desapareció con rapidez, sustituida por una expresión de alarma contenida. La mujer asintió y marcó una extensión sin decir nada más. Antón aprovechó para mirar alrededor. Un par de pacientes esperaban sentados, absortos en sus teléfonos. Nadie parecía prestarle atención, pero sentía que su sola presencia alteraba el equilibrio del lugar.

Unos segundos después, una puerta lateral se abrió y un hombre con bata blanca y gafas finas salió a su encuentro.

—Inspector, sígame, por favor. Podemos hablar en mi despacho —dijo con amabilidad.

Antón le siguió por un pasillo estrecho. El suelo de vinilo crujía con cada paso. Las puertas numeradas a ambos lados le recordaban lo que se hacía allí: decisiones difíciles, secretos médicos, vidas interrumpidas.

Cuando entraron al despacho, el responsable cerró la puerta y se sentó con gesto tenso.

—¿En qué puedo ayudarle exactamente? —preguntó con la parsimonia de quien tiene todo en orden y nada que esconder.

—Hace quince años Sandra Roldán abortó en esta clínica y necesito ver los informes que se rellenaron. Me gustaría saber si vino sola y quién pagó la intervención —solicitó antes de sentarse.

—¿Ahora?

—Sí. Siento presentarme así, pero es bastante urgente. Es por un caso de asesinato —le informó.

—Ya. Lo entiendo, pero creo que vamos a tardar.

—¿Puede tenerlo a lo largo de la mañana? —preguntó con la cabeza ladeada.

—Creo que sí. Voy a ponerme ahora mismo con ello, pero es un informe antiguo, así que no sé cuánto voy a tardar en encontrar lo que me ha pedido, sobre todo en lo relativo al pago.

—¿Y puede saber si venía sola?

—No, eso es imposible. Si era mayor de edad, podía firmar sin los padres. —Se encogió de hombros.

—Entiendo. Le doy mi dirección. Envíeme el informe lo antes posible.

—Por supuesto. Puede contar con ello.

37

Antón no podía pensar en otra cosa que en la documentación que había pedido en la clínica. Se había sentado en su lugar de trabajo y esperaba pacientemente a que le llegara un correo electrónico. No dejaba de actualizar la bandeja de entrada y de comprobar los correos no deseados. Inhalaba con la mirada clavada en la pantalla del ordenador. Tenía la espalda tensa, la mandíbula apretada, los dedos quietos sobre el ratón, esperando.

En la comisaría se respiraba el ambiente de cada día. Miró el despacho de Braulio, estaba vacío. Se había ido con Triana y Matías para hablar con Valentina. El comisario estaba entregado a resolver el problema con Carlo. Llevaba años teniendo ese nudo en el estómago, desde el momento en que Rafael decidió dejarlo libre para proteger a su familia. No había servido de nada, y la mala decisión de no haber insistido a Rafael le pesaba y le ardía por dentro.

Cada minuto era un clic en «actualizar», una esperanza ahogada, una nueva frustración. Cerró los ojos unos segundos y se los frotó con fuerza. Había interrogado a los involucrados, reconstruido trayectos, contrastado versiones contradictorias… pero lo que iba a llegar ahora, si es que llegaba, podía ser lo que uniera todas las piezas.

Antón colocó el codo en la mesa para posar la barbilla en el dorso de la mano. Notaba cómo la desesperación le iba aumentando el pulso. Sonó el pequeño pitido del correo. Un nuevo mensaje.

—¡Por fin! —murmuró con los ojos bien abiertos.

Antón se incorporó en la silla. Sintió cómo se le tensaban los músculos al abrir el archivo adjunto.

El informe era breve. Confirmaba que Sandra Roldán había sido atendida en la clínica tres meses antes de su desaparición. El procedimiento era una interrupción voluntaria del embarazo. Sin

acompañante registrado, como ya le habían adelantado en la clínica, por ser mayor de edad. Y, al final, el dato clave: el justificante del pago.

Una transferencia bancaria con el importe y la fecha.

El inspector se quedó sin respiración durante unos segundos, mientras el entrecejo se le iba arrugando cada vez más. La persona que había realizado la transferencia era Héctor Morales.

Se quedó inmóvil. No por sorpresa, sino por la confirmación brutal de una sospecha que llevaba días gestándose. Ya no sabía cuántas mentiras había dicho cada uno de los amigos. Sin embargo, en la declaración de Helena había sentido que decía la verdad. Había mentido hacía quince años, pero el sentimiento de culpa la había atormentado durante tanto tiempo que decidió hablar. Sandra le confesó que el padre era Mario, por lo que la transferencia solo confirmaba que Héctor debía saber la verdad.

Sin embargo, no quería presionarle todavía. Debía esperar.

«¿Por qué nunca dijo nada? No lo entiendo. Protege a Mario por una razón… ¿cuál?».

—Mario fue quien la dejó morir. Pero ¿por qué?

Se levantó y fue hacia la cafetera. Se sirvió el poco café frío que quedaba. Estaba amargo, pero lo bebió igual. Abel le dio una leve palmada en la espalda.

—¿Qué pasa, inspector? Parece que está en otro lado —dijo Abel.

—Hola, Abel —saludó aún con mala cara por el descubrimiento.

—¿Qué tal el caso de Sandra? Espero que hayas avanzado y lo resuelvas pronto —deseó mientras comenzaba a preparar una cafetera.

—Ya, yo también lo espero. Llevo tantos años pensando en este caso que, ahora que estoy llegando al final, parece que me falta algo, una pieza que no veo… No sé.

—Tranquilo, tú siempre encuentras las piezas perdidas.

Terminó de llenar la cafetera de agua y acto seguido pulsó el botón. Esperó junto al inspector a que el líquido marrón comenzara a salir.

—Ya, pero esta vez ha pasado demasiado tiempo para sacar tantas pistas objetivas o testigos fuera del círculo social de la víctima —se quejó, pensativo.

—¿Ya has revisado el informe antiguo y no has visto nada raro? —preguntó, mirando la cafetera de reojo.

—Sí, pero, aparte de mentiras y más mentiras, nada inspirador. —Sonrió y dio un sorbo al café.

—No sé… ¿te puedo ayudar en algo?

—Hace quince años no había tanta tecnología como ahora. Así que, a no ser que tengas una genialidad de tu cosecha, no se me ocurre nada.

—Podemos revisar las cámaras de las carreteras por si pasaron y alguna lo grabó, ¿te parece?

Abel se echó en una taza el café recién hecho e hizo un gesto de desagrado al probarlo.

—Está igual de malo que frío.

—Sí que es verdad. —Sonrió Antón al levantar su taza.

Antón volvió a sus pensamientos.

—¿Hacemos lo de las cámaras? Podemos probar.

—Vale, no tenemos nada que perder —respondió, volviendo en sí con una idea que le rondaba la cabeza—. Estoy pensando una cosa.

—Dime.

—Cuando Sandra desapareció, revisé las llamadas al 112. Me gusta hacerlo, por si alguien ha visto algo y avisa a emergencias. Tengo el registro de ese día encima de la mesa y no hay nada de nada. —Se calló, sosteniendo la mirada a su compañero.

—Nadie vería nada.

—Ya, sí, puede ser. Pero… no sé, me parece raro. Emergencias recibe llamadas de gente borracha sin parar los fines de semana y, justo ese día, nadie vio a Sandra tirada en la calle, borracha… No sé, me escama. Algo no me cuadra. —Apretó los dientes.

—Es raro, tienes razón. Pero puede que no estuviera tirada en la calle cuando ocurrió, ¿no?

—Sí, pero eso quiere decir que se la llevó alguien conocido. Sandra no se habría ido con un desconocido. Nadie hace esas cosas, y menos una chica joven, que suele ser más desconfiada por los sucesos trágicos que han ocurrido a lo largo de los años —explicó.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Solo hablo en voz alta. —Bebió otra vez y se giró hacia Abel —. Todas las llamadas al 112 quedan registradas, ¿no?

—Sí, todas.

—¿Y las que se cortan o en las que el interlocutor no habla se quedan sin identificar? —preguntó Antón, concentrado en la respuesta que daría Abel.

—Creo que no las guardan como registros de llamadas, sino como incidencias con algún comentario en la base de datos.

—Vale, entonces sabemos que hay un registro de todas las llamadas en la base de datos del 112, con un pequeño comentario. Incluso de las que no llegaron a tramitarse. ¿Es así?

—Sí, es así. Pero ya tienes los registros de las llamadas, ¿no?

—Solo de las llamadas registradas, pero no de las incidencias que no se identificaron o se cortaron. ¿Me sigues?

Abel sonrió abiertamente.

—Ya te dije que siempre encuentras las piezas perdidas. —Empezó a andar—. Te miro lo de las cámaras. Mándame la dirección de la fiesta y de la casa de los testigos. Si encuentro que sus matrículas pasaron por alguna cámara, te aviso. —Alzó la voz sin dejar de caminar por el pasillo de la comisaría.

«Es el mejor policía, pero todavía no lo sabe», pensó Abel mientras se alejaba.

38

Habían consultado los datos de residencia de Valentina antes de darse el paseo en vano. Por suerte, era la misma que conocía Triana, lo que significaba que no tendría que dar muchas explicaciones sobre cómo la había localizado. Valentina era una mujer con clase y estilo, firme en su decisión de seguir viviendo donde se había criado. No era el mejor barrio, pero en él guardaba una infinidad de recuerdos en cada una de sus calles.

Llegaron a primera hora de la mañana y se detuvieron en el portal del edificio. Triana lo reconoció al instante: la fachada gris, los buzones de latón gastados, el marco de aluminio con la letra y el número casi borrados. Lo había visto alguna vez, hacía años. No había cambiado nada.

Se giró hacia Matías, que estaba ligeramente apartado, con la capucha de la sudadera subida hasta media cabeza. Se le notaba tenso, mirando el telefonillo como si fuera una cuenta atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó Triana.

Matías asintió sin decir nada. Luego se pasó la mano por la nuca con nerviosismo.

—Si hace falta que suba, subo —murmuró sin mirarla—. Pero igual es mejor que no me vea. No sabemos si tiene buena relación con su hijo o no, si lo protege y le dice que estoy aquí… —Hizo una pausa—. No quiero volver a tener que estar vigilando mis espaldas cada segundo.

Triana dudó. Miró a Braulio, que ya estaba marcando el número del timbre con gesto decidido, pero sin pulsarlo aún.

—Es mejor que no subas —dijo finalmente—. Si te reconoce, nos perjudicaría a todos. Incluso podría asustarse. Nunca se sabe. Ante la duda, es mejor que te quedes aquí. Si ves que pasa algo

raro, nos avisas. No salgas del coche, es mejor que vayamos nosotros. —Le dio las llaves.

Matías bajó la mirada y apretó los labios. No discutió. Solo retrocedió unos pasos para caminar hacia el coche.

Triana respiró hondo. Se arregló el cuello de la chaqueta con un gesto mecánico y subió los hombros como si pudiera protegerse de lo que iba a ocurrir. Habían pasado años desde la última vez que vio a Valentina. La recordaba como una mujer elegante, seria, poco dada a los gestos innecesarios. Había estado en casa de sus padres un par de veces, cuando Aura y Carlo salían juntos. Siempre la había observado con cierta distancia, como si quisiera medirla. Ahora, después de que su hijo asesinara a su hermana, estaba plantada en la puerta de su casa para volver a verse las caras y con multitud de preguntas.

Braulio pulsó el timbre.

—¿Quién es? —dijo una voz altiva al otro lado de la puerta.

—Policía. Abra la puerta, necesitamos hablar con usted —respondió con tono autoritario.

Hubo un silencio. Triana supuso que los estaría observando por la mirilla. A los pocos segundos, abrió.

—Hola, Triana —saludó al mirarla—. Braulio. —Se apartó para dejarlos entrar.

Los agentes entraron hasta el salón. Triana comenzó a recordar la casa. Estaba igual. Se sentó en el sofá y Braulio hizo lo mismo. Valentina la miraba con extrañeza, desconocía los motivos que la habían llevado hasta allí. Se sentó en la butaca que estaba justo al lado del sofá y colocó las manos entrelazadas sobre los muslos.

—¿Han matado a mi hijo? —preguntó con los ojos vidriosos.

—No. Él ha asesinado a Aura, a Lucas y a la mejor amiga de mi hermana para llevarse a Víctor —dijo Triana, intentando

mantener el tono de voz constante.

Valentina se echó las manos a la cara y las lágrimas empezaron a caer de manera desesperada, mientras su pecho subía y bajaba con cada llanto.

—Sabía que no iba a terminar bien para tu hermana ni para el niño —balbuceó entre sollozos—. Se lo dije a Aura mil veces, que se alejara de él, pero nunca me hizo caso. —Movió la cabeza.

—Valentina, eso ahora da igual. Ya está muerta. Carlo se ha asegurado de que Víctor se quede solo. También mató a su padre legal, Lucas, e incluso a Nadia. Supongo que, ya puestos, le daba lo mismo un cadáver más que uno menos —dijo con desdén—. Por cierto, también le ha dado una paliza de muerte a mi novio, un miembro del cuerpo de policía.

—Lo siento mucho, de verdad, Triana. Pero hace años que no hablo con Carlo. Quedaba todos los meses con Aura y el niño para verlos. Sabes que quería mucho a tu hermana y no quería perder el contacto con ellos. Eran la única familia que tenía. Nunca hubiera permitido que Carlo hiciera algo así, pero hace lo que quiere, esté bien o mal. No le importan las consecuencias ni a quién perjudica, lo único que le importa es él mismo —explicó Valentina al volver a sentarse con un pañuelo de papel en las manos.

—Lo sé, Valentina. Lo hemos comprobado. Sé que te hablabas con Aura y que quedabais en un restaurante. Te agradezco que te preocuparas por tu nieto, y me gustaría que me ayudaras a encontrarlo. —Carraspeó Triana.

—Sabe que no está a salvo si está con Carlo, ¿verdad? —intervino Braulio.

Valentina agachó la cabeza. Los agentes se miraron, esperando una respuesta.

—Lo sé. Carlo tiene muchos enemigos. Si saben que el niño está con él, muchos de ellos querrán asesinarlo para darle una

lección. No es buena idea que una persona como él tenga a su cargo a una criatura indefensa —dijo convencida.

—¿Eso significa que nos va a ayudar? —preguntó Braulio sin rodeos.

—¿Yo? ¿Y cómo puedo ayudaros? —preguntó sorprendida.

—Creemos que estará en un escondite seguro que nadie conozca y que le recuerde a su infancia. Parece que, después de todo, es un sentimental —dijo Triana con ironía—. Creo que sé cuál es el sitio, pero necesito tu ayuda para saber su ubicación.

Triana abrió el bolso y sacó la foto para dársela a Valentina.

—Ese árbol torcido está cerca de un río donde Carlo iba a pescar de pequeño con su padre. Está en el norte de Madrid —desveló—. Carlo adoraba a su padre y heredó no solo sus ojos, sino también el negocio de la delincuencia. Por eso sabía que Aura tenía que alejarse de él. Los conocía demasiado bien para saber que, si te enfrentas a ellos, intentan matarte. —Valentina se bajó ligeramente el jersey, dejando ver parte del pecho—. Su padre intentó asesinarme, pero tuve más suerte que Aura.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Triana.

—Alguien lo mató. —Sonrió con sarcasmo—. Supongo que fue justicia divina.

Braulio miró a Triana, escéptico por la repetición de la misma historia en la familia. Parecía que estuvieran predestinados a morir asesinados.

—Se hospedaban en un hotel cercano. Tendría que buscarlo para decíroslo. Yo nunca iba con ellos porque era cosa de hombres, según su padre. —Levantó las cejas—. Por eso supongo que se ha ido allí. Nadie sabe dónde es, ni siquiera yo. Así que cree que está en un buen escondite.

—¿Eso significa que nos vas a ayudar?

—¿Me dejarás ver a mi nieto? —respondió con otra pregunta.

—Por supuesto —contestó Triana al instante—. Incluso me gustaría que fueras más a menudo que una vez al mes y a escondidas. No estaríamos haciendo nada malo. Sé que Aura te quería mucho. No sé la historia completa, pero creo que más de una vez la salvó. —Tragó saliva.

—Lo intenté todo, Triana. La primera vez que Carlo la dejó, me alegré tanto… Pero Aura no entendía el peligro que corría y, cuando lo entendió, ya era tarde. —Respiró profundamente después de secarse las lágrimas.

—Lo sé. Supongo que el amor a veces no te deja pensar.

—Cuando intentó… —Valentina se calló.

—Tranquila… ¿Cuando intentó suicidarse?

—Sí. Fui a verla… ¿Te lo dijo?

—Sí, me lo dijo. No quiero que Víctor pase por algo parecido —rogó Triana.

—Es urgente —añadió Braulio.

—Dadme un rato y os diré el nombre —confirmó Valentina.

Salieron del piso en silencio.

La puerta se cerró detrás de ellos con un clic seco, como si la conversación acabara de enterrar algo más que palabras. En el rellano, nadie dijo nada. Solo se oía el eco lejano de una televisión encendida en otro apartamento y el crujido leve de las escaleras viejas bajo sus pasos.

Triana bajaba con la mirada fija en los peldaños. Sentía que cargaba el peso de todas las muertes, de todas las veces que alguien supo lo que iba a pasar y no hizo nada. Valentina lo había dicho con todas las letras: Aura se había condenado al volver con Carlo. Y ahora Víctor estaba en manos de alguien capaz de cualquier cosa.

Cuando llegaron a la calle, Matías salió del coche. Los miró con ansiedad.

—¿Y bien?

Triana no respondió enseguida. Solo lo miró y después sonrió.

—Nos ayudará.

—Por fin una buena noticia. —Le devolvió la sonrisa.

39

La recepción de la empresa era amplia y vanguardista, y el ambientador desprendía un aroma a colonia infantil. Antón entró acompañado solo por el sonido metálico de sus pasos sobre el suelo de linóleo. A un lado se encontraba el escritorio de atención al público, desordenado y con varios archivadores apilados; al fondo, una puerta entreabierta con un cartel que decía «Administración».

La mujer que lo recibió era delgada, de mediana edad, con el cabello recogido en una coleta floja y una expresión de desconfianza inmediata. Llevaba una carpeta bajo el brazo y un bolígrafo en la otra mano.

—¿Señora Cecilia Ortega? —preguntó Antón.

—Sí, ¿y usted es…? —respondió mirándole de arriba abajo.

—Soy inspector de policía. Hemos hablado hace unas horas.

—¡Ah, sí! —exclamó al recuperar la simpatía que había perdido.

—¿Podemos hablar? Es urgente. Si no fuera así, no la habría molestado.

La mujer asintió con una mezcla de duda y alivio. Señaló una pequeña sala acristalada junto a los despachos.

—Podemos hablar ahí, si le parece bien.

—Por supuesto. Muchas gracias, es usted muy amable.

Antón entró tras ella. Cerró la puerta con suavidad y ambos se sentaron uno frente al otro.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Como le he dicho, estoy investigando un asesinato que ocurrió hace quince años, y una llamada al 112 me ha traído hasta

usted —explicó, con una de las manos dentro del bolsillo de la chaqueta, tocando su amada pipa.

—Lo recuerdo perfectamente. Solo he llamado una vez en mi vida, y fue ese día. Visto el caso que me hicieron, no volví a perder el tiempo —se quejó con desdén.

—Lo entiendo. La llamada quedó registrada como incidencia en la base de datos porque se cortó antes de que usted dijera la dirección completa —argumentó el inspector para que comprendiera la inactividad de los servicios de emergencias.

—Si usted lo dice…

—He venido porque estoy seguro de que vio lo que precedió a un crimen. Es la única llamada que se hizo cerca de donde se perdió la pista de la chica.

—Estamos hablando de hace muchos años. No es que colgara, es que me quedé sin batería y me olvidé el cargador en casa de mi novio por aquel entonces. No sé si recuerda, pero cada móvil tenía uno distinto y no pude cargarlo.

—Ahora eso ya no importa. Lo que quiero saber es lo que vio —insistió Antón para que no se entretuviera en la explicación.

—Estaba en la terraza de mi casa porque no podía dormir. Ya desde entonces sufría de insomnio y vi a una chica muy borracha sentada en el suelo de la acera. Al principio no me llamó la atención porque, como vivo en una zona de discotecas, eran bastante frecuentes esas situaciones. El caso es que vi cómo Tomás, el portero de la discoteca, la cogía por el brazo e intentaba convencerla de que cogiera un taxi.

—¿El portero de la discoteca?

—Sí, eso es. Bueno, en ese momento ya no estaba trabajando porque habían cerrado. Supongo que dentro estarían los camareros, que son los que limpian, porque el cierre estaba medio

echado. Tomás quería que se fuera a casa porque estaba borracha y no se tenía en pie.

—¿Oía la conversación desde su ventana? —preguntó escéptico.

—No, pero le paró un taxi e intentó que se fuera. Ella se resistió y Tomás, al ver que salían sus supuestos amigos, volvió a entrar en la discoteca. Yo, como tampoco tenía nada mejor que hacer, me quedé mirando lo que hacía la chica.

—Entiendo. La chica que no se encontraba bien se llamaba Sandra.

—Pues Sandra se tambaleaba. No podía andar y se volvió a sentar en el mismo sitio. Los amigos también estaban un poco perjudicados. No quería estar con ellos, se reían y le movían las manos en señal de burla. Entonces me cabreé y fui a por el móvil. —Se miró las manos antes de continuar—. Uno de esos amigos volvió con un coche y la metió dentro a la fuerza. Ella se agarraba a la puerta, pero la chica y el otro chico, que se fueron en el otro coche, consiguieron meterla dentro. Arrancaron a la vez y en la misma dirección.

—¿Podría identificarlos?

—No lo sé, ha pasado mucho tiempo. —Al inspector se le desvanecieron las esperanzas en ese instante—. Pero no he terminado.

—¡Ah! Perdón, continúe.

—Después salió otra pareja y se fueron en taxi. No sé si eran amigos o no. Supongo que sí, pero no se lo puedo confirmar.

—A ver, vamos a recapitular. Me ha dado mucha información.

—De acuerdo. Pregúnteme.

—¿Solo había un portero?

—No, la discoteca es muy grande. Habría al menos tres. Siempre había dos en la puerta, por si había problemas, y uno dentro.

«El hombre desconocido que afirma Clara podría ser uno de los porteros», pensó Antón.

—Vale, y el orden de salida de los jóvenes, ¿me lo repite?

—Sandra estaba en el suelo con otra chica. Llegó el coche de un chico que había ido a por él, la metieron y después llegó el otro coche, que no estaba al principio, donde se metió la que estaba cuidando a Sandra. ¿Me entiende?

«Cuando Camilo volvió, Laura estaba cuidando a Sandra; la metió en el coche de Mario y se fue en el de Camilo. Los que salieron después serían Clara y Héctor», dedujo el inspector.

—¿Esta chica es la que iba borracha? —Le enseñó una fotografía.

—Exacto.

—¿Quiere que intentemos comprobar si reconoce a alguno?

—Vale, no perdemos nada.

Antón colocó varias fotografías antiguas encima de la mesa. Cecilia las observó con atención.

—Estos dos son los últimos que salieron y se fueron en taxi. —Sonrió—. Y este rubito, con el pelo largo, fue el que se la llevó en el coche.

—¿Segura?

—Estoy segurísima. Ese pelo rubio tan claro es difícil de olvidar.

—¿Y de la pareja?

—Eran los únicos que eran diferentes. Se notaba que tenían dinero —puntualizó Cecilia.

—¿Sabe dónde puedo encontrar al portero que ha mencionado?

—Ahora es camarero en un bar que está relativamente cerca de la discoteca. Le puedo dar el nombre y seguro que, si va, lo encuentra allí.

—Gracias. Me ha ayudado mucho.

Cecilia asintió en silencio. Antón recogió las fotografías con cuidado. Al salir de la sala, su mirada era distinta. Ya no había dudas, solo certezas que comenzaban a encajar como piezas de un puzle largamente esperado.

La verdad estaba cada vez más cerca.

40

Intercambiar los avances del caso durante el desayuno se había convertido en una rutina. Ballesteros cada día estaba mejor, pero no completamente recuperado como para poder ayudar en algunos de los casos que manejaban Triana o Antón. Lo mejor era tener paciencia para dar el cien por cien en el trabajo. No solo por él, sino porque cualquier fallo podría poner en peligro la vida de un compañero. Ballesteros lo sabía, y por eso no insistió en incorporarse. Cualquier movimiento brusco le hacía retorcerse de dolor.

Antón estaba cada vez más cerca de cerrar el caso de Sandra y debía continuar para encontrar la verdad lo antes posible, mientras Triana seguía con la búsqueda de Víctor. Matías la avisó para que bajara. Pondrían rumbo a la dirección que les había facilitado Valentina la noche anterior. El hotel en el que se solía hospedar Carlo con su padre se llamaba «El Roble Viejo».

El trayecto se les hizo largo por la cantidad de respuestas que esperaban encontrar al terminar el viaje. Triana apenas había dicho una palabra desde que salieron de Madrid. Iba con la mirada fija en la ventanilla, siguiendo con la vista las sombras de los árboles que se alargaban sobre la carretera. Sus pensamientos iban más rápido que el vehículo. La foto, la pista, la confesión de Valentina y Víctor le atormentaban en cada kilómetro que la acercaba al hotel.

Matías mantenía las dos manos firmes sobre el volante, sin mirar a Triana. Pero lo notaba. Notaba la tensión, la rabia contenida y el cansancio. Habían dormido mal, comido poco y soportado demasiada presión. Aun así, estaban allí. Todo el sufrimiento merecía la pena si al final encontraban a Víctor y hacían justicia por los asesinatos que había cometido Carlo.

—¿Crees que estará allí? —preguntó ella finalmente, sin mirarlo.

—No lo sé. Pero si hay una posibilidad, aunque sea mínima, hay que intentarlo.

Triana asintió y volvió al silencio.

El hotel apareció tras una curva del camino: «El Roble Viejo», les anunció el cartel rectangular. Era una construcción de piedra envejecida, tejado rojo y contraventanas de madera. Dos plantas, una chimenea exterior y macetas con geranios colgando del porche. Un lugar de postal.

Aparcaron en un lateral, ocultos entre dos coches más. El lugar estaba tranquilo, demasiado tranquilo para la prisa que tenían.

Matías se ajustó la chaqueta al bajar del coche y echó un vistazo al entorno. Triana se quedó parada frente a la fachada, como si tratara de recordar algo que le sirviera en la investigación.

«Demasiado fácil».

Pensó en su hermana, en los momentos felices que habría pasado en ese hotel. Sin embargo, ahora estaba muerta y Víctor desaparecido. Lo que siempre quiso evitar se había hecho realidad.

Triana suspiró una última vez antes de entrar. Matías la miró y levantó milimétricamente la barbilla, gesto al que la subinspectora respondió asintiendo para dar el primer paso. Notaba cómo se le aceleraba el pulso al cruzar el umbral de la puerta y detenerse en el vestíbulo. Ambos observaron a las personas que estaban allí. Prefirieron mirar primero y preguntar después. Si con una simple mirada lo localizaban, no les haría falta hablar con nadie ni perder la ventaja de la sorpresa. Negaron con la cabeza.

El vestíbulo olía a madera que se quemaba de manera incesante en la chimenea. Una alfombra marcaba el camino hasta la recepción, donde un hombre de rostro ancho, gafas de pasta y expresión vacía repasaba con atención el cuaderno de reservas.

—Buenos días —saludó con una sonrisa—. ¿Tienen reserva?

—Buenos días. Somos policías. Estamos investigando un caso de triple asesinato y creemos que la persona que buscamos está aquí —dijo Matías con discreción.

El recepcionista no parpadeó y se quedó paralizado.

—¿Y qué puedo hacer por ustedes? —preguntó en voz baja.

—Estamos buscando a un hombre con un niño. Es un cliente habitual de su hotel. Así que supongo que, si lleva un tiempo trabajando aquí, debe conocerlo —dijo Triana apoyándose en el mostrador.

—Llevo unos años trabajando aquí, pero puedo llamar a mi superior. Quizá él sí pueda ayudarles —sugirió el recepcionista, que quería quitarse el problema.

—De acuerdo.

Se alejaron unos metros y se sentaron en unos sillones desde donde veían la recepción. El hombre que los atendió habló con otro con diferente uniforme. Supusieron que era el encargado. Después de hablar con él, se acercó dónde estaban sentados.

—Buenos días, acabo de hablar con mi compañero. ¿Tienen una foto?

Triana se levantó y le enseñó una fotografía de Carlo.

—Entiendo. —Tragó saliva—. Sé quién es y a qué se dedica —respondió en voz baja.

—Ha matado a tres personas y ha secuestrado a un niño —intervino Matías.

—Aquí no está. Lo siento.

—¿Seguro? Que le cubra hoy no quiere decir que no lo mate mañana, lo sabe, ¿verdad? Mi hermana era su mujer y madre de su hijo, y la ha asesinado igualmente. Así que creo que es más conveniente que esté en la cárcel, ¿no le parece? —Triana apretó los puños dentro de los bolsillos.

—Lo sé, pero no ha venido aquí. Llevo trabajando en el hotel más de diez años. Por eso sé quién era su hermana. Aura, ¿verdad?

Triana asintió.

—Le prometo que no viene desde hace varios años. Si estuviera aquí ahora mismo, se lo diría —dijo convincente.

—¿Nos puede enseñar los registros? Puede que se haya registrado cuando usted no estaba trabajando.

—No se los puedo enseñar y lo saben. Pero les doy mi palabra de que no está aquí. Conozco a Carlo. Cuando venía siempre iba al árbol torcido que está ahí. —Señaló el árbol que salía en las fotografías—. Pueden hacer guardia si quieren. Puede que, si han llegado hasta aquí, les interese descartarlo para seguir su búsqueda. No les puedo asegurar que se haya quedado en otro hotel en el que no le conocieran. Sería más lógico.

—No lo creo. Simplemente, este no es el lugar —concluyó Triana.

—Gracias por su ayuda —dijo Matías.

—Lo siento. Espero que lo cojan o, mejor, lo maten. La gente como él no debería estar viva —terminó de decir el trabajador.

—¿Nos quiere contar algo? Puede que nos ayude a dar con él —dijo Triana, esperanzada por unos segundos.

—Nada que no sepan ya. Les deseo mucha suerte. —Se giró para volver a su puesto de trabajo.

Salieron sin forzar más la conversación. Fuera, el sol ya comenzaba a caer entre los árboles. El aire tenía ese frescor típico del final del mediodía en la sierra, que a Triana le pareció helado.

Se alejaron unos metros y se sentaron en un banco de piedra, desde donde podían vigilar la entrada.

—¿Crees que ha dicho la verdad? —preguntó Matías al colocar los codos sobre las rodillas—. Ha respondido demasiado

rápido.

—Creo que sí. Tenía miedo, Matías. Todo el mundo que le conoce lo tiene. Incluso tú y yo. —Le miró a los ojos—. Estamos aquí porque valoramos menos nuestra vida que encontrarlo. Pero recuerda que no olvida y asesina a quien le traiciona. Seguramente estaremos en su lista.

—Lo sé, puede que esté cerca. Que haya pasado por aquí.

—Matías, se nos acaban los sitios donde buscarle. Ha desmontado los sitios estratégicos y los que podían hablar han desaparecido. Así que me he quedado sin ideas de posibles lugares —dijo Triana, agotada.

—Te entiendo, pensé que iba a ser más fácil. Pero Carlo es de esos tipos que siempre tienen que ganar. Así que estoy seguro de que no se va a esconder más que el tiempo suficiente. —Sonrió con ironía.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando se entere de que estoy vivo y de que le engañé, y de que tú le estás buscando… vendrá a matarnos, Triana. Estoy seguro de ello.

—¿Nos quedamos hasta que anochezca? —preguntó Triana.

—Claro, no tenemos nada que perder. Incluso puede que tengamos suerte. —Se encogió de hombros.

—No lo creo, pero por si acaso. Ya que estamos aquí, que el aire fresco nos roce la cara. —Sonrió con gran cansancio.

La guardia fue larga. Vieron salir a un grupo de senderistas, entrar a una pareja joven con mochilas y salir un coche negro con una mujer mayor al volante, pero de Carlo ni rastro. Ninguna señal que les hiciera pensar que el trabajador del hotel les había engañado.

Triana se levantaba a menudo, caminaba unos pasos y observaba los coches que pasaban por la carretera con la esperanza de encontrar una pista definitiva. Matías revisaba el móvil después de avisar a Braulio de la misión fallida y buscaba en la memoria algún dato que les indicara un lugar.

Al anochecer se fueron sin ningún avance. El coche estaba frío cuando se montaron. El bosque que los rodeaba estaba en completo silencio y el banco donde habían hecho la guardia, aún más vacío.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Triana.

Matías arrancó el motor, pero no respondió enseguida. Miró la carretera frente a ellos, como si necesitara convencerse antes de hablar.

—Lo encontraremos. Aunque tengamos que mirar debajo de cada piedra.

—Pensaba que estábamos cerca —murmuró mirando el paisaje—. Que por fin le íbamos a poner cara a este horror. Que encontraríamos a Víctor. No sé… pensé que íbamos a poner fin a esto de una vez por todas.

—Todavía no ha acabado. Lo tengo que matar, Triana. Hasta que no vea que está muerto, no voy a parar de buscarlo. Se lo debo a tu padre. Él me salvó a mí y yo os lo debo a ti y a Víctor.

Apretó las manos al volante.

41

Antón había llegado a comisaría con el mismo pensamiento que cuando salió de casa: Carlo. Deseaba con todas sus fuerzas que Triana y Matías lo encontraran y lo mataran de una vez. Solo quería verlo muerto en la sala de autopsia. Bueno, en realidad lo quería ver enterrado en un bosque, como había aparecido Sandra. La vida era tremendamente injusta. Una joven que no había hecho nada a nadie había sido asesinada y enterrada por sus amigos, y Carlo, que era un psicópata asesino, estaba paseando tranquilamente por las calles.

Los músculos se le habían contraído por la rabia acumulada de tantos días. El cuello le dolía y se había tomado una pastilla antes de salir de casa. El pobre Ballesteros lo miró con cierta envidia. Sabía que quería ayudar, pero era mejor esperar. Ni siquiera sabían dónde estaba Carlo ni si se encontraba cerca o ya había cruzado la frontera. El inspector tenía claro que era un hombre inteligente, por lo que no saldría de su zona de confort y de su círculo de confianza a menos que se viera obligado a hacerlo.

Bajó del ascensor y se fue directo a por un café. Aún no se había tomado suficientes para poder concentrarse y que su mente empezara a trabajar de manera correcta. Se lo tomó de un solo sorbo y se preparó otro con leche para beberlo tranquilamente mientras comprobaba el correo electrónico. No esperaba buenas noticias, pero ya era imposible que el día empeorara. Solo quedaba mejorar. Encendió el ordenador y, con gesto de cansancio y ojeras oscuras alrededor de los ojos, dio un sorbo al café con leche.

Giró la cabeza cuando vio un correo de Abel sin leer.

Asunto: Tenemos algo. Avísame cuando estés libre.

No había escrito nada en el cuerpo del mensaje.

«No sé por qué no llama como todo el mundo. Solo manda correos», pensó Antón al responderle después de ponerse las gafas. Solo escribió: «Voy». Le costaba mucho escribir en el ordenador con

dos dedos índices. Envidiaba a la gente como Abel, que utilizaba todos los dedos de ambas manos. Le parecía imposible aquella habilidad de escribir sin mirar el teclado.

Abel apareció a mitad del pasillo que los separaba.

—¡Qué casualidad! —exclamó Antón, que llevaba el café en la mano.

—Acabo de leer tu correo. Me salen las notificaciones en la esquina de la pantalla —explicó, por si no sabía a qué se refería.

—A mí eso no me gusta. Así tengo una excusa para no responder a Braulio. Pero no se lo digas —susurró con un guiño.

—¿Tienes un rato para que te enseñe lo que tengo? —preguntó Abel con una sonrisa.

—Si son buenas noticias, tengo el tiempo que quieras.

—Lo son.

—Vamos a mi sitio, que en mi departamento hay menos chismosos que en el tuyo —dijo Antón.

Fueron en silencio hasta que ambos se sentaron frente al ordenador de Antón. Abel cogió la silla de Triana.

—Pues tú dirás —dijo el inspector después de posar la taza en la mesa.

—He encontrado las imágenes de esa noche. Con las matrículas que me diste y la zona, solo hay dos coches que pasaron a esas horas ante la cámara. He triangulado el área de la discoteca y las viviendas —explicó en voz baja.

—Sorpréndeme. —Suspiró.

—Uno de los coches pasó varias veces con distintos copilotos.

—Camilo.

—¿Ya lo sabías?

—Según su propia declaración y la de varios asistentes a la fiesta. —Antón abrió el informe—. Camilo fue a llevar a casa a Rubén y luego volvió para recoger a Laura. Aunque esto último no está muy claro.

—¿Por qué?

—Laura tiene dos versiones. La de hace quince años, en la que afirma que se marchó con unos conocidos, y la actual, en la que dice que se fue en taxi.

—Es mentira. Se fue con Camilo.

Abel sacó el móvil, donde tenía el vídeo.

—Lo tengo en borradores para enviártelo cuando me digas.

—Vamos a verlo y luego me lo mandas.

Abel asintió y reprodujo el vídeo. Antón miraba atento, sin parpadear.

—Esto sí que no me lo esperaba. El primer viaje lo hizo para llevar a Rubén y volvió para recoger a Laura —dijo en voz alta para ordenar sus ideas—. Pero ¿por qué Laura no dijo la verdad?

—Lo único que se me ocurre es que esté implicada de alguna manera. ¿Sospechas de alguien?

—La testigo de la llamada al 112 ha identificado a Mario como la persona que se llevó a Sandra en el coche —informó Antón.

—Entonces ya sabemos el motivo de Laura. —Volvió a reproducir el vídeo y lo pausó—. Esta es la matrícula de Mario. Va detrás de Camilo. Es el otro coche que pasó a esas horas por delante de las cámaras.

—¡No me jodas! ¡Serán desgraciados! —exclamó el inspector al encajar una de las piezas que le faltaban—. Los cuatro están implicados en la muerte de Sandra.

—Eso parece —dijo Abel, moviendo la cabeza.

Antón volvió a poner el vídeo y lo pausó en la imagen del coche de Camilo. No había duda de que era Laura. Amplió la imagen y quedó satisfecho con la hipótesis que había creado a partir de la declaración de Cecilia, confirmada ahora por las imágenes que había conseguido Abel.

Repasó mentalmente lo que Laura había dicho en sus declaraciones. Mintió en ambas. Dos versiones, y en ninguna se marchaba con Camilo. Sabía que podía haber imágenes del coche. Era la más lista. Por eso prefirió mentir y desvincularse.

Apoyó los codos sobre el escritorio y se frotó las sienes.

—Ya casi lo tienes, Antón —dijo Abel al levantarse y darle una palmada en la espalda.

Le devolvió el móvil sin mirarle.

—Ahora te las envío. Me alegro de que te hayan servido para corroborar la hipótesis que tenías.

—Gracias, compañero. Me has ayudado más de lo que piensas.

42

El sol caía con desgana sobre el parabrisas del coche, teñido de un gris sucio que parecía haber envejecido con el día. Antón mantenía una mano en el volante y la otra descansando sobre su muslo, como si el esfuerzo de sostenerla hubiera dejado de merecer la pena. La noche anterior apenas había dormido y sentía cada minuto de vigilia pesando en la nuca y detrás de los ojos.

Le gustaba que Triana y Ballesteros estuvieran en su casa, pero se sentía responsable de su bienestar, lo que le obligaba a mantenerse en alerta constante. Cualquier ruido lo desvelaba. Estar vigilante noche y día le estaba pasando factura. Lo único que le impedía derrumbarse y caer enfermo era la motivación de ver muerto a Carlo y detenidos a quienes dejaron morir a Sandra.

La radio murmuraba algo, pero ni siquiera recordaba haberla encendido. Bajó el volumen de forma automática mientras intentaba mantener la atención en el tráfico. Los cafés empezaban a sentarle mal en el estómago por no ingerir nada sólido con frecuencia. No tenía hambre. Comer se había convertido en una necesidad prescindible para no perder tiempo.

Pensaba en Laura y en cómo había estado mintiendo desde el primer día. Era una persona vacía y sin corazón. El egoísmo la había llevado a ocultar la verdad y callarse lo que ocurrió. Sandra era su mejor amiga, pero eso importaba poco si ella no se salvaba.

Tenía las pistas necesarias para resolver el caso, pero el inspector era prudente. No le gustaba precipitarse si podía asegurarse aún más. Por eso iba de camino a buscar a Tomás. Iría al bar donde Cecilia Ortega le había dicho que trabajaba. Era una de esas cafeterías que abrían todo el día y siempre olían a grasa y fritos rebozados.

Iba a buscarlo por sorpresa, era lo mejor. Las circunstancias inesperadas siempre le habían favorecido. Las mejores declaraciones

eran las naturales, aquellas en las que los testigos no tienen nada preparado excepto la verdad. Lo que buscaba Antón.

Aparcó el coche en segunda fila, apagó el motor y se quedó quieto unos segundos con las manos en el volante, como si necesitara una tregua antes de volver con el caso de Sandra.

Inhaló aire y lo soltó lentamente antes de bajar del coche.

—Preparado —murmuró para sí.

—Hola, estoy buscando a Tomás Pérez —dijo Antón al primer camarero que pasó por su lado.

—Hola. Sí, es mi compañero. —Señaló a un trabajador que estaba tomando nota en una de las mesas.

—Perfecto. Me voy a sentar. ¿Puede decirle que venga cuando termine?

—Por supuesto. Ahora mismo viene —respondió, escéptico ante la situación.

Antón comprobó que su compañero le informaba de su presencia y observó el gesto de Tomás al escucharlo. Se puso nervioso y comenzó a andar hacia el sitio donde lo estaba esperando.

—Hola, soy Tomás Pérez —saludó, quedándose de pie junto a la mesa.

—Hola, Tomás. Soy Antón, inspector de policía. Siento venir a su trabajo sin avisar, pero es urgente. Estoy aquí por el asesinato de Sandra Roldán. ¿La recuerda?

Tomás asintió. El inspector le sugirió que se sentara con un gesto de la mano. El camarero miró primero a su superior, que no dejaba de observarlos. Antón lo detectó y le enseñó la placa disimuladamente. El hombre asintió y Tomás se sentó, apoyando los brazos en la mesa.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —terminó por decir.

—Ha aparecido el cuerpo de la chica, enterrado en un descampado. Un perro desenterró una parte, le hicimos las pruebas de identificación y es ella. Llevaba quince años enterrada y necesito su ayuda para detener a los culpables —resumió Antón.

—Era buena chica —dijo cabizbajo.

—¿Puede contarme qué ocurrió aquella noche? —insistió Antón con urgencia.

—Esa noche fue diferente. Los compañeros de Sandra montaron una fiesta. Yo ya conocía a Sandra y a Juana, iban muchos fines de semana. Así que, cuando vi que Juana se fue, hablé con Sandra y le dije que se marchara con su amiga.

—¿Cuando Juana se fue?

—Sí, esa fue la primera vez. Después hablé con Sandra otra vez antes de marcharme, cuando ya estábamos cerrando la discoteca, pero no me hizo caso. Así que me fui. La dejé allí con su amiga Laura.

—Creo que el hombre desconocido al que varios testigos señalan es usted. Pienso que han querido incriminarle desde el principio, pero no les ha salido bien la jugada —argumentó con desdén.

—Lo sé, por eso nunca dije nada. Sabía que esos chavales habían hecho una especie de pacto de silencio para incriminarme y, si iba a comisaría, podría parecer sospechoso. —Se encogió de hombros.

—Lo entiendo. ¿Qué recuerda?

—Aquella noche estaba dentro. Por eso presencié cómo discutieron y cómo bebieron. Vi el juego, cómo Clara se enfadó e hizo las paces con Sandra. Después discutió con Laura.

—Pero no se fue, ¿verdad?

—No, estuvo hasta el final, cuando hicieron el pago que les quedaba —explicó—. Cuando me marché, Sandra estaba con Laura y Mario. Por lo que entiendo que uno de esos dos le hizo algo malo.

—El cuerpo no tenía signos de violencia ni de defensa.

—Sandra casi no podía hablar. Por eso intenté disuadirla de que se quedara con ella. Laura era una mala pécora, ya me entiende.

—¿Por qué lo dice?

—A veces los porteros nos vamos cambiando de puesto. Unos días estamos fuera y otros dentro. El grupito de Sandra venía con frecuencia en esa época y Laura siempre se escondía cuando se liaba con Mario. A mí me daba igual, pero yo sabía que las dos se estaban liando con el rubito de melena brillante —dijo resoplando.

—¿Las dos?

—Sí, las dos. Yo lo vi con mis propios ojos. Por eso estoy convencido de que la discusión entre ellas venía por ese motivo. Laura se enteraría y la lio.

—Pero Sandra no sabía que estaba con Laura, ¿no?

—Supongo que no, porque lo hacía a escondidas. Pero no se lo puedo confirmar.

—Entiendo. ¿Clara y Héctor estaban dentro de la discoteca cuando se marchó?

—Exacto.

—¿Y vio a Laura con Sandra?

—Justo cuando me iba, vi que ella salía. Así que sí.

—¿Declararía en un juicio?

—Por supuesto.

43

El inspector estaba agotado cuando subió al coche después de hablar con Tomás. A partir de las pruebas y de los testimonios se había formado una recreación de lo ocurrido aquella noche. Estaba satisfecho con lo que había conseguido. Tenía bastante claro que en la muerte de Sandra estaban implicados Mario, Laura y Camilo. De lo único que dudaba era de si había sido un homicidio imprudente o no.

En el cuerpo de Sandra no había signos de violencia, por lo que Antón supuso que lo ocurrido había sido una omisión de auxilio. Puede que fuera involuntaria, fruto del desconocimiento de que Sandra estaba sufriendo un coma etílico, pero no tardaría en averiguarlo. Isabel, la madre de Sandra, acusó a Héctor desde el primer momento. Aquello no dejaba de atormentar al inspector.

Había recibido un mensaje de Triana. Decía que no habían encontrado a Carlo. Sin embargo, habían decidido hacer guardia controlando el famoso árbol con la esperanza de que apareciera. Antón ya sabía que no iba a ser fácil dar con él. No solo era una persona inteligente, sino un tipo cargado de maldad, lo que lo hacía aún más peligroso. Aquella falta de escrúpulos puso en marcha la maquinaria mental del inspector para dar con una solución. Necesitaba matarlo.

Llegó a casa de los padres de Sandra con el cansancio como compañero de viaje. Arrastró los pies hasta la entrada y esperó a que le abrieran la puerta. Isabel contuvo el aliento durante unos segundos.

—Hola, inspector. ¿Se encuentra bien? —preguntó, sosteniendo la mirada en el rostro agotado de Antón.

—Hola, Isabel. Necesito hablar con usted unos minutos, ¿es posible? No se preocupe, estoy bien.

—Por supuesto, pase. Ya sabe el camino. —Se apartó de la puerta.

—Gracias.

Se sentó en el mismo lugar que las otras veces. El padre de Sandra no estaba.

—Mi marido se ha ido a comprar. ¿Le valgo yo? Si quiere, podemos esperar. Lo que usted prefiera —dijo aún de pie.

—No, está bien así. Quería hablar con usted.

—¿Quiere un café o un vaso de agua?

—No, café no. Es importante —respondió con urgencia.

Isabel fue a la cocina a por un vaso de agua y regresó lo más rápido que pudo. Se sentó junto a Antón.

—¿Ya sabe quién fue? —se interesó con los ojos vidriosos.

—Su hija me dijo que usted sabía lo del aborto. ¿Es así?

Asintió.

—Entiendo. ¿Le dijo quién era el padre?

Negó con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Puede decirme por qué culpó a Héctor desde el primer momento? Necesito la verdad —inquirió, pasándose la mano por la cara.

—Supongo que sabe que nos llevamos muy bien con Laura. Era la mejor amiga de Sandra. Ha estado pendiente de nosotros desde que desapareció. Bueno, desde que creíamos que había desaparecido. Nos gustaba pensar que estaba viva antes que afrontar cada día la idea de que la habían asesinado. Ella fue quien la acompañó a la clínica para abortar.

—Pero ¿por qué inculpó a Héctor?

—Laura siempre nos dijo que creía que era el padre y que Sandra se había marchado por su culpa. Su familia tiene influencia, no solo en ámbitos de la educación. Bueno —dudó—, no todo el mundo puede tener un colegio privado sin la ayuda de los que mandan. —Tragó saliva—. La conocemos desde hace mucho. No tendría por qué mentirnos, ¿no?

—No tendría por qué hacerlo, siempre que la verdad estuviera de su parte —matizó Antón.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Laura está implicada en la muerte de su hija. Puede que no fuera de manera voluntaria, pero estoy seguro de que sabe lo que pasó. Por eso necesito saber si la idea de que fue Héctor se la inculcó ella después de que Sandra desapareciera. ¿Fue así?

—Sí, claro. Antes de lo de Sandra venía a casa a estudiar, pero no hablaba mucho con nosotros. Cuando empezó a venir con más frecuencia, pensamos que nos necesitaba tanto como nosotros a ella.

—¿Helena nunca les dijo que Sandra le confesó que Mario era el padre?

—Sí, nos lo dijo, pero Laura insistía en que eso era mentira. Decía que no era su novio y que lo había dicho porque aquel día estaba borracha. No sé explicarle… Le quitaba importancia a esa confesión. —Isabel contenía el llanto mientras mantenía la conversación con Antón.

—Como madre, la entiendo. La versión de Laura le daba esperanzas y la de su hija la llenaba de tristeza y desolación, ¿no es así?

—Sí. Además, como venía a vernos una vez al mes… Bueno, se preocupaba por nosotros. Era como tener a Sandra con nosotros, aunque solo fuera en recuerdos. No sabría explicárselo. Si no ha perdido a un hijo, no lo entenderá —dijo mirando al suelo.

—No me hace falta perder a un hijo para entenderla, Isabel. —Le agarró la mano temblorosa.

—Gracias, inspector. Sé que nunca abandonó el caso de Sandra. Nunca le llamamos porque, en el fondo, vivir con la idea de que estaba viva en algún lugar, aunque no nos hablara, dolía menos que pensar que estaba enterrada a unos pocos kilómetros de casa.

—Tengo el vídeo de esa noche. Laura obligó a su hija a subir al coche de Mario, el padre del bebé. Después se marcharon en los vehículos. ¿Quiere verlo?

—No, le creo. No quiero guardar ese recuerdo en mi cabeza. —Se secó el lagrimal.

—De acuerdo. Le tengo que pedir un último favor —dijo al levantarse.

—Por supuesto.

—Quiero que actúen con normalidad. Tengo que hacer unas cuantas preguntas más para comprobar los hechos. Para eso necesito su silencio, para que los implicados sigan actuando con naturalidad. ¿Cuento con ello?

—Claro, inspector. Estaré esperando a que me diga que los han detenido —confirmó sin asimilar del todo la verdad de lo ocurrido.

44

Antón necesitaba un respiro por el peso que llevaba sobre sus hombros tras tantos días sin descanso. No era solo el cansancio físico el que le pesaba, sino el mental. Era el desgaste que se adhiere al alma cuando se pasan demasiadas horas buscando la verdad sin tregua. Fue al bar de Ventura para charlar con su amigo de algo que no fueran asesinatos y mentiras. Sabía que el descanso duraría poco. Triana y Matías irían a verlo. Le costaba mantener los ojos abiertos y la mente en blanco, pero debía hacer un último esfuerzo para ayudar a Triana. No habían tenido éxito en la búsqueda y aquello estaba consumiendo a la subinspectora por dentro.

Estrechó la mano de Ventura y se fue directo al banco de la esquina. El hostelero no tardó más de un minuto en acercarse con las bebidas y un aperitivo. Se imaginó que no habría comido en todo el día. Había adelgazado. La vida le estaba consumiendo en las últimas semanas y no podía hacer nada por aliviar parte de ese peso a su amigo.

—¿Estás bien? —preguntó Ventura, sabiendo cuál sería la respuesta.

—Sí, pero algo cansado. No sé cómo ayudar a Triana.

—Te entiendo, es muy duro.

Ventura le sirvió una copa con mucho hielo y le puso el aperitivo.

—¿Quieres que te traiga algo para comer? Sé que me vas a decir que no, pero necesitas energía para pensar. Creo que el cerebro necesita proteína para ponerse en marcha. ¿Te animas?

—No me apetece comer, pero te voy a hacer caso. Tráeme lo que tengas por ahí. No quiero que te tomes muchas molestias —dijo Antón tras beber el primer sorbo.

—Vale, ahora miro. ¿Quieres una hamburguesa? Es lo que he comido yo hoy. Están buenas.

—Vale, me parece bien. La edad me está pasando factura, ¿sabes?

—Eso no es la edad, inspector. Es que no te cuidas, y si no lo haces no vas a poder ayudar a Triana. Deberías descansar y tomártelo como una rutina. Yo ya me tomo unos complejos vitamínicos de esos que anuncian por la tele —dijo para animarlo.

—Pues yo te veo igual de viejo. —Sonrió.

Ventura dio un paso atrás para que lo observara de arriba abajo.

—¿Qué dices? Si estoy genial. Lo que habla es la envidia. —Le guiñó el ojo—. Voy a prepararte la comida.

—Gracias, amigo.

—Antes de que venga Triana, ¿le ha ido bien? —susurró.

—No ha habido suerte. Parece que este no es nuestro año —dijo con fastidio al levantar la copa—. Tráeme otro de estos, a ver si me animo lo que queda de día.

—Lo que deberías hacer es comer y dormir más de dos horas. Eso te ayudaría más que cualquier otra decisión que tomes cansado.

—Lo sé, créeme. Tienes razón. Triana y su novio están en casa hasta que esto acabe, pero me siento con tanta presión de que no les pase nada que no puedo ni dormir. —Negó con la cabeza.

—Antón, lo que ha pasado no es culpa tuya, lo sabes, ¿verdad? —insistió Ventura.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. La veo tan vulnerable… Sé que es fuerte, pero con todo lo que ha pasado… No sé, creo que en cualquier momento se va a derrumbar y no voy a tener un plan B preparado.

—No te pongas la tirita antes de hacerte la herida —dijo con voz paternal—. Somos viejos y llegamos hasta donde podemos. Triana es lista y lo va a encontrar.

—Ventura, tengo que matar a ese desgraciado y salvar a Víctor.

—No tienes que hacerlo todo tú. No todo lo que ocurre a tu alrededor es tu responsabilidad. A los que han asesinado eran familia de Triana —dijo en voz baja al sentarse frente a Antón—. Estoy seguro de que tiene la respuesta aquí —se señaló la cabeza—, pero aún no lo sabe.

—Lo más seguro es que tengas razón, porque ella misma piensa que el lugar donde está escondido es uno que le conecta emocionalmente con Aura o con su familia —confirmó Antón.

—Entonces puede que solo ella dé con el lugar. Si se concentra y le da vueltas, lo encontrará. —Asintió y se levantó—. Voy a por tu comida.

El inspector bebió teniendo como única compañía a sus pensamientos. Triana y Matías aparecieron a los pocos minutos. Ambos traían el rostro cruzado por la misma sombra: la de quienes han dado todas las vueltas posibles al problema sin encontrar solución.

—¿Algo nuevo? —se interesó Antón mientras Matías se dejaba caer en la silla de enfrente.

—Nada —respondió Triana, quitándose la chaqueta con un suspiro—. Hemos recorrido los sitios donde hacía los tratos y aquel con el que tenía una vinculación emocional. Nada, ni rastro de él.

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra. No ha dejado ni una pista.

—¿Estáis seguros de que la madre os ha dicho la verdad? —preguntó Antón.

—Segurísimo. Lleva años sin hablarse con él.

—Sí, pero no deja de ser su hijo. Puede que os haya engañado —sugirió el inspector.

—No, Antón, de verdad. Valentina no se llevaba bien con Carlo. El motivo es una cuestión entre ellos, pero está con nosotros porque quiere salvar a Víctor de un padre así —argumentó Triana—. Le conoce mejor que nadie.

Matías miró a Antón.

—Pensé que iba a ser más fácil, pero después de tantos años escondido… A pesar de que Rafael puso todo su empeño en dejarnos los lugares y planes de Carlo… —se detuvo unos segundos —. La información está obsoleta. Lo hemos comprobado hoy mismo. Ni lugar emocional ni nada de nada. Braulio ha mandado efectivos a distintos puntos, pero Carlo se ha encargado de desmantelar cualquier pista. Se ha salido con la suya.

—No me pienso rendir. No puedo dejar tirado a mi sobrino —alzó la voz Triana.

—Nadie te ha dicho que lo hagas —replicó Matías—. Solo digo que con lo que tenemos no vamos a encontrarlo. Ya hemos buscado en todos los lugares.

—A ver, no nos pongamos nerviosos —intervino Antón—. Es verdad lo que dice Matías, pero puede que demos con la solución. Si dejamos de pensar en la derrota, encontraremos una pista.

Triana se acomodó en el asiento y buscó a Ventura, que se acercaba con la hamburguesa de Antón.

—¡Vaya! ¡Qué buena pinta! ¿Tienes más? —preguntó la subinspectora.

—Claro. ¿Tú quieres otra? —Miró a Matías.

—Sí, estaría bien comer algo sólido hoy. —Sonrió.

—Ahora las traigo —respondió Ventura mientras se alejaba.

—Empieza a comer, no nos esperes —dijo Matías—, que se te va a enfriar.

—No importa. Ventura es rápido.

—No, come, Antón —insistió Triana—. Seguro que llevas sin comer todo el día, como nosotros. Vamos a caer enfermos en cualquier momento.

Matías se giró hacia ella.

—Lo vamos a encontrar.

—Cada vez lo veo más lejano. Han pasado muchos días y no hemos avanzado nada. Carlo tiene ventaja y piensa aprovecharla. —Triana apoyó la cabeza en la mano.

—No puede aprovecharla. Braulio ha dado orden de búsqueda. No puede cruzar las fronteras —recordó el inspector.

—Ya, claro. —Triana soltó una carcajada—. Tampoco puede asesinar, ni blanquear dinero, ni realizar actividades ilegales… ¿Sigo?

—No, lo he pillado —respondió Antón con la boca llena.

—Estamos perdidos y sin ideas —añadió Matías—. Os he fallado.

—¡No digas tonterías! No es el momento de venirse abajo. —Triana lo animó—. Tenemos que estar unidos y encontrar la solución.

Ventura volvió con los platos y los dejó sobre la mesa.

—No os quiero interrumpir, pero he estado pensando en una película en la que un delincuente ayudaba a la policía a conseguir información. Vosotros ya tenéis un colega delincuente que os puede echar una mano, ¿no? —sugirió con cautela.

—¡Felipe! —exclamaron Triana y Antón al unísono.

45

La idea de Ventura les había dado un cambio de perspectiva y una nueva posibilidad para continuar la búsqueda de Carlo y poner fin al calvario que estaba viviendo Triana. A lo largo de la noche, le dieron muchas vueltas a la idea y a la conveniencia de involucrar a Felipe. Después de trabajar con él, habían confirmado que era un buen tipo y que, sin duda, les ayudaría, pero no querían ponerlo en peligro. El inspector terminó la conversación dejando que fuera el propio Felipe quien decidiera si podía colaborar.

Se levantaron temprano para desayunar en familia, como habían estado haciendo desde que Triana y Ballesteros se trasladaron a casa de Antón. Ballesteros mejoraba con rapidez, pero aún no estaba completamente recuperado para intervenir en ningún caso. Nunca se sabía cuándo habría que correr o si la situación se volvería peligrosa. Los huesos rotos requieren una recuperación lenta. Antón y Triana se despidieron de él, dejándolo con cara de pena y aburrimiento, con el mando de la televisión en la mano.

—Tened cuidado, por favor.

Fue lo último que dijo antes de que Triana le lanzara un beso y cerrara la puerta.

Subieron al coche con un destino claro: la casa de Felipe. La subinspectora estaba convencida de que sabía quién era Carlo. Era archiconocido en el mundo de la delincuencia por diversos motivos y Felipe, a pesar de haber cambiado, seguía dentro del radar de los contactos delictivos. Solo había una manera de corroborarlo: hablar directamente con él.

A Triana le sudaban las manos y sentía el corazón latiendo con fuerza. Se jugaba encontrar a Víctor y salvarlo de su padre. Aura, Lucas y Nadia habían dado su vida por protegerlo, y todo había sido en vano. No dejaba de pensar en cómo Carlo engañó a

Nadia y a Aura para entrar en casa y asesinarlas a sangre fría. Una lágrima resbaló por su mejilla cuando llegaron a la puerta.

Antón la miró antes de llamar. Ella asintió tras frotarse el rostro y soltar el aire contenido. El inspector le acarició el antebrazo y pulsó el timbre.

—¡Vaya! Esta visita sí que no me la esperaba —dijo Felipe con una sonrisa—. Pasad.

—Hola, Felipe —saludó Antón.

Se dieron un abrazo sin dejar de sonreír, y después hizo lo mismo con Triana.

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondió con la voz tomada.

—Sentémonos. —Señaló el salón.

—¿Y tu madre? No queremos molestar —preguntó Antón.

—Está igual, pero estable. Ahora duerme. Podemos hablar sin problemas.

Se sentaron en el sofá y Felipe apoyó los codos en las rodillas.

—Supongo que no es una visita de cortesía, ¿no?

Triana agachó la cabeza.

—No lo es —respondió Antón por ella—. Hemos venido a pedirte un favor. Sentimos ponerte en esta tesitura, pero estamos desesperados.

Felipe se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—No sabía que Carlo era tu cuñado —dijo mirando a Triana.

—¿Qué? —parpadeó incrédula.

—Sí sabía quién era, pero no que tenía relación contigo. Supongo que no presté atención cuando trabajamos juntos y no

enlacé los nombres.

—Nos tienes que ayudar, Felipe. Eres nuestra única esperanza —puntualizó Antón—. Supongo que has oído rumores, ¿no?

—Sí. He pasado más tiempo en la cárcel que en libertad. Tengo una gran red de contactos en el mundo de las sombras. No me enorgullece, pero muchos de esos delincuentes han cambiado, como yo.

—¿De qué te has enterado?

—De los asesinatos. No se habla de otra cosa. Se rumorea que iba a matar a su cuñada, que es policía. Cuando oí el nombre de Triana supe que eras tú.

La subinspectora sostuvo su mirada.

—¿Sabes dónde está?

—Carlo es despreciable, pero no es tonto. Su paradero es desconocido y no creo que lo haya compartido con muchos.

—¿No puedes averiguarlo? —preguntó ella con desesperación.

—No lo sé, Triana. Es complicado. Algunos de sus secuaces han… desaparecido. —Hizo el gesto de las comillas—. Y ya sabéis lo que significa.

—¿Qué? —preguntó Antón.

—Los ha matado. Si cree que le han traicionado, los elimina sin dudarlo.

—Se ha llevado a mi sobrino. Tengo que encontrarlo —afirmó Triana.

—Lo entiendo, pero no será fácil.

—¿Me puedes ayudar?

Felipe tragó saliva.

—¿No puedes o no quieres? —insistió Antón.

Felipe levantó la vista.

—No es que no quiera. Es que te van a matar. —Miró a Triana —. Sabe que le sigues buscando y que no vas a parar. El siguiente movimiento será ir a por ti.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué le deje escapar? —preguntó ella con ironía.

—No hace falta que le busques. Él sabe dónde estás y te tenderá una trampa. Caerás en su tela de araña y no tendrás escapatoria.

—¿Está vigilada? —intervino Antón.

—Sí.

—Entonces, te hemos puesto en peligro al venir aquí, ¿no?

Felipe miró hacia la habitación de su madre.

—Exacto. Carlo sabrá que habéis venido.

—Eso solo te deja una opción: colaborar con nosotros —dijo Triana.

—Puedes ser el cebo —añadió Antón—. Esta vez la trampa será nuestra.

Felipe negó con la cabeza.

—No lo entendéis. Carlo no se deshace de los problemas personalmente. Esta noche o mañana me pegarán un tiro en la cabeza o torturarán a mi madre.

Los agentes lo miraron con preocupación.

—¡Triana, no es tu hijo, es el suyo! —exclamó Felipe.

—¡Lo sé! Pero es mi sobrino y su padre es un asesino.

—Entonces supongo que tendremos que morir todos para que tú lo encuentres.

Triana se levantó.

—Siento haberte puesto en peligro. No era mi intención.

Un grito llegó desde la habitación.

—¡Felipe! —llamó su madre.

—Voy.

Regresó unos minutos después.

—Os ayudaré, pero con una condición.

—La que quieras —asintió Antón.

—Quiero un coche vigilando mi casa día y noche de paisano. No quiero que nadie se entere de que estoy colaborando con la policía.

—Por supuesto —respondió Triana con una sonrisa.

46

Los agentes regresaron a comisaría. Triana hablaría con Braulio para gestionar la vigilancia en casa de Felipe mientras continuaban buscando pistas para encontrar a Carlo. Antón, por su parte, se había citado con Héctor. Tras la ardua investigación, sabía que los testimonios habían sido premeditados por los culpables para que él pareciera el asesino de Sandra y ellos desaparecieran de la lista de sospechosos.

La sala de interrogatorios estaba en silencio, con esa quietud espesa que parece colarse a través de las paredes cuando todos saben que se acerca el final. Antón llevaba allí varios minutos, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla metálica, observando el reflejo de la luz sobre la mesa. El café se le había quedado frío.

La puerta se abrió con un leve chirrido. Héctor entró despacio, sin mirar a nadie, como si supiera perfectamente a qué venía. Iba bien vestido, como siempre, pero había algo en su forma de andar —los hombros caídos y el rictus forzado— que el inspector no había visto antes. Se sentó sin que nadie se lo pidiera. Levantó la mirada y Antón comprobó su rostro compungido.

El inspector no habló al principio. Se limitó a mirarlo. El reloj de pared marcaba las doce y media de la mañana. Héctor desvió la vista, incómodo.

—Gracias por venir —dijo Antón al fin, con voz neutra—. Sé que está ocupado.

Asintió, pero no respondió. Sus manos se entrelazaban sobre la mesa con una rigidez que delataba más de lo que él mismo parecía admitir.

Antón sacó una carpeta y la dejó frente a él sin abrirla. No tenía prisa. Ya no. Había aprendido que, a veces, las palabras pesan más cuando se dejan caer después del silencio.

—Usted es su jefe. Contrató a Mario. Lo ha mantenido en el colegio durante años. Siempre supo lo que había pasado, pero se calló. Quiero saber por qué.

Héctor levantó la mirada. Había miedo en sus ojos, pero también orgullo y alivio por saber que el inspector había descubierto la verdad. La culpa, sin embargo, seguía reflejada en su rostro, como si llevara años conviviendo con algo que lo había estado consumiendo poco a poco.

Antón apoyó los codos sobre la mesa y habló en voz baja.

—Sé la verdad, pero necesito oírla de su boca. Tiene que contarme lo que ha callado desde entonces.

—Mario me engañó. Siempre pensé que era mi mejor amigo, de esos que te ayudan cuando lo necesitas, pero me equivoqué y llevo pagando el precio desde entonces.

—Continúe.

—Mario se estaba acostando con Sandra. Yo lo sabía, era el único que lo sabía. Por eso pensaba que éramos buenos amigos.

—¿Por qué dice que le engañó?

—Meses antes de la fiesta me dijo que su familia tenía problemas económicos y que si podía prestarle dinero. Accedí al instante. Mi familia tiene recursos y la cantidad no era elevada. Me dio un número de cuenta e hice la transferencia desde una cuenta personal. —Se pasó la lengua por los labios.

Antón le acercó una botella de agua. Héctor bebió antes de continuar.

—Después me enteré de que el número de cuenta pertenecía a la clínica donde Sandra abortó. Cuando desapareció, Mario me amenazó. Si abría la boca, sacaría a la luz el pago del aborto desde mi cuenta. Como ella ya había abortado y no podía testificar, no tenía manera de demostrar que yo no era el padre del niño. Estaba entre la espada y la pared.

—Además, todos los testigos aseguraron que estaba enamorada de usted.

—Exacto. Los testimonios y las pruebas apuntaban directamente a mí, pero yo nunca le hice nada. Salí de la discoteca y me fui con Clara.

—¿Por qué no se lo contó?

—Porque no me habría creído. Era mi novia, y si Mario le decía que le había sido infiel, le habría creído. Tenía fama de mujeriego por entonces. No la culpo.

—¿Sabía que la habían dejado morir?

—No. Pensé que la habían amenazado y que se había marchado por miedo. Solo puedo confirmarle que, cuando me fui, Sandra estaba con Mario, Laura y Camilo. Clara y yo nos fuimos en taxi. Ella pagó con tarjeta, puede comprobarlo.

—Hay testigos que lo confirman —dijo Antón—. Y también que Sandra se marchó con Mario.

Antón asintió. Héctor suspiró aliviado.

—Mario me obligó a contratarlo como profesor para garantizar mi silencio. Con el paso de los años, los favores fueron escalando.

—Ahora entiendo por qué sigue trabajando con usted. ¿Y Laura y Camilo?

—Existe un pacto entre ellos. Jamás reconocerán lo que ocurrió. Puede que fuera un accidente, pero la enterraron. La culpa debió de perseguirlos desde entonces.

—Es el chivo expiatorio de este caso, Héctor.

—Cuando fue al colegio, no pude decirle la verdad. Mario me advirtió que Laura y Camilo confirmarían su versión si yo hablaba.

—Tranquilo. Ahora necesito que actúe con normalidad.

Héctor asintió.

—Clara habló de un hombre desconocido que estaba con Sandra.

—Creo que era uno de los porteros de la discoteca. Sandra los conocía. Estaba muy borracha, varias personas intentaron que se marchara, pero insistió en quedarse.

—¿No lo intuye? —preguntó Antón.

Héctor dudó.

—Sí. Quería enfrentarse a Mario. Cuando se quedó embarazada, él se desentendió. No quería saber nada del niño. Le dijo que, si no abortaba, la mataría.

—¿Se lo dijo Mario?

Héctor asintió.

Antón permaneció en silencio. No anotó nada. Solo observó a Héctor, que tenía la mirada clavada en la mesa y las manos húmedas de sudor.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó finalmente.

Héctor tardó en responder. Cuando alzó los ojos, lo hizo con una tristeza que parecía venir de muy lejos.

—Callarme. Intenté convencerme de que no había sido culpa mía, pero cada vez que veía a Mario entrar en el colegio… me acordaba de ella.

—De Sandra.

—De lo que le hicieron. De lo que permití.

Antón asintió despacio. Cerró la carpeta sin mirarla y se levantó con calma. Antes de marcharse, dejó una frase suspendida en el aire como una sentencia.

—El silencio también deja huella, Héctor. A veces, incluso más profundas que los hechos.

Y salió de la sala.

47

Había decidido volver a casa de Laura. Después de comer, se le había hecho tarde. Había estado hablando con Triana sobre lo ocurrido por la mañana con Felipe y las escasas esperanzas que tenía la subinspectora de volver a ver a Víctor.

La calle era estrecha, flanqueada por edificios de ladrillo visto con balcones antiguos, en una zona residencial que parecía ajena al dolor, al miedo o a la culpa. El coche, sin distintivos, estaba aparcado junto a una farola fundida, a pocos metros del portal. Dentro, dos agentes de paisano esperaban con el motor apagado y los ojos fijos en la entrada, atentos a cualquier movimiento.

Antón bajó de otro coche con paso firme. Movió la cabeza para avisar a los compañeros de que iba a entrar. No llevaba la placa ni la pistola a la vista, solo una carpeta bajo el brazo y la determinación de quien sabe que está a punto de cerrar un círculo. Había pasado la noche repasando declaraciones, los testimonios cruzados y las grabaciones de las cámaras de tráfico. No quería ninguna sorpresa. Sabía que Laura iba en el coche de Camilo la noche de la fiesta. Sabía que había mentido hacía quince años y también ahora. Las mentiras no se sostienen a lo largo del tiempo, y la de los culpables no iba a ser ninguna excepción.

Subió los escalones con una calma tensa, pulsó el timbre con el dorso del dedo y esperó, mientras el murmullo lejano de una televisión se colaba desde una de las ventanas abiertas. Cuando la puerta se entreabrió, Laura apareció al otro lado. Llevaba ropa de estar por casa, el pelo recogido en una coleta y la expresión de quien no se espera una visita, pero teme lo que viene.

«Has vivido demasiados años creyéndote tus propias mentiras».

—Tenemos que hablar —dijo Antón sin levantar la voz—. Ya tengo a los testigos y las cámaras que desmontan tus mentiras. —

Cogió aire antes de continuar—. No quiero que los demás lo sepan aún, pero tú y yo vamos a aclarar de una vez por todas lo que pasó aquella noche.

Laura tragó saliva. No preguntó por qué ni se resistió. Sabía perfectamente de qué iba todo aquello. Le invitó a pasar y cerró la puerta tras de sí. Los agentes en el coche estaban pendientes de la siguiente orden. Cuando el inspector saliera de la casa, la arrestarían. El final del caso estaba cerca. Sandra descansaría en paz.

—Cuando quieras —dijo Antón con el gesto desencajado.

—Nadie le hizo nada, simplemente murió.

—¿Qué te parece si empezamos por el principio? —Abrió la carpeta—. ¿Sabías que Mario era el padre?

—No lo supe hasta esa noche —dijo conteniendo el llanto.

—Como las pruebas indican, no la asesinasteis de manera voluntaria, pero sabíais que estaba mal y no la socorristeis. Eso es omisión de socorro, ¿lo sabes?

—Es un homicidio imprudente, lo sé. Consulté con un abogado. —Miró al suelo.

—¿Qué pasó, Laura?

—Estaba enfadada con Sandra. Juana se había convertido en su mejor amiga y me había dado de lado. No me contaba nada, ni con quién estaba ni con quién se liaba, nada. Para ella me había convertido en un cero a la izquierda. Incluso conocía a los porteros de la discoteca porque iba mucho con Juana. Me enfadé tanto con ella que, cuando Mario dijo que la íbamos a dejar tirada en un bosque para que volviera sola a casa, me pareció una fantástica idea. —Comenzó a llorar—. Pero no sabía las intenciones de Mario.

—¿Camilo y tú no sabíais adónde ibais?

—Sí, el lugar, pero no el motivo.

—Entonces, ¿por qué fuisteis? No entiendo por qué fue Camilo.

—Eso fue culpa mía. Mario me dijo que íbamos a darle su merecido porque iba borracha y, como Camilo vino a buscarme, pues supongo que fue lo que se llama presión social. Camilo no pertenecía al club de los más populares, igual que yo. Para nosotros, que Mario nos incluyera en una broma era hacernos sentir especiales por unas horas. Olvidar que éramos unos pringados.

Antón asintió para que continuara.

—Cuando llegamos a donde la encontrasteis, vimos que Mario se abalanzaba sobre ella con los brazos abiertos y sin dejar de gritarle. —Se echó las manos a la cara para taparse los ojos repletos de lágrimas—. Entonces fue cuando nos enteramos de que era el padre.

—Entendiste el motivo por el que Sandra no quiso decirte el nombre, ¿no?

—Sí, era Mario. Cuando llegamos y empezó a gritarle, fuimos para alejarlo de ella. Sandra ya no se mantenía en pie, la sacamos del coche... —Se calló.

—Necesito que me digas la verdad, Laura.

Se secó las lágrimas y respiró profundamente antes de continuar. Debía liberarse del peso de la culpa.

—Mario empezó a decir que, hasta que no jurara que no iba a decirle a nadie que era el padre y que la había obligado a abortar, no iba a llamar a la ambulancia.

—¿Sandra estaba consciente?

—Creo que sí. Ella seguía diciendo que se lo iba a decir a todo el mundo. Que la gente sabría cómo era de verdad. No se le entendía muy bien y tenía momentos en los que se quedaba dormida. Por eso pensé que solo estaba borracha, pero jamás que se iba a morir. Insistimos en llamar a la ambulancia o incluso en

dejarla en urgencias de algún hospital, pero Mario quería que Sandra lo prometiera. —Se rompió en llanto y se secó las mejillas con las manos temblorosas.

—Supongo que no lo prometió.

Laura asintió y cogió un pañuelo de la mesa.

—Se desvaneció —recordó Laura con un nudo en el estómago—. Intentamos reanimarla, pero no volvió a despertar. Camilo le buscó el pulso, pero ya estaba muerta. Nos asustamos y Camilo incluso la montó en el coche para llevarla a urgencias, pero Mario era más fuerte que nosotros y, por qué no reconocerlo, mucho más listo.

—Os amenazó, ¿me equivoco? Parece que es su forma de actuar, intimidar a la gente —apuntó Antón con frialdad.

—Le vino muy bien que se muriera y que el secreto quedara enterrado para siempre. Nos dijo que, si no le ayudábamos a enterrarla, diría que habíamos sido nosotros. Había huellas y restos en el coche de Camilo, así que nos asustamos y le hicimos caso. Montó un plan para inculpar a un hombre desconocido y a Héctor, al que había engañado para que hiciera el pago del aborto. Fuimos unos estúpidos, pero le hicimos caso. Teníamos miedo.

—Buscó dos posibles sospechosos para quedar él fuera del radar de la policía. Es listo. Me hizo morder el hueso equivocado —dijo Antón con amargura.

—Sí. Héctor ha vivido estos años acobardado por Mario. Tenía que haber hablado, igual que nosotros. Pero no lo hicimos, y callarse es lo que nos ha llevado hasta este momento.

—¿Quieres añadir algo más, Laura?

—No. Solo que siento haber engañado a su familia durante tantos años. —Negó con la cabeza.

—Eso no me corresponde perdonártelo. Pero quiero que te pese en la conciencia que, si hubierais ayudado a Sandra, ahora

mismo estaría viva. No la mataste con tus propias manos, pero sí decidiste dejarla morir, y eso es como matarla.

Antón se levantó mientras Laura se quedaba sentada en el borde del sofá, sin mirarlo, con las manos entrelazadas y los nudillos blancos de tanto apretarlos. La voz se le había quebrado durante el interrogatorio y terminó de romperse cuando pronunció el nombre de Sandra por última vez, como si decirlo la obligara a enfrentarse a lo que había hecho… o a lo que no había hecho.

—No es que no pudiera ayudarla —murmuró—. Es que no quise, y eso es lo peor de todo. Preferí salvarme yo antes que arriesgarme por ella. El miedo no es una excusa suficiente para dejar morir a nadie.

Antón la observó en silencio. No con compasión, sino con el respeto que se tiene por las verdades que duelen. Laura se frotó los ojos con el dorso de la mano, pero ya no había lágrimas. Solo el silencio que queda cuando uno se enfrenta a lo que lleva tantos años evitando. El silencio en la habitación auguraba la condena que tendría que pagar por sus actos.

—No solo fuiste mala amiga, sino una cobarde y una mentirosa. Le arruinaste la vida a una familia entera —dijo Antón con una mueca de asco en el rostro.

Cuando los agentes llamaron a la puerta para llevársela, Laura se levantó sin resistirse. No preguntó por su abogado ni por lo que iba a pasar. Solo asintió y caminó despacio, como si cada paso pesara con los quince años que había cargado a cuestas. Al pasar junto a Antón, bajó la mirada.

—Gracias por obligarme a decirlo en voz alta —susurró sin acritud ni desprecio.

Y entonces salió, dejando tras de sí secretos fermentados y culpa.

Antón se quedó petrificado en la calle mientras el coche de sus compañeros se alejaba con Laura esposada en el asiento de

atrás. Se preguntaba cuántas verdades como aquella seguían pudriéndose en silencio detrás de tantos testimonios falsos y de personas cobardes.

48

El pasillo de la comisaría estaba igual que cada mañana: los agentes yendo de un lado a otro, el ruido de la gente hablando y de los teléfonos sonando a pleno rendimiento. Antón llegó con la sensación de cerrar una etapa de su vida. Por fin podría dejar atrás el sentimiento de culpa de haber fallado a Sandra. Ahora iba a arrestar a las personas que provocaron su muerte.

Caminó despacio, con la carpeta en la mano y el gesto endurecido. Había dormido mal otra vez, pero el cansancio ya no era físico. Era una especie de fatiga moral que se le pegaba a los huesos como el frío húmedo de los calabozos. Aún llevaba en el pecho la voz quebrada de Laura, la imagen de sus ojos pidiéndole perdón a Sandra.

«No fue un accidente, la dejaron morir».

Sentía el dolor en lo más profundo de su corazón al reconstruir la escena de los últimos minutos de Sandra. Comprobó de una manera atroz cómo sus supuestos amigos la abandonaron en aquel frío descampado. No tuvieron corazón. No la socorrieron, no la ayudaron; la dejaron morir sin hacer absolutamente nada para impedirlo.

Fue a la cafetería para llevarse un café al interrogatorio. Lo necesitaba. El cansancio le pesaba en los párpados y tenía momentos de debilidad en los músculos. Nunca había dormido bien, pero debía tomarse el descanso en serio. Si no empezaba a hacerlo, lo pagaría caro, y Triana le necesitaba más que nunca.

Camilo ya estaba esperando en la sala de interrogatorios cuando llegó con la carpeta y el café. Había acudido puntual, tal y como le había pedido. No sabía que la rueda ya estaba girando, que sus compañeros habían comenzado a decir la verdad y que tanto las pruebas como la confesión de Laura confirmaban su presencia. Su

nombre empezaba a dibujarse con trazos cada vez más oscuros en la historia de Sandra.

Antón se asomó al despacho de Braulio, que estaba ocupado al teléfono y frente al ordenador. Este le lanzó una mirada rápida y levemente afirmativa. Sabía lo que ese caso significaba para Antón. Había formado parte de su vida y estaba a punto de cerrar la herida para convertirla en una cicatriz perpetua.

Abrió la puerta de la sala y respiró hondo antes de entrar. Camilo estaba esperando. El sonido de sus nudillos repiqueteando contra la mesa llenaba la estancia. Los nervios, la impaciencia y el miedo también estaban presentes en aquella sala gélida.

—Gracias por venir, Camilo. Solo quiero repasar con usted un par de detalles —dijo Antón con esa voz que parecía no amenazar nunca, pero que había hecho confesar a más de uno.

Camilo le miró y forzó una sonrisa.

—Claro, lo que necesite.

Antón abrió la carpeta y durante unos segundos no dijo nada. Solo pasó las páginas, una tras otra, con un gesto deliberadamente lento. Luego alzó la mirada.

—Va a ser rápido, lo prometo. Pero esta vez necesito que me diga la verdad.

—Ya le dije la verdad —afirmó sin que le temblara la voz.

—Las pruebas dicen lo contrario, al igual que los testigos. —Guardó silencio y lo miró fijamente antes de cruzar los brazos sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Camilo, intentando ganar tiempo.

—Que sí estuvo allí y que se fue con Mario, Sandra y su copiloto, Laura. Antes era complicado conseguir imágenes y ver las

matrículas, pero ahora es mucho más sencillo descifrarlas, aunque las grabaciones no sean muy nítidas.

Camilo no respondió.

—Las mentiras no se sostienen en el tiempo, pero las verdades sí. Los testigos no mienten, porque no se juegan nada. Luego está la culpa de aquellos que han querido vivir como si nada hubiera pasado. Pero la culpa… ¡ay, la culpa! Te aplasta como una losa sobre la cabeza. —Se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos.

—Lo siento, pero no le entiendo. ¿Qué datos quiere corroborar?

—Usted y Laura tenían una buena coartada, la verdad. Pero las mentiras carecen de detalles, porque nunca han ocurrido. Por eso las versiones difieren. Donde se dice una cosa, luego se cambia por otra. Supe que mentíais porque vuestras versiones no coincidían con las de hace quince años. No estamos hablando de un día cualquiera que se olvide con facilidad. Así que la constancia y mi sentimiento de culpa por haber fallado a Sandra nos han traído hasta aquí.

Camilo empezó a sudar, pero estaba decidido a mantener su inocencia hasta el final.

—Laura ha confesado. Está perdido. Su coartada se ha derrumbado, igual que la de ella. Es mejor que diga la verdad. —Cambió el tono a uno más paternal—. Después de todo, fue un accidente, ¿no? No sabíais lo que le estaba pasando.

Camilo se frotó la cara en silencio.

—¿Fue un accidente?

—El cuerpo no tenía signos de haber sido agredido, lo cual corrobora que su muerte fue accidental, ¿no le parece?

—Claro…

—No imaginabais que iba tan borracha. Solo tenía una borrachera sin importancia. Por eso no podía hablar, ¿verdad? —insistió.

—Tengo que llamar a un abogado —dijo Camilo, cada vez más nervioso.

—¿Está seguro de que es una buena decisión? Esta vez debería pensarlo mejor.

—Inspector, usted no lo entiende. Mario nos habría hundido si nos hubiéramos ido o si le hubiéramos delatado. Era un tipo violento y tenía a Héctor contra las cuerdas. Si no hacíamos lo que él decía, le habrían creído a él antes que a nosotros. Nadie se hubiera planteado que nos obligó a dejarla allí hasta que prometiera guardar el secreto. Sandra se negó hasta el final. Solo tenía que decir que sí y habríamos llamado a la ambulancia —gritó—. ¡La culpa fue suya, no mía!

—¿La culpa fue de Sandra por querer decir la verdad? ¿He entendido bien?

—Lo que quiero decir es que, si tan mal estaba, solo tenía que prometer que guardaría el secreto de que Mario era el padre. No era algo tan difícil, pero no quiso. ¿Qué iba a hacer yo? Nunca fui valiente.

—¿Y ahora tampoco lo va a ser? —preguntó Antón.

—Yo solo estaba en el lugar equivocado. Era un pardillo que se dejaba mangonear, y esa noche no fue diferente. Cuando vimos que estaba muerta, comencé a llorar. No podía creer lo que estaba pasando. Mario nos organizó para enterrarla.

—¿Los tres la enterrasteis?

—Sí. Tuvimos que volver al día siguiente mientras Laura se ocupaba de hacer el paripé en casa de Sandra para retrasar la denuncia. Esa noche no habíamos podido enterrarla muy profundo, y

al día siguiente volvimos para hacerlo mejor —confesó Camilo, con los ojos brillantes.

—La dejasteis morir y luego la enterrasteis —resumió Antón antes de levantarse.

—¿Adónde va? —preguntó Camilo, con miedo en los ojos.

—Está arrestado. El juez decidirá si fue un accidente. A mí, desde luego, no me lo parece. A nadie se le niega ayuda cuando está a punto de morir, y menos aún se le entierra y se vuelve al día siguiente para «*hacerlo mejor*».

—¿Qué? Yo no la maté, ¡no hice nada! —gritó, levantándose de golpe.

Varios policías irrumpieron en la sala y le pusieron las esposas antes de que la situación se descontrolara.

—Solo la dejó morir, creó una coartada, mintió durante años y la enterró tan profundamente que han tenido que pasar quince años para que un perro la encuentre por casualidad. Espero que la justicia esté a la altura de lo que hizo —sentenció Antón antes de salir, dejando tras de sí los gritos de Camilo.

49

Las detenciones de los culpables debían producirse de manera casi simultánea para que ninguno tuviera la posibilidad de escapar. Por esa razón, el inspector había quedado con Mario para darle la oportunidad de confesar antes de su arresto. En realidad, era indiferente si mentía o no, ya que tenía las pruebas de su culpabilidad. Notaba cierta sensación de alivio al saber que en unos minutos el caso estaría cerrado. Después de quince años soñando con el rostro atormentado de Sandra, esa noche descansaría.

La sala estaba en penumbra, iluminada por una única lámpara que proyectaba una sombra ovalada sobre la mesa de metal. El aire arrastraba el rastro estancado de conversaciones antiguas, como si las confesiones anteriores se hubieran impregnado en las paredes.

Antón se detuvo un segundo en la puerta.

«Ya queda poco. Por fin Sandra tendrá la justicia que necesitaba para descansar en paz».

Entró en la sala y observó a Mario. Su rostro reflejaba la incertidumbre de no saber el motivo por el que estaba allí de nuevo. Tragó saliva al ver a Antón y sonrió de manera forzada. Estaba sentado con los hombros hacia atrás y las manos cruzadas con aparente calma sobre el regazo, pero los dedos se apretaban con más fuerza de la necesaria. Era el tipo de serenidad que no nace de la inocencia, sino del entrenamiento de sostener una mentira durante años.

Había repetido la coartada tantas veces que probablemente se creía inocente, igual que los demás.

«Fue un accidente», pensó Antón con rencor al sentarse.

Estaba convencido de que eso era lo que pasaba por la cabeza de Mario para darse valor ante el interrogatorio.

No había vasos de agua ni carpetas a la vista. Nada que sugiriera cortesía. Solo estaban ellos dos y el peso de una historia que ya casi no necesitaba palabras para ser comprendida. Antón había cerrado la puerta con cuidado, sin mirar atrás. Al sentarse, se permitió unos segundos de silencio. El suficiente para que Mario comprendiera que esta vez no iba a preguntar, sino a confirmar.

—Gracias por venir, Mario —dijo al fin.

—De nada —respondió con sequedad.

—Hemos hablado con el resto de las personas que asistieron a la fiesta y, bueno, ya está todo hilado. Le he llamado porque necesito que me cuente la verdad. Le he dado la misma opción a Laura y a Camilo… —Antón sostuvo la mirada—. Espero de corazón que esta vez elija bien. No quiero más mentiras. Lo mejor siempre es decir la verdad. Está entre la espada y la pared.

Mario se quedó petrificado, pero mantuvo el tipo. No dijo nada.

—Tenemos testimonios y pruebas que lo sitúan en la escena del crimen. Los cargos que se le imputan son varios, como a sus cómplices: coacción, omisión de socorro y encubrimiento de cadáver. ¿Le suenan estas palabras? —dijo Antón con voz cansada.

—No sé de qué me está hablando —respondió encogiéndose de hombros.

—Mario, no me gusta perder el tiempo. Tenemos las pruebas y sabemos lo que hizo. Engañar a Héctor con el pago fue su jugada magistral, pero no se puede estirar una mentira durante tanto tiempo. Nunca contó con que el cuerpo de Sandra apareciera. Ese fue su fallo. No hay crimen perfecto, sino crimen mal investigado. —Antón colocó los codos sobre la mesa—. Eso fue culpa mía. Pero ahora la situación es distinta. ¿Va a contar la verdad?

—Ya la he contado muchas veces. Ni siquiera sé qué hago aquí.

—Sí lo sabe. Pero ganar tiempo con respuestas inútiles no le va a salvar de nada.

—Lo siento, pero no le entiendo. —Sonrió con tensión en la comisura de los labios.

—Engañó a Héctor y montó la coartada perfecta. —Antón asintió con los labios apretados—. Encontrar a dos ingenuos como Camilo y Laura le vino al pelo para mantener su control sobre ellos. Pero ha llegado a su fin. Ahora toca asumir las consecuencias.

Mario no respondió. Se cruzó de brazos con mirada desafiante.

—¿Va a confesar lo que hizo o prefiere mantener la mentira? No tiene alternativa. Va a ir a la cárcel.

—Fue un accidente —dijo finalmente, bajando la mirada—. Yo solo quería que me prometiera que no iba a decir nada. Si lo hubiera hecho, habría llamado a la ambulancia. Fue su decisión, no la mía. Allí había más personas y no hicieron nada.

—Usted tenía el motivo para dejarla morir —sintetizó Antón.

—No. Ella tenía que hacer una promesa para salvarse y no quiso. Yo no tengo la culpa de que tomara una mala decisión. Además, nunca pensé que estuviera tan mal. Sandra se emborrachaba con frecuencia y pensé que era un día más…

—Y no lo fue. Por eso decidió enterrarla y engañar a los pobres desgraciados que estaban con usted.

—Ellos tomaron sus decisiones —replicó Mario.

—Pero usted fue el más listo. El pago de Héctor fue premeditado. Es una persona muy inteligente. Casi en la misma medida que perversa y calculadora.

—¡No tenía otra opción! —estalló—. Si no la hubiéramos enterrado, nos habrían metido en la cárcel a los tres. ¡Sandra ya

estaba muerta! ¡No podíamos hacer nada por salvarla! Tuvimos que decidir si seguir con nuestras vidas, y yo opté por vivir la mía.

—Si hubiera llamado a una ambulancia, Sandra estaría viva. Tomó la decisión de dejarla morir.

—Yo no quería que acabara así… —murmuró—. Solo queríamos asustarla. Que se callara. Pero ella se opuso. Después, cuando vimos que estaba muerta, solo podíamos salvarnos nosotros.

El silencio se alargó.

—Teníamos miedo. Era más fácil pensar que se había fugado. —Movió la cabeza—. No se olvida, ¿sabe? La veo cada noche. Revivo esa noche una y otra vez.

Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. No era el llanto de un hombre arrepentido, sino el de alguien que comprendía, demasiado tarde, que ya no había forma de escapar.

Antón se incorporó despacio. No sintió compasión.

—Con solo una llamada, nada de esto habría ocurrido. Tomó la decisión desde la soberbia. Ahora tendrá que pagar por ello. Espero que la culpabilidad le persiga hasta su último aliento.

Dio una señal.

Un par de golpes secos en la puerta cortaron el silencio.

—Es todo. Pueden entrar.

Dos agentes irrumpieron en la sala.

—Queda detenido —dijo uno de ellos.

Mario no se resistió. Mientras le esposaban, buscó la mirada de Antón. No había desafío ni súplica, solo resignación.

Antón permaneció inmóvil hasta que la puerta se cerró tras ellos.

El caso de Sandra, por fin, había terminado.

50

El cielo estaba encapotado desde primera hora de la mañana. Las nubes cubrían la ciudad como si el tiempo se hubiera vestido de luto, acompañando en silencio el dolor que muchos llevaban dentro. El cementerio municipal quedaba al norte, en las afueras, y Antón aparcó en una de las calles que rodeaban el recinto, lejos de la entrada principal. No quería llamar la atención.

Triana iba a su lado. Vestía de negro, sin apenas maquillaje, con el rostro serio y los ojos hundidos por el cansancio. Había insistido en acompañarlo. Tal vez porque entendía lo que significaba ese día para él. O tal vez porque necesitaba, como él, cerrar una puerta antes de abrir otra.

El cementerio estaba lleno. A pesar de los años, la noticia había corrido como un susurro entre los viejos conocidos del barrio, entre antiguos compañeros de colegio y vecinos que aún recordaban el rostro alegre de Sandra antes de su desaparición. Había mujeres con los ojos enrojecidos, hombres con la cabeza gacha, abrazos silenciosos, lágrimas contenidas y flores que no lograban suavizar el frío de la ausencia. El ambiente se impregnaba de tierra mojada, de crisantemos y de una trágica despedida. Incluso quienes no la conocieron de cerca parecían arrastrar la culpa colectiva de no haberla buscado más, de no haber preguntado, de haberla olvidado antes de tiempo.

El entierro fue breve. Aun así, acudieron más personas de las que esperaban: antiguos vecinos, profesores y algunos compañeros del instituto. La familia de Sandra se mantenía en pie como podía, entre abrazos, sollozos y silencios largos que decían mucho más que las palabras.

Antón y Triana se quedaron apartados, junto a un árbol que bordeaba la última hilera de lápidas. Desde allí vieron cómo bajaban el ataúd, cómo la madre de Sandra rompía a llorar con un grito ahogado, cómo la hermana la sostenía sin poder sostenerse a sí

misma. Y cómo el padre, pálido como la piedra, miraba fijamente el agujero en la tierra como si acabara de caer en él.

Cuando todo terminó y la gente comenzó a marcharse en pequeños grupos, la familia de Sandra se acercó a ellos.

—Inspector —dijo Isabel con voz temblorosa—. Gracias por no rendirse, por devolvernos a nuestra hija. —Contuvo el aliento—. Gracias por no olvidarla.

Antón asintió con suavidad y los ojos acuosos. No era una persona de emocionarse fácilmente, pero aquel caso le había perseguido durante toda su vida. Había pensado cada día en ella. Ahora sabía que había hecho justicia.

—Han pasado muchos años, pero usted fue el único que nunca dejó de buscar —añadió el padre con la voz rota, aunque serena—. Ahora al menos sabemos la verdad. No es un consuelo, pero es algo más que la incertidumbre de no saber dónde está tu hija ni si sigue viva.

—Siento mucho no haberles dado ese consuelo antes, cuando más lo necesitaban —murmuró Antón.

La hermana no dijo nada. Sin embargo, le dio un abrazo repentino, y la forma en que lo estrechó le llegó más hondo que cualquier palabra.

Cuando los agentes se quedaron solos, caminaron hasta el coche sin hablar. Triana observó cómo Antón se limpiaba las lágrimas. No dijo nada. El viento había empezado a levantar polvo y hojas secas del camino. El sol luchaba por abrirse paso entre las nubes, pero aún no lo conseguía.

En el coche, antes de arrancar, Triana rompió el silencio.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Llevo tanto tiempo con esta espina clavada que pensé que nunca la sacaría. Creí que se quedaría dentro para

siempre, castigándome por no haber resuelto el caso. Siento tanto no haber encontrado antes a Sandra…

—Antón, tienes que perdonarte. Muchas veces el tiempo es el factor determinante, y en este caso lo ha sido. No hiciste mal tu trabajo, simplemente el cuerpo no apareció. En un caso de estas características, eso hace dudar incluso de que haya habido un asesinato. La línea de investigación era la correcta —resumió Triana, acariciándole el brazo.

—Ahora Sandra tiene lo que le prometí —dijo mirando a través de la ventana—. Así que ha llegado el momento de centrarme en lo que te he prometido a ti. —Giró la cabeza para mirarla—. Vamos a encontrar a Víctor.

Triana esbozó una ligera sonrisa mientras contenía el llanto.

—Sé que vas a hacer todo lo posible. No quiero parecer pesimista, pero lo cierto es que el rastro de Carlo cada vez está más disperso. —Resopló.

—No te preocupes, aún tenemos la bala de Felipe. Recuerda que se ha movido durante años en ese círculo y puede que dé con la clave que estamos buscando —intentó animarla.

—Puede que sí, pero… también puede que no. Creo que nunca he estado más desanimada. —Se calló de repente.

—¿Qué pasa, Triana? —preguntó con tono paternal.

—No quiero que muera nadie más por mi culpa, ¿sabes? — Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No lo hará.

—Hemos puesto a otra familia en el punto de mira de Carlo, y puede que al final mueran… Si eso pasara, no me lo podría perdonar.

—Hemos puesto vigilancia en la puerta. No va a pasar nada. Debes tener fe en nuestro trabajo.

—Y la tengo, pero no en la benevolencia ni en la humanidad de Carlo —alegó con la mandíbula apretada—. Si se entera de que Felipe nos está ayudando, lo matará, y lo sabes.

—Triana, Felipe se mueve en esos ambientes desde muy joven. Ha estado preso durante décadas. ¿De verdad piensas que es tan fácil acabar con él? —dijo con una leve carcajada.

—Vale, pero no es invencible.

—Claro que no. Pero no te dejes llevar por nuestra relación con él ni por la idea equivocada que te formaste en el caso de Reyes. Tiene muchas luces y sombras. Felipe sabe salir airoso de situaciones violentas y, si para defenderse tiene que morder la yugular con sus propios dientes, lo hará. De eso no tengas ninguna duda. —Asintió con las cejas levantadas.

Triana lo miró asombrada, pero también aliviada al pensar que la última opción que tenían para encontrar a Carlo era capaz de enfrentarse a él sin titubear.

—Está bien. Entonces dejemos que el universo decida cuál será el siguiente desafío al que nos tendremos que enfrentar.

—¡Genial! Pero, de momento, te invito a tomar un café. Estoy seguro de que Felipe dará señales de vida pronto. Es un delincuente con muchos recursos y contactos.

Triana cruzó los dedos.

51

Habían transcurrido varios días sin avances en la búsqueda de Carlo y Víctor, pero Triana y Antón se levantaban cada mañana para ir a comisaría e intentar dar con su paradero. No iban a cesar en su empeño, aunque los ánimos estuvieran en pleno descenso. El apoyo de Ballesteros durante el desayuno les proporcionaba el optimismo necesario para continuar. Se había unido a la investigación desde casa de Antón, donde seguirían viviendo hasta que se recuperara por completo. Antón estaba encantado de no vivir solo y de que su hogar se hubiera convertido en un lugar seguro para ambos.

Triana había sido la primera en levantarse, como de costumbre. El sonido del agua golpeando la cerámica de la ducha apenas lograba mitigar el torbellino que se arremolinaba en su cabeza. Se frotó los ojos con fuerza, como si pudiera borrar los recuerdos de los últimos días. No había dormido bien, aunque por primera vez en semanas había sentido cierta tregua.

El vapor llenaba el pequeño baño cuando sonó el teléfono. Primero lo ignoró, pensó que sería algún comercial tratando de venderle un producto innecesario. Sin embargo, le pareció extraño que llamaran a una hora tan temprana. Ante la insistencia, cerró el grifo de golpe, salió empapada y, con la toalla aún sobre los hombros, tomó el móvil del lavabo.

—¿Sí? —respondió con la voz ronca, sin mirar la pantalla.

—Triana, soy Valentina.

La subinspectora se quedó inmóvil. El corazón se le detuvo por un segundo, como si el aire hubiese desaparecido de la estancia.

—¿Qué pasa? —preguntó, temiendo la peor de las respuestas.

Se miró la mano temblorosa mientras se ajustaba la toalla.

—Carlo ha estado aquí esta noche. Me ha dejado a Víctor. Lo tengo conmigo —dijo Valentina con alivio contenido.

Triana tardó unos segundos en procesarlo. No sabía si la llamada era real o fruto de su imaginación.

—¿Cómo que lo ha dejado? ¿Está bien? ¿Está contigo ahora mismo? Quiero decir… ¿lo estás viendo en este instante? —balbuceó.

—Sí. Se ha quedado dormido en el sofá y no he querido despertarlo —respondió Valentina entre lágrimas.

—No entiendo nada. ¿Se acabó todo? ¿Ya está? —Se apoyó en el lavabo. Le temblaban las piernas. No sabía si llorar, gritar o salir corriendo.

—No estoy segura de que haya terminado, Triana. Me ha dejado un mensaje para ti —susurró.

—¿Cuál? —preguntó, temiendo la respuesta.

«Es una trampa».

—Que, si sigues buscándolo, el niño volverá a desaparecer y a ti te matará. Dice que tú decides cuál será el siguiente paso.

—Voy para allá. No salgas de casa, Valentina. No sabemos qué trama tu hijo, pero estoy segura de que esto no va a acabar bien —respondió Triana con firmeza.

—Deberías pensar las cosas con calma. Víctor está aquí y eso es lo importante —intentó razonar Valentina.

—Voy para allá —repitió antes de colgar.

Se quedó quieta unos segundos más, con la toalla pegada a la piel y el cuerpo helado por dentro. Luego se vistió a toda prisa. Al salir al salón encontró a Antón, ya despierto, conversando con Ballesteros. Ambos sostenían una taza de café, y la de Triana la esperaba sobre la mesa.

Cuando la vieron, supieron que algo había ocurrido.

—¿Todo bien? —preguntó Ballesteros al verla alterada.

—Era Valentina. Carlo ha estado en su casa y le ha dejado a Víctor. —Se frotó la cara para contener el llanto.

Antón se puso en pie de inmediato.

—¿Están bien?

—Sí. Vamos.

—Voy con vosotros —dijo Ballesteros.

Antón y Triana se miraron con desaprobación.

—No. Puede ser una trampa. Te quedas aquí. En cuanto sepamos algo, te avisaremos —ordenó Triana.

Ballesteros asintió, resignado.

No hizo falta decir nada más. Antón dejó la taza a medio terminar, se calzó los zapatos y tomó las llaves. El sol apenas despuntaba entre los edificios cuando salieron al portal.

El coche avanzaba despacio por las calles silenciosas. La luz de la mañana se filtraba entre los edificios, proyectando sombras alargadas sobre el salpicadero. Antón conducía con gesto serio, mientras Triana apretaba las manos sobre su regazo.

—Puede que no me reconozca —susurró.

—Es un niño, Triana. Tú eres su tía. Claro que te reconocerá.

—Han pasado semanas… y no sabemos qué le ha contado, si ha tenido miedo o si… —Se le quebró la voz—. ¿Y si cree que somos los malos?

Antón guardó silencio unos segundos.

—Nunca le abandonaríamos. Los niños lo saben. Solo siguen a quien les da cariño, y tú siempre lo has hecho. Se acordará de ti. Además, Carlo es su padre, nunca le haría daño. Pero su vida no es compatible con la de un niño, y lo sabe.

—¿Crees que volverá?

—De eso puedes estar segura. Pero ahora céntrate en abrazarlo y quererlo. Cruzaremos ese puente cuando lleguemos.

Triana asintió.

—Estoy nerviosa. No sé cómo explicarle lo que ha pasado con su madre y con Lucas. ¿Cómo le dices a un niño que sus padres nunca volverán?

Antón tragó saliva.

—Díselo con el corazón. No necesita saberlo todo ahora. Solo necesita sentir que está a salvo. Debe saber que vamos a protegerlo pase lo que pase.

Triana miró por la ventanilla.

—No merecían nada de esto. Ni Aura, ni Lucas, ni Nadia… ni Víctor.

—Lo sé. Pero ahora te toca a ti enderezar su vida para que pueda ser feliz.

—Espero que Carlo no lo haya traumatizado.

Guardó silencio unos segundos.

—No sé si estoy preparada para lo que viene.

Antón redujo la velocidad al doblar la última esquina.

—Claro que lo estás. Porque lo amas. Porque es tu familia. Y con eso es suficiente.

Detuvo el coche y descendió con la pipa en la mano.

52

El ascensor subió despacio, como si el mundo se hubiera vuelto más lento de repente. Triana apenas podía respirar. Tenía la vista fija en los números rojos del panel, pero no los veía. Sentía un zumbido en las sienes y un cosquilleo amargo en el estómago, como cuando algo está a punto de romperse por dentro. Las manos le temblaban.

Antón no dijo nada durante el trayecto. Permaneció a su lado, con los labios apretados y la mirada tensa clavada en la puerta metálica. Sabía que no existían palabras capaces de aliviarla. Lo único que podía hacer era estar allí cuando todo se desmoronara.

Cuando Valentina abrió la puerta, su rostro mostraba una mezcla imposible de alivio y agotamiento. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas marcadas por lágrimas secas. Se apartó para dejarles paso y señaló en silencio hacia el salón.

Triana pensó que todo era un sueño. No creería que Víctor estaba allí hasta verlo con sus propios ojos. Aun así, no podía evitar la sensación de que todo era una trampa de Carlo. En ese instante no estaba segura de nada. Solo sabía que, si lo era, pagaría cualquier precio por ver a su sobrino a salvo.

Entró con pasos torpes, como si sus piernas no fueran del todo suyas. El corazón le retumbaba en el pecho con tanta fuerza que temía que se le notara.

Y entonces lo vio.

Víctor estaba allí, delante de sus ojos. Una manta azul apenas le cubría las piernas, descubiertas por el movimiento durante el sueño. Estaba acurrucado sobre un cojín, con las mejillas encendidas y el pulgar en la boca. Dormía plácidamente, con la misma fragilidad con la que duermen los niños después de la fiebre, del llanto o del miedo.

Y, sin embargo, nada era igual.

Triana se quedó inmóvil, petrificada por la imagen. El alma se le encogió de golpe. Quiso correr hacia él, abrazarlo, gritar su nombre, pero su cuerpo no respondió. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el pecho oprimido por la emoción. Lo único que pudo hacer fue llevarse las manos a la boca.

Antón la observó en silencio. Le puso una mano en el hombro y le dio un apretón breve para que supiera que estaba allí, como siempre. No necesitaban hablar.

Entonces, como si hubiera sentido su presencia, Víctor abrió los ojos. Parpadeó un par de veces, confundido, y la vio. Tardó un segundo en procesarlo. Después se incorporó de golpe y corrió hacia ella.

—¡Tata! —dijo con la voz dulce de un niño.

—¡Mi niño! ¡Por fin nos vemos! —respondió ella con la voz ronca y temblorosa.

Triana corrió hacia él. Se arrodilló frente al sofá y lo abrazó con todas sus fuerzas, como si con ello pudiera coser el tiempo perdido. Le besó la cabeza, las mejillas y las manos. El niño se aferró a ella como un náufrago a un pedazo de madera.

—Estás aquí… —susurró sin soltarlo—. Mi amor… Dios mío…

Víctor le dio la mano y miró a su abuela. La había visto con frecuencia, pero su refugio era Triana.

—¿Nos vamos? —le susurró.

Triana se quedó paralizada. Miró de reojo a Valentina.

—Lo entiendo —dijo la mujer con serenidad—. Si lo crees oportuno, puedes llevártelo. Iré a verlo todos los días.

Triana lo rodeó con sus brazos, protegiéndolo.

—Nunca estuviste solo. Nunca —dijo llorando—. Llevo buscándote cada segundo desde que te fuiste.

—Me llevó un señor —susurró el niño—. ¿Nos vamos?

Las lágrimas brotaron sin control. El niño la miraba con los ojos húmedos, pero más calmado al verla. Triana le había devuelto la paz.

Durante unos minutos permanecieron abrazados en silencio, hasta que Víctor formuló la pregunta que ella más temía.

—¿Y mamá?

Los tres se quedaron inmóviles. Fue como si alguien le clavara un puñal en el pecho. Cerró los ojos un instante y tragó saliva.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Dónde están? —preguntó el niño.

Triana le acarició la mejilla con ternura y se obligó a mantener la voz firme.

—Víctor, cariño… Mamá y papá están en un lugar muy especial, donde no hay miedo ni dolor, donde todo está en calma y te cuidan.

El niño frunció el ceño.

—¿Ya no los voy a ver?

Triana asintió despacio, con un nudo en la garganta.

—Están en el cielo. Tú no los ves, pero ellos a ti sí. Me pidieron que cuidara de ti y que te protegiera. Y eso es lo que siempre voy a hacer.

Víctor rompió a llorar.

Se abrazó a ella con una fuerza desgarradora. Lloró como solo pueden llorar los niños cuando sienten que el mundo se rompe bajo sus pies. Triana lo sostuvo con firmeza y lo meció entre sus brazos.

—Quiero que vuelvan —repetía entre sollozos.

—Lo sé, mi vida —susurró ella—. Ojalá pudiera cambiarlo. Pero te juro que nunca volverás a estar solo.

Antón, desde la puerta, se limpió discretamente las lágrimas. Había presenciado muchas tragedias, pero ninguna tan devastadora como la de un niño que descubre que sus padres no volverán.

Triana se prometió a sí misma que encontraría a Carlo. Lo mataría si era necesario. No permitiría que destruyera la vida de Víctor.

Aquel niño merecía una vida sin él.

Una vida feliz.

53

El salón de Valentina estaba bañado por una luz cálida y tenue. Sobre la alfombra, Víctor jugaba en silencio con unos cochecitos, alineándolos y empujándolos con cuidado. De vez en cuando, imitaba el sonido de un motor con los labios o murmuraba una historia entre dientes, inventándose un mundo donde los coches corrían sin rumbo fijo.

Triana lo miraba desde el sofá. Sentada al borde, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, no podía apartar la vista de él. Cada gesto del niño le arrancaba un recuerdo, un dolor, una ternura infinita. Había algo insoportablemente frágil en su forma de moverse, como si aún estuviera envuelto en un velo de miedo. Y, sin embargo, estaba allí, vivo. A salvo.

Eso era suficiente por ahora.

Debía protegerlo del peligro que más daño podía causarle: su padre.

Antón permanecía a su lado en silencio. También observaba al niño, aunque de vez en cuando deslizaba una mirada hacia Triana, intentando medir el peso invisible que llevaba sobre los hombros.

Valentina entró desde la cocina con una taza de té humeante entre las manos. Tenía el rostro cansado, más delgado que la última vez que la vieron, y en sus ojos se vislumbraba la sombra de quienes han llorado demasiado en silencio. Se sentó frente a ellos y aguardó unos segundos antes de hablar.

—No se ha separado de esos cochecitos desde que Carlo lo trajo. No ha dicho casi nada. Solo juega.

Triana asintió sin apartar la vista del niño.

—A veces es la única forma que tienen de sobrevivir. Espero que solo recuerde lo bueno y que lo malo sea borrado por su mente.

Valentina bajó la mirada y removió el té con la cucharilla. Luego la dejó sobre el platito y se atrevió a formular la pregunta que tanto la atormentaba.

—¿Sabes lo que vas a hacer?

—Sí. Lo mejor para él. —Triana giró el rostro hacia ella. Sus ojos eran dos grietas abiertas, llenas de sombra, pero también de determinación—. Voy a matarlo. Siento que sea tu hijo, pero es un asesino.

—Lo entiendo. —Bajó la mirada con los ojos brillantes—. A veces pienso que es así porque fui una madre pésima. Quizá, si hubiera tomado otras decisiones… —Se cubrió el rostro con las manos—. ¿Qué clase de madre cría a un psicópata asesino? Ha sido capaz de matar a tres personas, y una de ellas era la mujer a la que amó y con quien tuvo a su único hijo.

Triana le apartó las manos con suavidad para mirarla a los ojos.

—No es culpa tuya. Siento que tenga que ser así, pero tu nieto no estará a salvo hasta que tu hijo muera. Y yo seré quien lo haga.

Valentina parpadeó. No mostró sorpresa, solo apretó los labios con fuerza, como si esa confirmación acabara de desgarrarle lo poco que aún quedaba de su hijo dentro de ella.

—No te lo digo para que lo justifiques —añadió Triana—. Te lo digo porque mereces saberlo. Y porque debes decidir si quieres seguir ayudándonos y si deseas que tu nieto forme parte de tu vida.

Valentina se quitó las gafas, las limpió con el bajo del jersey y volvió a hablar.

—Mi hijo ya no existe. —Su voz tembló, pero era firme—. Las esperanzas de que recapacitara desaparecieron hace tiempo. Y más después de los asesinatos y de convertir al niño en una pieza de su

locura. Piensa que su dolor lo justifica todo… incluso dejar huérfano a su propio hijo.

Se hizo un breve silencio. En el suelo, Víctor hizo girar uno de los cochecitos hasta que se estrelló contra la pata de una silla.

—Quería a tu hermana como si fuera mi hija —continuó Valentina—. Tenía que verla a escondidas, igual que a mi nieto, por miedo a desatar su ira. No voy a perder a ese niño por proteger a un monstruo solo porque lleve mi sangre. Ya tomé mi decisión, Triana. Lo hice hace mucho tiempo. —Le apretó la mano—. Estoy con vosotros hasta el final.

—Gracias —respondió Triana, cubriendo la suya con ambas manos—. Sé que es tu hijo, pero tenemos que proteger a Víctor de él.

—Lo sé… ¿Y Víctor?

—Vas a formar parte de su vida. De eso puedes estar segura. Pero hoy necesito que esté conmigo, que duerma tranquilo con alguien en quien confía plenamente.

—Lo entiendo. Solo me ha visto una vez al mes. —Suspiró—. Tampoco tengo edad para criarle, pero puedo consentirle siempre que esté conmigo.

—Vas a ser la mejor abuela —añadió Antón con una sonrisa cómplice.

—Gracias. Al menos lo intentaré.

Los agentes se miraron con la complicidad de quienes comparten más que palabras.

—Valentina, sobre lo que te dijo Carlo… —comenzó Antón con cautela.

—Lo ha dejado aquí porque es muy pequeño. En cuanto pueda introducirlo en su mundo, vendrá a por él.

—Carlo no deja nada a medias —añadió Triana—. Solo ha sido un parón en el camino.

—Es su legado. No me lo ha dejado porque sea su madre, sino porque soy la única persona de su entorno que no desea verlo muerto —dijo Valentina.

Triana miró a su sobrino con ternura.

—Haré que se sienta seguro cuando lo dejes conmigo. Te doy mi palabra.

—No estoy seguro de que no sea una trampa —intervino Antón.

—Yo tampoco —confirmó Triana.

—Carlo es más estratega de lo que creéis. Puede que esté esperando el momento para matarnos a todos juntos —añadió Valentina.

—No lo dudo. Pero si no estuviera él… —Antón señaló al niño con la barbilla.

—No puedo fallar —murmuró Triana.

—No lo harás. Yo estaré contigo. Víctor no sufrirá más.

—Espero que todo esto acabe con Carlo —añadió Valentina con pesar—. Le odia tanta gente que temo que algún día lo paguen con Víctor.

—Somos policías. Lo protegeremos siempre —respondió Antón—. Te lo prometo.

Víctor levantó la vista, como si hubiera percibido que hablaban de él.

—Tata —la llamó con voz suave—. ¿Jugamos?

Triana se levantó y se sentó en el suelo a su lado. Le acarició el pelo, le dio un beso en la mejilla y cogió uno de los cochecitos.

—Claro que sí, mi amor. Siempre voy a jugar contigo.

Su voz se volvió dulce, firme y llena de ternura.

Valentina los observó en silencio desde el sofá. En sus ojos brillaba una tristeza infinita, pero también algo de esperanza. Como si, después de tanto tiempo, alguien estuviera intentando reparar lo que el mundo había roto.

54

Triana había pasado toda la mañana con Víctor. Jugaron en el salón, dibujaron coches de colores y construyeron torres imposibles con bloques que Carlo le había regalado. El niño aún arrastraba una tristeza silenciosa, pero por momentos volvía a reír, y eso bastaba para que a Triana se le ablandara el alma.

A última hora de la tarde, cuando el pequeño ya estaba más tranquilo, lo dejó al cuidado de Ballesteros en casa de Antón. Le prometió que no tardaría y que al día siguiente le traería su merienda favorita. No quisieron molestar a Valentina, pues la reunión sería breve y quizá se alargara hasta la noche. Además, no deseaban cargarla con la responsabilidad de cuidar a un niño tan pequeño.

Se reunirían con Felipe en el local de Ventura, una vez cerrado, para no levantar sospechas. Nada de encuentros en lugares públicos ni cafés improvisados. Si Felipe había conseguido una pista y se estaba jugando el cuello por ellos, debían actuar con la máxima discreción. La nocturnidad de la cita y la seguridad que les proporcionaba Ventura eran su mejor coartada para pasar desapercibidos.

La persiana del bar chirrió al subir, arrastrando consigo la penumbra del local. Ventura limpiaba vasos tras la barra, como cada noche, y al ver entrar a Antón y Triana levantó una ceja, pero no dijo nada. Felipe ya los esperaba en la mesa del fondo, con una cerveza a medio terminar y el semblante cansado.

Antón sonrió y sacó la pipa.

—No quiero que Ventura te eche la bronca solo a ti —dijo, agitándola en el aire antes de sentarse.

Triana tenía el rostro tenso. Llevaba toda la tarde esperando la llamada de Felipe. Desde que había dejado al niño con

Ballesteros, sentía que algo dentro de ella había cambiado. Ya no era solo su vida la que estaba en juego, ahora su prioridad era Víctor.

Felipe los observó y levantó la cerveza.

—¿Y bien? —preguntó Triana sin dilación.

—No estoy seguro —respondió—. He preguntado a personas de confianza, pero nadie sabe dónde está. Solo hay alguien a quien le confesó su paradero. Fue miembro de su banda y, pese a ser arrestado, nunca lo traicionó. Se ganó su respeto y su amistad de por vida.

—¿Y? —insistió Triana con impaciencia.

—Dice que solo le dijo esto: «Voy al único lugar donde puedo resurgir». —Se encogió de hombros—. No sé qué significa, pero estoy seguro de que tiene sentido para alguien que lo conozca.

—*«Voy al único lugar donde puedo resurgir»* —repitió Triana, clavando los ojos en Antón—. ¿Qué diablos significa eso?

—Para nosotros no significa nada —respondió el inspector con la pipa en la boca—, pero para quien iba dirigido, sí.

Triana frunció el ceño. La frase retumbó en su cabeza como un eco lejano. Se frotó las sienes. La migraña comenzaba a aparecer.

—¿Podría referirse a una casa antigua? —sugirió Felipe—. ¿Un lugar al que acudía con su familia?

—Imposible. Ya revisamos esas opciones —respondió Antón.

—¿Y un lugar donde estuvo a punto de morir? —añadió Felipe—. Tal vez ese sea su resurgir.

Triana ladeó la cabeza.

—¿Sabemos de algún tiroteo en el que casi lo mataran?

—No me suena —respondió Antón.

—Matías podría recordarlo —dijo esperanzado—. Si alguien lo sabe, es él.

Felipe asintió.

—Lo único que me inquieta es que haya devuelto al niño. No encaja con su forma de actuar.

—A mí también me huele a trampa —admitió Antón.

—Puede que esté esperando el momento —dijo Felipe.

Triana reaccionó.

—¿El momento para qué?

Felipe la miró fijamente.

—Para matarte. Eres el único obstáculo que le queda. Si te elimina, se acabó su problema.

—Yo también lo creo —respondió Triana con frialdad—. Pero pienso llevármelo conmigo a la tumba.

Antón le tomó la mano.

—Eso no va a pasar. Vamos a darle caza antes de que actúe.

Felipe negó con la cabeza.

—Carlo tiene la ventaja. Conoce vuestros movimientos, y vosotros no tenéis ni una pista clara. Esa frase es una trampa para ti, Triana.

—Lo sé —admitió ella.

—Lo único sensato sería esperar —insistió Felipe—. Cuando crea que está a salvo, será vuestra oportunidad.

—No. Es ahora o nunca —replicó Triana—. Si le damos tiempo, se preparará mejor.

—Tiene razón, deberíamos esperar —añadió Antón con cautela—. Ya tenemos a Víctor.

—Solo tenemos una oportunidad, y es ahora —sentenció Triana—. Me da igual que me mate, siempre que él también muera.

—Entonces, ¿estamos planeando un suicidio? —preguntó Antón, golpeando la mesa con el puño.

—No. Pero si encuentro dónde se esconde esa rata, la mataré.

Felipe se levantó.

—Sé a quién te enfrentas, pero tú no lo sabes. Carlo es despiadado. Ha matado a sus propios hombres por simple sospecha. Está jugando contigo. Cuando se canse, te matará.

Guardó silencio unos segundos antes de añadir:

—Si aún sigues viva, no es porque no haya tenido ocasión. Es porque disfruta del juego.

Miró el reloj.

—Tengo que irme. Mi madre necesita sus medicinas. Intentaré averiguar algo más. Pero recuerda, si decides suicidarte, no quiero presenciarlo.

—Entiendo tu postura —respondió Triana—, pero tengo que hacerlo.

—Siempre hay otra opción —replicó Felipe.

—¿Cuál? ¿Esperar a que venga a matarme?

Felipe negó con la cabeza y se despidió con un gesto antes de salir del local.

Observaron cómo bajaba el cierre tras de sí.

—Matías puede ayudarnos a encontrar ese lugar —dijo Triana.

—Si alguien lo sabe, es él —confirmó Antón.

55

Al día siguiente, Ballesteros se tuvo que volver a quedar de niñero de Víctor. Habían hablado con Matías sobre la información que les había dado Felipe, y dijo no recordar que Carlo hubiera sufrido ningún disparo. El único sitio donde podrían conseguir información era en el trastero de Rafael que el propio Matías les había desvelado.

Llegaron después de desayunar con Víctor. En la puerta ya estaba esperando Matías, con las manos en los bolsillos y balanceándose hacia delante y hacia atrás, pero sin dejar de observar el tránsito cercano y cualquier movimiento sospechoso. Él también tenía la sensación de que la entrega voluntaria de Víctor era una trampa. No sabía cuándo actuaría Carlo ni tampoco cuál sería el paso que daría para matarlos, pero Matías recordaba la frialdad que tenía a la hora de ejecutar un plan, y la espera era una gran virtud de Carlo. Puede que la trampa en la que cayeran no fuera inmediata, sino que la llevara a cabo en el momento en que se sintieran a salvo.

—¡Por fin! —exclamó Matías echando a andar hacia el trastero.

—Hola, Matías —saludó Triana, desanimada.

—Triana, anímate. Si le dispararon y se refugió en algún sitio, estoy seguro de que tu padre lo documentó de alguna manera —dijo Matías.

—No estoy tan segura de que eso ocurriera.

—¿La frase no te dice nada? —preguntó Antón, dirigiéndose a Matías.

—No, lo siento. Conozco a Carlo y siempre pensé que lo conocía bien, pero el que de verdad le conocía era tu padre. —Miró a Triana.

—Venga, vamos. —Antón empujó la puerta.

—Puede que la otra vez no miráramos bien. —Matías comenzó a mover las cajas.

—Creo que buscábamos desde otra perspectiva y por eso no encontramos nada —añadió Antón, animado.

—Rafael recopiló mucha información durante años, lo descartamos demasiado pronto. —Matías abrió una de las cajas para mirar con detalle el interior.

Triana se quedó quieta en mitad del trastero, ajena por un instante al murmullo de Antón y Matías rebuscando entre papeles. Tenía la mirada perdida en algún punto de la pared desconchada, pero en realidad no veía nada. La frase seguía dando vueltas en su cabeza.

«¿Resurgir?».

No era una pista cualquiera. Era un mensaje cifrado, íntimo, y eso le dolía más que cualquier amenaza. Carlo no se había ido del todo. Iba a volver, porque siempre lo hacía. Y esta vez sentía que sería la última.

Había algo de tristeza resignada en su pecho, como si ya supiera que, cuando llegaran a ese lugar, no quedaría más remedio que cerrarlo todo de forma definitiva. Y, sin embargo, una parte de ella se resistía a creerlo. Estaba tan atrapada en ese torbellino de pensamientos que no se dio cuenta de que llevaba varios segundos acariciando con los dedos una vieja caja, sin abrirla, como si esperara que el tacto le revelara algo más que recuerdos.

—¿Un lugar donde resurgir? No entiendo qué querrá decir con eso, pero estoy seguro de que es un lugar importante para él. Puede que no se refiera a un resurgir literal, sino al lugar donde cambió —pensó Matías en voz alta.

—Tendría sentido —divagó Antón, quieto y mirando a Triana.

—¿Qué te pasa? —preguntó Matías.

—No lo sé, tengo el presentimiento de que no es nada que tenga que ver con él —explicó Triana con el ceño fruncido.

—¿Y entonces con quién? —Antón se acercó a ella.

—No lo sé, creo que tiene que ver con Aura.

Antón asintió. La conocía tan bien como para deducir que estaba convencida de que era una trampa para ella.

—¿El mensaje es para ti? —quiso saber sin rodeos.

—No lo podría asegurar, pero es lo que pienso. Ha extendido el rumor para que me llegue la dichosa frase: «Lugar donde resurgir…» —movió la cabeza a ambos lados con pesadez.

—No lo entiendo, ¿te dice algo esa frase? —preguntó Matías desde la ignorancia.

Triana no respondió mientras le sostenía la mirada. Se pasó la mano por la cara para despejarse. A veces sentía que nada había pasado y que estaba en una pesadilla en la que su hermana había sido asesinada.

—Aura se intentó suicidar cuando Carlo la dejó la primera vez —soltó sin preámbulos.

Antón se tapó la boca y abrió los ojos. Triana miró a Matías, que no parecía sorprendido.

—Lo sabías, ¿verdad? —se interesó Triana.

—Sí, estaba con tu padre cuando ocurrió. Pensé que no lo sabías y no quería que sufrieras con algo que fue hace tanto tiempo —aclaró Matías.

—¿Crees que Carlo está donde Aura se intentó suicidar? —Antón sacó la pipa y comenzó a fumar. Necesitaba tranquilizarse.

—Sí, eso es. Estoy segura de que está ahí. Por eso creo que el mensaje es para mí y que me está esperando —explicó con la voz entrecortada.

—Pues vamos esta noche. —Caminó hacia la puerta.

Triana le cogió del brazo.

—Pero hay un problema. —Respiró hondo.

—¿Cuál? No me asustes, Triana, ¿qué pasa? —insistió el inspector con los ojos clavados en su compañera.

Matías avanzó hacia la puerta.

—No sabes dónde fue, ¿verdad?

Triana asintió y tragó saliva, sintiéndose culpable ante el desconocimiento de un hecho tan importante y traumático para su hermana.

—Vamos a hablar con Braulio. —Abrió la puerta y apagó la luz.

—Yo sí sé dónde lo hizo, Triana. Cuando llamó Carlo para decírselo a tu padre, yo estaba con él —repitió.

—¿Dónde fue? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—En un bungaló donde Aura y Carlo iban a hacer piragüismo los fines de semana. Está en San Martín de Valdeiglesias, al lado del pantano de San Juan —informó Matías con media sonrisa—. Parece que al final sí que he servido de algo.

Triana le dio un abrazo.

—Somos un equipo, pero supongo que eso ya lo sabías. —Le dio un beso en la mejilla—. Gracias por venir a rescatarme.

—Ahora sí que tenemos a ese desgraciado —confirmó Antón, dando una calada de satisfacción a la pipa.

56

El cielo comenzaba a oscurecer cuando Triana y Matías subieron al coche sin decir una palabra. El ambiente estaba cargado de algo más que calor. Era la anticipación de lo inevitable. El motor rugió con desgana, como si también él supiera que no había vuelta atrás. En el asiento del copiloto, Triana tenía la mirada clavada en un punto muerto, pero su mente era un torbellino de imágenes, recuerdos y preguntas sin respuesta.

Iban de camino al bungaló donde, según la pista de Felipe, Carlo se escondía. Solo ellos dos.

Braulio, atado a su cargo como comisario, se había quedado en comisaría, preparado para actuar si todo se torcía, pero sin mancharse las manos. No podía involucrarse en un asesinato, y alguien debía ayudarles si la situación se complicaba.

Antón, en cambio, había querido acompañarla. Le había suplicado que no lo hiciera sola, pero Triana le había detenido con una mentira cuidadosamente tejida. Le convenció de que podía ser una trampa, de que Carlo quizá no estuviera en el bungaló y aprovechara su ausencia para colarse en casa y llevarse al niño. Ballesteros aún no estaba recuperado ni siquiera para defenderse a sí mismo. Le habló con voz serena y calculada, sabiendo exactamente qué hilos emocionales tocar para que aceptara quedarse. Accedió. No sin dolor, pero lo hizo por el bienestar del niño y para que Triana no estuviera pensando en ello mientras iba en busca de Carlo. Tenía que estar centrada.

Antón se quedó en casa, vigilante, con el corazón en un puño, sabiendo que Triana no tenía ninguna duda de que iba a matar a Carlo y que él la estaba esperando. Sin embargo, ella no estaba segura de sobrevivir. Por eso lo había dejado todo bien atado. El testamento, con su letra temblorosa, reposaba en la caja fuerte del despacho de Braulio, y Raquel tenía la copia firmada ante notario. Antón se convertiría en el tutor legal de Víctor si algo le

ocurría. Era el único en quien confiaba plenamente, porque sabía que lo protegería con su propia vida, como ella misma haría.

La mentira había sido piadosa e imprescindible.

Triana sentía que cada kilómetro que recorría era una despedida. No solo de Carlo, sino también de la mujer que había sido antes de los asesinatos. Ya no le quedaban compasión ni dilemas, solo la obligación de matarlo. Porque la justicia era la única forma de proteger a Víctor. Si en el camino perdía algo de sí misma, estaba dispuesta a aceptarlo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Matías.

—No estaré bien hasta que lo vea muerto —sentenció.

—A mí me pasa exactamente lo mismo. Llevo tantos años soñando con que lo mato… Espero que esta vez mi sueño se cumpla. Al menos así dormiré de un tirón. —Sonrió para quitarle hierro a la situación.

El silencio se instaló en la oscuridad del coche. Triana miraba por la ventanilla.

—¿Somos unos asesinos, Matías?

—No. Somos justicieros. Si lo conocieras de verdad, sabrías la cantidad de asesinatos que vamos a evitar con su muerte. —Su voz era seria y firme.

—Quiero pedirte un favor.

—Claro, dime.

—Quiero entrar primero. Estoy segura de que me está esperando. Deberías quedarte fuera por si necesito ayuda. Serás el factor sorpresa.

—Triana, haremos lo que quieras. Pero Carlo sabe que estoy contigo. Desde el momento en que salí de mi escondite, sabe que sigo vivo. Además, me conoce y sabe que jamás te dejaría enfrentarte a él sola.

—Bueno, eso no lo sabes.

—Sí, lo sé. Hazme caso cuando te digo que le conozco. Estamos cerca.

—Genial. Quiero hablar con él antes de matarlo. ¿Crees que estará solo?

—Sí, pero eso no significa que no esté armado. Mira bien por dónde pisas. No quiero sorpresas.

Triana comenzó a sudar por los nervios y se secó las manos en los pantalones. Recordó a su hermana y lo que tuvo que pasar por su mente aquel día para intentar suicidarse.

—¿Viste a Aura el día del suicidio? —preguntó con dificultad.

—Sí, estuve aquí con tu padre. Creo que es mejor que no te cuente nada. Un recuerdo vacío es mejor que uno tan trágico.

—¿Por qué os llamó Carlo?

Matías respiró hondo.

—Aura le llamó para decirle lo que iba a hacer. Fue una relación tóxica y tormentosa. Tu hermana estaba profundamente enamorada de él. Por eso tu padre no lo mató aquel día.

Apagó las luces y el motor del coche.

—A partir de aquí tenemos que ir andando.

—Vale. ¿Puede haber gente en los otros bungalós?

—En esta época del año está prácticamente vacío. Siempre reservaban el número uno porque estaba apartado. El resto del trayecto será por el bosque.

—Cuando quieras.

—A partir de aquí iremos a oscuras. Sígueme y, si ves algo raro, tira de mi chaqueta, pero no hables.

Triana asintió.

La noche era espesa y el bosque inhóspito. Avanzaron entre la maleza en silencio, guiados por la intuición y el recuerdo del camino. El frío calaba hasta los huesos, pero ninguno lo sentía.

Frente a ellos, a unos treinta metros, se alzaba la silueta del bungaló. Una débil luz titilaba bajo una de las ventanas.

Se agacharon entre unos arbustos. Triana tiró de la chaqueta de Matías. Escucharon. Nada. Solo el murmullo del viento.

Rodearon la construcción y regresaron a la puerta principal. Triana alzó la mano con la pistola. Pensó en Aura, en Nadia, en Lucas y en Víctor. También en Antón. Sonrió al imaginarlo llorando frente al testamento.

Respiró hondo.

Asintió.

Y abrió la puerta.

El interior estaba en penumbra y olía a humedad y madera vieja. Avanzó con cautela, con la pistola al frente. La sala principal estaba vacía. Solo se oía el leve chisporroteo de una estufa recién apagada.

«Sé que está aquí».

Sin previo aviso, Carlo surgió de la oscuridad y la embistió. La pistola salió despedida. Rodaron por el suelo forcejeando hasta que él se incorporó y, con una mirada de odio puro, sacó un cuchillo y se lo clavó en el abdomen.

El dolor fue inmediato y brutal.

Triana cayó al suelo con un gemido mientras la sangre empapaba su camiseta. El mundo giraba a su alrededor.

—Siempre fuiste la piedra en mi camino —escupió Carlo—. No podías dejarlo, ni siquiera con el niño en casa. Eres una estúpida, como tu hermana.

Triana se retorcía de dolor.

—Nadie se enfrenta a mí y sale vivo.

Un estruendo rompió el silencio.

La puerta se abrió de golpe.

Matías apareció detrás de Carlo, apuntándole a la cabeza.

—¿Triana?

La vio en el suelo, sangrando.

—¡Hazlo! —ordenó ella, apretando la herida.

—Espero que vayas al infierno.

Matías disparó.

El impacto lo lanzó hacia atrás. Carlo cayó con un golpe seco y no volvió a moverse.

Matías corrió hacia Triana y presionó la herida con ambas manos mientras llamaba a Braulio.

—Aguanta. Ya ha terminado todo. Aguanta, joder, Triana. Ahora no puedes irte.

Triana lo miró con los ojos entrecerrados. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Dile a Víctor… que ya puede vivir sin miedo.

Cerró los ojos, dejándose llevar por la oscuridad.

57

El sol caía despacio sobre el parque, tiñendo de naranja los columpios y los bancos vacíos. Triana seguía con la vista puesta en Víctor, que corría de un lado a otro con una energía que no parecía agotarse nunca. Jugaba con otros niños, reía con la boca bien abierta, como si nada malo pudiera volver a ocurrirle. A veces se detenía un instante, buscaba su mirada y le dedicaba una sonrisa. Entonces ella le devolvía el gesto, aunque por dentro aún pesaran demasiadas cosas.

Se removió en el banco, alzó la vista al cielo y respiró hondo. El ambiente era feliz, como un verano anticipado, con tierra caliente y olor a hojas húmedas. Era una de esas tardes en las que el mundo parecía contener la respiración. Y, por primera vez en mucho tiempo, Triana no sentía miedo.

Una figura se acercó por el camino de grava. Era Antón, con una bolsa en la mano y la chaqueta desabrochada. Víctor lo vio enseguida y corrió hacia él gritando su nombre.

—¡Antón!

El inspector se agachó y lo atrapó en un abrazo firme. Sacó una pelota nueva de la bolsa y se la enseñó con un guiño. El niño gritó de emoción y salió corriendo con ella entre las manos, como si el mundo fuera ahora solo un lugar de juegos.

Triana sonrió.

—Le ha encantado —le dijo cuando Antón se sentó a su lado.

—Se lo merece. —Antón se quedó en silencio un momento, mirando cómo Víctor jugaba—. ¿Cómo estás?

Ella tardó en contestar. Se tocó suavemente la herida que le había hecho Carlo.

—Cada día que le veo, un poco mejor. Todavía me cuesta dormir. A veces me despierto con la sensación de que todo fue una pesadilla y voy a volver a verlo —dijo con resignación.

Antón asintió. No hacía falta que dijera nada.

—Voy a pedir una excedencia —dijo Triana de pronto—. Quiero estar con él. Necesita estabilidad, sentirse seguro. Y yo necesito ganarme su confianza.

—Os va a venir bien —respondió Antón, que ya se esperaba aquella decisión.

—Es lo que querría Aura —añadió ella, mirando a lo lejos—. Me pidió que lo cuidara, y eso es lo que voy a hacer. Aunque tenga que aprenderlo todo de cero y esté muerta de miedo. Miedo a equivocarme. Sé que no soy su madre, pero es lo más parecido que va a tener. Tengo mucho miedo, Antón. No quiero fallarle.

—No lo vas a hacer. Estoy seguro de que lo harás genial. —Le dio un codazo con una sonrisa.

El silencio entre ellos no era incómodo. Los dos miraban a Víctor y no tenían que rellenar los huecos vacíos con palabras banales. Después de todo lo que habían pasado, la relación se había vuelto más humana y cercana.

—Después del caso de Sandra, he aprendido algo que nunca me había parado a pensar. Aparte de haberme quitado la espina que tenía clavada con su desaparición —divagó el inspector.

—¿Y qué has aprendido, inspector? —le preguntó con guasa.

—A veces, sobrevivir no es ganar. Es resistir lo suficiente para poder volver a empezar. —Se calló—. Como te ha pasado a ti. Solo hay que resistir, Triana. El comienzo vendrá solo, sea cual sea.

—Estoy de acuerdo contigo, excepto en una cosa. —Señaló con la barbilla a Víctor—. Nosotros sí hemos ganado.

Antón asintió sonriente.

Víctor se acercó a ellos corriendo con la pelota debajo del brazo.

—¿Nos vamos ya?

—Sí, cielo, vámonos. —Triana se levantó despacio.

—¿Braulio y Matías también vendrán a cenar? —preguntó sin dejar de moverse, con los ojos llenos de ilusión.

—¡Claro que sí! —respondió Antón, revolviéndole el pelo—. Hoy cenamos todos juntos.

—¡Bien! Cenamos en familia —dijo Víctor, dando saltitos—. ¡Me gustan las cenas de familia policía!

Antón se agachó para estar a su altura.

—Y tú, ¿qué vas a ser de mayor?

—Policía, como toda mi familia. —Asintió, convencido.

Caminaron por el sendero del parque en dirección al coche. Víctor iba en medio, cogido de las manos de ambos. Hacía preguntas, hablaba sin parar, como si el mundo volviera a ser un lugar donde las cosas buenas eran posibles.

Triana lo miraba y no podía evitar pensar en Aura. En todo lo que había dejado atrás. En lo que había sufrido y en lo que había conseguido con Víctor. Cuando llegaron al coche, el niño se sentó en el asiento trasero y siguió hablando sobre los dibujos, la cena y las ganas de enseñarle a Braulio y Matías su nueva pelota. Aún no hablaba demasiado bien, pero se esforzaba por hacerse entender.

Triana miró a Antón con una mezcla de gratitud y cansancio.

—Gracias por no soltarme la mano, Antón. Siempre has estado en los peores momentos.

—Bueno, tú también has estado en los míos. Y, sobre todo, en aquellos en los que me emborrachaba y ahogaba mis problemas en lugar de arreglarlos.

—Venga, vamos, que Ballesteros volverá de comisaría en breve, y quiero llegar antes que él para que no empiece a hacer la cena solo.

Triana rio por primera vez en días. Una risa breve, pero verdadera.

Arrancaron el coche y se alejaron del parque. En el retrovisor, el sol seguía tiñendo el cielo de tonos cálidos, como si, después de tanta oscuridad, el mundo quisiera regalarles por fin un atardecer sin amenazas.

CONTINUARÁ...

Para los escritores es importante tener **reseñas de lectores**. Si puedes poner tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Otras de mis novelas publicadas en Amazon:

Serie Irene Vega (Thriller policíaco)

-No debiste volver (Nº1)
https://www.amazon.es/dp/B0GHZPVZ86

Serie *El enigma*

–El enigma masón

https://www.amazon.es/dp/B09SGHHGWX

–Un psicópata dentro de mí

https://www.amazon.es/dp/B08L7YMZPS

–El enigma de Toledo: La cueva de Hércules

https://www.amazon.es/dp/B0BN1X5W92

–El enigma de Botticelli

https://www.amazon.es/gp/product/B0CL935L71

–El enigma del cuadro de Sator

https://www.amazon.es/dp/B0D8H6DLTZ

Serie *Imposible de perdonar*

–Lo pagaréis

https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L

—El principio de la venganza
https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

Otras* novelas*:

–El secreto de Enzo
https://www.amazon.es/dp/B0DJFKCDL7

–El juicio de Osiris
https://www.amazon.es/dp/B0DWLW3QDQ
–El asesino de la capa
https://www.amazon.es/dp/B0C745C28X

–La tristeza del marinero
https://www.amazon.es/dp/B08C5DZX9X

Muchas gracias por leer una de mis novelas.

Un abrazo enorme.